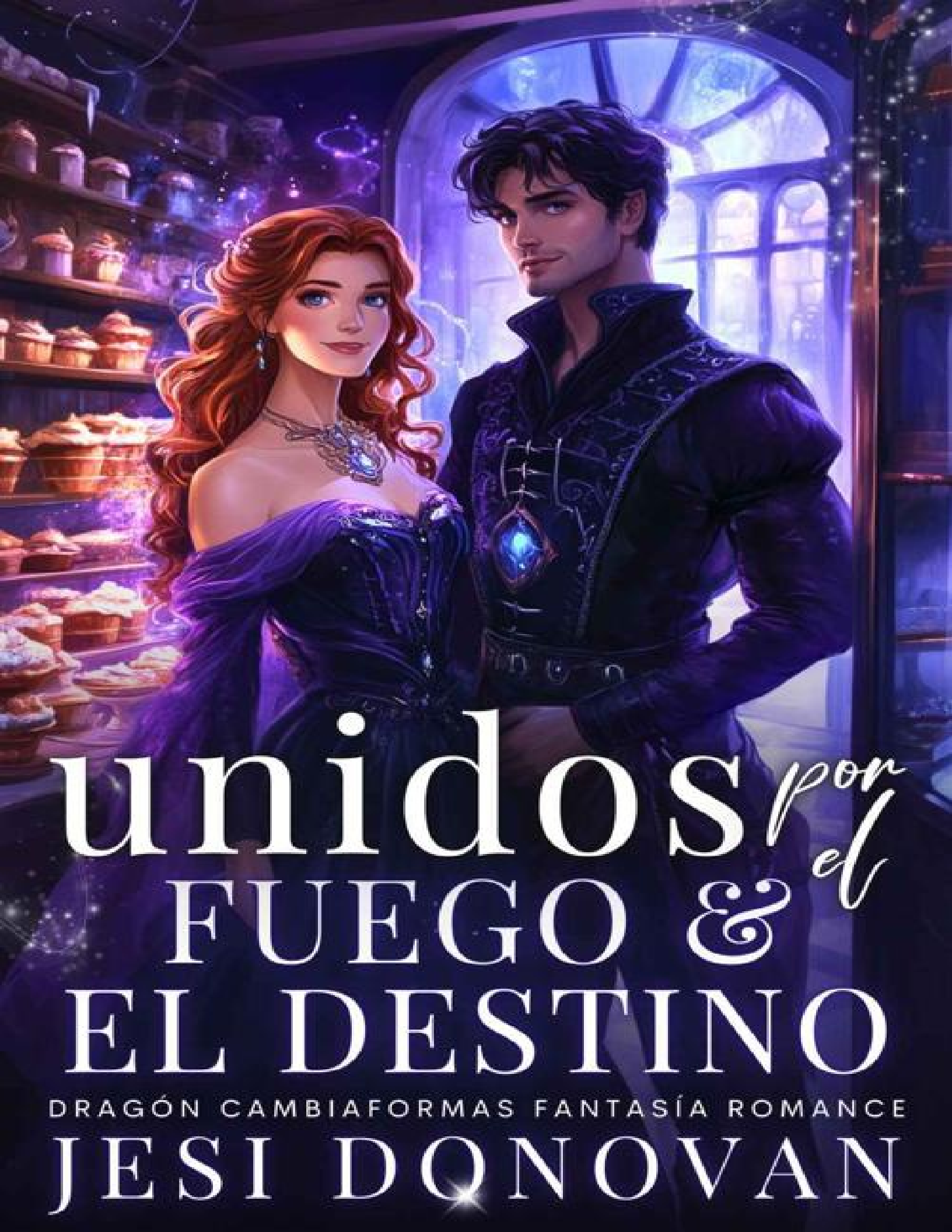

unidos por el
FUEGO &
EL DESTINO
DRAGÓN CAMBIAFORMAS FANTASÍA ROMANCE
JESI DONOVAN

UNIDOS POR EL FUEGO Y EL DESTINO

DRAGÓN CAMBIAFORMAS FANTASÍA ROMANCE



JESI DONOVAN

Copyright © 2024 Jesi Donovan

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

1. Tessa
2. Darius
3. Tessa
4. Darius
5. Tessa
6. Darius
7. Tessa
8. Darius
9. Tessa
10. Darius
11. Darius
12. Tessa
13. Darius
14. Tessa
15. Darius
16. Tessa
17. Darius
18. Tessa

Darius

TESSA



Los primeros rayos del alba se cuelan por las cortinas de encaje de mi dormitorio en el ático, proyectando intrincados patrones de luces y sombras sobre las tablas del suelo de madera. Parpadeo al despertarme y el aroma familiar de la madera envejecida y las bolsitas de lavanda invade mis sentidos. Por un momento, me quedo quieta, escuchando los suaves crujidos del Hogar de Miel mientras se asienta en el nuevo día. Esta panadería ha pertenecido a mi familia durante generaciones, y cada rincón guarda un recuerdo.

Aparto la colcha que mi abuela cosía a mano, balanceo las piernas sobre el borde de la cama y me estiro hacia el techo inclinado. Hoy será mejor, me digo. Tiene que serlo. La misteriosa maldición que ha estado asolando mi repostería no puede durar para siempre.

Me visto rápidamente con un sencillo vestido azul y un delantal, y me recojo el pelo castaño en una trenza suelta. Al bajar la estrecha escalera que conduce a la cocina, el aroma a vainilla y canela me envuelve. Inhalo profundamente, dejando que los aromas me levanten el ánimo.

La cocina es mi santuario, un espacio cálido con encimeras desgastadas, ollas de cobre que cuelgan del techo y estanterías repletas de tarros de especias. La luz del sol se filtra por las ventanas, reflejándose en las superficies pulidas. Paso los dedos por la letra descolorida del libro de recetas de mi abuela, cuyas páginas están blandas por el uso.

«Muy bien, abuela, vamos a hacer algo mágico», susurro, pasando a la página de las tartas de manzana glaseadas con miel, el producto estrella de la panadería.

Reúno los ingredientes con eficacia: manzanas crujientes del huerto, rica miel del colmenar local y una mezcla de especias que aporta la calidez justa. Mientras pelo y corto las manzanas, tarareo la nana que me cantaba mi abuela. La melodía me calma los nervios y me dejo llevar por el ritmo de mezclar y amasar.

Para cuando las tartas están en el horno, la panadería se llena del irresistible aroma de la masa horneada y la fruta caramelizada. Me limpio las manos en el delantal y miro el reloj. Ya casi es hora de abrir.

Abro la puerta principal, coloco el cartel de «Abierto» y la entreabro para que entre el aire fresco de la mañana. Las calles empedradas de Windhollow ya están llenas de actividad. Los comerciantes colocan sus escaparates y los vecinos se saludan con alegres gestos.

«Buenos días, Tessa», grita el señor Wimple mientras se acerca arrastrando los pies a la panadería. Lleva las gafas de plata torcidas sobre la nariz y la gorra de tweed ligeramente torcida.

«Buenos días, señor Wimple», respondo con una sonrisa. «¿Lo de siempre?

Asiente con impaciencia. «No puedo empezar el día sin una de sus tartas de manzana».

Envuelvo una tarta caliente en pergamino y se la doy. «Aquí tiene. Recién salida del horno».

Le da un mordisco y se le iluminan los ojos. «Perfecta como siempre».

Los clientes no paran de llegar: parejas jóvenes, familias y trabajadores que se detienen a comer algo rápido. La panadería se llena de charlas y risas y, por un momento, me permito creer que todo es normal.

Amelia irrumpe por la puerta con sus rizos castaños y sus ojos brillantes de travesura. Es un torbellino de energía, siempre trae un estallido de entusiasmo dondequiera que vaya. «Tessa, ¡nunca adivinarás lo que dijo la señora Pembroke en el mercado!».

Levanto una ceja. «¿Quiero saberlo?»

Sonríe. «Probablemente no, pero te lo diré de todos modos». Se inclina sobre el mostrador y baja la voz en tono de conspiración. «Dice que el viejo Withers puede convertirse en cuervo y espía a la gente del pueblo».

Me río y sacudo la cabeza. «Esa mujer tiene demasiado tiempo libre».

Amelia coge un bollo del expositor. «¿Invita la casa?», pregunta con un guiño.

«Sólo si me ayudas a reponer las estanterías».

«Trato hecho.

Trabajamos codo con codo y aprecio la normalidad del momento. Amelia charla sobre el próximo Festival de la Armonía Lunar y yo asiento con la cabeza, tomando nota mentalmente de que debo preparar más pasteles para el evento.

A medida que el reloj se acerca al mediodía, una sutil tensión flota en el ambiente. Trato de ignorarla, centrándome en la alegre clienta que tengo delante y que quiere una docena de magdalenas para la fiesta de cumpleaños de su hija. Mis manos se mueven automáticamente para empaquetar los dulces mientras mi mente se acelera. ¿Será hoy el día en que por fin se rompa la maldición? ¿O veré impotente cómo otro lote de pasteles se convierte en piedra ante mis ojos? Me obligo a sonreír, decidida a no dejar traslucir mis preocupaciones. El aroma cálido y azucarado de la pastelería me resulta casi burlón, un recordatorio de lo que puedo perder si no encuentro pronto una solución.

De repente, un grito agudo atraviesa el murmullo de la conversación. «¿Qué demonios?», exclama una mujer.

Me giro y veo al Sr. Wimple sosteniendo su tarta, ahora gris y endurecida. La golpea contra el mostrador y tintinea como una piedra.

El pánico revolotea en mi pecho. Otra vez no.

Otros clientes empiezan a inspeccionar sus compras y descubren la misma inquietante transformación. La confusión da paso a la frustración y se alzan voces de queja.

«Lo siento mucho», digo, corriendo detrás del mostrador. «No entiendo lo que está pasando».

Un hombre de mirada severa me fulmina con la mirada. «No es la primera vez, señorita Hawthorne. ¿Está intentando envenenarnos?»

Se me saltan las lágrimas. «Por supuesto que no. Yo nunca...» Amelia se adelanta, con expresión firme. «Espere un momento. No hay necesidad de acusaciones. Estoy segura de que Tessa te devolverá el dinero».

Asiento agradecida. «Sí, por supuesto. Por favor, déjenme arreglar esto».

Los clientes aceptan el reembolso a regañadientes, pero el daño ya está hecho. Se marchan, murmurando entre ellos y mirándome con recelo.

Cuando la puerta se cierra tras el último de ellos, me desplomo contra el mostrador, sintiendo el peso del fracaso presionándome. La panadería está más vacía que nunca, el silencio es casi ensordecedor después del alboroto.

Amelia me pone una mano reconfortante en el hombro. «Lo solucionaremos, Tess», dice, con una voz llena de una convicción que ojalá pudiera compartir. Puedo ver la preocupación en sus

ojos, aunque intenta ocultarla por mí.

Sacudo la cabeza, sintiendo el escozor de las lágrimas que amenazan con derramarse. «Esta maldición lo está arruinando todo», susurro, con la voz entrecortada. «No sé qué hacer. Es como ver el legado de mi abuela desmoronarse ante mis ojos, y soy impotente para detenerlo».

Me aprieta el hombro con suavidad, su agarre es firme y enraizante. «Tal vez sea hora de buscar ayuda más allá de nuestros recursos habituales», sugiere Amelia, con un tono cuidadoso pero decidido. Me doy cuenta de que lleva tiempo pensando en esto. «Puede que haya alguien que sepa más sobre este tipo de maldiciones. No podemos seguir intentando lo mismo y esperar resultados diferentes».

Levanto la vista y la miro con preocupación. «¿Quieres decir... magia?»

Ella asiente. «Merece la pena intentarlo. Puede que en el mercado iluminado por la luna haya alguien que pueda ayudarte».

Dudo, mis dedos retuercen nerviosos el dobladillo de mi delantal espolvoreado de harina. La magia siempre ha formado parte de Windhollow, entretejida en el tejido de nuestro pueblo, pero siempre me he mantenido a una distancia respetuosa de ella. Mi abuela solía insinuar un don dentro de mí, una chispa de algo especial, pero nunca lo sentí. O tal vez tenía demasiado miedo de mirar.

«De acuerdo», concedo con un suspiro, sintiéndome nerviosa y extrañamente emocionada a la vez. «Cerraré pronto y me iré al mercado. Tal vez sea hora de enfrentarme a esto de frente».

«¿Quieres que te acompañe?». Amelia ofrece, sus ojos llenos de preocupación y apoyo. Es tentador decir que sí, tener su presencia firme a mi lado en el territorio desconocido del Mercado a la Luz de la Luna.

Esbozo una pequeña sonrisa, intentando proyectar más confianza de la que siento. «Gracias, pero creo que tengo que hacerlo sola. Ya es hora de que salga de mi zona de confort, ¿no?».

Asiente comprensiva y me da un apretón tranquilizador en el brazo. «Llámame si necesitas algo. ¿Y Tessa? Ten cuidado. El mercado puede ser... impredecible».

Trago saliva, asintiendo.

Cuando Amelia se marcha, ordeno la panadería con movimientos mecánicos. El silencio es pesado, sólo roto por el tic-tac del reloj. Echo un vistazo al espacio que ha sido todo mi mundo, con el miedo royendo los bordes de mi determinación.

Cuando termino, cierro y me dirijo al mercado a la luz de la luna. Las calles están más concurridas ahora, llenas de gente por la tarde. El mercado se encuentra en el corazón de Windhollow, un laberinto de puestos y tiendas donde la magia y lo mundano se entrelazan.

Me abro paso por las bulliciosas calles y mis ojos se fijan en los vibrantes estandartes que ondean en lo alto. Bailan con la suave brisa, sus colores son un caleidoscopio contra el cielo azul. Los caminos empedrados bajo mis pies están desgastados por siglos de tráfico.

A medida que me acerco al mercado, el aire se espesa con una embriagadora mezcla de aromas. Especias exóticas y hierbas aromáticas cosquillean mi nariz, recordándome tierras lejanas sobre las que sólo he leído en los libros. Hay canela y cardamomo, azafrán terroso y algo más que no puedo identificar, tal vez una hierba mágica exclusiva de Windhollow. El aroma es embriagador y me da vueltas la cabeza mientras lo respiro.

Levanto la vista, maravillada por los faroles encantados que flotan en el aire. Se balancean suavemente en el aire, desafiando a la gravedad, y proyectan un resplandor cálido y acogedor a pesar de que aún es de día. Su suave luz se mezcla con la luz natural del sol, creando una atmósfera de otro mundo que me deja sin aliento. Son momentos como éste los que me recuerdan por qué me gusta tanto esta ciudad mágica, a pesar de todos sus problemas.

Me abro paso entre el gentío, pasando junto a vendedores que venden de todo, desde joyas encantadas hasta pociones que prometen la eterna juventud. Me detengo en un puesto cubierto de ricas telas, donde una mujer de penetrantes ojos verdes exhibe cristales que brillan con luz interior.

«Disculpe», comienzo titubeando. «Busco a alguien que pueda ayudarme con una maldición».

Ladea la cabeza, estudiándome. «¿Qué clase de maldición, querida?»

«Sobre mi panadería. Mis pasteles se están convirtiendo en piedra».

Frunce los labios pensativa. «Las maldiciones de piedra son complicadas. Puede que necesites un especialista». Señala un rincón sombrío del mercado. «Prueba con Madame Zara. Se ocupa de maldiciones».

«Gracias», digo, aunque se me hace un nudo en el estómago al pensar en aventurarme en la zona menos reputada.

Encuentro la tienda de Madame Zara, una estructura siniestra adornada con cortinas oscuras y símbolos que no reconozco. Me trago mi aprensión y entro.

El aire está cargado de incienso y una mesa repleta de artefactos extraños domina el espacio. Una mujer sale de entre las sombras, con los ojos ocultos bajo una capucha.

«Buscamos remedios», me dice con voz ronca, provocándome un escalofrío.

«Sí», respondo con cautela. Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo. «Mi panadería está maldita. Me han dicho que podrías ayudarme». Las palabras se me escapan, mezcladas con una desesperación que no puedo ocultar.

Extiende una mano huesuda, sus largas uñas brillan en la penumbra. «Por un precio», entona, sus palabras cargadas de significado.

Se me seca la boca. «¿Cuánto? pregunto, temiendo la respuesta pero necesitando saber.

Nombra una cantidad que hace que mi corazón se hunda como mis pasteles de piedra. Es más de lo que gano en un mes en la panadería, incluso en mis mejores días antes de la maldición. Siento que se me va la sangre de la cara y me tiemblan las manos.

«No puedo permitírmelo», tartamudeo, odiando lo débil e indefensa que parezco. Pero es la verdad: no hay forma de que pueda reunir tanto dinero, no con la panadería en apuros como está.

Se encoge de hombros, un movimiento apenas perceptible bajo su oscura túnica. «Entonces no puedo ayudarte», dice, con un tono plano y definitivo. El rechazo me escuece y siento que se me hace un nudo en la garganta.

«¿No hay nada más que pueda hacer? Suplico, con la desesperación en mi voz. No puedo irme sin alguna solución.

Sus labios se curvan en una leve sonrisa, con un brillo de cruel diversión en los ojos. «Quizá si tienes algo que intercambiar. ¿Una posesión preciada, tal vez?» La forma en que lo dice me eriza la piel, como si ya supiera lo que aprecio.

Pienso en el medallón de mi abuela, el único recuerdo que me queda de ella. Mi mano se dirige instintivamente al collar que llevo oculto bajo el vestido. Me invaden los recuerdos: La cálida sonrisa de la abuela, el aroma del pan recién horneado, sus suaves manos guiando las mías mientras amasábamos juntas. Es todo lo que me queda de aquellos preciosos momentos.

«No», susurro, dando un paso atrás, con los dedos aún aferrando el medallón de forma protectora. «No puedo. Las palabras salen entrecortadas y apenas audibles. La idea de separarme de ella es como volver a perderla.

«Entonces hemos terminado aquí», agita la mano como si espantara a un insecto molesto. Su indiferencia hacia mi situación es como una bofetada en la cara, me hace sentir pequeño y

completamente solo.

Salgo de la tienda, con la desesperanza presionándome desde todos los ángulos. El bullicioso mercado me resulta sofocante, los colores y sonidos vibrantes contrastan con la oscuridad que siento en mi interior.

Mientras me abro paso entre la multitud, una sensación punzante me recorre la espina dorsal. Miro por encima del hombro y veo a una mujer vestida de oscuro. Sus ojos, agudos y fríos, se cruzan con los míos durante un instante antes de volver a fundirse en el mar de rostros.

La inquietud se apodera de mí. ¿Me estaba observando? Sacudo la cabeza, tratando de disipar la paranoia. Ha sido un día largo.

Cuando vuelvo a casa, el crepúsculo se ha asentado sobre Windhollow, proyectando largas sombras sobre las calles. La panadería está en silencio y el calor de los hornos hace tiempo que ha desaparecido. Me preparo una taza de té de manzanilla y me siento a la desgastada mesa de madera, acercando el grimorio de mi abuela.

El libro es un tesoro de recetas y reflexiones, con notas garabateadas en los márgenes y bocetos de hierbas y símbolos. Lo he leído infinidad de veces, pero quizá se me haya escapado algo.

Mis dedos recorren la desgastada cubierta de cuero, sintiendo los surcos y las protuberancias familiares. Al abrirlo, me llega el aroma del papel envejecido y las hierbas secas, que me trae recuerdos de las tardes soleadas que pasaba horneando con la abuela. Hojeo las páginas despacio, recorriendo con los dedos la tinta descolorida. Hay una sección sobre amuletos protectores y otra sobre remedios curativos, pero nada que trate directamente sobre maldiciones, especialmente una que convierte los pasteles en piedra.

«¿Por qué no me dejaste más orientación?». murmuro en voz alta, añorando la sabiduría de mi abuela.

Una página suelta se desliza desde la parte posterior del libro y cae al suelo. La recojo y me sorprendo al ver el dibujo de un colgante entrelazado con enredaderas e inscrito con runas desconocidas. Debajo, en la elegante letra de mi abuela, hay una sola palabra: «Elyndra».

La esperanza se enciende en mí: Elyndra, la archivera del archivo mágico. Recuerdo haber visitado el archivo de niña, fascinada por las interminables estanterías de libros y artefactos.

Quizá ella pueda ayudarme.

Dejo la página a un lado y cierro el grimorio, con el cansancio tirando de los bordes de mi cordura. Subo las escaleras hasta mi dormitorio y me detengo a mirar por la ventana el cielo plagado de estrellas. La luna proyecta un resplandor plateado sobre los tejados y, por un momento, siento una conexión con algo más grande, un indicio de la magia que mi abuela creía que yo poseía.

«Mañana», susurro. «Mañana encontraré respuestas».

Cuando me meto en la cama, con el cuerpo dolorido por el trabajo del día, me aferro al medallón que llevo al cuello. El frío metal se calienta contra mi piel mientras recorro los intrincados grabados con las yemas de los dedos, una costumbre que tengo desde niña. El sueño no tarda en apoderarse de mí, pues el cansancio ha terminado por vencerme.

Mis sueños están llenos de remolinos de niebla y susurros que no puedo descifrar, fragmentos de conversaciones y risas de días pasados. En el nebuloso reino entre la vigilia y el sueño, vislumbro la sonrisa de mi abuela y siento el toque fantasmal de su mano en mi mejilla, guiándome a través de la niebla de incertidumbre que me rodea.

Sin que yo lo sepa, en las sombras del exterior, la mujer embozada vigila el Hogar de Miel, con sus ojos brillando maliciosamente. Las ruedas del destino giran y yo estoy atrapado en su

camino. Sigo durmiendo, felizmente inconsciente del peligro que acecha más allá de mis muros. Si lo hubiera sabido, tal vez habría dado vueltas en la cama toda la noche, pero en lugar de eso, me sumerjo en mis sueños. El medallón que llevo al cuello palpita suavemente, casi como si intentara advertirme, pero en mi estado de agotamiento, sigo ajena a su sutil señal.

DARIUS



El sol poniente pinta el cielo con tonos ámbar y rosa, proyectando un cálido resplandor sobre los pintorescos tejados y las serpenteantes calles adoquinadas de Windhollow. Me encuentro a las afueras de la ciudad, con el familiar zumbido de la magia vibrando en el aire, una sutil sinfonía que resuena con el fuego de dragón que corre por mi interior. Hacía años que no sentía esta particular mezcla de encanto y nostalgia.

Me ajusto los puños del traje de color carbón y respiro tranquilamente. La tela entallada se ajusta perfectamente a mis anchos hombros, un barniz de sofisticación que espero enmascare el malestar que hierve a fuego lento bajo la superficie. El traje dista mucho del atuendo rudo de mis viajes, pero aquí las apariencias importan. Sobre todo cuando la verdadera naturaleza de uno tiende a inquietar a los lugareños.

Cuando entro en la carretera principal, comienzan los murmullos. Fragmentos susurrados llegan a mis oídos: «¿Es él?». «Un cambiador de dragón, he oído.» «Mejor mantén las distancias». Los niños detienen su juego para mirarme, con curiosidad y miedo mezclados en sus grandes ojos. Los padres los apartan, lanzándoles miradas cautelosas por encima del hombro. No puedo culparlos del todo; los dragones no son precisamente conocidos por su reputación de amables.

El peso del aislamiento se asienta como un manto familiar sobre mis hombros. Me he acostumbrado a él con los años, pero volver a Windhollow reabre viejas heridas. Los recuerdos de mi juventud aquí, incomprendida y a menudo condenada al ostracismo, afloran de improviso. Me los sacudo de encima. Ya no soy ese chico solitario. Ahora tengo un propósito.

Mis pasos me llevan hacia el corazón de la ciudad: el Mercado a la Luz de la Luna. Es tan vibrante como lo recordaba, quizá incluso más. Los puestos se alinean en las calles empedradas, rebosantes de telas de colores, baratijas brillantes y especias exóticas de reinos lejanos. Linternas encantadas flotan en el aire, su suave luz pinta el cielo en tonos lavanda y oro. El aire está cargado de aromas mezclados -canela y salvia, ozono y flores silvestres- y del zumbido de innumerables conversaciones en varios idiomas -humanos o no-.

Las hadas revolotean entre los puestos, sus alas brillan como telarañas en la luz mortecina, mientras los gnomos regatean el precio de piedras preciosas raras. Un artista callejero exhala fuego en fascinantes patrones, provocando las exclamaciones de una multitud congregada. A pesar de las miradas recelosas que aún me dirigen, no puedo evitar sentir una chispa de emoción encendida en mi interior. El Mercado a la Luz de la Luna, al menos, da la bienvenida a todos con su embriagadora mezcla de magia y comercio.

Me muevo entre la bulliciosa multitud con facilidad, ya que mi altura me permite ver con claridad por encima de la mayoría de las cabezas. Mi destino es la posada del Ganso Dorado,

donde he quedado con Alaric Stonewell. Asegurar su inversión es crucial para mi proyecto de santuario: un refugio seguro donde las criaturas mágicas puedan coexistir pacíficamente con los humanos. Un lugar donde seres como yo no tengan que esconderse.

Una fragancia inesperada se abre paso entre los diversos olores: una tentadora mezcla de dulzura y condimentos exóticos que tira de mi memoria. Es tan reconocible que me detengo a medio paso e inspiro profundamente. El olor me evoca acogedoras chimeneas y alegría.

Perdido en mis pensamientos, doblo una esquina y casi choco con alguien. Mis reflejos, perfeccionados durante años en calles abarrotadas y situaciones peligrosas, se ponen en marcha y mi cuerpo se mueve instintivamente para evitar el impacto. En ese breve instante, vislumbro unos grandes ojos ámbar enmarcados por el pelo castaño y un destello de sorpresa grabado en sus delicadas facciones. La persona retrocede apresuradamente, con movimientos elegantes a pesar de la repentina evasión. Balancea una cesta tejida repleta de ingredientes frescos. El aroma a hierbas y especias que desprende su carga se mezcla con el aroma anterior que había captado mi atención.

«Lo siento», murmura, y sus mejillas se tiñen de un delicado color rosado mientras ajusta su agarre.

«No pasa nada», respondo, con una leve sonrisa en la comisura de los labios. La reconozco: Tessa Hawthorne. Ha cambiado desde nuestros días de colegio, pero esos ojos son inconfundibles. Contienen la misma mezcla de determinación y vulnerabilidad que recuerdo de nuestros años de formación, una combinación que siempre me ha intrigado. El tiempo ha suavizado sus rasgos, pero esa chispa de resistencia sigue brillando.

La mirada de Tessa se cruza brevemente con la mía antes de apartar la vista, claramente ansiosa por seguir adelante. Un destello de algo -¿embarazo? ¿incomodidad? - cruza su rostro. «Disculpe», dice en voz baja, apenas audible por encima del bullicio de la calle. Da un paso al costado con elegancia y su cesta de ingredientes se balancea suavemente con el movimiento.

La miro marcharse y un inesperado calor me recorre el pecho. Su nombre permanece en mi mente como un eco agradable, evocando recuerdos de nuestros días de escuela. Su grácil retirada por la calle adoquinada me cautiva por un momento más de lo debido. Me sacudo la distracción y recuerdo la tarea que tengo entre manos. No hay tiempo para la nostalgia ni para detenerse en encuentros fortuitos, por intrigantes que sean.

Sigo hacia la posada, entre la bulliciosa multitud, con el inesperado encuentro con Tessa repitiéndose en mis pensamientos. Parecía... diferente. Más segura de sí misma, con una tranquila confianza que no tenía en nuestros días de escuela. Pero también tenía un atisbo de cansancio en los ojos. Mientras esquivo a un grupo de hadas parlanchinas, espero que mi camino vuelva a cruzarse pronto con el de Tessa.

Cuando llego al Ganso Dorado, su letrero ornamentado se balancea suavemente con la brisa del atardecer. En el interior, la posada destila el encanto del viejo mundo: vigas de madera oscura cruzan el techo y sus superficies desgastadas por el paso del tiempo cuentan historias de innumerables clientes que han pasado bajo ellas. Una gran chimenea domina una de las paredes, con sus llamas crepitando alegremente y proyectando sombras danzantes por toda la habitación. El olor a carne asada y pan recién horneado flota en el aire, mezclado con el aroma del humo de la pipa. Una anfitriona, con su delantal impoluto y su sonrisa acogedora, me recibe en la puerta y me dirige a un comedor privado donde me espera Alaric. Mientras la sigo por el bullicioso salón principal, no puedo evitar fijarme en la ecléctica mezcla de clientes: desde aventureros canosos que comparten historias con jarras de cerveza hasta mercaderes bien vestidos que hablan de sus últimos negocios en voz baja.

Alaric se levanta cuando entro y me tiende la mano. «Darius Flintwing», me saluda con una sonrisa práctica. «Un placer conocerte por fin en persona».

«El placer es mío», respondo, estrechando su mano con firmeza. Su apretón es fuerte, pero percibo la calculada deliberación que hay detrás.

Nos sentamos en una mesa de caoba pulida, con vajilla fina y copas de cristal. La suave luz de las velas baña la habitación, proyectando sombras que bailan sobre el papel pintado. Un camarero sirve vino tinto en nuestras copas antes de retirarse en silencio.

«He examinado su propuesta», comienza Alaric, mientras agita el vino pensativo. «Es una empresa ambiciosa».

Asiento con la cabeza, con expresión pensativa pero decidida. «La ambición impulsa el progreso, como suele decirse. El santuario podría ser mutuamente beneficioso más allá de sus muros: promover el comercio entre nuestras comunidades, fomentar un intercambio cultural que enriquezca a ambas partes e incluso mejorar la seguridad de todos los implicados».

Levanta una ceja, sus ojos ámbar brillan con intriga y escepticismo. «¿Seguridad? Algunos podrían argumentar -con bastante vehemencia, imagino- que invitar a más criaturas mágicas a la zona podría suponer riesgos significativos. Hay quien teme lo que no comprende».

«Al contrario», replico con suavidad, inclinándome ligeramente hacia delante para enfatizar mi punto de vista. «Ofrecer un entorno regulado y estructurado reduce las actividades clandestinas y los peligros que conllevan. La transparencia genera confianza, y la confianza es la base de cualquier paz duradera entre grupos diferentes. Cuando los seres mágicos se sienten bienvenidos y comprendidos, es mucho menos probable que recurran al secretismo o al conflicto».

Alaric da un sorbo a su vino, considerando mis palabras. «Es un argumento convincente. Sin embargo, la percepción pública es preocupante. No todo el mundo es tan... abierto de mente».

Resisto el impulso de apretar la mandíbula, sintiendo que la frustración bulle en mi interior. «Cambiar la percepción requiere un liderazgo dispuesto a desafiar el statu quo», afirmo, con voz firme pero apasionada. «Alguien debe dar el primer paso para demostrar que la coexistencia no sólo es posible, sino beneficiosa para todos».

«Tal vez», concede Alaric, con expresión pensativa. Deja el vaso sobre la mesa pulida con un suave tintineo y, con los dedos entrelazados, se reclina en la silla. Sus ojos, agudos y calculadores, se cruzan con los míos. «Pero hay cuestiones prácticas que considerar. La responsabilidad, por ejemplo. ¿Quién sería el responsable si algo saliera mal? Y no podemos ignorar las posibles reacciones negativas de las partes influyentes que prefieren las cosas como están. Algunos de nuestros donantes más generosos podrían no ver con buenos ojos un cambio tan radical».

Traducción: Le preocupan su reputación y sus beneficios. Ya me lo esperaba.

«Tengo medidas para responder a esas preocupaciones», le aseguro, esbozando planes de contingencia y protocolos de seguridad. Hago hincapié en las ventajas económicas: los mercados sin explotar, la afluencia de talento, los beneficios a largo plazo.

Pero, a pesar de mis esfuerzos, Alaric mantiene una expresión cuidadosamente neutra. Responde sin comprometerse y, de vez en cuando, desvía la mirada hacia la ventana, donde se desvanece la última luz del día.

Tras una hora de ajedrez verbal, finalmente dice: «Tu visión es admirable. Necesitaré tiempo para considerar la propuesta en su totalidad».

Inclino la cabeza, manteniendo una expresión serena a pesar de la punzada de decepción que siento. «Por supuesto. Agradezco tu tiempo y consideración, Alaric. Comprendo que es una

decisión que requiere una cuidadosa reflexión».

Se levanta y su silla choca suavemente contra el suelo pulido, indicando el fin de nuestra reunión. «Me pondré en contacto con usted en una semana», dice, con un tono neutro pero no cruel. «Mientras tanto, le sugiero que continúe con sus preparativos. Al fin y al cabo, los cambios suelen llegar tanto si estamos preparados como si no».

Nos despedimos con buenas palabras y salgo del comedor con un sentimiento de frustración. No es un rechazo, pero está lejos de ser un compromiso. Cambiar de opinión está resultando tan difícil como esperaba.

Al salir de la posada, me detengo en los desgastados escalones de madera, inhalando profundamente el aire fresco del atardecer, que transmite matices de especias y magia. El Mercado a la Luz de la Luna se ha transformado bajo el manto de la noche, y su bullicio diurno ha dado paso a una atmósfera más enigmática. Los farolillos brillan con más intensidad y sus vacilantes llamas proyectan largas sombras que danzan por las calles empedradas. La energía cambia de forma palpable: más mística, quizá incluso un poco peligrosa, como si el velo entre los mundos se hubiera diluido.

Al bajar los escalones, me llama la atención un movimiento al otro lado de la calle. Una mujer vestida con un atuendo oscuro está de pie bajo una farola parpadeante, con la mirada fija en mí. Sus ojos son agudos, casi luminosos, y un escalofrío me recorre la espalda.

Antes de que pueda reaccionar, desaparece entre las sombras, engullida por la multitud. Escudriño la zona, pero no encuentro rastro de ella. La inquietud recorre los bordes de mi conciencia. ¿Quién era?

Sacudiéndome el encuentro, empiezo a caminar sin rumbo, dejando que mis pies me lleven por calles que me son familiares. El encuentro se repite una y otra vez en mi mente, y cada una de las evasivas de Alaric alimenta mi frustración. Necesito este santuario, no sólo para mí, sino para otros que, como yo, se han visto obligados a vivir al margen.

Perdido en mis pensamientos, me encuentro cerca de las afueras de la ciudad, donde el bullicio se convierte en silencio. Las siluetas de las colinas lejanas enmarcan el horizonte y las estrellas empiezan a perforar el cielo crepuscular. Bajo un viejo sauce hay un banco solitario cuyas ramas se mecen suavemente.

Tomo asiento y me paso una mano por el pelo. El aislamiento aquí es palpable, pero extrañamente reconfortante. El peso de las expectativas y los prejuicios se siente más ligero bajo el cielo abierto.

Mis pensamientos vuelven a Tessa. Aquel breve encuentro contrasta con el resto del día: un momento de sencillez en medio de la complejidad. Parecía agobiada pero resistente. Recuerdo cómo sus ojos se abrieron al reconocerla, reflejando mi propia sorpresa. Me pregunto por lo que habrá pasado desde que me fui de Windhollow. La panadería, si no recuerdo mal, era el orgullo de su familia. El aroma que me atrajo antes debía de proceder de allí. Tal vez la visite mañana para apoyar un negocio local.

Una sonrisa irónica se dibuja en mis labios. ¿De verdad estoy pensando en comprar pasteles para aliviar mi estado de ánimo? Pero, ¿por qué no? Merece la pena permitirse pequeños placeres, sobre todo cuando los grandes objetivos siguen estando fuera de nuestro alcance. La idea de unos croissants calientes y hojaldrados y de unos rollitos de canela empalagosos se me antoja irresistible. Después de todo, la comida reconfortante tiene su lugar, incluso para alguien como yo. Tal vez el sabor de la repostería de Tessa me proporcione un respiro momentáneo de las complejidades de mi misión aquí en Windhollow. Es un acto sencillo, pero que me parece extrañamente rebelde frente a mi autodisciplina habitual.

El susurro de las hojas llama mi atención. Una pequeña criatura, un zorro de pelaje brillante, sale de entre la maleza. Me mira con ojos inteligentes antes de alejarse. La fauna mágica es más común aquí que en la mayoría de los lugares, otro recordatorio de por qué el santuario es importante.

Me levanto del banco y decido volver a la posada. Las calles están más tranquilas ahora que las tiendas cierran por la noche, y la tensión anterior se ha relajado en una calma contemplativa. Unas cuantas linternas mágicas parpadean a lo largo del camino empedrado, y su suave luminiscencia guía mi camino a través de la noche cada vez más profunda.

Mientras camino, paso por delante de The Honeyed Hearth. El exterior de la panadería es encantador: una pintoresca fachada con jardineras bajo las ventanas y un cartel pintado a mano que se balancea suavemente con la brisa nocturna. Una cálida luz se cuela por una ventana del piso superior, proyectando un acogedor resplandor sobre la calle.

Vacilo, sintiendo una inexplicable atracción hacia la panadería. La idea de que Tessa esté dentro, descansando de su jornada, despierta una sensación de conexión que no había sentido en mucho tiempo. Es una tontería, pero por un momento me permito imaginar que llamo a la puerta y entablo conversación con ella. ¿Le agradaría mi compañía o la vería como una intrusión?

Mi mente evoca una escena en la que compartimos una bebida caliente y hablamos de los acontecimientos del día en el acogedor espacio de su cocina. La imagen es tan vívida, tan tentadora, que tengo que sacudir la cabeza para disiparla. ¿Desde cuándo soy tan sentimental? Aun así, no puedo negar el calor que me recorre el pecho con solo pensar en su compañía.

En lugar de eso, sigo adelante, recordándome a mí mismo que ya tengo suficientes complicaciones como para añadir enredos personales.

De vuelta en el Gilded Goose, reservo una habitación para pasar la noche y subo las escaleras, mientras mis pasos resuenan en el silencioso pasillo. Dentro, me recibe una decoración familiar: alfombras de felpa, pesadas cortinas y muebles ornamentados que hablan de lujo sin calidez. Me aflojo la corbata con un suspiro, la tela me aprieta el cuello como una soga. La habitación está bien equipada, con una gran cama con dosel y un antiguo escritorio, pero resulta impersonal y carente del encanto que impregna el resto de Windhollow.

Me sirvo un vaso de agua de la jarra de cristal de la mesilla y me quedo junto a la ventana, contemplando la ciudad dormida. La luz de la luna proyecta un resplandor plateado sobre las calles empedradas y, a lo lejos, distingo la silueta de la Arboleda de los Ancianos, con sus árboles centenarios dominando el valle.

«El progreso lleva su tiempo», murmuro, como si expresarlo pudiera consolidarlo. Sin embargo, la impaciencia me corroe. Cada retraso es un obstáculo más para quienes necesitan este santuario.

Me planteo contactar con otros posibles inversores, quizá menos preocupados por la percepción pública. Pero eso conlleva sus propios riesgos. Aliarse con socios dudosos podría socavar la integridad misma del proyecto.

Exhalo lentamente y decido retirarme a descansar. Mañana será un nuevo día y tal vez se presenten nuevas perspectivas. Mientras estoy tumbado en la cama, me viene a la mente la imagen de la mujer embozada: la intensidad de su mirada es inquietante.

Sea quien sea, presiento que nuestros caminos volverán a cruzarse. Y Tessa... quizás encuentre una razón para visitar la panadería. Apoyar a las empresas locales es, después de todo, parte del compromiso con la comunidad.

Un atisbo de sonrisa se dibuja mientras caigo en un sueño intranquilo, sueños llenos de nieblas arremolinadas y ecos de lejanas canciones de dragones.

A la mañana siguiente, una luz pálida y brumosa se filtra a través de las cortinas de gasa. Me estiro, sintiendo en los músculos la tensión persistente de los acontecimientos de ayer. Tras pensarlo un momento, me visto rápidamente y opto por un atuendo más informal: una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos y unos pantalones de color gris oscuro. Tal vez un aspecto menos formal facilite las interacciones, pienso, pasándome una mano por el pelo ligeramente despeinado.

Al bajar las chirriantes escaleras de madera que conducen a la zona común, me recibe el olor a café recién hecho y bollería caliente. Capto fragmentos de animadas conversaciones entre los clientes: charlas animadas sobre el próximo Festival de la Armonía Lunar, susurros en voz baja sobre extraños sucesos en la Arboleda de los Ancianos y menciones preocupadas sobre una misteriosa maldición que afecta a los negocios locales. Esto último despierta mi interés y reduzco la velocidad de mis pasos, tratando de escuchar más sin parecer demasiado obvio en mi fisgoneo.

Me acerco al posadero, un hombre corpulento, jovial y de barba cuidada. «Buenos días», le saludo con una cálida sonrisa. «No he podido evitar oír hablar de una maldición en la ciudad. Siento curiosidad».

Él asiente sabiamente, su expresión se vuelve más seria. «Ah, sí. Un asunto desafortunado. La panadería de la chica Hawthorne ha tenido problemas últimamente. Dicen que los pasteles se convierten en piedra. Es la comidilla del pueblo desde hace semanas». Se inclina más cerca, bajando la voz en tono de conspiración. «Algunos dicen que han visto cómo los dulces se convertían en polvo ante sus ojos».

The Honeyed Hearth. La panadería de Tessa. Un parpadeo de preocupación cruza mi rostro mientras proceso esta información. Conozco a Tessa desde hace años, y la idea de que esté luchando me oprime el corazón. «Son noticias terribles», respondo con el ceño fruncido. «¿Alguna idea de la causa? Seguro que hay alguna teoría circulando por ahí».

Se encoge de hombros. «Algunos lo achacan a la magia oscura de los viejos tiempos. Otros creen que es un sabotaje. Es difícil de decir. La señorita Hawthorne es una buena chica, sin embargo. No merece tal desgracia».

«En efecto», estoy de acuerdo pensativo. «Gracias por la información.»

Al salir, contemplo este nuevo acontecimiento. Si Tessa está lidiando con una maldición, tal vez pueda ofrecerle ayuda. No sólo sería lo correcto, sino que crear buena voluntad también podría ayudar a cambiar la percepción local.

Mientras me dirijo hacia el Hogar de Miel, me propongo encontrar una forma de ayudar, discretamente, por supuesto. El camino hacia el progreso se construye a menudo con pequeños actos de bondad.

La panadería parece tranquila, con las cortinas echadas. Un cartel en la puerta dice «Cerrado». La decepción se apodera de mí, pero decido dejar una nota, garabateando un breve mensaje de apoyo y ofreciéndome a ayudar si es necesario. La deslizo por debajo de la puerta, con la esperanza de que lo tenga en cuenta.

Al alejarme de la panadería, veo movimiento al otro lado de la calle empedrada. La mujer de la capa vuelve a estar allí, con sus penetrantes ojos fijos en mí con una intensidad inquietante. Esta vez me niego a apartar la mirada y la sostengo como un desafío silencioso. El aire entre nosotros parece crepitar con una tensión tácita.

Ladea ligeramente la cabeza, un gesto a la vez curioso y ominoso. Entonces, sin previo aviso, se desliza hacia un callejón y su oscura capa se funde en las sombras. Cuando desaparece de mi vista, un frío presentimiento se apodera de mí y me recorre un escalofrío. Algo va mal en la pintoresca ciudad de Windhollow, una oscuridad que acecha bajo su encantador exterior.

Mientras camino hacia el centro de la ciudad, el peso de los prejuicios deja de ser el único obstáculo. Puede que haya fuerzas oscuras en juego y debo estar alerta.

El proyecto del santuario es importante, pero quizá pueda hacer algo más aquí, algo más que deba hacer. La idea de que Tessa se enfrente sola a estos retos despierta un instinto protector que no había sentido en años.

Con mi propósito renovado, me pongo en marcha para recabar información. Si hay una amenaza que se cierne sobre esta ciudad, no me quedaré de brazos cruzados. Después de todo, los dragones son guardianes por naturaleza, y ya es hora de que vuelva a adoptar ese papel.

TESSA



El sol de la mañana se filtra a través de las cortinas de encaje de mi dormitorio, proyectando un suave resplandor que promete un día mejor. Me estiro perezosamente, saboreando el momento antes de que llegue la realidad. El recuerdo de los fracasos de ayer me atormenta, pero lo dejo a un lado. Hoy será diferente.

Al bajar las escaleras, me envuelven los olores familiares de El hogar de miel: pan caliente recién salido del horno, especias dulces que se mezclan en el aire y un toque de vainilla que parece perdurar en cada rincón. Los escalones de madera crujen suavemente bajo mis pies, un recordatorio de la larga historia de la panadería. Me detengo abajo, respiro hondo y me preparo para el día que me espera.

Encuentro a Amelia en la cocina, con los rizos recogidos con una cinta azul desteñida y una mancha de harina en la mejilla pecosa. Tararea suavemente para sí misma, una costumbre que tiene desde que éramos niñas, mientras amasa la masa con manos expertas.

«Te has levantado temprano», le digo, atándome el delantal a la cintura.

Ella sonríe. «No podía dejar que te divirtieras, ¿verdad?

Me río por lo bajo, agradecida por el apoyo inquebrantable y el entusiasmo contagioso de Amelia. Su presencia siempre ha sido una constante reconfortante, especialmente en estos tiempos difíciles. «Bueno, tengo una noticia potencialmente buena», empiezo. «El ayuntamiento ha hecho un gran pedido para su reunión de hoy. Si todo va bien, podría ayudar a cambiar las cosas para el Hogar de Miel». Hago una pausa, permitiéndome un momento de cauto optimismo. «Quizá sea la oportunidad que estábamos esperando, la oportunidad de recordarles a todos por qué amaban tanto este lugar».

A Amelia se le iluminan los ojos. «¡Es fantástico! ¿Lo veis? Te dije que las cosas empezarían a mejorar».

La esperanza revolotea en mi pecho. «Sólo necesito que todo salga perfecto».

«Pues manos a la obra», declara arremangándose.

Nos sumergimos en el ritmo familiar de hornear, medir ingredientes y mezclar masas. La cocina se llena del reconfortante sonido del tintineo de los cuencos y el zumbido de las batidoras. Me concentro en cada paso, volcando toda mi energía y positividad en los pasteles.

«Estas tartas de frambuesa tienen un aspecto divino», dice Amelia, colocándolas cuidadosamente en una bandeja.

«Vamos a espolvorearlas con azúcar glas», sugiero, espolvoreándolas ligeramente.

Las horas pasan en un torbellino de actividad. Cuando la última hornada sale del horno, examinamos nuestro trabajo: una colorida variedad de dulces que enorgullecería a mi abuela.

«¿Lista para impresionar al ayuntamiento? me pregunta Amelia, dándome un codazo

juguetón.

Respiro hondo. «Tan preparada como nunca lo estaré».

Empaquetamos los pasteles en cajas adornadas con el logotipo de The Honeyed Hearth: un sencillo hogar rodeado de flores. Amelia me ayuda a cargarlas en un carro y partimos hacia el ayuntamiento.

Las calles de Windhollow están llenas de bullicio al mediodía. Los vendedores vocean sus mercancías, los niños corren entre los puestos y el aire se llena de risas y charlas. Veo al señor Wimple saludando desde su banco habitual y le devuelvo el saludo, animado por la familiaridad.

«Parece que hoy ha salido todo el pueblo», comenta Amelia.

«Es bueno para el negocio», respondo, aunque se me revuelven los nervios en el estómago. Esta entrega tiene que salir bien.

El ayuntamiento se alza ante nosotros, una imponente estructura de piedra y cristal, con intrincadas tallas que representan la rica historia de Windhollow. Nos detenemos en la gran entrada y Amelia me dedica una sonrisa alentadora.

«Lo conseguirás», dice, dándome un apretón tranquilizador en el brazo.

«Gracias por tu ayuda, Amelia. Te lo agradezco mucho. Yo me encargo», respondo, sonriendo a pesar de las mariposas que siento en el estómago.

«¿Seguro? No me importa acompañarte. Puede que sea más fácil con alguien a tu lado», me ofrece, con el ceño fruncido por la preocupación.

Niego con la cabeza, cuadrando los hombros. «Necesito hacerlo sola. Es importante que afronte esto solo. Además, alguien debería vigilar la panadería. Me sentiría mejor sabiendo que estás allí».

«De acuerdo, si estás segura», concede Amelia, aunque puedo ver la preocupación persistente en su expresión. «Pero prométeme que me llamarás si necesitas algo. Cualquier cosa. Estaré allí en un santiamén».

Con un último abrazo, se marcha y yo me armo de valor antes de empujar las pesadas puertas.

Dentro, el vestíbulo es un hervidero de actividad, rebosante de una energía que parece palpitar en el aire. Funcionarios con trajes impecables y empleados apresurados se apresuran, sus pasos resuenan en el reluciente suelo de mármol. Recorro los sinuosos pasillos con cuidado, con los brazos en tensión al equilibrar las pesadas bandejas de pasteles meticulosamente elaborados.

La opulencia del lugar siempre me pilla desprevenida, no importa cuántas veces haya estado aquí. Mis ojos no pueden evitar fijarse en los paneles de madera pulida que recubren las paredes, con la pátina de la antigüedad y la importancia. Por encima, las lámparas de araña cuelgan como cascadas de diamantes, sus prismas de cristal capturan y dispersan la luz en un deslumbrante despliegue que las hace brillar. La grandeza contrasta con la calidez hogareña de la panadería.

Al acercarme a la sala de reuniones, unas voces apagadas se filtran por la puerta parcialmente abierta. Me detengo para no interrumpir. Dejo las bandejas en una mesa cercana, me ajusto el delantal y me aliso el pelo, con la esperanza de causar una impresión profesional.

«...la opinión pública importa, Darius», afirma una voz, teñida de impaciencia y una pizca de exasperación. «Asociarte con humanos dignos de confianza podría reforzar tu imagen y ayudar a aliviar las tensiones a las que nos enfrentamos. No puedes ignorar el poder de la percepción en esta delicada situación».

Mis oídos se agudizan ante la mención de Darius, una emoción familiar me recorre a pesar de mis esfuerzos por mantenerme distante. La curiosidad se apodera de mí y me encuentro acercándome, con el corazón acelerado mientras miro a través de la rendija de la puerta. La

rendija deja entrever lo suficiente para tentarme, y me esfuerzo por vislumbrar a sus ocupantes.

Dentro, Alaric Stonewell, un influyente inversor de Windhollow conocido por su riqueza y su astucia, camina con calculada elegancia por el pulido suelo de madera. Su elegante traje color carbón, hecho a medida a la perfección, y su pelo plateado peinado hacia atrás desprenden un aire de confianza y poder que inunda la habitación. Sus ojos azules se desvían de vez en cuando hacia la ventana, como si observara el mundo en busca de posibles amenazas u oportunidades.

Frente a él está sentado Darius Flintwing. Su presencia es imponente de una manera diferente, incluso cuando se sienta con un porte sereno en una silla de cuero de respaldo alto. Los ojos dorados y ambarinos de Darius siguen los movimientos de Alaric con mirada depredadora, mientras que sus anchos hombros y su postura relajada dejan entrever el poder en bruto que encierra su forma humana. De vez en cuando, el tenue brillo de sus escamas capta la luz a lo largo de sus antebrazos.

Mi corazón da un vuelco al ver a Darius. Me vienen a la mente recuerdos de nuestro breve encuentro de ayer: la inesperada calidez de su mirada, la forma en que me resultaba familiar y distante a la vez.

Alaric continúa: «Necesitas aliados en los que el público confíe. Alguien como...» Sus ojos se desvían hacia la puerta y se posan directamente en mí. Una sonrisa socarrona se dibuja en su rostro. «¡Ah, justo a tiempo! Tu prometida, supongo».

¿Prometida? La palabra flota en el aire como un encantamiento malogrado.

«Voy a entregar... -tartamudeo, entrando en la habitación con las mejillas sonrojadas.

Antes de que pueda terminar, Darius se levanta suavemente y se mueve a mi lado. «Sí», interviene, poniéndome una mano suave en el hombro. «Tessa ha sido inestimable para salvar las distancias dentro de la comunidad».

Le lanzo una mirada de desconcierto, pero su expresión sigue siendo ilegible.

La sonrisa de Alaric se ensancha. «Encantada de conocerla, señorita...».

«Hawthorne», digo titubeando. «Tessa Hawthorne.»

«De la panadería The Honeyed Hearth, ¿verdad?» Alaric pregunta. «He oído que sus pasteles son excepcionales».

«Gracias», respondo, con la mente acelerada para ponerme al día con la situación.

«Esta asociación es exactamente lo que necesitas, Darius», declara Alaric. «Una unión que simboliza la cooperación entre gente mágica y no mágica. Podría influir significativamente en las opiniones».

Darius asiente. «Eso es lo que esperamos».

¿Esperamos? Siento la tentación de corregir la narración, pero decido no montar una escena. En lugar de eso, fuerzo una sonrisa cortés y me disculpo. «Debería terminar de preparar los refrescos».

«Por supuesto», concede Alaric. «Hablaremos más pronto».

Mientras salgo de la habitación, mi corazón amenaza con estallar a través de mi caja torácica. ¿Qué ha pasado? La conversación se repite en mi mente, un torbellino de confusión e incredulidad. Me ocupo de colocar los pasteles en una mesa de la sala contigua, colocando meticulosamente cada delicado manjar, pero mis manos tiemblan ligeramente, delatando mi confusión interior.

Minutos más tarde, Darius se acerca con pasos mesurados, su expresión es una máscara de calma, aunque detecto un atisbo de cautela en sus ojos dorados como el ámbar. Se detiene a unos metros, dejándome espacio. «Tessa -comienza, con voz grave y controlada-, te agradezco tu comprensión. Tu rapidez mental ayudó a suavizar una situación potencialmente incómoda».

Me giro hacia él, cruzada de brazos. «¿Te importaría explicarme por qué de repente soy tu prometida?».

Suspira ligeramente. «Era una oportunidad que no podía dejar pasar. Alaric valora las apariencias y nuestra asociación podría ayudar a asegurar su inversión.»

«¿Y pensaste que involucrarme sin mi consentimiento era aceptable?». desafío.

«Tienes razón. Te pido disculpas por haberte puesto en esa situación sin consultarte antes». Su mirada se cruza con la mía con seriedad, un destello de remordimiento atraviesa sus ojos. «Fue presuntuoso por mi parte y debería haberlo hablado contigo antes. Pero creo que podemos ayudarnos mutuamente».

Levanto una ceja, con los brazos cruzados a la defensiva. «¿Cómo es eso?

Echa un vistazo al pasillo y sus anchos hombros se tensan ligeramente para asegurarse de que estamos solos. Satisfecho con nuestra intimidad, se inclina y baja la voz hasta susurrar. «Tengo entendido que tienes problemas con tu panadería, ¿una maldición? ¿Una que afecta a tus productos horneados?».

Me pongo rígida y se me acelera el corazón. La maldición era mi secreto mejor guardado, o eso creía. «¿Cómo lo sabes? ¿Me has estado espiando?»

«Las noticias corren rápido en Windhollow. Tengo contactos que podrían ayudar a levantar la maldición».

La sospecha me corroe. «¿Y qué quieres a cambio?».

«Un simple acuerdo», me explica. «Tú sigues haciéndote pasar por mi prometida para ayudarme a asegurar la inversión. A cambio, utilizaré mis recursos para encontrar una solución a tu problema».

Considero su propuesta, mi mente se acelera mientras sopeso mis opciones que se reducen rápidamente. La maldición que asola mi panadería está acabando no sólo con mi sustento, sino también con mi esperanza, y cada día que pasa me siento más desesperada. Si realmente puede ayudarme, podría ser el salvavidas que he estado buscando. Pero mi parte escéptica duda de sus motivos.

«Ni siquiera sé si puedes ayudarme», le digo, con la voz teñida de desconfianza y una esperanza apenas disimulada. «¿Y por qué debería confiar en ti? Apenas nos conocemos, y toda esta situación parece demasiado conveniente. ¿Qué te hace pensar que tienes los recursos para romper una maldición que ha dejado perplejos a todos los demás en la ciudad?».

«Porque nuestros objetivos coinciden», responde. «Ambos queremos recuperar nuestra posición en esta ciudad. Y te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte».

Hay sinceridad en su mirada, una profundidad que insinúa cargas tácitas. Respiro hondo. «De acuerdo. Pero esto es estrictamente un acuerdo de negocios. No más sorpresas».

Una pizca de alivio suaviza sus facciones. «De acuerdo.

«Además», añado, »espero total transparencia. Si voy a formar parte de esto, necesito saber lo que está en juego».

«Por supuesto», asiente. «¿Discutimos los detalles tomando un té?».

Dudo, pero cedo. «De acuerdo.

Nos trasladamos a un rincón tranquilo del vestíbulo, donde hay una pequeña sala de estar con vistas a los exuberantes jardines. La luz del sol entra por las vidrieras ornamentadas y proyecta un caleidoscopio de colores sobre el suelo de madera pulida.

Un camarero, vestido con un atuendo impecable, trae una bandeja de plata cargada con una humeante tetera de té aromático y un surtido de delicados sándwiches. Mientras nos

acomodamos en los lujosos sillones, aprovecho para estudiar a Darius más de cerca. Lleva el pelo oscuro de ónice impecablemente peinado, sin un mechón fuera de su sitio, y su afilada mandíbula confiere a sus rasgos un aire de autoridad y fuerza. Sin embargo, hay una inesperada suavidad en sus ojos cuando me mira, un atisbo de vulnerabilidad que se esconde bajo su exterior estoico. Es un marcado contraste con su habitual presencia dominante, y me intriga este atisbo del hombre que se esconde tras su poderosa fachada.

«Háblame de tu proyecto de santuario», le pregunto.

Sorbe su té pensativo. «Es un refugio para criaturas mágicas, un santuario donde pueden coexistir con los humanos sin miedo ni prejuicios», explica Darius, con una voz profunda que destila pasión. «Windhollow es el lugar ideal por su rica historia mágica y su mezcla única de residentes humanos y mágicos. La belleza natural y la energía de la ciudad proporcionan el telón de fondo perfecto para fomentar el entendimiento entre las distintas especies.»

«¿Y la inversión de Alaric es crucial?»

«Sí. Su apoyo aportaría credibilidad y abriría puertas que de otro modo estarían cerradas para nosotros», explica Darius, con los ojos brillantes de determinación. «La influencia de Alaric se extiende mucho más allá de Windhollow, y su respaldo podría convencer incluso a los inversores más escépticos».

Asiento lentamente, procesando la información. «Entonces entiendo por qué importa la percepción pública. No se trata sólo del dinero, sino también de cambiar corazones y mentes».

«Exacto», coincide Darius. «Tener a mi lado a un miembro respetado de la comunidad podría marcar la diferencia. Demostraría que humanos y criaturas mágicas pueden trabajar juntos por un objetivo común, salvando la división que ha existido durante demasiado tiempo.»

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada autocrítica. «Respetado es poco, dado el estado actual de mi panadería. Los pasteles de piedra no atraen precisamente a la gente».

Su expresión se suaviza y me dedica una sutil sonrisa que me hace palpitar el corazón. «Tu reputación sigue intacta, Tessa. La maldición es una circunstancia desafortunada, pero no afecta a tu carácter ni a tus habilidades como panadera. La gente de Windhollow recuerda la calidez y el confort que proporcionaba la panadería de tu abuela, y ven ese mismo espíritu en ti.»

«Muy amable por tu parte».

Hablamos de la logística: los actos a los que asistiremos juntos, los relatos que presentaremos. Cuanto más hablamos, más me doy cuenta de la complejidad de su mundo. Política, alianzas, agendas ocultas... todo está muy lejos de mi vida de harina y azúcar.

A medida que nuestra conversación se reduce, se establece entre nosotros un cómodo silencio. Miro por la ventana los jardines meticulosamente cuidados, las flores meciéndose suavemente con la brisa.

«¿Lo echas de menos? pregunto en voz baja, con la mirada fija en el rostro de Darius.

«¿Extrañar qué? Su ceño se frunce ligeramente, sus ojos ámbar buscan los míos con curiosidad.

«Estar libre de todas estas... expectativas», explico, señalando vagamente la opulenta habitación que nos rodea. «La política, las alianzas, la necesidad constante de mantener las apariencias. Debe de ser agotador tener que estar siempre en guardia y calculando tu próximo movimiento».

Sigue mi mirada hacia la ventana. «A veces. Pero he aprendido que las responsabilidades suelen conllevar cargas. Es cómo las manejamos lo que nos define».

Considero sus palabras. «Supongo que tienes razón.

Se vuelve hacia mí, sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que hace que se me

corte la respiración. «Tessa, quiero que sepas que no me tomo este acuerdo a la ligera. Tu participación significa mucho para mí, más de lo que crees». Su voz se suaviza y vislumbro un atisbo de vulnerabilidad bajo su conducta controlada. «Entiendo los sacrificios que estás haciendo y prometo hacer todo lo que esté en mi mano para que esto funcione para los dos».

Le miro fijamente, buscando cualquier indicio de engaño, pero no lo encuentro. «Gracias. Y espero que entiendas que hago esto porque necesito salvar mi panadería. Es lo único que me queda de mi familia».

Asiente solemnemente. «Lo comprendo».

Nos separamos poco después, acordando volver a reunirnos para el próximo evento del consejo. Mientras regreso al Hogar de Miel, una mezcla de emociones se arremolina en mi interior: incertidumbre, expectación y un destello de emoción.

Amelia me saluda en la puerta de la panadería con los ojos llenos de curiosidad. La campana de la entrada suena cuando la abro. «¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido?», me pregunta, casi saltando de puntillas por la expectación.

Niego con la cabeza, riendo incrédulo. Los acontecimientos de la última hora me parecen surrealistas, como sacados de un sueño extraño. «No te lo vas a creer», le digo. «Ni yo misma estoy segura de creérmelo».

«Pruébame», me reta Amelia, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyándose en la encimera. Sus cejas se arquean con expectación y puedo ver cómo le da vueltas a la cabeza mientras intenta adivinar qué ha podido ocurrir.

Le cuento los acontecimientos del día con todo lujo de detalles, desde el inesperado anuncio del compromiso hasta el acuerdo propuesto con Darius. A medida que hablo, los ojos de Amelia se agrandan y su boca se abre de asombro. Se agarra al borde del mostrador, inclinándose hacia delante como si temiera perderse una sola palabra.

«¿Tu prometida?», repite, con una mezcla de incredulidad y excitación en la voz. «Tessa, ¡qué locura! Quiero decir, ¿prometida con Darius Flintwing? ¿El Darius Flintwing? No me lo puedo ni imaginar. ¿Cómo es posible?» Los ojos de Amelia se abren de golpe, sus manos gesticulan salvajemente mientras habla.

«Cuéntamelo a mí».

Me da un codazo juguetón. «Pero es guapo. Quizá este acuerdo no sea tan malo».

Pongo los ojos en blanco, aunque un rubor me sube por el cuello. «Son sólo negocios».

«Ajá», bromea. «Pero ten cuidado. Los dragones son conocidos por atesorar tesoros».

Sonrío. «Bueno, no tengo intención de formar parte de su colección».

Pasamos el resto de la tarde preparándonos para el ajetreo de la noche, aunque mi mente divaga con frecuencia. Me sorprendo a mí misma mirando a la puerta cada vez que suena el timbre, esperando a medias que aparezca Darius.

Cuando cae la noche y la panadería se calma, reflexiono sobre los acontecimientos del día. ¿He hecho un trato con un dragón, tanto en sentido literal como figurado? Tal vez. Pero si eso significa salvar mi panadería y acabar con la maldición, es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Más tarde, me meto en la cama y miro al techo, buscando patrones en las sombras. Hay un cambio en el aire: la sensación de que se avecina un cambio. Una parte de mí es aprensiva, pero otra acepta el reto.

«Paso a paso», susurro en la oscuridad.

DARIUS

De pie ante el espejo de cuerpo entero de mi habitación en la Posada del Ganso Dorado, ajusto meticulosamente los puños de mi traje azul noche hecho a medida. El tejido es impecable, una fina mezcla de seda y lana que se mueve a la perfección con cada uno de mis movimientos, aunque esta noche me resulta extrañamente ceñido. Mi reflejo me devuelve la mirada con una fachada serena, cada pelo en su sitio y ni una arruga a la vista. Pero bajo esta superficie pulida, la incertidumbre se enrosca como una serpiente, amenazando con deshacer mi aplomo cuidadosamente construido.

La gala de esta noche en el ayuntamiento es algo más que un acto social: es fundamental para mis planes. El éxito de mi proyecto de santuario, un sueño que he alimentado durante años, puede muy bien depender de las impresiones causadas y las conexiones forjadas en las próximas horas. Y con Tessa de acuerdo con nuestro acuerdo poco convencional, las apuestas han aumentado aún más. Su presencia añade un comodín a un juego ya de por sí complejo.

Respiro profundamente, endureciéndome. No puedo permitirme ningún error, no cuando estoy tan cerca de conseguir aquello por lo que he trabajado incansablemente. Cada palabra y cada gesto deben ser calculados y perfectos.

Me aliso la corbata, de un plateado intenso que complementa el traje, y me paso una mano por el pelo. Las apariencias importan en estos círculos, una lección que he aprendido una y otra vez. Satisfecho, o todo lo satisfecho que puedo estar, me alejo del espejo y respiro hondo.

Es hora de enfrentarse a los lobos.

Al bajar la gran escalinata de la posada, saludo amablemente con la cabeza a las caras conocidas. El vestíbulo bulle de actividad: otros huéspedes se preparan para la gala, las conversaciones bullen sobre alianzas y rumores. Atravieso las puertas y salgo al aire del atardecer; la fresca brisa otoñal es un alivio bienvenido.

A medida que me acerco a la entrada del ayuntamiento, el imponente edificio se cierne ante mí, con su ornamentada arquitectura como testimonio de la rica historia de Windhollow. Intrincadas tallas adornan la fachada de piedra, representando escenas del pasado mágico de la ciudad, mientras delicadas agujas se elevan hacia el cielo, sus puntas parecen perforar el cielo crepuscular. El aire está cargado de expectación, y puedo oír los sonidos apagados de conversaciones y risas que salen del interior.

Entonces la veo.

Tessa está de pie junto al gran arco y, por un momento, todo lo demás se desvanece en una mancha de colores apagados y formas indistintas. Lleva un elegante vestido color esmeralda que fluye con gracia hasta el suelo, abrazando su figura en todos los lugares adecuados. El intenso y vibrante color hace que sus ojos ámbar brillen como oro fundido, con sus motas danzando con

una luz de otro mundo, y su pelo castaño cae en cascada sobre sus hombros en suaves ondas. Por un instante, olvido por qué estamos aquí, perdido en la cautivadora visión de Tessa transformada.

Me quedo momentáneamente sin palabras. «Estás impresionante», consigo decir, acercándome a ella.

Me mira con expresión cautelosa, con un ligero rubor en las mejillas. «Gracias», responde con voz firme. «Tú también te arreglas muy bien».

Le ofrezco una pequeña sonrisa. «¿Vamos?

Ella asiente. «Acabemos de una vez».

Le ofrezco el brazo y siento una leve vacilación antes de que lo acepte. Su tacto es ligero, pero me transmite un calor inesperado. Mientras subimos juntos los escalones, no puedo evitar las miradas que nos dirigen, algunas de curiosidad, otras de escepticismo.

Dentro, el gran salón de baile es un impresionante espectáculo de opulencia y extravagancia mágica. Del techo abovedado cuelgan lámparas de araña encantadas, cuyos cristales refractan la luz en una miríada de colores que cambian y bailan al ritmo de la música. Las mesas están adornadas con lujosos centros de mesa, flores que florecen y cambian de tonalidad cada pocos instantes y cuyos pétalos se despliegan en lentos y fascinantes patrones. La vajilla de plata brilla con un resplandor de otro mundo, parece viva al captar y reflejar la luz siempre cambiante. Las cortinas de gasa ondean suavemente a lo largo de las paredes a pesar de la ausencia de brisa. El suelo de mármol pulido bajo nuestros pies parece ondular a cada paso, creando la ilusión de caminar sobre el agua.

Los invitados se mezclan en grupos, el zumbido de sus conversaciones se mezcla con los suaves acordes de la orquesta. Guío a Tessa entre la multitud, manteniéndola cerca. Su postura es tranquila, pero percibo la tensión subyacente.

«Recuerda», murmuro, “estamos juntos en esto”.

Me mira y sus ojos revelan una mezcla de determinación e inquietud. «No lo he olvidado».

Nuestra primera parada es con el concejal Harrington, un hombre corpulento con predilección por los buenos vinos y los chismes más finos. «¡Darius, muchacho!», exclama mientras agita su copa. «¿Y quién es esta encantadora compañera?»

«Tessa Hawthorne», la presento. «Mi prometida».

Tessa extiende la mano con elegancia. «Un placer conocerle, concejal».

Él toma su mano con una floritura. «El placer es todo mío. He oído hablar maravillas del Hogar de Miel. Sus pasteles son la comidilla de la ciudad».

«Es usted muy amable», responde ella con recato.

Nos movemos entre la multitud, hablando con los personajes clave. Cada presentación sigue un patrón similar: el escepticismo da paso a la intriga a medida que Tessa se va relacionando con ellos. Habla con verdadero interés y su calidez atrae a la gente. La observo con una mezcla de admiración y alivio. Lo está llevando mucho mejor de lo que esperaba.

En un momento dado, se nos acerca Lady Evelyn, una prominente dama de la alta sociedad conocida por su lengua afilada. «Darius, debo decir que tu elección de prometidas es... inesperada», comenta, mientras mira a Tessa con detenimiento.

Tessa sonríe amablemente. «Espero que lo inesperado sea algo bueno».

Lady Evelyn arquea una ceja perfectamente cuidada y sus labios esbozan una leve sonrisa. «El tiempo lo dirá. Dime, querida, ¿qué te parece el mundo de la política? Debe de ser un gran cambio con respecto a tu pintoresca panadería».

«En realidad, se parece mucho a la pastelería», responde Tessa con suavidad, con voz cálida y segura a pesar de la sutil insinuación. Mira a Lady Evelyn sin inmutarse. «Requiere la mezcla

adecuada de ingredientes, una cuidadosa atención a los detalles y un delicado equilibrio para lograr el resultado deseado. A veces hay que saber cuándo subir la temperatura y cuándo dejar que las cosas se enfríen. Y, por supuesto», añade con una sonrisa desarmante, "una pizca de dulzura nunca viene mal".

Se me escapa una carcajada antes de que pueda contenerla. Lady Evelyn parece ligeramente impresionada. «Bien dicho. Quizá tengas éxito donde otros han fracasado en domar a nuestro querido Darius».

«No es tan difícil una vez que lo conoces», dice Tessa, lanzándome una mirada de reojo.

Levanto una ceja, con una pizca de diversión en la comisura de los labios. «No sabía que había que domarme. Siempre me he considerado bastante civilizada, muchas gracias».

«Oh, siempre se puede mejorar, querida», replica Lady Evelyn con ligereza, sus ojos centelleando con picardía. «Incluso a las gemas más pulidas les viene bien un poco de pulido de vez en cuando, ¿no te parece?».

Mientras Lady Evelyn sigue su camino, me inclino hacia Tessa. «Estás disfrutando con esto», la acuso suavemente.

«Quizá un poco», admite Tessa, con una pizca de picardía bailando en sus ojos. «Es interesante ver esta faceta tuya. No estaba seguro de que la tuvieras».

«¿Y qué lado es ese?» le pregunto, picada por la curiosidad. Me inclino un poco, atraída por su tono juguetón.

«El que no siempre es tan serio», contesta, curvando los labios en una sonrisa burlona. «La que sabe aceptar una broma sin convertirla en una propuesta de negocios».

Me río suavemente, el sonido retumba en mi pecho. «Tendré que enseñártelo más a menudo, entonces. Hay muchas cosas de mí que aún no ha descubierto, señorita Hawthorne».

Su mirada se cruza brevemente con la mía, un destello de algo -¿interés? ¿incertidumbre? - atraviesa sus ojos color avellana antes de apartar la vista, con las mejillas ligeramente sonrojadas. «No te precipites», me advierte, pero en su voz hay una calidez que antes no había. «Aún nos queda mucho camino por recorrer antes de que empiece a creer que eres algo más que un estirado hombre de negocios».

Seguimos circulando, pero las corrientes subterráneas de hostilidad se hacen más evidentes. Los susurros siguen nuestro rastro y capto fragmentos de conversaciones: «Un dragón metamorfo, ¿te lo puedes creer?». «¿Ahora se mezcla con los humanos?» «¿En qué se está convirtiendo el mundo?»

Tessa parece darse cuenta también, sus hombros se tensan ligeramente cuando otro comentario en voz baja llega a nuestros oídos. «No son precisamente sutiles, ¿verdad?», murmura.

«Por desgracia, los prejuicios rara vez lo son», respondo, con un tono comedido pero cargado de resignación. «Suele ser ruidoso, feo y dolorosamente obvio para los que lo reciben».

Nos acercamos a un grupo de concejales, entre ellos el concejal Everett, un hombre severo de pelo plateado y ceño fruncido. «Señor Flintwing», me saluda con frialdad. «¿Y la señorita...?»

«Hawthorne», suple Tessa, extendiendo la mano. «Es un placer.

Él le da la mano brevemente antes de volver a centrar su atención en mí. «Espero que la velada le resulte agradable».

«Bastante», respondo con serenidad, manteniendo la compostura a pesar de la tensión subyacente. «Esperaba que pudiéramos discutir más a fondo la propuesta del santuario. Hay varios puntos clave que creo que merecen una consideración adicional».

Agita una mano desdeñosa y sus cejas plateadas se fruncen ligeramente. «Todo a su debido

tiempo, Sr. Flintwing. Estos asuntos requieren una cuidadosa deliberación. Sin embargo, debo admitir que hay ciertos elementos que me preocupan. No todos en el consejo comparten su entusiasmo por una empresa tan audaz».

«¿Por ejemplo? Pregunto, con la voz calmada pero con un toque de desafío. Noto que Tessa se mueve a mi lado.

Mira a Tessa y sus ojos se entrecierran ligeramente. «Las asociaciones pueden influir en las percepciones, señor Flintwing. Seguro que lo entiende. Los dragones tienen una larga y complicada historia por estos lares, como bien sabe. Algunas heridas son profundas, y no todo el mundo es tan abierto de mente como cabría esperar».

Antes de que pueda responder, Tessa se adelanta. «Con el debido respeto, concejal, aferrarse a prejuicios anticuados obstaculiza el progreso. La dedicación de Darius a fomentar la unidad es precisamente lo que Windhollow necesita».

Él la mira con leve sorpresa. «¿Es así?»

«Sí», continúa ella, con voz firme y decidida. «El proyecto del santuario beneficia a todos, no sólo a los seres mágicos. Aceptar la diversidad fortalece nuestra comunidad y abre las puertas a nuevas posibilidades que aún no hemos imaginado».

Un murmullo de acuerdo se extiende por todo el grupo y se hace más fuerte a medida que sus palabras calan hondo. Reprimo una sonrisa, impresionada por su convicción y por la forma en que está influyendo en la multitud.

El concejal Everett resopla levemente y frunce el ceño. «Ya veremos. Estos asuntos rara vez son tan sencillos como parecen. Buenas noches a los dos». Asiente secamente, con una postura rígida.

Cuando se marcha, entre la gente del pueblo, me vuelvo hacia Tessa. «Gracias por eso. Tus palabras han tenido peso».

Se encoge de hombros, con un toque rosado en las mejillas. «Era necesario decirlo. Alguien tenía que defenderte».

«No tenías que defenderme», señalo, escrutando su rostro. «Podría complicarte las cosas».

Me mira fijamente, sus ojos color avellana brillan con determinación. «Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Eso es lo que hacen los compañeros, aunque sólo sea para aparentar».

«En efecto», respondo, con un calor que me recorre el pecho y que rápidamente hago a un lado. «Es usted una aliada formidable, señorita Hawthorne».

La orquesta cambia a una melodía más animada y las parejas empiezan a moverse hacia la pista de baile. Antes de que pueda sugerir que salgamos a tomar el aire, Alaric aparece a nuestro lado con una copa de champán en la mano.

«Darius, Tessa», nos saluda con una sonrisa que no le llega a los ojos, y su mirada nos recorre con curiosidad apenas disimulada. «Habéis sido la comidilla de la noche».

«De todo, espero», respondo, manteniendo la voz ligera a pesar de la tensión que siento crecer en mi pecho.

«Sobre todo. Parece que tu inesperado compromiso ha hecho que se muevan algunas lenguas», dice enigmáticamente, mientras agita el champán de su copa. «Habéis impresionado a nuestros estimados invitados. Su asociación ha levantado algunas cejas, pero no necesariamente de forma negativa. Quizá su propuesta tenga más mérito del que yo pensaba».

«Es alentador oír eso», digo, manteniendo un tono neutro mientras interiormente respiro aliviada. «Apreciamos tu amplitud de miras, Alaric. Es precisamente el tipo de visión de futuro que esperábamos inspirar».

Bebe un sorbo de champán, pensativo. «La opinión pública está cambiando. Una prometida

encantadora hace maravillas por tu imagen».

La expresión de Tessa permanece serena. «Nos alegra contar con tu apoyo, Alaric. Significa mucho para los dos».

«No nos adelantemos», advierte Alaric. «Pero estoy abierto a nuevas conversaciones».

«Eso es todo lo que pedimos», respondo, manteniendo el nivel de mi voz a pesar de la oleada de esperanza en mi pecho. «Agradecemos su disposición a considerar nuestra perspectiva».

Inclina la cabeza y en sus labios se dibuja un esbozo de sonrisa antes de pasar a charlar con otros invitados.

Tessa exhala suavemente una vez que él está fuera del alcance del oído, sus hombros se relajan ligeramente. «Es intenso. Me siento como si acabara de pasar por un interrogatorio».

«Esa es una palabra para describirlo», estoy de acuerdo, mis ojos siguen el camino de Alaric a través de la multitud. «Alaric tiene una forma de hacer que cada conversación parezca una partida de ajedrez».

«¿Confías en él?» pregunta Tessa, su voz apenas supera un susurro.

Hago una pausa, considerando mis palabras cuidadosamente. «No del todo», admito, volviéndome para mirarla. «Pero su influencia es significativa. Tenerlo de nuestro lado, aunque sea tímidamente, podría marcar la diferencia».

Ella asiente, mirando alrededor de la habitación. «Necesito un poco de aire fresco. ¿Me acompañas?»

«Por supuesto», respondo con suavidad.

Salimos al balcón, el aire fresco de la noche contrasta con el calor del interior. El cielo está despejado, las estrellas esparcidas como diamantes sobre terciopelo. Los sonidos de la gala se desvanecen ligeramente, sustituidos por el suave susurro de las hojas.

Tessa apoya las manos en la barandilla de piedra y contempla los jardines iluminados. «Esto es precioso».

«Una de mis vistas favoritas», le digo, poniéndome a su lado y contemplando el impresionante panorama.

Ella echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos brevemente y saborea el momento. Una suave brisa juega con un mechón suelto de su pelo. «Gracias por esta noche», dice en voz baja, apenas un susurro.

«¿Por qué? le pregunto, con verdadera curiosidad por saber a qué se refiere.

«Por incluirme. Por... hacerme sentir que puedo marcar la diferencia», explica, abriendo los ojos para mirarme. Hay una vulnerabilidad en su mirada que me pilla desprevenido.

«Hiciste más que eso», le aseguro, con una voz llena de sinceridad. «Estuviste extraordinaria. Fue impresionante ver cómo te manejabas».

Sonríe débilmente, con un atisbo de orgullo en su expresión. «Supongo que sí», admite, con las mejillas ligeramente coloradas por el elogio. «Me sentí bien al formar parte de algo más grande que yo, aunque sólo fuera por una noche».

Nos sumimos en un cómodo silencio. Me encuentro estudiando su perfil, la forma en que la luz de la luna suaviza sus rasgos, la delicada curva de su cuello. Un dolor desconocido se instala en mi pecho, un anhelo que he reprimido durante tanto tiempo.

«¿Por qué has vuelto a Windhollow?», pregunta de repente, escrutando mis ojos.

Considero mi respuesta cuidadosamente antes de contestar. «Porque es mi hogar», respondo finalmente, con voz grave y seria. «Y porque el cambio tiene que empezar en algún sitio. No podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo se ensanchaba la brecha entre humanos y seres mágicos».

«¿Alguna vez has deseado que las cosas fueran diferentes?» insiste Tessa, con una pizca de vulnerabilidad en el tono.

«Todo el tiempo», admito, pasándome una mano por el pelo. «Hay noches en las que me quedo despierta imaginando un mundo en el que no tengamos que ocultar quiénes somos. Pero desearlo no significa que sea así. Nunca lo ha hecho».

Se gira para mirarme de frente, con expresión resuelta. «No, pero las acciones sí. Tenemos el poder de forjar nuestro propio destino, de marcar la diferencia».

«Cierto», asiento, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. «Y precisamente por eso estoy aquí, por eso estamos haciendo esto. Para hacer realidad esos deseos».

Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, la distancia que nos separa parece insignificante. El aire está cargado de una tensión que antes no existía... o quizá yo no me había dado cuenta.

Me aclaro la garganta y retrocedo un poco. «Deberíamos volver dentro».

Ella parpadea; el hechizo del momento se rompe de repente. Se ruboriza y da un pequeño paso atrás. «Sí, por supuesto», murmura Tessa.

Cuando volvemos a entrar en el salón de baile, el ambiente se vuelve más pesado. Veo a Seraphina de pie en un balcón, con su atuendo oscuro y su mirada penetrante, inconfundible incluso desde esta distancia. Sus labios se curvan en una sonrisa cómplice cuando me observa, un gesto que me produce un escalofrío.

Se me hace un nudo en el estómago. La presencia de Seraphina es más que inquietante, es un presagio de las complicaciones que se avecinan. Se mueve por las altas esferas de la sociedad con la gracia de una depredadora, su encanto y su belleza abren puertas que deberían permanecer firmemente cerradas. Pero sé muy bien que sus intenciones distan mucho de ser benignas. Detrás de esa fachada cautivadora se esconde una mente astuta y un corazón frío como el hielo, capaz de manipular incluso a los más poderosos.

«¿Va todo bien?» pregunta Tessa, siguiendo mi mirada.

«Sólo un viejo conocido», respondo escuetamente. «Nada de qué preocuparse».

Pero estoy preocupado, más de lo que me gustaría admitir. Los peligros que acechan en las sombras están más cerca de lo que me gustaría, sus zarcillos llegan más lejos de lo que preveía. La implicación de Tessa complica las cosas exponencialmente, añadiendo un elemento volátil a una situación ya de por sí precaria. Mis instintos protectores se disparan con una intensidad que me sorprende incluso a mí: una necesidad abrumadora de protegerla de cualquier daño, de mantenerla cerca y a salvo dentro del círculo de mi influencia. Es un sentimiento a la vez extraño y familiar. La idea de que Tessa se vea atrapada en el fuego cruzado de mi mundo me produce un escalofrío y me impulsa a tomar la feroz determinación de garantizar su seguridad cueste lo que cueste.

Nos mezclamos un rato más, pero mi concentración se ve interrumpida. Estar cerca de Tessa despierta emociones que he mantenido a raya durante mucho tiempo. El dragón que llevo dentro susurra posesivamente, instándome a reclamarla y protegerla. Reprimo el instinto, consciente de las consecuencias que podría tener ceder.

Al caer la tarde, se acerca un miembro del consejo con el que ya había discutido antes. «Flintwing», se dirige a mí secamente. «Una advertencia. No todo el mundo está contento con tus ambiciones».

«Tomo nota», respondo con frialdad.

Hace una leve mueca de desdén. «Los dragones tienen una larga historia de destrucción allá donde van. Espero sinceramente que no pretendas demostrar que ese antiguo dicho es cierto,

Flintwing. Nuestra ciudad ya tiene suficientes problemas como para añadir el caos dracónico a la mezcla».

Antes de que pueda replicar, Tessa se adelanta, mi heroína una vez más. «Tus prejuicios son infundados y, francamente, decepcionantes», afirma con firmeza. «Darius está comprometido con la unidad y el progreso de todos los seres, mágicos o no. Sus acciones hablan mucho más que tus acusaciones infundadas. Tal vez es hora de dejar de lado estos temores anticuados y abrazar el potencial para un cambio positivo. Después de todo, ¿no se supone que eso es Windhollow?».

La mira fijamente, sus ojos se entrecierran con un desdén apenas contenido. «¿Y quién eres tú para sermonearme sobre asuntos de los que claramente no sabes nada?», se burla, con voz condescendiente.

«Alguien que cree en un futuro mejor para todos», responde ella sin perder el ritmo, con la barbilla levantada desafiante. «Alguien que ve el potencial de un cambio positivo si estamos dispuestos a abrir nuestras mentes y nuestros corazones».

Él se burla, su cara se tuerce en una mueca, pero se retira de todos modos. Al darse la vuelta, murmura una retahíla de maldiciones ininteligibles que se desvanecen cuando desaparece entre la multitud.

Miro a Tessa con una mezcla de sorpresa y gratitud que me invade. Su inesperada defensa me ha dejado momentáneamente sin habla. «No tenías por qué hacerlo», consigo decir por fin. «Estoy acostumbrada a lidiar con ese tipo de actitudes».

«Sí, tenía que hacerlo», insiste ella, con los ojos encendidos de convicción. «Nadie debería hablarte así, Darius. Ni aquí ni en ningún sitio. Tus esfuerzos merecen respeto, no acusaciones infundadas».

Me invade una sensación cálida, desconocida pero bienvenida. «Gracias.

Me ofrece una pequeña sonrisa. «Estamos en paz».

Cuando los últimos invitados empiezan a marcharse y sus risas se pierden en la noche, acompaño a Tessa al exterior. El aire nocturno es fresco y vigorizante, una suave brisa trae el dulce y embriagador aroma del jazmín de los jardines cercanos. Los farolillos se alinean en el sinuoso camino empedrado y su cálido y titilante resplandor baila sobre el suelo. La suave luz ilumina los rasgos de Tessa, resaltando la curva de su mejilla y el brillo de sus ojos.

«Te has portado excepcionalmente bien esta noche», le digo con sinceridad.

Ella se encoge ligeramente de hombros. «Hice lo que era necesario. Recuerda que esto nos beneficia a los dos».

«Aun así, te lo agradezco».

Se gira para mirarme, sus ojos buscan los míos. «Darius, ¿qué está pasando realmente? Estabas mirando a una mujer con una extraña hostilidad. ¿Hay algo más que deba saber?»

Dudo, mi mirada se desvía hacia el camino iluminado por la linterna que tenemos ante nosotros. «Hay complejidades», admito, eligiendo mis palabras con cuidado. «Pero no quiero agobiarte con ellas. Ya has asumido demasiadas cosas».

«Demasiado tarde para eso», dice suavemente. «Somos socios en esto, ¿no? ¿Para bien o para mal?»

Asiento lentamente, sintiendo todo el peso de nuestro acuerdo sobre mis hombros. «Sí, lo somos», concedo, con la voz áspera por la emoción que no tenía intención de revelar.

Tessa se acerca un paso, la brisa perfumada de jazmín agita los mechones sueltos de su pelo castaño. «Entonces confía en mí lo suficiente como para contarme lo que te preocupa», me insta, con un tono suave pero firme. «Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos. Eso es lo que hacen los

compañeros, ¿no?».

Considero su petición, la seriedad de su mirada. ¿Qué hay de malo en confiar en ella? «La mujer era Seraphina, y no es alguien a quien tomar a la ligera. Sus intereses a menudo entran en conflicto con los míos, y sus métodos son cuestionables».

«¿Crees que es una amenaza?» pregunta Tessa, con la preocupación marcando sus rasgos.

Dudo, sopesando mis palabras con cuidado. «Es posible. Pero me encargaré de ello», le aseguro.

Ella arquea una ceja y sus ojos color avellana me estudian con atención. «No tienes por qué enfrentarte a todo sola», dice en voz baja, acercándose un paso más.

«Viejos hábitos», admito con una sonrisa de pesar. «Llevo tanto tiempo sola que me cuesta recordar que hay otras opciones».

«Bueno, tal vez es hora de formar nuevos», sugiere Tessa, su voz suave pero firme. Extiende la mano y sus dedos apenas rozan mi brazo. «Ahora tienes a una persona que se preocupa por ti, Darius. Una persona que quiere ayudarte».

Una sonrisa se dibuja en mis labios, un calor se extiende por mi pecho ante sus palabras. «Quizá tengas razón», concedo, sorprendido por las ganas que tengo de creerla. «Estaría bien tener a alguien que me cubriera las espaldas, para variar».

Caminamos en agradable silencio hacia el carruaje que la llevará a casa. Cuando sube, hace una pausa. «Buenas noches, Darius.»

«Buenas noches, Tessa.»

Desaparece en el carruaje y veo cómo se aleja. Entonces me doy cuenta de que las líneas entre pretensión y realidad empiezan a difuminarse. Lo que empezó como un acuerdo beneficioso para ambas partes ya se está complicando, y sólo han pasado un par de días. Estar cerca de Tessa despierta sentimientos que creía haber enterrado, algo peligroso dadas las circunstancias.

De vuelta a la posada, contemplo el camino que me espera. Navegar por las traicioneras aguas de la política y los prejuicios ya es bastante difícil. Permitirme preocuparme por Tessa añade otro nivel de riesgo.

Pero quizá merezca la pena correr algunos riesgos.

Mientras me retiro a dormir, la imagen de ella defendiéndome permanece en mi mente. El fuego de sus ojos, su convicción inquebrantable, me inspiran y me desarman. Su apasionada defensa de mí, un dragón con forma humana, ante la escéptica gente del pueblo ha dejado una marca indeleble en mis pensamientos.

Permanezco despierto, mirando al techo, y los sonidos distantes de la ciudad se van silenciando. Las risas apagadas de una taberna cercana se desvanecen, sustituidas por el suave susurro de las hojas en la brisa nocturna. El dragón que llevo dentro se agita inquieto, un eco silencioso de mis propias emociones conflictivas. Su antiguo poder se enrosca bajo mi piel, un recordatorio constante de la dualidad de mi naturaleza y del precario equilibrio que debo mantener en este mundo humano.

«Paso a paso», murmuro en la oscuridad.

Por ahora, todo lo que puedo hacer es prepararme para lo que viene y esperar estar tomando las decisiones correctas, para mí, para el santuario y, quizás lo más importante, para Tessa.

TESSA



Me despierto al amanecer en Windhollow, escuchando el suave piar de los pájaros junto a mi ventana. La determinación me recorre como un río después de una tormenta. Hoy encontraré respuestas.

Balanceo las piernas sobre el borde de la cama y me estiro, sintiendo el ligero dolor de los acontecimientos de anoche. Me viene a la mente el recuerdo de haber defendido a Darius en la gala y lo dejo de lado. No hay tiempo para pensar en eso. La maldición del Hogar de Miel está empeorando y no puedo permitirme más contratiempos.

Después de vestirme con una blusa y una falda sencillas, me hago una trenza suelta y bajo las escaleras. La panadería está en silencio, el aire aún desprende el leve aroma de la repostería nocturna de Amelia. Paso los dedos por la encimera, el frío mármol contrasta con la calidez que suelo sentir aquí. Tengo que devolver a este lugar su antiguo esplendor.

Cojo el grimorio de mi abuela de la estantería y lo meto en mi mochila. Quizá en sus páginas se encuentren las respuestas, o quizá alguien pueda ayudarme a descifrar sus secretos. Miro el reloj: es lo bastante temprano como para que las calles estén relativamente vacías.

Salgo y respiro el aire fresco de la mañana. La ciudad de Windhollow empieza a animarse. Los comerciantes abren sus puertas y el aroma de las pociones recién hechas se mezcla con el de la hierba cubierta de rocío. Me dirijo hacia el archivo mágico y mis pasos resuenan suavemente sobre los adoquines.

El camino me lleva a través de la plaza del pueblo, donde el agua de la fuente brilla bajo los rayos del sol. Veo mi reflejo en el agua: unos ojos decididos sobre un fondo de preocupación. Me sacudo la duda y sigo adelante.

Al acercarme al archivo, se me corta la respiración. El edificio es una maravilla arquitectónica como ningún otro en Windhollow. Robles centenarios se entrelazan para formar muros altísimos, sus ramas nudosas se entrelazan tan perfectamente que es como si hubieran crecido con un propósito, guiadas por una mano invisible. Las hojas de color esmeralda y dorado crean un efecto de vidriera natural cuando se filtra la luz del sol, proyectando patrones moteados sobre el suelo. El aire que rodea la estructura zumba con una energía sutil, como si la esencia misma del conocimiento que contiene pulsara hacia el exterior.

La entrada, un gran arco formado por dos enormes robles, parece hacerme señas para que me acerque. Intrincadas tallas adornan la corteza y cuentan historias de épocas pasadas en un lenguaje olvidado. A medida que me acerco, no puedo evitar una sensación de reverencia, sabiendo que entre estas paredes vivas se esconden secretos y sabiduría que abarcan siglos. El archivo se erige como un guardián silencioso de la herencia mágica de Windhollow, imponente e invitador a la vez, desafiando a aquellos que buscan su conocimiento a demostrar que son dignos

de él.

Me detengo en la entrada, un gran arco formado por los troncos entrelazados. Las runas grabadas en la madera brillan tenuemente, resonando con una magia que se siente a la vez antigua y viva. Tragándome mi aprensión, doy un paso adelante. Las puertas se abren silenciosamente y me dan la bienvenida.

El interior es una vasta cámara repleta de altísimas estanterías que se extienden hacia el dosel superior. Libros de todos los tamaños y épocas se alinean en las paredes, con lomos que llevan títulos en lenguas familiares y extranjeras. El aire huele a pergamino envejecido y a una pizca de incienso.

«Bienvenida, Tessa Hawthorne», me saluda una voz suave.

Me giro y veo a Elyndra saliendo de detrás de una estantería. Su cabello plateado cae en cascada sobre sus hombros como una cascada de luz de luna, y sus ojos -de un violeta impactante- parecen albergar siglos de sabiduría. Se mueve con una gracia etérea y su larga túnica susurra contra el suelo.

«¿Sabes cómo me llamo? pregunto sorprendida.

Una suave sonrisa curva sus labios. «Me preguntaba cuándo nos buscarías».

«Entonces, ¿sabías que iba a venir?

Asiente lentamente. «Tu abuela y yo éramos muy amigas. Hablaba muy bien de ti».

El calor inunda mi pecho ante la mención de mi abuela. «¿La conocías?»

«Sí. Esme era una mujer extraordinaria, una sanadora con talento y una amiga muy querida».

Aferro con más fuerza la correa de mi mochila. «Espero que puedas ayudarme. Mi panadería está maldita y no sé a quién recurrir».

La mirada de Elyndra se suaviza. «Ven conmigo».

Me guía por el laberinto de estanterías, adentrándose en el vasto archivo. Pasamos por secciones etiquetadas con ornamentadas placas doradas: Alquimia, Magia Elemental, Ciencia Antigua. A medida que avanzamos, el aire se vuelve más denso con el aroma de viejos pergaminos y encuadernaciones de cuero. Los suaves susurros de eruditos e investigadores se desvanecen, sustituidos por un inquietante silencio roto únicamente por nuestros pasos. Cuanto más avanzamos, menos gente encontramos, hasta que parece que somos las únicas almas en este reino del conocimiento.

Finalmente, llegamos a una zona apartada, escondida en un rincón olvidado. Una puerta hecha de ramas intrincadamente entrelazadas bloquea nuestro camino, su madera viva con una débil energía pulsante. De las ramas brotan delicadas hojas que brillan con una iridiscencia de otro mundo.

Elyndra hace un gesto hacia ella. «Pon la mano sobre la puerta».

Dudo un instante antes de extenderla. Al tocar la fría madera con la palma, siento un hormigueo en el brazo. Las runas de la puerta se iluminan y, con un suave crujido, se abre.

«Sólo pueden entrar quienes posean el don», explica Elyndra, con voz suave pero cargada de conocimientos ancestrales. «Esta puerta reconoce y responde a la esencia mágica».

La miro, con confusión y una pizca de decepción en la voz. «Pero yo no tengo magia».

Ella enarca una ceja y una sonrisa de complicidad se dibuja en la comisura de sus labios. «¿Verdad? Sus ojos brillan con diversión e intriga, como si estuviera al tanto de un secreto que aún no he descubierto sobre mí. «A veces, la magia más poderosa está latente, esperando el momento adecuado para revelarse».

La sigo al interior y la atmósfera me invade de inmediato. La habitación está bañada por un suave y palpitante resplandor procedente de los cristales iridiscentes incrustados en las toscas

paredes de piedra labrada. Una gran mesa de madera oscura ocupa el centro del espacio y su superficie está repleta de pergaminos desgastados y tomos antiguos. Algunos de los libros parecen tan viejos que temo que se desmoronen al menor contacto. El aire está cargado de la inconfundible aura de una magia poderosa que me eriza los pelos de la nuca.

Elyndra me hace un gesto para que me siente. «Tu abuela me confió ciertos conocimientos, por si alguna vez los buscas».

Saco el grimorio y lo dejo sobre la mesa. «He intentado encontrar respuestas en su libro, pero no entiendo mucho».

Abre el grimorio y hojea las páginas con reverente cuidado. «Esme era cautelosa, a menudo escribía en código para proteger sus secretos. Pero aquí hay pistas».

Coge un pergamino de una estantería cercana y lo despliega. El pergamino revela intrincados dibujos de un colgante: un cristal en forma de lágrima envuelto en enredaderas de plata, con inscripciones rodeando su borde.

«Esto», dice Elyndra señalando la imagen, »es una reliquia familiar que ha pasado de generación en generación. Se conoce como el Colgante de Piedra del Corazón. Tiene el poder de amplificar las habilidades mágicas innatas».

Mis dedos recorren la intrincada ilustración, siguiendo las delicadas líneas de las vides plateadas y el cristal en forma de lágrima. Siento un extraño hormigueo en las yemas de los dedos, pero lo dejo a un lado. «Nunca había visto algo así. ¿Cómo he podido pasar por alto algo tan importante?».

«Tu abuela era muy precavida», explica Elyndra con voz suave y comprensiva. «Lo escondió para protegerlo de quienes pudieran abusar de su poder. Hay muchos que no se detendrían ante nada para poseer un artefacto mágico tan potente».

La esperanza revolotea en mi pecho, frágil pero persistente. «¿Crees que podría ayudar a levantar la maldición de la panadería? ¿Podría ser la llave que hemos estado buscando?».

La expresión de Elyndra se torna pensativa, sus ojos distantes como si considerara innumerables posibilidades. «Tal vez. El Colgante de Piedra del Corazón tiene un potencial inmenso. Pero primero, debes despertar tu propia magia, Tessa. El colgante amplifica lo que ya existe; no puede crear poder de la nada».

Sacudo la cabeza, con la frustración y la duda asomando. «Pero no sé cómo hacerlo. Nunca he dado muestras de tener magia. Ni siquiera una chispa. ¿Cómo puedo despertar algo que quizá ni siquiera exista?».

Elyndra inclina la cabeza, con un brillo cómplice en los ojos. «La magia suele permanecer latente hasta que se necesita. Dime, ¿has experimentado algo inusual últimamente?».

Me acuerdo de una cuchara de madera que parecía moverse sola el otro día, pero lo descarté por ser mi imaginación. «Pequeñas cosas, tal vez. Pero nada importante».

Sonríe suavemente. «Hasta la chispa más pequeña puede encender una llama».

Cierra el grimorio y cruza las manos sobre él. «Hay algo más que deberías saber. Tu abuela formaba parte de un consejo dedicado a mantener el equilibrio en Windhollow. Trabajaban en secreto para protegerse de las fuerzas oscuras».

Mi mente se tambalea. «¿Por qué no me lo dijo?»

«Quería protegerte. El conocimiento puede ser una carga tanto como un don».

Recuerdo el nombre de Seraphina de la gala, la mujer de la que Darius parecía desconfiar. Su nombre aparece en mi mente convenientemente, como ofrecido por fuerzas que escapan a mi comprensión. «¿Tiene esto algo que ver con Seraphina?».

La expresión de Elyndra se ensombrece ligeramente. «Seraphina fue una vez aliada del

Consejo. Pero su deseo de poder la consumió. Se adentró en la magia oscura, buscando controlar en lugar de proteger. Cuando fue expulsada, juró vengarse».

Un escalofrío me recorre la espalda. «¿Crees que es la responsable de la maldición sobre mi panadería?»

«Es posible. Tu panadería se encuentra en un punto nexo, un lugar donde convergen energías mágicas. Sabotearla rompería el equilibrio y debilitaría las defensas de la ciudad».

Me agarro al borde de la mesa de madera y los nudillos se me ponen blancos. «¿Qué puedo hacer? pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro.

Los ojos de Elyndra se suavizan, un atisbo de esperanza brilla a través de su semblante severo. Se inclina hacia mí, con voz grave y urgente. «Primero, debes aceptar plenamente tu herencia, Tessa. La magia que fluye por tus venas no es sólo una parte de ti: eres tú. Tu poder innato, transmitido de generación en generación, es la clave para liberar el verdadero potencial del colgante. Sólo si aceptas quién eres, por completo y sin reservas, podrás aprovechar su fuerza y proteger Windhollow».

Se levanta y saca una caja delgada de un compartimento oculto en la pared. Al abrirla, descubre una delicada cadena de plata que sostiene un pequeño cristal, una réplica del Colgante de Piedra del Corazón.

Se me corta la respiración. «Pero dijiste que estaba escondido.

«Es un gemelo del que debes encontrar. Debes unirlos. Esme me lo confió para que lo guardara. Es hora de que se lo devuelva a su legítima dueña».

Me da el colgante y, cuando lo tengo en la palma de la mano, siento un calor que me recorre y palpita al ritmo de los latidos de mi corazón.

«Cierra los ojos», me dice Elyndra. «Siente la magia dentro de ti».

Obedezco y me concentro en la sensación. Detrás de mis párpados parpadean imágenes: una chimenea encendida, la sonrisa de mi abuela, los remolinos de la masa que amaso. Hilos de luz me rodean y se conectan al colgante.

«Bien», susurra Elyndra. «Te estás sintonizando con él».

Abro los ojos y parpadeo mientras la habitación se enfoca. Todo parece más brillante, más vibrante, como si me hubieran quitado un velo de la vista. Los colores parecen más vivos y casi puedo sentir la energía que fluye por el aire a mi alrededor. «Me siento diferente», suspiro, maravillada por la extraña y estimulante sensación que recorre mi cuerpo.

Elyndra asiente, con una sonrisa de satisfacción en los labios. «Es el despertar de tu magia», explica, con voz suave pero llena de orgullo. «Te llevará tiempo controlarla, pero vas por buen camino. Esto es sólo el principio de tu viaje».

Agarro el colgante con fuerza y siento su calor al compás de los latidos de mi corazón. Abrumada por la gratitud, miro a Elyndra. «Gracias», digo seriamente, con la voz cargada de emoción. «Por todo. No sé dónde estaría sin tu ayuda».

Me pone una mano en el hombro. «Hay una cosa más. Hace tiempo que el consejo habla de una profecía: una unión entre un portador de la Piedra del Corazón y un dragón metamorfo que traería la armonía a Windhollow».

Me da un vuelco el corazón. «¿Un cambiapieles?» pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro, mientras asimilo las implicaciones de sus palabras.

Ella asiente, con un brillo cómplice en los ojos. «Creo que tu encuentro con Darius Flintwing no es una coincidencia, Tessa. Los hilos del destino tienen una forma de tejer patrones misteriosos».

El calor sube a mis mejillas y siento que el rubor se extiende por mi cuello. «Tenemos un

acuerdo, pero es puramente comercial», balbuceo, intentando mantener la compostura. «No hay nada más entre nosotros».

Levanta una mano, acallando mis protestas con un gesto suave pero firme. «Algunas verdades hay que descubrirlas, no contarlas», dice sabiamente, con la voz cargada de sabiduría ancestral. «Confía en tus instintos, niña. Ellos te guiarán en este viaje mucho mejor que cualquier palabra que yo pueda ofrecerte».

La confusión y una pizca de vergüenza se arremolinan en mi interior. «Debería irme. Hay mucho que procesar».

«Por supuesto. Recuerda que no estás sola. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme».

Le doy las gracias una vez más y salgo del archivo. De vuelta a la panadería, jugueteo con el colgante. La idea de poseer magia me excita y me aterroriza a la vez. ¿Podría utilizarla para acabar con la maldición? ¿Y qué hay de la profecía que involucra a Darius?

De vuelta al Hogar de Miel, me dirijo directamente a la cocina. El entorno familiar me reconforta en medio de la incertidumbre. Dejo el grimorio sobre la encimera y voy a la sección de hechizos básicos. Uno me llama la atención: un sencillo encantamiento para remover la masa.

«Muy bien», murmuro. «Veamos qué puedo hacer».

Reúno los ingredientes de un pastel básico y los mezclo en un cuenco. Sosteniendo la cuchara de madera, me concentro en el recuerdo del calor que sentí en el archivo. Imagino que la energía fluye desde mi interior, a través de mi mano, hacia la cuchara.

«Remuevo», susurro, deseando que se mueva.

Al principio, no pasa nada. Me asalta la frustración, pero respiro hondo y calmo mis pensamientos. Cierro los ojos y recuerdo la guía de Elyndra. Esta vez, siento un sutil cambio: un hormigueo en la punta de los dedos.

Abro los ojos y observo asombrada cómo la cuchara empieza a moverse, despacio al principio, luego con más confianza, removiendo la masa en círculos suaves.

Se me escapa una carcajada, a partes iguales de incredulidad y alegría. «¡Lo he conseguido!»

La cuchara sigue moviéndose hasta que la detengo con la mano. El corazón se me acelera de alegría. Si lo consigo, quizá haya esperanza de romper la maldición.

A medida que avanza la tarde, experimento con otros hechizos sencillos. Empiezo levitando una pequeña barra de pan y observo con asombro cómo se eleva unos centímetros por encima de la encimera. Después, me concentro en realzar el sabor de un bollo recién horneado, infundiéndole una pizca de magia que hace que las notas de vainilla y canela canten en mi lengua. Cada pequeño éxito refuerza mi confianza en mí misma y hace que una oleada de emoción recorra mis venas. Aun así, sigo siendo prudente, consciente de las advertencias de Elyndra de no esforzarme demasiado.

Al anochecer, suena la puerta y entra Amelia, con las mejillas sonrojadas por el aire fresco. «¡Aquí estás! Te he estado buscando por todas partes».

Sonrío, conteniendo a duras penas mi emoción. «No te vas a creer lo que ha pasado hoy».

Levanta una ceja y deja la bolsa en el suelo. «Pruébame».

Le cuento mi visita al archivo, las revelaciones sobre mi abuela y mis nuevas habilidades. Para demostrárselo, hago levitar una taza de té y la conduzco suavemente por el aire antes de dejarla sobre la mesa.

Los ojos de Amelia se abren de par en par, con una mezcla de asombro y emoción bailando en su rostro. «Es increíble, Tessa. Siempre supe que tenías algo especial. Esto explica muchas de las cosas extrañas que solían ocurrir a tu alrededor cuando éramos niñas».

Me sonrojo, sintiendo que un calor me sube por el cuello. «Es todo tan nuevo y abrumador.

Aún tengo mucho que aprender y ni siquiera sé por dónde empezar».

Me coge las manos con fuerza, su entusiasmo es contagioso. «Imagina lo que podrías hacer con estos poderes. Esto podría cambiarlo todo: para ti, para la panadería, para todo Windhollow. Podrías ser la clave para resolver tantos problemas por aquí».

«Eso espero», admito, con una mezcla de emoción e inquietud arremolinándose en mi pecho. «Pero tengo que tener cuidado. La magia puede ser impredecible y no quiero provocar consecuencias imprevistas. Elyndra me lo advirtió».

Amelia asiente y luego inclina la cabeza con curiosidad. «¿Ya se lo has contado a Darius? Al fin y al cabo, es tu prometido», añade con una sonrisa cómplice.

Niego con la cabeza, mordiéndome el labio. «Todavía no. No sé cómo reaccionaría. Las cosas entre nosotros son complicadas. Y con su historia con los usuarios de magia, me preocupa que las cosas se pongan aún más tensas».

Un brillo travieso aparece en sus ojos y me preparo para lo que viene. «Bueno, si la profecía es cierta, quizá esto sea exactamente lo que necesitáis para acercaros. Podría ser el destino».

Gimo juguetonamente, poniendo los ojos en blanco. «Tú también no, con esto de la profecía. Entre tú y la gente del pueblo, me voy a volver loca con tantas expectativas».

Se ríe. «Sólo digo que quizá haya más de lo que crees».

«Centrémonos en una cosa cada vez», sugiero, aunque una parte de mí no puede evitar preguntárselo.

Pasamos la tarde charlando. El cálido resplandor de la chimenea proyecta sombras danzantes en las paredes, creando un ambiente acogedor. Mientras hablamos, me relajo y mis preocupaciones por la maldición pasan momentáneamente a un segundo plano. Por primera vez en semanas, siento un atisbo de esperanza, una pequeña chispa que sugiere que quizá al final todo salga bien.

Cuando Amelia se dispone a marcharse, me da un fuerte abrazo. «Estoy aquí para lo que necesites».

«Gracias», susurro. «Tu apoyo significa mucho para mí».

Cuando se marcha, ordeno la cocina. La luna está baja en el cielo y proyecta rayos plateados a través de las ventanas. Echo un vistazo al exterior; las calles están tranquilas, salvo por algún transeúnte ocasional.

Una sombra se desplaza por la calle, atrayendo mi atención como un imán. Entrecierro los ojos, me acerco a la ventana e intento distinguir la misteriosa figura a la luz de la luna. Una mujer vestida con un atuendo oscuro y vaporoso permanece inmóvil bajo una farola parpadeante, con la mirada fija en la panadería. Incluso desde esta distancia, puedo sentir la intensidad de su mirada. Su presencia parece fuera de lugar en la tranquila noche, y no puedo evitar la sensación de que está aquí por alguna razón. Mientras la observo, el viento agita su capa, revelando un destello de algo metálico en su cintura antes de que la tela se asiente de nuevo.

La inquietud me recorre la espalda. Cierro las puertas y corro las cortinas, con un nudo en el estómago. Tal vez sean imaginaciones mías, pero algo me dice que me están observando.

Subo las escaleras hasta mi dormitorio y agarro el colgante. «Venga lo que venga», susurro, “estoy preparada”.

Mientras me acomodo en la cama, el cansancio tira de mí, pero el sueño me es esquivo. Los pensamientos se agolpan en mi mente: magia, maldiciones, profecías y el enigmático dragón metamorfo que se ha enredado en mi vida.

Cierro los ojos y me decido a afrontar los retos que me aguardan. El nuevo poder conlleva responsabilidad, y no voy a rehuirla.

Sin que yo lo sepa, fuera, en las sombras, la mujer de la capa observa con una sonrisa siniestra. El juego se está desarrollando y ella está deseando desempeñar su papel.

DARIUS



Me dirijo a la finca de Alaric, mis pasos resuenan suavemente en las calles empedradas. El aire de la mañana es fresco y vigorizante. A lo lejos, oigo el creciente zumbido del mercado mientras los vendedores montan sus puestos para el día. Windhollow cobra vida a mi alrededor, con duendecillos correteando entre las macetas y escobas encantadas barriendo los escaparates.

La mansión de Alaric se alza ante mí, una grandiosa estructura de piedra y cristal encaramada en lo alto de una colina que domina la ciudad. Su imponente fachada está adornada con intrincadas tallas y relucientes ventanas que captan la luz de la mañana, proyectando deslumbrantes reflejos sobre los cuidados jardines. Las veletas giran perezosamente con la brisa. Cuando me acerco a las puertas de hierro forjado, se abren con un chirrido, como si estuvieran anticipando mi llegada; la ornamentación metálica representa escenas de criaturas mágicas y símbolos místicos. Dos guardias, vestidos con uniformes azul oscuro bordados con hilo de plata, asienten secamente con la cabeza, con expresiones ilegibles bajo unos cascos pulidos que brillan con un resplandor de otro mundo. Su postura es rígida, con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus espadas ceremoniales.

Subo los escalones de mármol y entro en el vestíbulo, donde me espera un criado. «Lord Stonewell le espera en el estudio», me dice, con voz práctica y educada.

«Gracias», respondo, y la sigo por los pasillos adornados con tapices caros y espejos dorados. La decoración es una muestra de riqueza, pero parece vacía, una fachada que oculta algo menos sabroso.

Llegamos a unas pesadas puertas de madera y me hace un gesto para que entre. Dentro, Alarico está de pie junto a una gran ventana, con las manos entrelazadas a la espalda mientras contempla sus jardines meticulosamente cuidados.

«Darius», saluda sin girarse. «Puntual como siempre».

«Alaric», respondo, entrando en la habitación. El aroma a cuero envejecido y caoba inunda el aire, y los libros de las estanterías llegan hasta el techo abovedado. Intrincadas tallas de madera adornan los bordes de las estanterías y representan escenas de criaturas míticas y antiguas batallas. Un enorme escritorio domina el centro del estudio, con su superficie abarrotada de papeles y artefactos arcanos.

Se vuelve hacia mí con una sonrisa calculadora en los labios. «Por favor, siéntate».

Me acomodo en un sillón de cuero frente a su escritorio. «Querías seguir hablando de la propuesta del santuario».

«Así es. Toma asiento, con los dedos apretados bajo la barbilla. «He estado observando la opinión pública, y parece que está cambiando a su favor. Tu compromiso con la señorita Hawthorne sin duda ha ayudado».

Mantengo una expresión neutra. «Me alegra oír eso».

«Sin embargo», continúa, »todavía hay reservas entre el consejo y los ciudadanos influyentes. Les preocupan los riesgos potenciales: introducir más criaturas mágicas podría alterar el delicado equilibrio que hemos mantenido.»

«He esbozado protocolos de seguridad exhaustivos», le recuerdo. «El santuario sería un entorno controlado que fomentaría la coexistencia y el beneficio mutuo».

Asiente distraídamente. «Sí, sí. Pero las garantías sobre el papel tienen un límite. Quizá si hubiera garantías adicionales...».

Entrecierro ligeramente los ojos. «¿Qué sugieres exactamente?

Alaric se echa hacia atrás, con un brillo en los ojos. «Una demostración de buena voluntad. Una mayor integración en la comunidad. Visibilidad en eventos clave. Tal vez incluso el apoyo de figuras respetadas».

«Me he comprometido activamente con la comunidad», señalo. «Y en cuanto a figuras respetadas, escasean cuando los prejuicios son profundos».

Se ríe suavemente. «Es cierto. Pero las percepciones pueden cambiar con los incentivos adecuados».

«No comprometeré la integridad del proyecto», afirmo con firmeza, la mandíbula tensa por la determinación. Mis ojos se clavan en los de Alaric, retándole a desafiar mi determinación. «Si eso es lo que estás insinuando, estás ladrando al árbol equivocado. Los principios del santuario no son negociables».

Hace un gesto despectivo con la mano. «Por supuesto que no, Sr. Flintwing. Ni se me ocurriría sugerir algo así. Es sólo un motivo de reflexión, una posible vía a explorar. Después de todo, tanto en política como en los negocios, un poco de flexibilidad puede llegar muy lejos».

Se hace un silencio incómodo entre nosotros. Lo estudio detenidamente: la forma en que su mirada no se encuentra con la mía, la sutil tensión de su postura. Hay algo más que no dice.

«Le agradezco su tiempo», digo levantándome de mi asiento. «Seguiré trabajando para abordar las preocupaciones del consejo».

Alaric también se levanta y me tiende la mano. «Tengo fe en tus habilidades, Darius. Eres un hombre decidido».

Estrecho su mano, el apretón firme pero carente de calidez. «Hasta la próxima».

Al salir del estudio, no puedo evitar la sensación de que Alaric está jugando un juego más profundo. Su repentino cambio hacia la amabilidad parece artificial, como si se estuviera posicionando para obtener una ventaja invisible.

Cuando salgo de la mansión, el sol va subiendo, bañando la finca con una luz dura que parece despojarla de su barniz de grandeza. Me dirijo hacia la ciudad, con la mente agitada por las posibilidades. Si Alaric tiene motivos ocultos, necesito descubrirlos antes de que lo ponga todo en peligro.

Al pasar por el bullicioso mercado, capto fragmentos de conversaciones: mercaderes regateando precios, niños riendo mientras se persiguen unos a otros y susurros sobre acontecimientos recientes. Me detengo cerca de un puesto repleto de telas de colores vivos y finjo examinar un trozo de seda azul oscuro mientras escucho una conversación cercana.

«¿Te has enterado del incidente en la frontera oriental?», murmura una mujer a su compañera. «Dicen que un grupo de agitadores antimagia ha causado un gran revuelo».

Mi interés se despierta y me inclino sutilmente hacia ella.

«Sí», responde la otra, con voz baja pero teñida de emoción. «He oído que Lord Stonewell envió a sus hombres para sofocar los disturbios. Dicen que supervisó personalmente la

operación. Se está convirtiendo en todo un campeón contra este tipo de disturbios, ¿verdad? Algunos incluso le llaman el «Pacificador del Reino»».

«En efecto», asiente su compañera, con una nota de admiración en el tono. «Quizá ponga el orden que tanto se necesita en estos tiempos difíciles. Ya es hora de que alguien tome una postura firme contra estos agitadores. No causan más que caos».

Frunzo el ceño y mis dedos trazan distraídamente los intrincados patrones de la seda que tengo ante mí. ¿Alaric involucrado en sofocar los disturbios antimágicos? Eso no concuerda con su supuesto apoyo a mi santuario, a menos que esté jugando a dos bandas. Las piezas no encajan y una sensación de inquietud se apodera de mi estómago. ¿A qué está jugando y qué lugar ocupo yo en su gran plan?

Decidido a descubrir la verdad, decido visitar a un viejo contacto especializado en reunir información. La Pluma del Cuervo, un discreto establecimiento escondido en un estrecho callejón, atiende a quienes buscan conocimientos que no se encuentran en los registros públicos.

Al abrir la pesada puerta de madera, me recibe una luz tenue y un aroma a pergamino y tinta. Estanterías con libros y pergaminos se alinean en las paredes y pequeños grupos de clientes hablan en voz baja.

«Milo», digo en voz baja mientras me acerco al mostrador de madera pulida, con los pasos amortiguados por la alfombra de felpa.

Un hombre enjuto de rasgos afilados y ojos penetrantes levanta la vista de su libro de contabilidad encuadernado en cuero, con la pluma a medio trazo. «Darius», dice, con un deje de sorpresa en la voz. «Hacía tiempo que no entrabas por mi puerta».

«Demasiado», reconozco con una inclinación de cabeza, mientras mis ojos escrutan la habitación en penumbra en busca de posibles fisgones. «Me encuentro en la necesidad de su experiencia particular. Necesito información».

Enarca una ceja fina. «¿No la necesitamos todos? La información es la moneda del poder en nuestro mundo. ¿Qué trae al poderoso Darius Flintwing a mi humilde establecimiento?»

Me acerco más, bajando la voz. «Alaric Stonewell. Tengo razones para creer que no es lo que parece».

Milo se rasca la barbilla pensativo. «Stonewell es escurridizo. ¿Qué estás buscando?»

«Cualquier conexión con grupos antimagia. Actividades que contradigan su imagen pública. Cualquier cosa que pueda sugerir que no es el ciudadano honrado que dice ser», explico.

Asiente despacio, con un brillo de interés en los ojos. «Puede que tenga algo parecido. Pero es información confidencial. Te costará dinero».

«Di tu precio», digo sin vacilar.

Milo esboza una sonrisa socarrona. «Una exclusiva sobre cualquier novedad relacionada con el santuario. Información de primera mano, eso sí, no sólo las migajas que le das al público en general. Al fin y al cabo, el conocimiento es poder, y yo quiero ir un paso por delante».

Dudo brevemente, sopesando los riesgos potenciales frente al valor de la información. Tras pensarlo un momento, tomo una decisión. «Hecho», acepto, extendiendo la mano para cerrar el trato. «Pero recuerda, Milo, este acuerdo va en ambos sentidos. Espero discreción».

«Dame un momento». Desaparece en la trastienda y me deja en medio del murmullo de la tienda.

Me acerco a una estantería con textos antiguos y recorro los lomos con los dedos. Pienso en Tessa, en su determinación, en cómo se le iluminan los ojos cuando algo le apasiona. Me invade una sensación de calidez, seguida rápidamente de una punzada de cautela. No puedo permitirme distracciones.

Milo vuelve con un delgado dossier, su rostro es una máscara de cuidadosa neutralidad. «Toma», dice, deslizando la carpeta por el mostrador. «Informes y testimonios recopilados de diversas fuentes. Está todo ahí». Toca la cubierta con un dedo nudoso. «Stonewell ha estado ocupado. Ha estado financiando en silencio a grupos opuestos a la integración mágica y canalizando dinero a través de empresas fantasma y donaciones anónimas. Pero no sólo eso. Hay pruebas de que ha estado saboteando activamente iniciativas que promueven la unidad entre humanos y seres mágicos. Interrupciones de protestas, campañas de desprestigio, e incluso algunos casos de daños a la propiedad en empresas pro-integración. Está todo documentado».

Hojeo los documentos, con la ira hirviendo a fuego lento bajo la superficie. «¿Por qué mantener entonces la máscara de apoyo a mi proyecto?».

«Apalancamiento», sugiere Milo encogiéndose de hombros. «Se gana tu confianza, conoce tus planes, quizá incluso orqueste su caída en su beneficio».

«Gracias», digo, guardando el dossier en mi abrigo. «Ha sido de gran ayuda».

«Siempre es un placer hacer negocios».

Dejo la Pluma del Cuervo y me dirijo a la Sala del Consejo. La necesidad de abordar este desarrollo con el Consejo de Ancianos es apremiante. Si la duplicidad de Alaric no es expuesta, el santuario podría verse comprometido incluso antes de comenzar.

La Sala del Consejo es una imponente estructura de piedra y cristal, con altísimas columnas e intrincadas tallas que representan la historia de la ciudad. Al entrar, el ambiente es solemne y el eco de mis pasos amplifica la gravedad de la situación.

Un secretario me dirige a la sala del consejo, donde ya se está celebrando una reunión. Dudo brevemente antes de empujar las puertas. Las cabezas se giran cuando entro, y una docena de pares de ojos se fijan en mí.

«Ancianos», empiezo, inclinando la cabeza con respeto. «Pido disculpas por la interrupción, pero tengo asuntos urgentes que tratar».

El anciano Rowan, un hombre severo de pelo plateado y ojos azules, me hace un gesto para que hable. «Procede, Darius».

Doy un paso adelante, con el dossier en la mano. «Tengo pruebas de que Alaric Stonewell está socavando los esfuerzos por promover la armonía entre las comunidades mágicas y no mágicas. Su apoyo al santuario es una treta».

Un murmullo recorre la sala. La anciana Marisol, una mujer de rostro amable y ojos sabios, se inclina hacia delante. «¿Qué pruebas presentas?»

Distribuyo los documentos a los miembros del consejo. «Estos informes detallan sus conexiones con grupos antimagia y casos en los que ha saboteado proyectos de integración».

La expresión del anciano Rowan se ensombrece al revisar los documentos. «Son acusaciones graves».

«En efecto», estoy de acuerdo. «Por eso me pareció necesario llamar su atención inmediatamente».

Otro anciano, Tobías, conocido por su escepticismo y su lengua afilada, se aclara la garganta para llamar la atención de la sala. Sus pobladas cejas se fruncen mientras se inclina hacia delante en su asiento. «Aunque esta información es ciertamente preocupante y merece una investigación más profunda, no le exime de los problemas que rodean su propuesta, señor Flintwing. Muchos en nuestra comunidad aún cuestionan la volatilidad de los dragones, dados los incidentes pasados que han dejado cicatrices tanto literales como figuradas. La reputación de destrucción e imprevisibilidad de su especie no se olvida fácilmente, ni siquiera en estos tiempos más ilustrados».

Reprimo una oleada de frustración. «Entiendo las preocupaciones, pero te aseguro que el santuario tendrá protocolos estrictos. El objetivo es fomentar el entendimiento y la paz».

El anciano Rowan me clava una mirada dura, su rostro arrugado está marcado por el escepticismo. «Tus intenciones pueden ser nobles, Darius, pero el hecho es que los dragones tienen una historia de imprevisibilidad. Todos hemos oído historias de la destrucción causada por los de tu especie, y esas heridas son profundas en nuestra memoria colectiva».

«Con todo respeto, Anciano», replico, luchando por mantener la voz firme mientras la frustración burbujea bajo la superficie, »juzgar a toda una especie por las acciones de unos pocos es injusto y miope. Los dragones tenemos la capacidad de ser moderados y compasivos, como cualquier otro ser sensible. Nuestra historia está repleta de ejemplos de dragones que han protegido y cuidado, no sólo destruido. Es hora de que dejemos atrás estos estereotipos anticuados y trabajemos por el entendimiento mutuo».

La anciana Marisol ofrece una sonrisa conciliadora. «Tal vez sean necesarias más discusiones. El consejo agradece su diligencia al llamar nuestra atención sobre este asunto. Investigaremos las actividades de Stonewell».

Asiento, sintiendo el despido. «Gracias por su tiempo».

Cuando salgo de la sala, la tensión se apodera de mí. La reunión no ha servido para conseguir apoyo inmediato, y la persistente desconfianza me corroe. Necesito consejo, alguien que comprenda el peso de estas cargas.

El sol comienza a descender cuando me acerco a los escarpados acantilados que dominan Windhollow, pintando el cielo con una impresionante gama de naranjas y rosas. El camino es empinado pero familiar, serpentea entre fragantes flores silvestres y rocas erosionadas, y conduce a un lugar apartado donde el mundo se desvanece. La brisa fresca del atardecer transporta el tenue aroma de los pinos y el humo de los bosques lejanos. A medida que me acerco a mi destino, los sonidos de Windhollow se desvanecen, sustituidos por el suave susurro de las hojas y el ocasional grito de un halcón.

Thane me espera allí, con su figura alta e imponente recortada contra la luz mortecina. El viento le alborota el pelo oscuro, con mechones bailándole en la frente, y sus ojos, dorados como los míos, testimonio de nuestro linaje común, reflejan los tonos ardientes del sol poniente. «Llegas tarde», comenta sin girarse, con su voz grave y un deje de desaprobación. Su mirada permanece fija en el horizonte.

«Tenía asuntos que atender», refunfuño, poniéndome a su lado. La grava suelta cruje bajo mis pies al acercarme e inhalo profundamente, saboreando el aire fresco de la montaña. Mi hombro roza el suyo, un reconocimiento silencioso de nuestro vínculo a pesar de la tensión que a menudo persiste entre nosotros.

Permanecemos un momento en silencio, con la extensión del valle extendiéndose bajo nosotros. Los pájaros vuelan con las corrientes térmicas, sus gritos lejanos y libres.

«He oído que estás alborotando al consejo», dice finalmente Thane, con un tono mezcla de curiosidad y preocupación.

«Alguien tiene que hacerlo», respondo, con la voz teñida de frustración. «Están ciegos ante las amenazas reales que acechan más allá de nuestras fronteras. Su complacencia será nuestra perdición si no actuamos pronto».

Me mira de reojo y sus ojos ámbar se entrecierran ligeramente. «O tal vez», replica, con voz grave, mesurada y reflexiva, »ven peligros que vosotros preferís ignorar en vuestra prisa por actuar. La cautela del consejo podría nacer de la sabiduría, no de la ignorancia».

Me erizo. «Si te refieres al santuario, es un paso hacia el progreso».

«Progreso», repite con un deje de burla. «Estás pisando terreno peligroso. El consejo no cambiará fácilmente su postura, e involucrar a un humano complica las cosas».

Me giro para mirarle de frente. «Tessa es esencial para salvar las distancias. Su influencia ya ha cambiado la opinión pública».

«O es un lastre», replica Thane, con una voz teñida de una mezcla de preocupación y desaprobación. «Un apego emocional que nubla tu juicio y puede poner en peligro todo por lo que hemos trabajado».

La ira estalla en mi interior, ardiente y repentina. Aprieto los puños y me esfuerzo por mantener el tono de voz. «Eso no es asunto tuyo, Thane. Mi relación con Tessa es asunto mío, y soy perfectamente capaz de separar mi vida personal de nuestro trabajo».

Se acerca, invadiendo mi espacio personal. Sus ojos se endurecen y brillan como acero pulido en la penumbra. «Recuerda lo que le pasó a Celeste», dice. «No podemos permitirnos cometer los mismos errores. Esta vez hay demasiado en juego».

La mención de su nombre es un golpe en el pecho. Me invaden los recuerdos: risas, momentos robados, la amarga punzada de la pérdida. «Esto es diferente», insisto, aunque me asalta la duda.

«¿Lo es?», me desafía. «No sólo arriesgas tus objetivos, sino también su seguridad».

Aparto la mirada, el peso de sus palabras me pesa. «No dejaré que la historia se repita».

«Las emociones nos hacen vulnerables», advierte Thane. «Sé prudente. El mundo no es amable con los que son como nosotros».

«Quizá sea hora de que cambiemos eso», digo, con la voz baja pero decidida.

Suspira, la tensión se alivia ligeramente de sus hombros. «Ten cuidado, Darius. Eres mi amigo, uno de los pocos en los que confío de verdad. No quiero que te vuelvan a hacer daño, no después de todo lo que has pasado».

Asiento con la cabeza, con una compleja mezcla de gratitud y frustración brotando de mi interior. Aprieto brevemente la mandíbula antes de responder: «Agradezco tu preocupación, de verdad. Has estado ahí en todo momento. Pero no abandonaré este camino, no cuando he llegado tan lejos. Algunos riesgos merecen la pena».

Me estudia un momento antes de dar un paso atrás. «Entonces espero que estés preparado para las consecuencias».

Mientras Thane se marcha, yo permanezco en lo alto del acantilado azotado por el viento. El cielo sobre mí resplandece con una impresionante gama de colores: naranjas vibrantes que se mezclan con violetas profundos, todo ello reflejado en el inquieto mar que hay debajo. A medida que la oscuridad se adentra por el este, me pierdo en mis pensamientos.

Lucho contra la confusión interior. Las palabras de Thane resuenan en mi mente, despertando temores que creía enterrados. El destino de Celeste fue una herida que nunca cicatrizó del todo, un recordatorio del coste de la vulnerabilidad.

Pero Tessa no es Celeste. Es fuerte, resistente y capaz de resistir. Sin embargo, mis crecientes sentimientos por ella son innegables y amenazan con deshacer el cuidadoso control que he mantenido.

Me paso una mano por el pelo y exhalo lentamente. Necesito protegerla, pero eso significa mantener las distancias. Si mi presencia la pone en peligro, tal vez sea necesario contenerme.

Pero la idea de retirarme, de cortar la frágil conexión que hemos empezado a forjar, me llena de un dolor hueco que resuena en mis huesos. El dragón que llevo dentro ruge desafiante, un impulso primario de proteger lo que considera valioso recorre mis venas como fuego líquido. Todos mis instintos me gritan que la proteja, que la mantenga cerca, aunque mi mente racional

me advierta de los peligros que acechan en las sombras de mi mundo. La lucha interna entre el hombre y la bestia, entre el deber y el deseo, amenaza con destrozarme.

«Control», me susurro a mí mismo. «Disciplina».

A medida que la noche envuelve la tierra, las estrellas emergen una a una, distantes y frías en la vasta extensión superior. Un hormigueo familiar se extiende por mi cuerpo cuando adopto mi forma de dragón: una transformación perfecta de músculos y tendones, huesos que se alargan y remodelan. Mi piel se endurece y se convierte en escamas iridiscentes que brillan como obsidiana pulida a la pálida luz de la luna. Los aromas del mundo se intensifican, llenando mis fosas nasales con el rico tapiz de la tierra y el cielo.

Con un poderoso impulso de mis patas traseras, me lanzo hacia el cielo. El suelo se desvanece y mis enormes alas se despliegan para atrapar el viento. Cada batir de mis alas envía ondas de fuerza a través de mi cuerpo, impulsándome más alto en el aire fresco de la noche. El mundo se encoge y se convierte en un mosaico de sombras y paisajes plateados. Aquí arriba, en el reino de las nubes y la luz de las estrellas, soy libre, sin las limitaciones de mi forma humana ni las complejidades del mundo de abajo.

Desde arriba, Windhollow se despliega como un intrincado tapiz de luces centelleantes y sombras profundas. Doy vueltas en lo alto del cielo nocturno, con mis agudos ojos de dragón observando cada detalle de la ciudad que encierra tanto promesas como peligros para los de mi especie. Las calles empedradas serpentean entre grupos de caprichosas casitas, cuyos contornos se suavizan a la luz de la luna. Mi mirada se desvía inevitablemente hacia El Hogar de Miel, donde un cálido y acogedor resplandor emana de las ventanas, atravesando la oscuridad. Incluso desde esta altura, casi puedo oler el persistente aroma a pan recién horneado y pasteles dulces.

Tessa.

Revoloteo un momento antes de alejarme, decidido a vigilar desde lejos. Protegerla puede significar sacrificar mis propios deseos, pero es una carga que estoy dispuesto a soportar.

Vuelvo a mi forma humana fuera de los límites de la ciudad y me dirijo a la posada. Las calles están tranquilas, el bullicio habitual ha desaparecido bajo el manto de la noche.

Entro en mi habitación, saco el dossier y extiendo su contenido sobre el escritorio. Si no consigo convencer al consejo, tal vez el siguiente paso sea exponer públicamente la traición de Alarico. Pero eso conlleva riesgos, tanto para el santuario como para los que están asociados conmigo.

Me froto las sienes, con el peso de las decisiones presionándome. Un suave golpe en la puerta me sobresalta.

«¿Sí? exclamo, con una mezcla de curiosidad y recelo en la voz.

«Es Tessa», me responde amortiguada desde el otro lado de la barrera de madera.

El corazón me da un vuelco y me invade una repentina sensación de calidez. Echo un vistazo rápido a los papeles desperdigados por el escritorio antes de dirigirme a la puerta. Al abrirla, la encuentro allí de pie, con los ojos reflejando la tenue luz del pasillo y una pizca de preocupación grabada en el fondo. «Tessa, ¿qué te trae por aquí a estas horas? pregunto, intentando mantener la voz firme a pesar de la inesperada visita.

Vacila, con los dedos jugueteando con el dobladillo de su jersey. «Quería hablar», dice en voz baja, y luego añade con un toque de incertidumbre: »¿Puedo pasar? Sé que es tarde, pero es importante».

«Por supuesto. Me hago a un lado y la dejo entrar. Observa con curiosidad los papeles esparcidos.

«¿Va todo bien?», pregunta amablemente.

«Sólo estoy lidiando con algunas complicaciones», admito, pasándome una mano por el pelo con un suspiro cansado. Los papeles esparcidos por mi escritorio parecen burlarse de mis intentos de organización.

Me mira con una mezcla de preocupación y curiosidad en sus ojos color avellana. «Me he enterado de la reunión del consejo. Las noticias corren rápido en Windhollow, sobre todo cuando se trata de ti», añade con una leve sonrisa.

«En efecto», respondo, con tono seco. «Supongo que no debería sorprenderme. Este pueblo siempre ha tenido predilección por los cotilleos».

«Quería ver si puedo hacer algo para ayudar», me ofrece Tessa, con voz suave pero decidida. Se acerca un paso, con los dedos jugueteando con el dobladillo de su jersey. «Sé que no estoy muy versada en la política de dragones, pero si necesitas un par de manos extra o alguien con quien hablar, aquí estoy».

Su sinceridad es desarmante. «Agradezco la oferta, pero esto es algo que tengo que manejar».

Se acerca, con sus ojos color avellana llenos de preocupación y una pizca de determinación. «No tienes que llevar la carga solo, Darius. Ahora estamos juntos en esto, ¿recuerdas?».

Sonrío débilmente, sintiendo un calor que me recorre el pecho ante su genuino ofrecimiento. «Me temo que los viejos hábitos son difíciles de cambiar. Llevo tanto tiempo manejando las cosas por mi cuenta que se ha convertido en algo natural».

«Quizá sea hora de cambiar de hábitos», sugiere, haciéndose eco de sus palabras de la gala. «Los dos somos testarudos, pero a veces el cambio puede ser bueno. Sobre todo cuando significa tener a alguien en quien apoyarse».

Una pausa se extiende entre nosotros, cargada de emociones no expresadas. Respiro hondo. «Tessa, nuestro acuerdo ha sido beneficioso, pero tal vez deberíamos reevaluarlo».

Ella frunce el ceño. «¿Qué quieres decir?

«Hay un peligro real, Tessa. Alinearte conmigo te expone a un riesgo considerable. Sería mejor que nos distanciáramos por tu propia seguridad».

Sus ojos color avellana se nublan con confusión y una pizca de traición. «¿Me estás despidiendo?

«Protegiéndote», corrijo suavemente, con voz grave y seria. «Hay fuerzas poderosas en juego que no comprendes del todo, fuerzas que podrían perjudicarte simplemente por tu relación conmigo. No soporto la idea de que quedes atrapada en el fuego cruzado de mis batallas».

Me interrumpe. «Puedo decidir qué riesgos correr. No soy algo frágil que necesite protección».

«Sé que eres fuerte», admito, con una mezcla de admiración y preocupación en la voz. «Pero lo que está en juego es más importante de lo que imaginas.

Se cruza de brazos, desafiante e inflexible. «No puedes tomar esa decisión por mí, Darius. No soy un peón en tu juego. Tengo derecho a decidir mi propio destino».

La frustración me invade por dentro, amenazando con desbordarse. Aprieto los puños, luchando por mantener la compostura. «Intento evitar que la historia se repita. ¿No te das cuenta? El pasado nos persigue y no dejaré que se cobre otra víctima».

Sus ojos buscan los míos, indagando más de lo que me siento cómoda. Hay un destello de comprensión en su mirada, y me siento expuesta bajo su escrutinio. «No se trata de mí, ¿verdad?», pregunta en voz baja. «Se trata de otra persona. Alguien a quien antes no podías proteger».

Aparto la mirada, incapaz de enfrentarme a su mirada penetrante. El peso de mi pasado me presiona, amenazando con aplastar mi determinación. «Es complicado», murmuro. «Hay cosas

que no sabes, cosas que no puedo explicarte sin ponerte aún más en peligro».

Se adelanta y me pone una mano en el brazo. «Déjame entrar, Darius. Confía en mí».

La calidez de su contacto me estremece, pero la aparto suavemente. «No puedo.

Un silencio tenso llena la habitación. Finalmente, ella asiente, ocultando sus emociones. «Si eso es lo que quieres».

«Tessa...»

Ella levanta una mano, su expresión una mezcla de decepción y resignación. «No, lo comprendo. Respetaré tus deseos, aunque no esté de acuerdo con ellos».

Se da la vuelta para marcharse, con los hombros caídos, y una aguda punzada de arrepentimiento me atraviesa el pecho. Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. «Espera, Tessa».

Se detiene en la puerta, con la mano apoyada en el marco de madera desgastada, pero no mira atrás. El silencio entre nosotros se alarga, cargado de palabras sin pronunciar. Finalmente, dice: «Buenas noches, Darius». La finalidad de su tono hace que se me hunda el corazón.

Cuando la puerta se cierra tras ella, me hundo en la silla y siento una gran pesadez. Puede que alejarla sea la decisión más difícil que he tomado, pero si la mantengo a salvo, merece la pena.

¿Verdad que sí?

TESSA



Cuando la primera luz del alba se filtra por las ventanas esmeriladas de El hogar de miel, pongo a hervir una maltrecha tetera de cobre en la antigua estufa de leña. Saco el grimorio de mi abuela de su escondite tras una piedra suelta del hogar. El tomo encuadernado en cuero se siente cargado de secretos cuando lo abro sobre la mesa de roble desgastado. Las páginas están amarillentas y desgastadas, pero bien cuidadas, llenas de su elegante caligrafía y de pequeños e intrincados dibujos de plantas, símbolos y criaturas místicas. Encuentro la sección sobre la infusión de hechizos en los alimentos y el corazón se me acelera de anticipación.

«Encantamiento de la alegría», leo en voz alta. Un hechizo sencillo para levantar el ánimo y alegrar a quienes lo consumen. Perfecto.

Mientras la tetera silba, me sirvo una taza de té de manzanilla y empiezo a reunir los ingredientes: fresas frescas, una pizca de canela y un toque de miel. Lo ordeno todo metódicamente, el proceso me tranquiliza por su familiaridad.

Cierro los ojos y me tomo un momento para centrarme. El Colgante de Piedra del Corazón gemelo se calienta contra mi pecho y me concentro en canalizar mi intención hacia la masa que estoy mezclando. Imagino que una luz dorada brota de la punta de mis dedos e infunde calor y felicidad a la mezcla.

«Que esta comida traiga alegría y luz. Que eleve los corazones de día y de noche».

Un brillo suave y etéreo emana del cuenco, y parpadeo rápidamente para asegurarme de que no estoy imaginando cosas. La masa brilla brevemente, como la luz del sol bailando sobre el agua, antes de volver a su consistencia cremosa normal. Me recorre un estremecimiento de excitación que me hormiguea desde la punta de los dedos de las manos hasta los pies.

Vierto la mezcla encantada en los moldes con movimientos cuidadosos antes de introducir las bandejas en el horno precalentado. A medida que se hornean, el aroma empieza a impregnar la panadería: un dulce y reconfortante aroma a vainilla y canela. La fragancia parece danzar en el aire, tejiendo su camino a través de The Honeyed Hearth. Respiro hondo, saboreando el momento y esperando que esta hornada sea la que rompa por fin la maldición que pesa sobre el pueblo.

Suena el timbre de la puerta y entra Amelia, con las mejillas sonrojadas por el frío matutino. «Buenos días, Tess», dice colgando el abrigo en el perchero.

«Buenos días», le contesto, con una sonrisa en los labios. «Has llegado pronto.

Sonríe. «No he podido resistirme al olor que desprende este lugar. ¿Qué estás horneando?»

«Magdalenas de fresa con un toque extra», respondo con un toque de misterio en la voz. El aroma de bayas frescas se mezcla con el cálido y dulce aroma que ya llena la panadería.

Sus ojos brillan de curiosidad y se acerca para intentar oler el ingrediente secreto.

«Cuéntamelo», insiste Amelia, con un entusiasmo palpable. «Sabes que no puedo resistirme a tus experimentos culinarios».

Me doy un golpecito juguetón en la nariz, disfrutando del momento de suspense. «Tendrás que esperar a ver», bromeo, volviendo al horno con una sonrisa cómplice. «Pero te prometo que si esto sale bien, puede que sea la comidilla de Windhollow durante semanas».

Mientras preparamos la panadería para la apertura, la emoción bulle en mi interior. La luz del sol entra por las ventanas, tiñéndolo todo de un tono dorado. Hasta las motas de polvo parecen bailar de alegría.

«Hoy estás de buen humor», observa Amelia, colocando un ramo de flores frescas sobre el mostrador.

«Supongo que sí», admito. «Tengo la sensación de que va a ser un día maravilloso».

Me guiña un ojo. «¡Así me gusta!»

El reloj da las ocho y abrimos las puertas. Casi de inmediato, el Sr. Wimple entra arrastrando los pies, con su fiel bastón golpeando ligeramente el suelo.

«¡Buenos días, Sr. Wimple!» Le saludo. «¿Lo de siempre?»

Sonríe afectuosamente. «Sí, por favor, querida. Aunque quizá pruebe una de esas magdalenas de delicioso olor que no puedo ignorar».

«Enseguida».

Le doy una magdalena, aún caliente del horno. Le da un mordisco y sus ojos se abren ligeramente. «¡Por Dios, Tessa, esto es excepcional!»

«Gracias», respondo, con un rubor de orgullo coloreando mis mejillas.

A medida que van entrando más clientes, se nota un cambio en la panadería. Suenan las risas de los amigos que se saludan. Las conversaciones fluyen con facilidad, llenas de bromas desenfadadas y auténtica cordialidad. Incluso la señora Haversham, conocida por su actitud severa, se ríe con un chiste contado por otro de los clientes.

Amelia me da un codazo. «¿Sientes eso?»

Asiento con la cabeza y veo a un grupo de adolescentes que se ríen a carcajadas por algo que ven en sus teléfonos. «Es como si todo el mundo estuviera más contento».

Sonríe. «Creo que tu 'algo extra' está funcionando».

El Sr. Wimple se acerca de nuevo al mostrador, con sus gafas redondas precariamente posadas en la punta de la nariz. Juguetea con los botones de su chaqueta de tweed. «Debo decir que hacía años que no me sentía tan ágil. Sea lo que sea lo que pones en estas magdalenas, sigue así».

Me río suavemente. «Solo una pizca de amor y una pizca de magia».

Me guiña un ojo. «Bueno, es una combinación ganadora».

La mañana transcurre entre sonrisas e intercambios alegres. Mi corazón se hincha al darme cuenta de que mi magia está teniendo un impacto positivo. Quizá esta sea la clave para acabar con la maldición.

Después de la hora de comer, decido seguir experimentando. Recuerdo un hechizo para aumentar la vitalidad y me pregunto si puedo incorporarlo a una tanda de magdalenas. Mido cuidadosamente los ingredientes y me concentro en canalizar la energía, visualizando tonos vibrantes y melodías edificantes.

«¿Estás segura? pregunta Amelia, frunciendo el ceño mientras me observa con un atisbo de preocupación en sus cálidos ojos.

Hago una pausa y asiento con decisión. «Confía en mí», le aseguro, ofreciéndole una sonrisa confiada que espero enmascare mi propio nerviosismo. «Tengo un buen presentimiento. Es

diferente a los demás; puedo sentirlo». Me vuelvo al bol, decidida a seguir adelante a pesar de las mariposas que siento en el estómago.

Las magdalenas se hornean a la perfección y adquieren un delicado color dorado. Las decoro con espirales de glaseado de limón y las expongo.

Entra un grupo de compradores con los brazos cargados de bolsas. «Tienen una pinta divina», comenta una de las mujeres.

«Por favor, sírvanse», les digo. «Recién salidas del horno».

Cada una coge una magdalena y sus ojos se iluminan al ver el glaseado perfectamente espiralado. Muerden con impaciencia el pastel dorado y suave, murmurando mientras el sabor a limón baila en sus lenguas. Por un momento, todo parece ir bien y me permito un pequeño suspiro de alivio.

Entonces, una de ellas da un grito ahogado y abre los ojos. «¡Oh!», exclama, con una mezcla de sorpresa y confusión en la voz.

El corazón me da un vuelco. «¿Va todo bien? le pregunto, preocupada, mientras me inclino hacia delante.

Ella suelta una risita nerviosa, con una pizca de asombro en los ojos. «Creo que estoy flotando», dice, con la voz temblorosa por una mezcla de emoción e incredulidad. Para demostrarlo, levanta los pies y, para mi asombro, no tocan el suelo.

Parpadeo sorprendido al notar que sus pies flotan a un palmo del suelo. Los demás empiezan a levantarse también, y las exclamaciones de sorpresa y alarma llenan la panadería.

El pánico se apodera de mi pecho y un frío temor recorre mis venas. «Oh, no», suspiro, con la voz apenas por encima de un susurro.

Amelia se acerca corriendo, con los ojos muy abiertos por la preocupación. Me agarra del brazo y se mantiene firme a unos centímetros del suelo. «Tessa, ¿qué está pasando?», pregunta.

Sacudo la cabeza, con la mente desbordando posibilidades. «No lo sé. exclamo, con frustración y preocupación evidentes en el tono. Echo un vistazo a la panadería y veo cómo empiezan a flotar más clientes. «El hechizo debe de haber salido mal. Esto no tenía que haber pasado».

Los clientes se agarran a mesas y sillas, con expresiones que van de la diversión al miedo. «¡Ayudadnos a bajar!», grita alguien.

Respiro hondo, cierro los ojos y me concentro en revertir el hechizo. «Vuelve a mí», susurro, deseando que la energía se disipe.

Poco a poco, los clientes descienden y sus pies vuelven a tocar el suelo con suaves golpes. Un suspiro colectivo de alivio llena la sala, seguido de risitas nerviosas y murmullos de confusión.

Amelia da una palmada y esboza una sonrisa que no le llega a los ojos. «Ha sido toda una experiencia. Vengan por los pasteles, quédense por el viaje gratis». Se ríe un poco. «¿Quién iba a decir que nuestros desayunos especiales podían ser tan edificantes?».

Sueltan una carcajada y la tensión se disipa como un globo que se desinfla. Algunos de los clientes se ríen, moviendo la cabeza con incredulidad, mientras otros intercambian miradas perplejas. Algunos incluso aplauden como si acabaran de presenciar un truco de magia impresionante.

«Ha sido emocionante», dice un hombre ajustándose el sombrero. «Quizá deberías cobrar más por eso».

Me fuerzo a reír, aunque el corazón se me acelera. «Le pido disculpas. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir».

Cuando salen los últimos clientes, Amelia pone el cartel de «Cerrado» y cierra la puerta con un clic. Se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido por la preocupación y los ojos escrutándome. «Tessa, eso ha sido muy arriesgado. Podrías haber hecho daño a alguien».

«Lo sé, lo sé», suspiro pesadamente, con los hombros caídos mientras me hundo en un taburete cercano. La adrenalina de antes está desapareciendo y me siento agotada y un poco temblorosa. «Creía que esta vez lo tenía todo bajo control. Me sentía diferente, como si por fin lo tuviera controlado».

Amelia se sienta en el taburete a mi lado y su expresión se suaviza. «La magia puede ser impredecible, cariño, sobre todo cuando aún estás aprendiendo. No es como la repostería, donde puedes seguir una receta al pie de la letra. Tienes que tener más cuidado, ir despacio. No podemos permitirnos otro accidente como ese».

«Siento que estoy muy cerca de romper la maldición», explico, frotándome las sienes. «Si puedo aprovechar mis poderes, quizá pueda deshacer lo que sea que le hayan hecho a mis pasteles».

Me pone una mano reconfortante en el hombro. «Lo comprendo. Pero quizá deberías dar un paso atrás o buscar orientación».

Sacudo la cabeza enérgicamente, con una frustración evidente en mi voz. «Necesito el otro Colgante de Piedra del Corazón para amplificar mis habilidades y ayudarme a controlarlas. El que me dijo Elyndra. Sin él, solo estoy tanteando en la oscuridad, esperando un milagro».

«Entonces quizá deberías volver a hablar con Elyndra», sugiere Amelia suavemente, con los ojos llenos de preocupación. «Puede que ella tenga más información o consejos que puedan ayudarte».

Suspiro y me paso una mano por el pelo revuelto. «Ya la he molestado bastante. Ha sido paciente conmigo, pero no puedo seguir confiando en ella. Además, el tiempo se acaba. La maldición no solo afecta a la panadería. Se está extendiendo y temo lo que pueda pasar si no actúo pronto».

Su ceño se frunce profundamente, las líneas de preocupación se dibujan en su frente. «¿A qué te refieres?», pregunta, con la voz apenas por encima de un susurro, como si temiera la respuesta. «¿Cómo se está extendiendo?

«He notado que las plantas de fuera se marchitan, sus hojas se curvan y se ponen marrones a un ritmo alarmante. Incluso el resistente romero de la puerta se está marchitando. Y no es sólo la vegetación. Esta mañana he oído a algunos clientes hablar de extraños sucesos por la ciudad: luces parpadeantes, inexplicables puntos fríos, incluso susurros de figuras sombrías que se vislumbran en los espejos. No puedo evitar la sensación de que no se trata de incidentes aislados. Creo que esto tiene algo que ver con esta persona Seraphina que Darius conoce. Dijo algunas cosas sobre ella que me hacen preguntarme si es su influencia la que se está extendiendo y filtrando en el tejido de Windhollow».

Amelia se muerde el labio. «¿Qué piensas hacer?»

Me pongo en pie, con la determinación endureciéndose en mi interior. «Voy a encontrar las Cavernas Susurrantes. Allí es donde está escondido el otro colgante». Mientras lo digo, me doy cuenta de que debe de ser cierto. No sé de dónde viene el conocimiento, pero aparece en mis pensamientos como por arte de magia.

Sus ojos se abren de par en par, una mezcla de preocupación e incredulidad se dibuja en su rostro. «Tessa, no puedes hablar en serio. Esas cavernas son peligrosas. Hay gente que ha desaparecido allí y nunca más se la ha vuelto a ver. Las historias sobre ese lugar... son aterradoras».

«No tengo elección», respondo, con voz firme a pesar del miedo que se agita en mis entrañas. «Esta podría ser la única forma de detener a Seraphina y levantar la maldición. Si no hago algo pronto, podríamos perderlo todo: la panadería, el pueblo, tal vez incluso más».

Me agarra la mano con fuerza, sus dedos tiemblan ligeramente. «Entonces déjame ir contigo. Dos cabezas piensan mejor que una, y no podría vivir conmigo mismo si te pasara algo ahí fuera solo».

Sacudo la cabeza con firmeza, separando suavemente mi mano de la suya. «No. No puedo arriesgarme a que nadie más salga herido. Esta es mi carga, mi maldición. Tengo que hacerlo sola».

«Pero Tessa...» Amelia empieza a protestar, con la voz llena de preocupación.

«Por favor, Amelia», la interrumpo, suavizando mi tono. «Ya has hecho tanto por mí... más de lo que jamás podría devolverte. No podría soportar que te ocurriera algo por mi culpa. Esta ciudad te necesita aquí, a salvo».

Me mira a los ojos durante un largo instante, con la mirada llena de conflicto. Finalmente, asiente a regañadientes, con los hombros caídos por la derrota. «Al menos prométeme que tendrás cuidado. Toma precauciones, lleva provisiones y, por el amor de Dios, dile a alguien adónde vas».

«Lo haré», le aseguro, forzando una pequeña sonrisa. «Te prometo que haré todo lo posible por volver sana y salva».

Pasamos la siguiente hora reuniendo provisiones. Preparo una mochila resistente con lo esencial: agua, frutos secos, un cuchillo pequeño y el grimorio de mi abuela. Añado una capa para abrigarme y unas botas resistentes para el viaje.

«¿Estás segura de que no quieres decírselo a Darius? pregunta Amelia, vacilante.

Hago una pausa, pensándolo. Una parte de mí anhela involucrarlo, compartir la carga. Pero después de nuestra última conversación, dudo que quiera ayudar, y no quiero complicar más las cosas.

«Es mejor que no lo haga», respondo. «Está lidiando con sus propios desafíos».

Ella asiente, aunque la incertidumbre persiste en su mirada. «Sólo prométeme que volverás».

Esbozo una sonrisa tranquilizadora. «Lo prometo.

Cuando cae la tarde, doy una última vuelta por la panadería, tocando las superficies desgastadas e inhalando los olores familiares.

«Cuídate», susurra Amelia mientras me abraza con fuerza en la puerta.

«Tú también», murmuro, abrazándola.

Subo las escaleras hasta mi habitación y siento una mezcla de aprensión y determinación. Expongo mis provisiones y me pongo ropa más práctica: una túnica y unos pantalones, más cómodos para viajar.

Me meto en la cama, agotada. Cierro los ojos y caigo en un sueño intranquilo.

En mis sueños, camino por un denso bosque envuelto en niebla. Los árboles se elevan y sus ramas se entrelazan formando un dosel que filtra la luz de la luna en rayos etéreos. El aire huele a musgo y a tierra.

«¿Hola? exclamo, con un extraño eco en la voz.

Una risita suave me responde y me giro para ver a mi abuela de pie bajo un roble centenario. Sus ojos brillan con calidez y su pelo plateado cae sobre sus hombros como una cascada.

«¡Abuela!» exclamo, corriendo hacia ella.

Extiende los brazos y me envuelve en un suave abrazo. «Mi querida Tessa», susurra.

«Te he echado tanto de menos», le digo, con las lágrimas punzándome en los párpados

mientras respiro su familiar aroma a lavanda y vainilla. El consuelo de su abrazo me hace recordar las incontables tardes que pasé en su cocina cuando era más joven.

«Y yo a ti, cariño», responde, con una voz tan cálida y relajante como la que yo recordaba. Se aparta para mirarme, y sus manos curtidas me acarician la cara. Sus ojos, todavía agudos y llenos de sabiduría, me estudian con atención. «Te has hecho fuerte, Tessa. Lo noto en tus ojos, en la forma de tus hombros».

«No me siento fuerte», admito. El peso de mi lucha contra la maldición amenaza con abrumarme. «Tengo miedo, abuela. Todo se está desmoronando y no sé cómo arreglarlo».

Ella sonríe amablemente, sus ojos se arrugan en las esquinas con una calidez que inunda mi pecho de consuelo. «El valor no es la ausencia de miedo, querida, sino la decisión de actuar a pesar de él. Es enfrentarse a los retos de frente, incluso cuando te tiemblan las rodillas».

Trago con fuerza, luchando contra el nudo en la garganta. «No sé si podré hacerlo sola. La panadería, la maldición... todo parece demasiado grande para mí sola».

«Nunca estás sola», me asegura con voz firme y decidida. Me coge la mano entre las suyas. «Recuerda, Tessa, que llevas dentro la fuerza de generaciones. Confía en ti misma, en la sabiduría transmitida por nuestra familia, y encontrarás el camino. Puede que el camino no siempre esté claro, pero tu corazón conoce la dirección».

«¿Cómo? Ni siquiera sé por dónde empezar».

Me da un golpecito en la joya del cuello. «Las respuestas están dentro de ti. Escucha a tu corazón».

El denso bosque que nos rodea empieza a desdibujarse y los bordes de su figura se vuelven cada vez más translúcidos. El pánico aumenta en mi pecho al darme cuenta de que se nos acaba el tiempo. «¡Espera, por favor!» grito desesperadamente, extendiendo ambas manos hacia delante. Mis dedos se aferran a nada más que aire vacío, atravesando la imagen fantasmal de mi abuela.

«Recuerda, Tessa», resuena su voz, cada vez más distante, pero que de algún modo resuena en mi interior. «Eres más poderosa de lo que crees. Confía en ti misma, en tu herencia y en la magia que corre por tus venas». Sus últimas palabras perduran en el aire, un susurro reconfortante que me envuelve, incluso cuando su imagen desaparece por completo.

Me despierto sobresaltada, con la habitación bañada por la pálida luz del amanecer. El corazón me late con fuerza, pero una sensación de calma se apodera de mí. Sus palabras resuenan profundamente, llenándome de una confianza renovada.

Deslizo las piernas por el borde de la cama, me levanto y me estiro. La joya se siente cálida contra mi piel, una presencia tranquilizadora. Me visto rápidamente, me abrocho la capa y guardo la mochila.

Antes de salir, garabateo una nota para Amelia: «He ido a buscar el colgante. No te preocupes por mí. Volveré pronto. Cuida de la panadería».

La coloco en la encimera de la cocina, donde ella la encontrará.

DARIUS



Hay una perturbación que no puedo ignorar: un sutil tirón en el borde de mi conciencia, entrelazado con determinación e inquietud. Es como si una melodía lejana hubiera cambiado de tono, con notas discordantes que rompen la armonía. Conozco esta sensación; es el vínculo que está surgiendo con Tessa, una conexión inexplicable que se ha hecho más fuerte a pesar de mis esfuerzos por mantener una distancia profesional.

Camino con paso decidido por el bullicioso mercado, mis sentidos asaltados por los tentadores aromas del pan recién horneado y el té especiado que se mezclan en el aire fresco de la mañana. A mi alrededor, los vendedores vocean sus mercancías en una cacofonía de voces que compiten entre sí, ensalzando las virtudes de sus frutas, verduras y productos artesanales. Los niños ríen y chillan de alegría mientras se mueven entre los coloridos puestos, jugando improvisadamente al pilla-pilla. Mi objetivo es único e inquebrantable: encontrar a Tessa.

El Hogar de Miel aparece a la vista, con su encantadora fachada adornada con jardineras rebosantes de flores de colores. Normalmente, la vista de la panadería me trae una sensación de calma, pero hoy, una corriente subterránea de urgencia me impulsa hacia delante. Abro la puerta de un empujón y una campanilla suena sobre mi cabeza.

Dentro, el aire es cálido y perfumado con los persistentes olores de la canela y la vainilla, pero el zumbido habitual de la actividad brilla por su ausencia. Las relucientes vitrinas, normalmente repletas de tentadores pasteles, están inquietantemente vacías. Las sillas están apiladas sobre las mesas, con las patas apuntando al cielo. El silencio es inquietante, sólo interrumpido por sonidos apagados procedentes de la trastienda: el ruido de ollas y sartenes, el crujido de telas y lo que podría ser un suave suspiro frustrado. El contraste entre el aroma acogedor de la panadería y su aspecto desierto me produce una punzada de preocupación.

«¿Tessa?» grito, mi voz resuena ligeramente en el espacio silencioso.

Aparece en la puerta de la cocina, visiblemente sorprendida por mi presencia. Mechones sueltos de pelo castaño se han escapado de su trenza hecha a toda prisa, enmarcando su cara sonrojada y dándole un aspecto desaliñado. Sus ojos, salpicados de oro, se abren brevemente, sorprendidos, antes de volver rápidamente a una expresión más neutra. El ligero temblor de sus manos delata su intento de mantener la compostura.

«Darius», dice, su voz vacila ligeramente mientras intenta un tono casual que no llega a sus ojos. Las comisuras de sus labios se mueven hacia arriba en una sonrisa forzada. «¿Qué te trae por aquí? Hoy no esperaba a nadie».

Señalo con la cabeza la gastada mochila que lleva colgada del hombro, llena hasta los topes y con las costuras tensas. Al verla, siento una punzada de preocupación. «¿Vas a algún sitio? pregunto, tratando de mantener un tono ligero a pesar de la creciente preocupación en mi pecho.

«Parece que llevas una mochila de aventuras».

Tessa vacila y desvía la mirada. «Solo estoy haciendo unos recados.

Mi mirada se estrecha. «¿Con provisiones para una semana?».

Suspira, con los hombros ligeramente caídos. «No pensé que te darías cuenta».

«¿Notar qué?» Me acerco un poco más, frunzo el ceño con preocupación y suavizo el tono. «Tessa, ¿qué pasa?

Duda un momento y me mira a los ojos. Sus dedos se tensan alrededor de la correa de su mochila sobrecargada. «Voy a las Cavernas Susurrantes», admite, con la voz apenas por encima de un susurro. «Necesito recuperar algo. Algo importante».

Una sacudida de alarma se dispara a través de mí. «¿Sola? Ni hablar».

Su barbilla se levanta desafiante, una chispa de determinación se enciende en sus ojos. «No puedo esperar más, Darius. La maldición empeora día a día, y mi magia es demasiado impredecible sin los colgantes gemelos unidos».

«Tessa, las cavernas son peligrosas», insisto, con la voz llena de preocupación. «Están llenas de magia antigua y guardianes que no dudarán en atacar a los intrusos. Trampas e ilusiones acechan en cada esquina. No puedes ir solo. Es demasiado peligroso, especialmente para alguien sin entrenamiento en magia de combate».

«No tengo elección», replica ella, la frustración tiñendo su tono. «Cada día que pasa, más gente se ve afectada. La panadería está fracasando y el pueblo está sufriendo. Tengo que hacer algo, lo que sea, para romper esta maldición antes de que sea demasiado tarde. ¿No te das cuenta? Esto ya no se trata sólo de mí».

Una oleada de protección brota dentro de mí, el dragón que llevo dentro se agita inquieto. Mis escamas se estremecen bajo mi piel, una manifestación física de mi creciente preocupación. «Entonces voy contigo», declaro, sin dejar lugar a discusión.

Parpadea, y la sorpresa suaviza momentáneamente sus facciones antes de negar con la cabeza, con una mandíbula obstinada. «No, no puedo pedirte eso. Es mi problema, tengo que romper mi maldición».

«No me lo has pedido», respondo con firmeza, acercándome un paso más a ella. El aroma a azúcar y canela se adhiere a ella. «Te lo ofrezco. Y, francamente, Tessa, no te voy a dejar elección. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas en esas cavernas».

Se cruza de brazos, con evidente escepticismo. «¿Por qué? Dejaste claro que querías mantener las cosas profesionales».

Exhalo lentamente, eligiendo mis palabras con cuidado. «Porque es lo correcto. Y porque me importa lo que te ocurra».

Un leve rubor sube por su cuello, pero lo disimula rápidamente. «De acuerdo. Pero esto no cambia nuestro acuerdo. Seguimos siendo profesionales».

«De acuerdo». Asiento con la cabeza, aunque en mi fuero interno me doy cuenta del reto que nos espera, no sólo en lo que respecta a la navegación por las cavernas, sino también a la gestión de los sentimientos crecientes que ya no puedo negar.

«Nos vemos en el extremo norte de la ciudad en una hora», dice, ajustando la correa de su mochila.

«Allí estaré».

Al salir de la panadería, me invade una mezcla de alivio y aprensión. La idea de que Tessa se aventure sola al peligro me resulta insoportable, pero acompañarla entraña sus propios riesgos. La proximidad pondrá a prueba mi determinación, y debo controlar mis instintos.

De vuelta a la posada, recojo metódicamente mi equipo para el peligroso viaje que nos

espera. En una robusta mochila de cuero, guardo cuidadosamente pieles de agua, un mapa de la región y las provisiones esenciales: carne seca, queso curado y fruta. Me sujeto una espada al costado, cuya empuñadura pulida brilla en la penumbra de mi habitación. Mientras me ajusto la ropa para poder moverme con facilidad, vislumbro mi reflejo en el espejo deslustrado que cuelga de la pared. El rostro que me devuelve la mirada está marcado por la tensión: las arrugas de la frente y la opresión alrededor de los ojos delatan mi aprensión.

«Contrólate», murmuro. «Concéntrate en la tarea».

Una hora más tarde, encuentro a Tessa esperando junto al viejo roble en el extremo norte de la ciudad. Va vestida con un atuendo práctico: túnica y pantalones, botas robustas atadas hasta las pantorrillas. Lleva una capa sobre los hombros, con la capucha subida para protegerse del frío matutino. El colgante descansa sobre su pecho, brillando suavemente.

«¿Lista? le pregunto, ajustándome la correa de la mochila.

Ella asiente, con expresión decidida. «Como nunca lo estaré».

Nos ponemos en marcha por el sendero del bosque, con las copas de los árboles filtrando la luz del sol en el suelo. Los pájaros pían en lo alto y el aroma a pino inunda el aire. Durante un rato, caminamos en un silencio agradable; los únicos sonidos son el crujido de las hojas bajo nuestras botas y el susurro de pequeñas criaturas entre la maleza.

Al cabo de un rato, Tessa rompe el silencio que se ha instalado entre nosotros. «Gracias por venir conmigo», dice, con voz suave pero llena de auténtica gratitud.

La miro y noto la sinceridad de su tono y el brillo de sus ojos a la luz del sol. «No podía dejar que te enfrentaras a esto sola», respondo, sintiendo una oleada de protección. «Es demasiado peligroso y me importa lo que te ocurra».

Ella esboza una pequeña sonrisa, un toque de color sube a sus mejillas. «Te lo agradezco, aunque al principio me pusiera terca», admite, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. «No estoy acostumbrada a aceptar ayuda.

Me río suavemente y el sonido se mezcla con el susurro de las hojas. «Me he dado cuenta de que eres muy testaruda», me burlo suavemente, recordando nuestras interacciones anteriores. «En cierto modo, es admirable».

Ella arquea una ceja, con una chispa de picardía bailando en sus ojos. «Hay que ser bueno para serlo, señor Flintwing», replica, y sus labios esbozan una sonrisa juguetona. «Creo recordar que alguien era igual de obstinado en ciertos asuntos».

Se establece un cómodo ritmo entre nosotros mientras navegamos por los sinuosos senderos. Cuanto más nos adentramos, más cambia el bosque: los árboles se hacen más densos, las sombras se alargan. El aire adquiere una carga sutil, un hormigueo de magia latente.

Se acerca el mediodía y nos detenemos a descansar junto a un arroyo cristalino. Tessa se arrodilla junto a la orilla y rellena su cantimplora. La observo mientras se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, con movimientos elegantes y discretos.

«Toma», le digo, dándole un trozo de fruta seca de mi mochila.

«Gracias». Lo acepta agradecida, le da un mordisco y saborea la explosión de sabor. Sus ojos se cierran brevemente en señal de agradecimiento. «¿Has estado antes en las Cavernas Susurrantes?

«Una vez, hace mucho tiempo», respondo, con los recuerdos revoloteando en los bordes de mi mente. «Es un lugar donde el velo entre los reinos es delgado. Se oyen ecos del pasado, o quizá del futuro».

Se queda pensativa mirando el agua, su reflejo ondulando en la suave corriente. «Suena inquietante. Y un poco inquietante, la verdad».

«Puede serlo», reconozco con un movimiento de cabeza. «Pero también esclarecedor si sabes qué escuchar. Las cavernas revelan verdades que quizá no estemos preparados para afrontar».

Inclina la cabeza, considerando mis palabras. «¿Conoces el Colgante de Piedra del Corazón? ¿Has oído algo al respecto?

«No», admito, mirándola a los ojos. «Pero sé que las cavernas guardan muchos secretos. Si está escondido allí, lo encontraremos. La magia del lugar guía a los que buscan respuestas».

Sus ojos se cruzan con los míos, un atisbo de vulnerabilidad aflora en sus profundidades. Puedo sentir el peso de sus preocupaciones y la esperanza que intenta mantener viva. «Eso espero. Parece mi última oportunidad».

«La encontraremos», le aseguro, con voz firme y convencida. Alargo la mano y casi se la toco, pero me lo pienso mejor. «Descubriremos lo que las cavernas tengan que revelar».

Continuamos nuestro camino, el terreno se vuelve más escarpado. El camino se estrecha, flanqueado por rocas irregulares y espesas zarzas. En un momento dado, un travieso duendecillo se cruza en nuestro camino: un destello de alas iridiscentes y risas tintineantes.

«¿Has visto eso? exclama Tessa, con los ojos muy abiertos por el asombro y un deje de emoción en la voz. Se vuelve hacia mí y sus ojos color avellana brillan de curiosidad.

«Sí», advierto, con un tono comedido y tranquilo a pesar del peligro potencial. «Ten cuidado, Tessa. Los duendes pueden ser criaturas juguetonas, pero también tienen un lado travieso. A menudo disfrutan llevando por mal camino a viajeros desprevenidos».

Como si nada, el duendecillo reaparece en un resplandeciente destello de luz. Sus alas translúcidas revolotean rápidamente mientras se cierne ante nosotros, con su diminuto rostro iluminado por una sonrisa pícara. Con una risa tintineante que suena como campanillas de viento en una suave brisa, nos hace señas hacia una bifurcación del camino, señalando enfáticamente la ruta más oscura y cubierta de maleza.

«¿Lo seguimos?» pregunta Tessa, con una voz teñida de vacilación e intriga. Puedo ver la lucha interna que se desarrolla en su rostro, dividida entre la cautela y el encanto de lo desconocido.

Sacudo la cabeza con firmeza y le pongo una mano en el brazo para evitar que dé un paso adelante. «No», digo con convicción, sin apartar los ojos del duendecillo. «Intenta desviarnos de nuestro camino. Debemos concentrarnos en nuestro objetivo y no distraernos con esas artimañas».

Tessa asiente, confiando en mi juicio. Seguimos nuestro camino y, al cabo de unos instantes, el duendecillo pierde interés y se aleja con un trino de decepción.

Más tarde, llegamos a un puente desvencijado que cruza un profundo abismo. Los tablones de madera están desgastados y deformados, y algunos faltan por completo, dejando agujeros en la pasarela. Las únicas barandillas son unas cuerdas deshilachadas, verdes por las algas. Abajo, la niebla arremolinada oculta lo que hay en el fondo, lo que añade un toque espeluznante a la ya precaria travesía.

«Vaya, qué atractivo», comenta Tessa con ironía, con una voz teñida de sarcasmo y una pizca de nerviosismo. Se asoma por el borde y retrocede rápidamente con una brusca inspiración.

Pruebo los primeros tablones con cautela, presionando mi peso sobre ellos poco a poco. La madera cruje siniestramente, pero se mantiene firme. «Parece bastante estable, pero tendremos que tener cuidado», digo, mirando a Tessa con lo que espero que sea una mirada tranquilizadora. «Ten cuidado y no te alejes. Iremos despacio y con cuidado».

Inhala profundamente. «De acuerdo. Hagámoslo».

Voy primero, moviéndome constante pero deliberadamente. El puente se balancea

ligeramente bajo mi peso, las cuerdas crujen. Al llegar a la mitad, me giro para ver a Tessa. Me sigue de cerca, con expresión concentrada.

«Lo estás haciendo muy bien», la animo.

Asiente con la cabeza, aunque tiene los nudillos blancos de tanto agarrar las cuerdas y puedo ver cómo se le tensan los tendones bajo la piel. El viento arrecia y el puente se balancea con más fuerza. De repente, uno de los tablones desgastados bajo su pie se rompe con un fuerte crujido que resuena por todo el cañón. Tessa da un grito ahogado y tropieza cuando su pierna atraviesa el hueco.

En un abrir y cerrar de ojos, extiendo la mano y agarro su brazo con firmeza. Mi fuerza de dragón evita que siga cayendo. «Te tengo», le aseguro, con voz firme a pesar de la adrenalina que me recorre.

Sus ojos, muy asustados, se cruzan con los míos. Veo una mezcla de sorpresa y gratitud en el fondo de sus ojos cuando recupera el equilibrio. Respira entrecortadamente antes de hablar. «Gracias», dice en voz baja, apenas audible por encima del crujido del puente y el silbido del viento.

«Cuidado», le advierto suavemente. «Paso a paso».

Avanzamos con cautela y pronto estamos a salvo en el otro lado. Ella exhala aliviada. «Ha sido más excitante de lo que necesitaba».

Sonrío cálidamente, tratando de aligerar el ambiente. «Considéralo una parte memorable del viaje».

Ella ríe suavemente, el sonido es un alivio bienvenido después de la tensión de lo que acaba de suceder. «Supongo que sí», asiente, y sus ojos centellean con una mezcla de diversión y adrenalina persistente. «Aunque creo que ya he tenido suficientes emociones por hoy. Esperemos que el resto del viaje sea un poco más tranquilo».

Al anochecer, encontramos un lugar adecuado para acampar: un pequeño claro protegido por imponentes árboles de hoja perenne. Recojo leña mientras Tessa organiza nuestras mochilas y prepara una sencilla comida a base de pan y queso.

Una vez que el fuego cobra vida y emite un cálido resplandor, nos acomodamos junto a él. Las estrellas empiezan a asomar por encima de nosotros, puntitos de luz en el cielo cada vez más oscuro.

«Esto es precioso», reflexiona ella, mirando hacia arriba, a la vasta extensión de estrellas parpadeantes. El cielo nocturno parece extenderse infinitamente sobre nosotros, un tapiz de maravillas celestes que la deja sin aliento.

«Desde luego», coincido, con mis propios ojos atraídos por el fascinante espectáculo. «Lejos de las distracciones de la ciudad, es más fácil apreciar el mundo natural que nos rodea. La tranquilidad de este lugar permite otro tipo de magia».

Se vuelve hacia mí, con la curiosidad brillando en sus ojos, reflejando la parpadeante luz del fuego. «Háblame de tu santuario», dice, con voz suave pero ansiosa. «He oído rumores, pero me gustaría que tú me contaras la verdad. ¿Cómo es realmente?

Me recuesto contra un tronco caído. «Es una visión que he tenido durante años: un lugar donde los seres mágicos pueden coexistir con los humanos sin miedo ni prejuicios. Un refugio, pero también una comunidad».

Asiente pensativa. «¿Qué te inspiró a perseguirlo?»

Hago una pausa, eligiendo mis palabras. «He visto demasiadas divisiones, demasiados conflictos nacidos de la incomprensión. Creo que podemos hacerlo mejor».

«Es un objetivo noble», dice en voz baja, sus ojos brillan con auténtica admiración. «Admiro

tu dedicación. No debe ser fácil tender un puente sobre una brecha tan profunda entre mundos».

«Gracias», respondo, sintiendo que sus palabras me calientan el pecho. La miro, observando cómo la luz del fuego baila sobre sus rasgos. «¿Qué me dices de ti? Tu abuela parece haber tenido una gran influencia en ti. Me encantaría saber más de ella, si estás dispuesta a contármelo».

Una sonrisa afectuosa se dibuja en sus labios. «Así es. Me enseñó todo lo que sé sobre repostería y siempre creyó en la magia que había en mí, incluso cuando yo misma no la veía».

«Parece una mujer increíble», digo en voz baja, sintiendo un profundo respeto por el vínculo que Tessa compartía con su abuela.

«Lo era», responde Tessa, con una voz teñida de cariño y melancolía a la vez. Su mirada se vuelve distante, como si mirara más allá de nuestra realidad. «La echo mucho de menos. Hay días en los que casi puedo oírla tararear en la cocina u oler sus característicos rollos de canela».

El silencio se instala entre nosotros, cómodo pero cargado de pensamientos y emociones no expresados. El fuego crepita, lanzando chispas al aire nocturno, y una brisa fresca agita las hojas.

«¿Alguna vez te has preguntado por el destino?», pregunta de repente, y sus ojos vuelven a centrarse en mí con una intensidad que me pilla desprevenido.

Levanto una ceja, intrigado por el inesperado giro de la conversación. «¿En qué sentido? Indago, curiosa por saber adónde me llevan sus pensamientos.

«Si ciertas personas están destinadas a cruzarse en el camino», explica Tessa, con los dedos distraídos trazando patrones en su rodilla. «Si los acontecimientos se desarrollan por una razón, aunque a primera vista parezcan aleatorios o caóticos. Como... como nosotros reencontrándonos después de tantos años».

Considero su pregunta. «A menudo he lidiado con esa idea. Quizá haya un equilibrio entre el destino y la elección».

Aprieta las rodillas contra el pecho. «Siento que han cambiado tantas cosas en tan poco tiempo. Es abrumador».

Asiento con la cabeza, considerando detenidamente sus palabras. «El cambio puede ser desalentador, de eso no hay duda. Pero también puede conducir a un crecimiento inesperado y a oportunidades que nunca hubiéramos imaginado».

Me mira y sus ojos bailan con una mezcla de incertidumbre y esperanza. «Me alegro de que estés aquí, Darius. No estoy segura de haber podido afrontar todo esto sola».

La calidez se extiende a través de mí, una sensación a la que no estoy del todo acostumbrado. «Me alegro de estar aquí, Tessa. Más de lo que crees».

Reprime un bostezo y se tapa la boca con la mano, pues el largo viaje del día ha terminado por afectarla. La luz del fuego proyecta suaves sombras sobre su rostro, acentuando su cansancio. «Deberíamos descansar. Mañana será igual de duro».

«De acuerdo», digo, poniéndome en una posición más cómoda. «Haré la primera guardia. Es mejor que uno de nosotros esté alerta».

Ella duda, frunciendo ligeramente el ceño. «¿Seguro? Puedo hacer mi turno si quieres. No quiero que...»

«Insisto», la interrumpo suavemente, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora. «Tú necesitas el descanso más que yo. Duerme bien, Tessa. Te despertaré si pasa algo».

Ella asiente y se acomoda en su saco de dormir. En unos minutos, su respiración se estabiliza y se queda dormida.

Me levanto y observo los alrededores. El bosque está tranquilo, pero mis sentidos permanecen alerta. El dragón que llevo dentro está atento a los cambios sutiles del entorno: el

ulular lejano de un búho, el susurro de pequeñas criaturas entre la maleza. Mis sentidos agudizados captan los susurros más tenues del bosque: el suave vaivén de las hojas en la brisa nocturna, el suave golpeteo de las gotas de rocío al caer de las ramas y las vibraciones apenas perceptibles de los insectos que corretean por el suelo del bosque. Cada sonido, cada olor y cada movimiento me ofrecen una imagen vívida de nuestro entorno, lo que me permite permanecer alerta sin depender únicamente de la vista.

Sin embargo, bajo la superficie se agita una inquietud. Percibo rastros de magia oscura, como un tenue aroma transportado por el viento. Es evasivo pero inconfundible, una sutil corriente subterránea que pone mis escamas en tensión. El aire parece cargado, como si las propias moléculas vibraran con una energía invisible. Mi instinto de dragón, perfeccionado a lo largo de los años, me advierte de que algo va mal en este bosque aparentemente tranquilo.

No estamos solos. Me doy cuenta de ello como si fuera un pesado manto, y me encuentro acercándome instintivamente a Tessa.

Agarro la empuñadura de mi espada, con los músculos tensos. Los recuerdos de batallas pasadas parpadean en los bordes de mi mente, pero los aparto. No es momento para distracciones.

Vuelvo a mirar a Tessa y siento que me invade una poderosa oleada de protección. La luna llena que cuelga baja en el cielo nocturno proyecta un suave resplandor plateado sobre su apacible figura, iluminando las suaves curvas de su rostro y los mechones sueltos de pelo que se han escapado de su moño. Por un momento, me permito bajar la guardia y reconocer la verdadera profundidad de lo que siento por ella. La comprensión me golpea como una fuerza física, tan estimulante como aterradora en su intensidad. He pasado mucho tiempo manteniendo a los demás a distancia, pero de algún modo, esta panadera testaruda y de buen corazón ha conseguido traspasar mis defensas.

«Concéntrate», me amonesto en voz baja, sacudiéndome la peligrosa atracción de las emociones. No puedo permitirme bajar la guardia, no cuando hay tanto en juego.

Pasan las horas y la noche se vuelve más oscura. El bosque que nos rodea se queda quieto, salvo por el ulular ocasional de un búho o el susurro de las hojas. Cuando llega la hora, despierto suavemente a Tessa, posando la mano sobre su hombro antes de tocarla.

«Tu turno», susurro, mi voz apenas audible por encima del crepitar de nuestra hoguera moribunda.

Ella se sienta, frotándose el sueño de los ojos, el pelo adorablemente despeinado. «¿Algo que contar?», pregunta, con la voz ronca por la somnolencia.

«Todo está tranquilo», miento, sin querer alarmarla con los débiles rastros de magia desconocida que he percibido en el viento, no hay necesidad de agobiarla con más preocupaciones.

Me estudia un momento, sus ojos escrutan los míos como si percibiera mi engaño. Pero no insiste. «Está bien», dice finalmente Tessa, cogiendo su abrigo.

Me acomodo en mi saco de dormir, pero no consigo conciliar el sueño. Pienso en los peligros que nos aguardan, en el tenue equilibrio entre el deber y el deseo.

Al final, la fatiga se apodera de mí y caigo en un sueño intranquilo lleno de sueños fragmentados.

Cuando amanece y me despierto, Tessa está atendiendo el fuego y hirviendo agua para el café.

«Buenos días», me saluda con una sonrisa tentativa, con los ojos aún ensombrecidos por una noche agitada.

«Buenos días. Me estiro, sacudiéndome los restos del sueño y la inquietud persistente de mis sueños. El aire fresco de la mañana me pellizca la piel.

Me tiende una taza humeante con un rico aroma a café. «Pensé que nos vendría bien a los dos», dice Tessa, con voz suave pero teñida de determinación. «Va a ser un día largo».

«Gracias. Tomo un sorbo y el calor me invade, ahuyentando los últimos vestigios de sueño. El sabor amargo me devuelve al presente. «Es perfecto», añado, mirándola por encima del borde de la taza.

Mientras recogemos el campamento, no puedo deshacerme del persistente malestar. Los rastros de magia oscura se sienten más fuertes y pronunciados.

«Deberíamos llegar a las cavernas a mediodía», le informo, estudiando el mapa por última vez antes de doblarlo y guardarlo en la mochila. El terreno parece difícil, pero nada que no podamos superar.

Ella asiente, con un brillo decidido en los ojos. «Estoy lista», dice Tessa, ajustándose las correas de la mochila. Su voz transmite una mezcla de expectación y nerviosismo. «Esperemos encontrar algunas respuestas allí».

Nos ponemos en marcha, y el terreno se vuelve cada vez más accidentado. El sendero serpentea empinado hacia arriba, desafiando nuestra resistencia mientras navegamos a través de afloramientos rocosos dentados que sobresalen de la tierra como dientes antiguos. El aire se vuelve notablemente más fresco a medida que ascendemos. A nuestro alrededor, el denso bosque se reduce gradualmente, dando paso a una vegetación rala que se aferra obstinadamente a la vida en el duro entorno. A medida que ascendemos, el paisaje se transforma, revelando imponentes acantilados que se ciernen sobre nosotros, con sus caras escarpadas como testimonio de la fuerza de la naturaleza. El panorama se amplía y nos ofrece unas vistas impresionantes de la naturaleza salvaje que hemos atravesado, pero también nos recuerda lo aislados que estamos.

Al llegar a la cima de una colina, vemos la entrada a las Cavernas Susurrantes, unas fauces abiertas en la ladera de la montaña, envueltas en niebla.

Tessa se detiene a mi lado, con una expresión compleja mezcla de asombro, inquietud y un destello de determinación. «Así que es eso», jadea.

«Sí», confirmo, y mi mirada recorre la zona con mayor vigilancia. Mis sentidos de dragón están en alerta máxima, detectando sutiles perturbaciones en el aire. La presencia de la magia oscura es palpable ahora, como una sombra malévola que merodea justo en el borde de la vista, enviando un escalofrío por mi espina dorsal.

«¿Sientes eso?», pregunta en voz baja, con el cuerpo tenso, como si ella también percibiera la ominosa energía que nos rodea.

«Sí», respondo sombrío, poniendo instintivamente una mano protectora en su hombro. «Quédate cerca. No sabemos lo que nos espera dentro. Las cavernas pueden albergar muchos peligros».

Tessa respira hondo y se arma de valor. Observo cómo cuadra los hombros y una expresión de determinación se instala en sus rasgos. Su voz es firme cuando habla. «Estoy preparada. Sea lo que sea lo que hay ahí dentro, lo afrontaremos juntos».

Nos acercamos a la entrada de la caverna, nuestros pasos resuenan suavemente en el terreno rocoso. El aire se vuelve más frío a medida que nos acercamos a la oscuridad. A medida que nos adentramos en las sombras, los susurros se intensifican, arremolinándose a nuestro alrededor como fantasmas invisibles. Los inquietantes sonidos parecen danzar al borde de la comprensión, provocando nuestras mentes con palabras a medio formar y advertencias urgentes. Noto que Tessa se estremece a mi lado e instintivamente me acerco para ofrecerle el poco consuelo que

puedo en esta atmósfera inquietante.

«Recuerda», murmuro. «Las cavernas pueden jugar malas pasadas a la mente. Concéntrate».

Ella asiente, agarrando con fuerza el colgante que lleva al cuello.

Más adentro, nos adentramos en el corazón de la caverna, la luz de la entrada se desvanece hasta que sólo el suave resplandor de las piedras encantadas ilumina nuestro camino. El aire se vuelve más denso a cada paso. Extraños símbolos, tallados hace eones, adornan las paredes toscamente labradas, palpitando débilmente con una luz interior que parece danzar y cambiar a nuestro paso.

De repente, una figura se materializa en la penumbra: un guardián de piedra viva y niebla arremolinada, con rasgos indistintos y cambiantes. Sus ojos, como orbes de luz estelar, brillan con un resplandor sobrenatural y se fijan en nosotros con una intensidad que me produce un escalofrío. Noto que Tessa se tensa a mi lado, con la respiración entrecortada.

«Intrusos», entona, su voz es un eco retumbante que reverbera por toda la caverna y parece penetrar hasta nuestros huesos. «Expongan su propósito o afronten las consecuencias de su intrusión».

Tessa se adelanta, con voz firme. «Busco el Colgante de Piedra del Corazón gemelo de mis antepasados para restablecer el equilibrio y acabar con la maldición que pesa sobre mi pueblo».

El guardián la observa en silencio y luego me mira a mí. «Y tú, dragón, ¿cuál es tu propósito?»

«Ayudarla en esta búsqueda», declaro, y mi voz resuena en la caverna con más confianza de la que siento. Mi mirada se desvía hacia Tessa, midiendo su reacción a mis palabras.

Pasa un momento tenso antes de que el guardián hable, con su mirada de otro mundo clavada en nosotros. El aire se vuelve denso por la expectación, y puedo oír la respiración entrecortada de Tessa a mi lado. «Sólo los puros de intención pueden proceder», entona la entidad, y su voz resuena en nuestros cuerpos. «Demuestra tu valía o afronta las consecuencias de tu engaño».

El suelo tiembla violentamente bajo nuestros pies, haciendo que los guijarros sueltos resbalen por el suelo de la caverna. El guardián levanta una mano enorme y brillante, con los dedos muy abiertos. De la palma de la mano se arremolinan zarcillos de energía que se unen en formas que se ciernen amenazadoras ante nosotros: manifestaciones de nuestros miedos más profundos y de nuestras dudas más atroces. Siento un escalofrío al reconocer la silueta de mi propia forma dracónica entre ellas.

«Tessa, concéntrate en tu magia», le insto.

Ella respira hondo y cierra los ojos mientras se concentra. El colgante que lleva al cuello empieza a brillar. El resplandor se intensifica y se extiende desde la joya hasta envolvernos a los dos en un aura brillante y protectora.

Las apariciones que tenemos ante nosotros parpadean y vacilan, sus formas amenazadoras se vuelven menos nítidas a cada segundo que pasa. Luchan contra la magia de Tessa, pero al final no son rivales para su poder innato. Una a una, se disipan en volutas de humo, desvaneciéndose en la nada.

El guardián, cuya enorme figura aún se alza sobre nosotros, baja lentamente la mano. Sus ojos brillantes nos observan como si escudriñaran nuestras almas. Después de lo que parece una eternidad, habla y su voz retumba en la caverna. «Habéis demostrado ser dignos. Podéis pasar».

Me invade el alivio, pero la sensación dura poco. La sensación de magia oscura permanece, más fuerte que nunca.

Mientras avanzamos, no puedo evitar la sensación de que nos vigilan, no sólo los guardianes de las cavernas, sino algo completamente distinto.

«Tessa», susurro, »tenemos que ser precavidos. Aquí hay más en juego de lo que creemos».

Me mira con determinación. «Podemos afrontarlo juntos, Darius».

Asiento con la cabeza, fortaleciéndome. Ella tiene razón. No importa lo que venga, sé una cosa con certeza: la protegeré, cueste lo que cueste.

TESSA

Caminamos en silencio durante un rato, nuestras pisadas resuenan suavemente en las húmedas paredes de piedra a medida que el sendero se adentra en las Cavernas Susurrantes. La luz adquiere un tono azulado, proyectando largas sombras que bailan sobre el terreno rocoso. El goteo ocasional del agua acentúa la quietud.

De repente, el sendero se abre en un pequeño claro y me sorprendo parpadeando. El espacio está bañado por la luz del sol, que crea un fascinante juego de luces y sombras en el suelo de la caverna. Delicados helechos y hongos luminiscentes se aferran a las paredes y sus pálidas formas parecen brillar bajo la inesperada luz. Miro con asombro, con los ojos desorbitados y confusos, tratando de discernir la fuente de esta iluminación imposible. La luz del sol parece desafiar la propia naturaleza de nuestro entorno subterráneo, proyectando un cálido resplandor dorado que resulta reconfortante e inquietante a la vez.

Ante nosotros hay tres figuras etéreas, sílfides, cuyas formas son translúcidas y brillantes como la bruma matinal atrapada por los primeros rayos del alba. Sus ojos son luminiscentes y se mueven con una gracia que parece desafiar a la gravedad. Sus pies apenas tocan el suelo y se deslizan sin esfuerzo por el aire. Sus finas alas revolotean en silencio, creando suaves remolinos en el aire a su alrededor. Mientras nos miran con curiosidad, sus expresiones son a la vez serenas e inescrutables.

«Viajeros», se dirige a nosotros la sílfide central, su voz resuena como una suave brisa. «Para pasar, debéis pagar el peaje de la verdad».

Darius se adelanta ligeramente, su postura relajada pero alerta. «¿Qué quieres que compartamos?»

Cada sílfide nos mira atentamente. «Una verdad del corazón», dice la segunda. «Una confesión de miedo», añade la tercera, cuyos ojos luminosos parecen atravesarme.

Trago saliva, con la garganta repentinamente seca. La idea de desnudar mi alma ante estos seres místicos -y nada menos que delante de Darius- es desconcertante. Se me humedecen las palmas de las manos y siento que el corazón se me acelera bajo las costillas. El peso de sus miradas expectantes se cierne sobre mí. Echo un vistazo rápido a Darius, preguntándome si se sentirá tan incómodo como yo con esta exigencia inesperada.

«Muy bien», concede Darius. Mira a las sílfides y luego me mira brevemente antes de hablar. «Me temo que, por mucho que me esfuerce, nunca expiaré los errores de mi pasado».

Un peso parece asentarse entre nosotros como una pesada cortina. Percibo en él un profundo dolor del que no me había percatado antes, una cruda vulnerabilidad que me pilla desprevenida. Sus ojos se oscurecen y, por un momento, vislumbro una carga centenaria.

Las sílfides dirigen su atención hacia mí. Sus ojos parecen clavarse directamente en mi alma.

Respiro hondo y me tranquilizo.

«Temo no estar a la altura del legado de mi abuela», confieso, con la voz apenas por encima de un susurro. «Y de fallar a quienes dependen de mí».

Las sílfides intercambian miradas significativas, sus formas etéreas brillan en el aire brumoso. Tras un momento de comunicación silenciosa, asienten al unísono, con movimientos fluidos y elegantes. «Vuestras verdades han sido aceptadas», entonan, sus voces se mezclan en un coro armonioso. «Podéis proseguir vuestro viaje». Mientras pronuncian estas palabras, sus formas comienzan a desvanecerse, disipándose gradualmente en el entorno.

Exhalo profundamente y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración durante todo el intercambio. La tensión de mis hombros empieza a disminuir, pero un temblor residual recorre mi cuerpo. «Ha sido intenso», murmuro con voz temblorosa. Me paso una mano por el pelo, intentando procesar lo que acaba de ocurrir.

Darius asiente para tranquilizarme. «Los guardianes de las Cavernas Susurrantes valoran la honestidad».

Reanudamos el camino, ahora cuesta arriba.

De repente, recuerdo un mapa que me había dado Elyndra. Rebusco en mi bolsa hasta encontrarlo, saco el pergamino y se lo enseño a Darius. «Según esto, tenemos que seguir el pasaje principal hasta llegar a una bifurcación, y luego tomar el túnel de la izquierda».

Darius asiente. «Estate atento a cualquier marca o símbolo».

Las sombras bailan a lo largo de las paredes, las formas cambian en la periferia de mi visión. Siento un hormigueo, una mayor conciencia de la magia que impregna este lugar.

Llegamos a la bifurcación del túnel y nuestros pasos resuenan en el espacio cavernoso. Me detengo, entrecerrando los ojos en la penumbra, y señalo un glifo grabado en la áspera pared de piedra: una intrincada espiral rodeada por una serie de misteriosos símbolos rúnicos. La talla parece antigua, y sus bordes se han desgastado suavemente con el tiempo. «Es una marca del mapa», digo trazando el símbolo con la punta del dedo. «Coincide perfectamente».

Tomamos el túnel de la izquierda, que se estrecha ligeramente y nos obliga a caminar en fila india. Las ásperas paredes de piedra nos aprietan a ambos lados y su fría superficie roza de vez en cuando nuestros hombros. Los susurros se intensifican, se hacen más insistentes a cada paso, y capto fragmentos de sonidos: risas infantiles, sollozos desgarradores, gritos lejanos que me erizan la piel. El corazón se me acelera, golpeándome la caja torácica, pero aprieto los puños y sigo adelante.

De repente, el pasadizo se ensancha hasta convertirse en una inmensa cámara cavernosa que nos deja sin aliento. El suelo está cubierto por un charco de agua poco profundo, que no llega más allá de los tobillos y se extiende hasta donde alcanza la vista. Su superficie vidriosa actúa como un espejo, reflejando a la perfección el techo brillante con incrustaciones de cristal. Cuando entramos tímidamente, nuestras pisadas provocan ondas que caen en cascada sobre el agua, distorsionando los reflejos en un caleidoscopio de luces y sombras fracturadas.

«Ten cuidado», advierte Darius, con voz baja y tensa. Sus ojos observan la cámara con cautela, en busca de peligros ocultos. «Este lugar es conocido por sus poderosas ilusiones. No te fíes de todo lo que veas u oigas. Quédate cerca y, hagas lo que hagas, no sueltes mi mano».

Nada más salir de su boca, la cámara se transforma con una rapidez vertiginosa. El agua que me llegaba hasta los tobillos desaparece sin dejar rastro y me encuentro en los familiares confines del Hogar de Miel. Pero no es la acogedora panadería que conozco y adoro, sino un infierno de pesadilla. Llamas furiosas lamen las paredes de piedra desgastada, devorando el encanto de antaño. Un humo espeso y acre llena el aire, oscureciendo mi visión y haciendo que

me lloren los ojos. El reconfortante aroma a canela y vainilla es sustituido por el asfixiante hedor a madera quemada que me pica en las fosas nasales y me araña la garganta.

«¡Amelia!» Grito, con el corazón latiéndome con fuerza mientras me precipito instintivamente hacia la escena infernal. «¡Abuela!» Mi voz se quiebra de desesperación mientras busco cualquier señal de mis seres queridos en esta ardiente pesadilla.

«¡Recuerda, no es real!» La voz de Darius se abre paso a través del pánico, sonando distante pero con los pies en la tierra. Sus palabras penetran la niebla de miedo que nubla mi mente, recordándome la naturaleza engañosa de la cámara. Aun así, la ilusión es tan vívida, tan aterradoramente realista, que necesito toda mi fuerza de voluntad para no perderme completamente en ella.

Me detengo y parpadeo rápidamente. Las llamas vacilan y la panadería se desvanece en la caverna. Respiro entrecortadamente.

«¿Estás bien? pregunta Darius, poniendo una mano firme en mi hombro. Su tacto es cálido y enraizante, un marcado contraste con las llamas ilusorias que me habían rodeado hacía unos instantes.

Asiento temblorosamente, intentando recuperar el aliento. «Sí, creo que sí. Pero parecía tan real. El calor, el humo. Juraría que estaba en el Hogar de Miel».

«Esa es la magia de la caverna», explica suavemente. «Se aprovecha de nuestros miedos más profundos. Está diseñada para ponernos a prueba y hacer que nos enfrentemos a lo que más nos aterroriza».

«Gracias», susurro, agradecida por su presencia y el ancla que me proporciona a la realidad. Mi mano se levanta instintivamente para cubrir la suya, que sigue apoyada en mi hombro. «No sé si habría podido salir de eso sin ti aquí».

Seguimos adelante, pero los desafíos persisten. En el siguiente pasaje, es Darius quien vacila. Se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras figuras sombrías lo rodean, susurrando acusaciones que no puedo entender.

«¿Darius?» Me acerco y veo el tormento grabado en su rostro.

No responde, atrapado en la visión que la caverna ha conjurado.

Actuando por instinto, extiendo la mano y agarro la suya. «No estás solo», le digo con firmeza. «Lo que estás viendo no es real».

Parpadea con rapidez y su pecho se agita cuando las sombras se disipan como el humo. Su mirada, aún atormentada pero despejada, se cruza con la mía, una rara vulnerabilidad que brilla a través de su habitual fachada estoica. «Gracias», murmura. Sus dedos se aprietan en torno a los míos, buscando un anclaje en la realidad.

Seguimos tomados de la mano durante un rato, ninguno de los dos dispuesto a romper el contacto que ofrece seguridad mutua contra los trucos de la caverna. La áspera piedra bajo nuestros pies se desplaza poco a poco y noto que el túnel empieza a inclinarse hacia arriba. La esperanza revolotea en mi pecho mientras avanzamos y nuestras respiraciones resuenan en el reducido espacio.

Finalmente, salimos a una cámara más pequeña. Delicadas formaciones de cristal adornan las paredes y el techo, sus facetas atrapan y refractan la luz, emitiendo un suave resplandor que lo baña todo de colores suaves y cambiantes. Su belleza hace retroceder momentáneamente la opresiva oscuridad por la que hemos estado caminando.

«Parece un buen lugar para descansar», sugiero.

«De acuerdo.

Dejamos las mochilas con cuidado, agradecidos por poder descansar. Rebusco en mi mochila

y saco una pequeña linterna, cuyo resplandor complementa la luz que emana de las formaciones de cristal. La cámara parece un poco menos opresiva con esta iluminación adicional.

Darius mueve sus anchos hombros y una mueca se dibuja en su rostro mientras intenta relajarse. El sutil movimiento no pasa desapercibido.

«¿Estás herido? pregunto preocupada. Le observo en busca de algún signo visible de lesión.

«No es nada», contesta con un gesto de la mano y un tono brusco. Pero noto una ligera tirantez en sus ojos que oculta su malestar.

«Déjame ver», insisto. Doy un paso hacia él, con la mano extendida, dispuesta a ofrecerle toda la ayuda que pueda en este santuario adornado con cristales.

Vacila, un destello de incertidumbre cruza su rostro antes de ceder y permitirme examinarle el hombro. Tiene un corte poco profundo en el lugar donde debe de haber rozado una roca escarpada; la línea roja y furiosa resalta sobre su piel bronceada.

«No te muevas», le digo. Saco de mi mochila un paño limpio y un pequeño frasco de antiséptico.

Mientras limpio la herida con movimientos suaves y precisos, soy plenamente consciente de la cercanía que hay entre nosotros. El calor de la piel de Darius bajo las yemas de mis dedos me produce un sutil estremecimiento, como electricidad bailando a lo largo de mis nervios. Intento concentrarme en la tarea que tengo entre manos, deseando que mis manos no tiemblen, pero mi corazón me traiciona latiendo demasiado rápido. Su olor -una mezcla de pino y algo claramente masculino- me envuelve, dificultando mi concentración. Me reprendo en silencio por estas reacciones imprevistas, recordándome la naturaleza precaria de nuestro acuerdo.

«Eres muy hábil en esto», comenta en voz baja, mientras sus ojos observan atentamente mis movimientos.

«Años de percances horneando», respondo con una ligera carcajada, intentando ignorar el revoloteo de mi estómago ante sus elogios. «Quemaduras, cortes, rasguños... son gajes del oficio cuando te pasas el día metida hasta el codo en la masa y en hornos calientes».

Sonríe, pero hay una suavidad en sus ojos que antes no había, una calidez que me hace respirar entrecortadamente. «Gracias, Tessa. Te agradezco tus atenciones».

«Cuando quieras», respondo, asegurando con cuidado una venda en su sitio, mis dedos deteniéndose tal vez un momento más de lo necesario. «Los que somos propensos a los accidentes tenemos que cuidarnos los unos a los otros, ¿verdad?».

Nos sentamos a comer algo sencillo: frutos secos y un poco de pan. El silencio es confortable, sólo roto por el lejano goteo del agua y los leves susurros que parecen siempre presentes.

«¿Puedo preguntarte algo? pregunto.

«Por supuesto.

«En el bosque, cuando hablaste con las sílfides... ¿Qué querías decir con expiar los errores del pasado?».

Darius suspira, mirando a lo lejos. «Había alguien a quien quería mucho. No la protegí cuando más me necesitaba. Esa culpa me ha perseguido desde entonces».

«Lo siento mucho», le digo con dulzura, acercándome a su brazo en un gesto de consuelo. «Debe ser una carga increíblemente pesada de llevar todo este tiempo».

Darius asiente, sus ojos reflejan un dolor profundo y persistente. «Lo es», admite. «Algunos días, se siente como un peso del que nunca podré escapar. Pero estar aquí en Windhollow, ayudándote con la panadería, se siente como una oportunidad de enmendarlo de alguna pequeña manera. Quizá protegiéndote pueda empezar a perdonarme a mí misma».

Extiendo la mano y la poso ligeramente en su brazo. «Tu pasado no te define, Darius. Todos llevamos cicatrices, pero no tienen que dictar nuestro futuro».

Me mira, su mirada es intensa. «Eres más sabio que tu edad».

Me sonrojo y retiro la mano. «Ni mucho menos. Aprendo sobre la marcha».

Una sutil tensión llena el espacio entre nosotros, una mezcla de sentimientos no expresados y comprensión compartida. Me siento atraída por él, pero no sé cómo manejar estas emociones.

«Deberíamos descansar», sugiere, con un tono de reticencia en la voz. Sus ojos se detienen en mí más de lo necesario, como si quisiera decir algo más pero no encontrara las palabras.

«Tienes razón», acepto, sintiendo que el peso del día me cala hasta los huesos. Acomodo mi saco de dormir sobre un trozo de piedra lisa, los cristales que hay encima proyectan una suave luminiscencia. La suave luz baila sobre los rasgos de Darius, resaltando los ángulos agudos de su cara y la profundidad de sus ojos. Me sorprendo a mí misma lanzándole miradas mientras me acomodo, preguntándome qué pensamientos se agolpan tras esa expresión cuidadosamente compuesta.

Mientras me tumbo, observo el juego de luces en el techo de la caverna, cuyos patrones cambian como constelaciones. El sueño se me escapa, los pensamientos de los acontecimientos del día se arremolinan en mi mente.

«¿Darius?» Susurro en el silencio, mi voz apenas perturba la quietud de la caverna. Me encuentro conteniendo la respiración, esperando su respuesta.

«¿Sí?» Su respuesta es suave, apenas audible, pero puedo sentir la atención en su tono. Incluso en la penumbra puedo distinguir su silueta, ligeramente girada hacia mí.

«Gracias por estar aquí», murmuro, sintiendo que me invade una repentina oleada de vulnerabilidad. «No podría haber hecho esto sin ti». Las palabras flotan en el aire entre nosotros. Trago saliva, dándome cuenta de lo mucho que he llegado a depender de su presencia y su fuerza en este mundo extraño y mágico.

Hay una pausa antes de que responda. «Me das demasiado crédito. Tu fuerza es tuya».

Sonrío en la oscuridad. «Tal vez. Pero es agradable no sentirse sola».

«No estás sola», me asegura.

Reconfortada por sus palabras, finalmente dejo que mis ojos se cierren. Los susurros de la caverna se desvanecen en el fondo mientras caigo en un sueño sin sueños.

Cuando despierto, oigo ecos lejanos, como un coro de voces incomprensibles. Darius ya está levantado, recogiendo su equipo.

«Buenos días», me saluda con una leve inclinación de cabeza, con la mirada alerta y concentrada. «¿Has dormido bien en estas condiciones tan poco ideales?

«Sorprendentemente, sí», respondo. Estiro los brazos por encima de la cabeza, deshaciendo los pliegues de haber dormido en el duro suelo de la caverna. «Creo que estaba más agotado de lo que pensaba.

«Me alegro de oírlo», dice Darius, con un tono de aprobación en la voz. «Deberíamos ponernos en marcha pronto. Según tu mapa, nos acercamos a la cámara donde se guarda el Colgante de Piedra del Corazón. No queremos perder nuestra ventaja si alguien más lo está buscando».

La emoción y la ansiedad revolotean en mi estómago. El colgante está tan cerca que casi puedo sentir su poder. «De acuerdo», acepto, me pongo en pie y me quito la ropa. «No perdamos tiempo. Hemos llegado demasiado lejos».

Nos ponemos en marcha, los pasadizos se vuelven más intrincados, con túneles que se ramifican en múltiples direcciones. El mapa nos guía, pero la caverna cambia sutilmente como si

pusiera a prueba nuestra determinación. Las sombras bailan en las paredes, proyectadas por la luz parpadeante de nuestras antorchas, creando una atmósfera inquietante que me pone los nervios de punta.

En un momento dado, nos encontramos con un estrecho saliente que da a un abismo tan profundo que el fondo se pierde en la oscuridad. El aire es más frío y desprende un leve olor a humedad. La única forma de cruzar es a través de una serie de escalones suspendidos sobre el vacío, cada uno apenas lo suficientemente ancho para un pie. Flotan misteriosamente, desafiando a la gravedad. Trago saliva y trato de sofocar el miedo que me sube a la garganta al contemplar la peligrosa travesía que tenemos ante nosotros.

«Parece que tenemos que cruzar», digo, mirando hacia abajo y viendo nada más que negrura debajo.

«Yo iré primero», ofrece Darius.

Pisa la primera piedra, con movimientos deliberados y cautelosos para comprobar su estabilidad antes de pasar a la siguiente. Observo su avance con la respiración contenida, con los nervios hormigueando de anticipación y miedo.

«Es tu turno», me dice desde el otro lado, su voz resuena en el espacio cavernoso.

Respiro hondo y me armo de valor ante la posibilidad de caer al vacío. Con cautela, piso la primera piedra, que se tambalea ligeramente bajo mi peso. Me estabilizo y me agarro a los bordes con los dedos de los pies a través de los zapatos. Paso a paso, me digo, tratando de canalizar la calma interior de Darius.

A mitad de camino, una repentina ráfaga de viento azota la caverna y su espeluznante aullido me llena los oídos. Las piedras bajo mis pies se balancean precariamente y siento que el estómago se me revuelve. El pánico me recorre como una corriente eléctrica y me quedo inmóvil, con el cuerpo rígido por el miedo. El abismo que se abre bajo mis pies parece cada vez más oscuro y amenazador.

«Puedes hacerlo», me anima Darius. «Sólo unos pasos más».

Me concentro en su voz, apartando el miedo. Con movimientos cuidadosos, llego al otro lado. El alivio me inunda cuando mis pies tocan tierra firme.

«Bien hecho», me elogia, con sus ojos ámbar brillantes de aprobación. «Has superado la travesía de forma admirable».

«Fue aterrador», admito, con el corazón palpitándome en el pecho. «Pensé que me iba a caer».

Sonríe, una expresión cálida que suaviza sus rasgos habitualmente severos. «Eres más valiente de lo que crees, Tessa. Muchos se habrían echado atrás a la primera señal de peligro, pero tú seguiste adelante. Ese tipo de coraje es raro».

Seguimos adelante, y el aire se vuelve más cálido, teñido del aroma de algo antiguo y poderoso. Finalmente, llegamos a una gran cámara, el corazón de las Cavernas Susurrantes.

El espacio cavernoso se extiende ante nosotros, su inmenso techo abovedado adornado con un tapiz de cristales luminosos que bañan toda la cámara con una suave luz. En el centro mismo de esta catedral subterránea se alza un pedestal tallado en brillante obsidiana, cuya superficie está grabada con intrincadas runas que parecen brillar y moverse bajo la luz parpadeante.

«Eso es», suspiro, con la voz apenas por encima de un susurro, mientras mis ojos se fijan en el objeto que descansa sobre el pedestal: el colgante que buscábamos.

Es aún más hermoso de lo que me había atrevido a imaginar en mis sueños más salvajes. La gema de su centro palpita con una luz suave e hipnótica, sus colores se arremolinan y danzan como la luz capturada de las estrellas. La filigrana de plata que envuelve la piedra es una obra

maestra de delicada artesanía, pero emana un aura de fuerza inquebrantable. Mientras observo, paralizada, los intrincados patrones parecen cambiar y fluir, como si el propio colgante estuviera lleno de magia.

Cuando doy un paso adelante, una barrera de energía brilla y bloquea mi camino.

«Espera», advierte Darius. «Hay un encantamiento protector».

Asiento, recordando la guía de Elyndra. «Necesito disiparlo».

Cierro los ojos y me concentro en mi interior, buscando el manantial de magia que llevo dentro. El colgante que llevo al cuello se calienta y resuena con el que tengo delante.

«Guardianes de la antigüedad, escuchad mi súplica, concededme el paso, liberadme. Por sangre y derecho, este camino tomo, Los lazos de la magia ahora despierto».

Siento que la energía que me rodea responde, el aire resplandece mientras la barrera parpadea y se agita. Lentamente, como la niebla que se evapora a la luz del sol, se disipa por completo, dejando el camino despejado ante nosotros. La repentina ausencia de resistencia hace que una pequeña onda expansiva recorra mi cuerpo, dejándome un poco sin aliento pero exultante.

«Impresionante», comenta Darius, con los ojos abiertos de sorpresa y admiración. «He visto a pocos humanos manejar la magia con tanta facilidad».

Sonrío, con una oleada de confianza en mí misma. El calor del colgante contra mi piel me recuerda el poder que fluye por mis venas, un legado que apenas empiezo a comprender. «Esperemos que eso sea lo más difícil», digo, intentando disimular mi nerviosismo con bravuconería. «Aunque algo me dice que no hemos hecho más que empezar».

Me acerco al pedestal y alargo la mano para coger el colgante. Cuando lo rodeo con los dedos, siento un calor que me envuelve: se establece una conexión entre los dos colgantes.

De repente, la cámara tiembla violentamente y un estruendo grave y ominoso resuena a nuestro alrededor, sacudiendo el polvo de las antiguas paredes de piedra. Las vibraciones se intensifican, haciendo que pequeños guijarros bailen por el suelo.

«¿Qué está pasando? exclamo, con la voz teñida de pánico, mientras aprieto con fuerza el colgante contra mi pecho: el calor del artefacto mágico palpita contra mi piel en respuesta al creciente peligro.

«¡Atrás!» grita Darius, con los ojos muy abiertos por la alarma. Se lanza hacia delante, me rodea la cintura con un fuerte brazo y me aleja del centro de la habitación. Justo a tiempo, también, cuando aparecen grietas dentadas en el suelo, extendiéndose como relámpagos a través de las antiguas piedras.

De las hendiduras surgen tenebrosos zarcillos de humo que se transforman en figuras sombrías: manifestaciones de magia oscura que se arremolinan y retuercen hasta adoptar formas humanoides. Sus bordes se difuminan y cambian como si no pudieran decidirse por una forma sólida. El aire se vuelve denso con una energía opresiva, y puedo sentir la malevolencia que irradian estos seres oscuros a medida que avanzan lentamente hacia nosotros.

«Parece que aún no hemos terminado», murmura, desenvainando su espada.

El corazón me late con fuerza, pero me tranquilizo. «Yo puedo ayudar».

Juntos, nos enfrentamos a las amenazas emergentes, nuestros cuerpos tensos y listos para la batalla. Darius se mueve con fluida elegancia, su espada es un borrón de plata cuando golpea certeramente, hendiendo las formas sombrías con mortal precisión. Canalizo mi magia y siento la energía correr por mis venas mientras lanzo brillantes barreras de luz para desviar los ataques. Rayos de energía radiante saltan de las puntas de mis dedos y chisporrotean en el aire para disipar las sombras que se acercan.

A pesar de nuestros esfuerzos combinados, el ataque parece no tener fin. Más figuras siguen

surgiendo de las fisuras cada vez más amplias, sus formas humeantes se retuercen y se fusionan en formas cada vez más amenazadoras. «¡Son demasiados!» advierto, con la voz tensa mientras lucho por mantener las barreras protectoras. Siento que el sudor se me acumula en la frente y que mis reservas mágicas se agotan a cada instante.

Darius examina la habitación, con su mente táctica trabajando furiosamente. De repente, se da cuenta. «Tenemos que sellar la fuente», grita por encima de los aullidos sobrenaturales de nuestros sombríos enemigos. Su mirada se fija en la antigua estructura de piedra del centro de la cámara. «¡El pedestal! De ahí es de donde vienen».

Vuelvo la mirada hacia la estructura de obsidiana, que ahora emite zarcillos de oscuridad. «¿Pero cómo?»

«Usa los colgantes gemelos», me insta. «Su poder puede contrarrestar la magia oscura».

Asintiendo, concentro toda mi energía en los colgantes y los mantengo en alto. «Por la luz y el amor, te destierro; ¡devuelve este espacio a la armonía!».

Un resplandor cegador brota de los colgantes gemelos y envuelve toda la cámara en un deslumbrante despliegue de luz pura. Las sombras chillan y se retuercen, sus aullidos de otro mundo alcanzan un tono febril antes de disolverse en la nada, dejando tras de sí sólo volutas de humo oscuro. Los temblores que habían sacudido los cimientos de la sala disminuyen gradualmente, y un inquietante silencio se instala de nuevo sobre la antigua estructura de piedra.

Me balanceo sobre mis pies, totalmente agotada por el intenso esfuerzo mágico. La vista se me nubla y siento que las rodillas me tiemblan. Darius está a mi lado en un instante, sus fuertes brazos me rodean la cintura para sostenerme. Su tacto es sorprendentemente suave para alguien tan poderoso. «Tranquila», me tranquiliza, su voz profunda retumba en mi oído. «Lo has conseguido, Tessa. La fuente está sellada y las sombras han desaparecido».

Esbozo una sonrisa cansada. «Lo hemos conseguido.

Me mira, con admiración y algo más profundo reflejado en sus ojos. La intensidad de su mirada hace que se me corte la respiración. «Eres increíble, Tessa», murmura en voz baja y llena de asombro.

Siento un gran calor en mi interior, que se extiende desde el pecho hasta la punta de los dedos. No estoy acostumbrada a tales elogios, especialmente de alguien tan poderoso como Darius. Pero antes de que pueda responder o procesar completamente el cumplido, un sonido lejano resuena a través de los antiguos muros de piedra: una risa inquietante que parece resonar en todas partes y en ninguna a la vez. Me recorre un escalofrío por la espalda, me pone la piel de gallina y me quita el calor que sentía hacía unos instantes.

«Vámonos de aquí», la expresión de Darius se ensombrece. «Esto no me gusta».

Aprieto con fuerza los colgantes, sintiendo su calor palpitar contra mi palma como un latido. «Ve delante».

Asiente resuelto, con un destello de determinación en los ojos. Cogidos de la mano, nos adentramos en el laberinto con los dedos entrelazados. El camino serpentea ante nosotros como los hilos del destino, retorciéndose y girando hacia lo desconocido.

DARIUS



El suave goteo del agua resuena en la caverna, acompañando al latido de mi corazón. Hay una suave luminiscencia en las paredes de la caverna, hongos mágicos que proyectan un sereno resplandor que lo baña todo en tonos azules y verdes. Por un momento, me olvido de dónde estamos, arrullado por la pacífica atmósfera.

Luego, la realidad se impone y se abate sobre mí como una ola. Estamos en las profundidades de las Cavernas Susurrantes, intentando desesperadamente encontrar la salida antes de que nos trague la oscuridad.

Tessa camina a mi lado, con pasos medidos y cautelosos. Está mordisqueando un trozo de fruta seca, con las cejas fruncidas en profunda concentración mientras estudia nuestro entorno. Cada pocos minutos, saca el mapa, lo despliega con cuidadosa precisión, lo examina atentamente, lo vuelve a doblar y lo mete en su mochila. Este proceso se repite durante horas, lo que demuestra su creciente ansiedad. «Avanzamos a buen ritmo», dice. «Pero puede que entremos en la Sala de los Ecos antes de encontrar la salida. Es difícil saberlo con todos estos pasadizos retorcidos».

Reprimo un destello de inquietud que amenaza con convertirse en pánico. La Sala de los Ecos tiene mala fama entre los conocedores de las cavernas, su reputación es tan traicionera como misteriosa. «Ya nos ocuparemos de eso cuando lleguemos», respondo, tratando de infundir a mi voz una confianza que no siento del todo.

El silencio entre nosotros mientras caminamos es cómodo, lleno de comprensión y propósito. Pero entonces los susurros que dan nombre a las cavernas se hacen más fuertes y parecen llegar de todas partes. Aunque son indescifrables, un revoltijo de sílabas sibilantes y murmullos fantasmales, proporcionan un inquietante telón de fondo a nuestro camino de salida de las cavernas.

«Estos susurros», reflexiona Tessa en voz alta, apenas audible por encima de los espeluznantes susurros. «¿Crees que son las voces de los que vinieron antes que nosotros? ¿Exploradores perdidos o almas olvidadas?

«Tal vez», respondo, con los ojos escrutando los recovecos sombríos de la caverna. «O tal vez sean restos de magia antigua que resuenan en las piedras. Hechizos lanzados hace mucho tiempo, cuyo poder perdura en estas profundidades».

Me devuelve la mirada, sus ojos color avellana se abren con una mezcla de curiosidad y aprensión. «¿Alguna vez te dicen algo? ¿Algo coherente?»

Dudo, sopesando mis palabras con cuidado. Los susurros parecen intensificarse, como si reaccionaran a nuestra conversación. «A veces parece que lo intentan. Como si estuvieran a punto de formar palabras. Pero no consigo distinguir frases ni significados. Son más bien

impresiones, sensaciones fugaces que desaparecen en cuanto intento concentrarme en ellas».

Asiente pensativa y vuelve a centrar su atención en el camino. «Yo también.

Caminamos durante lo que parecen horas más, el túnel se retuerce y gira, a veces bifurcándose en pasadizos que conducen a la oscuridad. Pero Tessa navega con confianza, sus instintos y el mapa nos guían siempre hacia delante.

Finalmente, el túnel se abre en una enorme cámara, cuyo techo se extiende tan alto que desaparece en la oscuridad. Como era de esperar, hemos llegado a la Sala de los Ecos, cuyo nombre susurran con reverencia exploradores y eruditos por igual. Los susurros que nos han seguido a lo largo de nuestro viaje se intensifican aquí, rebotando en las paredes y creando una espeluznante sinfonía de murmullos indistintos.

El espacio es inmenso. Estalagmitas y estalactitas se tienden unas hacia otras como dedos que se agarran. Las paredes son lisas, casi pulidas, y cuando entramos, nuestras pisadas se multiplican, cada sonido se amplifica y se devuelve cien veces hasta convertirse en una cacofonía de ecos.

«Quédate cerca», le aconsejo, con una reverberación antinatural en la voz.

Tessa asiente, con los ojos muy abiertos al contemplar el espectáculo. «Es increíble.

A medida que nos adentramos en la sala, algo cambia. El aire se vuelve más pesado, cargado de energía. Los ecos se transforman y dejan de ser meros reflejos de nuestros movimientos para convertirse en susurros que parecen provenir de todo lo que nos rodea.

«¿Oyes eso?», pregunta, con la voz teñida de aprensión.

Pongo a prueba mis sentidos. Los susurros se hacen más fuertes, formando palabras que están fuera de mi alcance. Entonces, de las paredes empiezan a surgir espejos, superficies brillantes que no estaban allí momentos antes.

Nos detenemos, rodeados de nuestros propios reflejos. Pero al mirar más de cerca, me doy cuenta de que no son meras imágenes.

En el espejo que tengo ante mí, me veo a mí mismo, no como soy ahora, sino en mi forma completa de dragón. Mis escamas brillan en la oscuridad, iridiscentes en la luz parpadeante, y las llamas bailan en los bordes de mi boca, amenazando con derramarse. Pero algo va terriblemente mal. En el reflejo, veo con horror cómo desato un devastador torrente de fuego sobre una aldea indefensa. Los tejados de paja y las estructuras de madera son pasto de las llamas al instante, y sus habitantes huyen aterrorizados. El estruendo de la destrucción resuena a mi alrededor, una cacofonía de madera crepitante y gritos agonizantes. Casi puedo sentir el calor del infierno en la piel y oler el acre aroma del humo y el miedo. Esto no puede ser real, ¿verdad? Sin embargo, el espejo no muestra signos de engaño, presentando una versión de pesadilla de mí mismo que apenas reconozco.

«¿Darius?» La voz de Tessa atraviesa el creciente temor.

Aparto la mirada de la horrible escena, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho mientras me esfuerzo por procesar lo que acabo de presenciar. Al girarme, veo a Tessa mirando su propio reflejo, con una máscara de sorpresa e incredulidad.

En su espejo, está sola en El Hogar de Miel, pero no es la panadería cálida y acogedora que conocemos. Por el contrario, es una visión inquietante de abandono y decadencia. La panadería está en ruinas, su interior, antes alegre, es ahora frío y desolado. Las ventanas rotas se abren como bocas dentadas, dejando que el viento frío silbe a través del espacio vacío. El suelo está lleno de muebles rotos y las paredes presentan grietas y pintura descascarillada. Las vitrinas, antes repletas de tentadoras golosinas, ahora están vacías y cubiertas de una gruesa capa de polvo. Tessa extiende una mano temblorosa, con los dedos suspendidos justo por encima del

cristal, como si temiera tocar la realidad de pesadilla que tiene ante sí. La angustia en sus ojos es palpable, un reflejo de la profunda conexión que siente con este lugar y la devastadora pérdida que representaría su destrucción.

«Tú no eres así», susurra. Me doy cuenta de que me está hablando a mí, con la mirada fija en mi reflejo en el espejo.

Le pongo una mano en el hombro y noto la tensión en sus músculos. «Y ese no es tu futuro», le digo con firmeza, dándole un suave apretón.

Me mira con los ojos nublados por la incertidumbre. Los destellos dorados que suelo admirar parecen apagados por su miedo. «¿Y si es así?», pregunta con voz temblorosa. «¿Y si les fallo a todos? Al pueblo, al legado de mi abuela... ¿Y si no soy lo bastante fuerte para salvarlo todo?».

«Lo eres», le aseguro con firmeza. «Eres más fuerte de lo que crees».

Respira entrecortadamente y asiente despacio. «Y no te convertirás en eso», dice, señalando el espejo que refleja mi forma monstruosa.

Quiero creerla, pero el miedo se apodera de mí, un miedo que he albergado durante tanto tiempo. El miedo a perder el control, a convertirme en lo que la gente teme, el monstruo del que hablan en voz baja. Es un temor que me persigue desde la infancia, una sombra constante que acecha en los límites de mi conciencia.

Tessa se acerca, su mirada seria e inquebrantable. La calidez de sus ojos parece atravesar mis defensas y llegar a algo enterrado bajo capas de muros cuidadosamente construidos. «Te veo, Darius», dice, con voz suave pero llena de convicción. «El verdadero tú. No a esa criatura del espejo, sino al hombre que lucha por proteger a los demás, que quiere construir un mundo mejor. El que sueña con la armonía entre los humanos y los seres mágicos. No este reflejo de sus peores pesadillas».

Sus palabras me inundan y calman mi agitación interior. Agarro su mano con fuerza. «Gracias.

Los espejos que nos rodean empiezan a tambalearse, las imágenes se distorsionan. Los susurros se desvanecen, sustituidos por un profundo silencio. Luego, uno a uno, los espejos vuelven a hundirse en las paredes, desapareciendo como si nunca hubieran estado allí.

«Era una prueba», comprendo en voz alta, con la voz temblorosa pero ganando fuerza. «Una prueba de reflexión, que nos obligaba a enfrentarnos a nuestros miedos e inseguridades más profundos».

Tessa suelta un suspiro, sus hombros se relajan visiblemente mientras me da un suave apretón en la mano. «Parece que hemos aprobado», dice con un deje de alivio en la voz. Sus ojos se cruzan con los míos y una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

«¿Continuamos? le pregunto.

Ella asiente. «Ve delante.

Avanzamos con cautela por el pasillo poco iluminado. El camino serpentea y se estrecha, llevándonos finalmente a otra cámara. Ésta es más pequeña que la anterior, pero no menos impresionante por su belleza sobrenatural. En su centro se alza un imponente gólem de piedra, con su enorme forma tosca y tallada en la misma roca de las cavernas. Su escarpada superficie está grabada con intrincadas runas que palpitan débilmente. Al acercarnos, los ojos del gólem parpadean, brillando con una luz interior que parece atravesarnos.

«¿Quién se atreve a entrar en el Corazón de las Cavernas? Su voz retumba, resonando en las paredes.

Tessa se adelanta, con la barbilla alta. «Soy Tessa Hawthorne, descendiente de Esme Hawthorne».

El golem la observa un momento y luego me mira a mí. «Y tú, dragón, ¿cuál es tu propósito?»

«Soy Darius Flintwing», declaro. «Estoy con ella».

El golem retumba y el suelo vibra bajo nuestros pies. «Mostradme la fuerza de vuestros corazones», retumba, y su voz resuena en las paredes.

Sin previo aviso, el behemoth de piedra levanta un enorme brazo, cuyas articulaciones rechinan como placas tectónicas moviéndose. En un arco rápido y devastador, dirige su puño hacia nosotros. Saltamos a un lado mientras el suelo donde estábamos hace unos segundos se rompe en una telaraña de grietas y fisuras.

«¡Tessa!» Grito, con la voz teñida de pánico. Mi mano se lleva instintivamente a la empuñadura de la espada, el frío metal me reconforta. Siento que el dragón que llevo dentro se agita, listo para emerger de un momento a otro.

Se pone en pie, con los ojos brillantes de determinación. «Tenemos que trabajar juntos».

El golem avanza, cada paso atronador hace temblar los cimientos de la cámara. Respiro hondo y me concentro, dejando aflorar parte de mi esencia de dragón. Escamas iridiscentes surgen a lo largo de mis brazos, extendiéndose como un reguero de pólvora por mi piel, y mis sentidos se agudizan hasta el filo de una navaja. El calor familiar de mi herencia dracónica se acumula en mi interior, un infierno rugiente listo para desatarse en cualquier momento. Mis músculos se tensan, se enroscan y se preparan para la acción.

Tessa empieza a cantar en voz baja, sus manos tejen intrincados patrones en el aire. Se forma una barrera brillante entre nosotros y el gólem, que detiene momentáneamente su avance.

El gólem golpea la barrera con un estruendo estrepitoso, con grietas que se extienden por su superficie brillante como fracturas en el hielo. Tessa se estremece visiblemente y frunce el ceño cuando el esfuerzo de mantener el escudo mágico se hace evidente en el temblor de sus manos extendidas.

«No podré sostenerlo mucho tiempo», advierte, con la voz tensa por el esfuerzo. «Esta cosa es demasiado poderosa».

«Déjamelo a mí», respondo, con un gruñido grave en la voz, mientras siento que el dragón que llevo dentro se agita con anticipación.

Me lanzo hacia delante y mis músculos se enroscan con una fuerza sobrenatural mientras canalizo mi esencia en un poderoso golpe. Mi puño, ahora cubierto de relucientes escamas, choca contra la enorme pata de piedra del gólem con un estruendoso crujido. El impacto retumba en la cámara y el gólem se tambalea hacia atrás, con el equilibrio momentáneamente roto. Pero, para mi consternación, el behemoth no cae. En lugar de eso, se endereza y sus ojos brillantes me miran con renovada malevolencia.

Dirige su atención hacia mí y me golpea con el brazo. Lo esquivo por los pelos, con la ráfaga de aire azotándome.

«Tessa, ¡apunta a sus ojos!» Le grito.

Ella asiente e invoca un rayo de luz que se dirige hacia los ojos brillantes del gólem. Da en el blanco y el gólem retrocede, momentáneamente cegado.

Aprovecho la oportunidad y salto sobre su espalda, trepando hacia su cabeza. La piedra está fría y áspera bajo mis dedos. El gólem se agita para intentar zafarse de mí.

«¡Aguanta!» grita Tessa.

Al llegar a la cima, canalizo mi energía en una ráfaga concentrada que se clava en la corona del gólem. La criatura se estremece y se forma una fisura en su centro. Con un sonoro crujido final, se desmorona y se convierte en un montón de piedra inerte.

Salto y aterrizo junto a Tessa. Ambos respiramos con dificultad, pero una energía triunfante llena el aire.

«Lo hemos conseguido», dice con una sonrisa en el rostro.

Cuando el polvo se asienta, una puerta oculta se abre en el otro extremo de la cámara. Una suave luz emana de su interior.

«Debe de ser la salida», digo.

Nos acercamos con cautela y entramos en la cámara oculta. Es un espacio pequeño, las paredes están adornadas con tallas antiguas que representan a dragones y humanos codo con codo, un testimonio de una época en la que nuestros tipos estaban unidos. Pero sólo estamos allí un segundo antes de que una oleada de energía recorra la cámara. El aire zumba con fuerza y los colgantes del cuello de Tessa empiezan a brillar.

«¿Qué está pasando?», exclama.

Antes de que pueda responder, el suelo bajo nuestros pies comienza a temblar violentamente, haciendo que los temblores recorran todo nuestro cuerpo. Pequeñas grietas surcan las antiguas paredes y el suelo, que se ensanchan cada segundo a medida que los trozos de piedra se desprenden y caen al suelo a nuestro alrededor. El aire se llena de polvo asfixiante y del ominoso estruendo de una fatalidad inminente.

«¡La cámara se derrumba!» Grito por encima del ensordecedor estruendo, con el corazón latiéndome en el pecho. «¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!».

Los ojos de Tessa se abren de par en par, presa del pánico, y aprieta con fuerza los dos colgantes contra su pecho, cuyo brillo palpita erráticamente. «Pero, ¿cómo?», grita, con la voz temblorosa por el miedo mientras busca frenéticamente una ruta de escape.

Alargo la mano y la agarro firmemente del brazo, acercándola. «Agárrate a mí», le ordeno con urgencia, rodeando su cintura con el otro brazo. «Y pase lo que pase, no te sueltes».

Sin esperar ni un momento más, abrazo por completo mi transformación y me entrego al poder primigenio que recorre mis venas. Mi cuerpo se expande con un torrente de energía, los músculos se ondulan y se mueven bajo mi piel mientras brillantes escamas cubren cada centímetro de mi cuerpo. Unas magníficas alas se despliegan desde mi espalda con un estruendoso chasquido, extendiéndose en el reducido espacio. Mis sentidos se agudizan hasta un punto casi doloroso, mi vista se agudiza hasta que puedo distinguir cada grieta de las paredes de la cámara en ruinas. En unos instantes, la metamorfosis se ha completado y me convierto en mi verdadero yo: un dragón majestuoso cuyas escamas brillan y reflejan la luz caótica y palpitante que nos rodea.

Tessa me mira asombrada, pero no hay tiempo que perder. «¡Sube!» le insto, bajándome para que pueda alcanzarme.

Se sube a mi espalda, asegurándose entre las crestas de mi columna. «¡Listos!»

Salto al aire con un rugido atronador, mis poderosas alas baten contra las corrientes turbulentas mientras navego por la cámara que se derrumba. Los escombros llueven a nuestro alrededor en una lluvia mortal, pero yo los esquivo con precisión; mi instinto de dragón me guía sin esfuerzo por el laberíntico laberinto de túneles en ruinas. El acre aroma del polvo y la magia inunda mis fosas nasales, estimulándome.

El pasadizo se estrecha ominosamente, amenazando con atraparnos, pero hay un tenue y tentador destello de luz en la distancia: una salida, nuestra salvación de esta pesadilla en ruinas. Mi corazón se acelera con una mezcla de miedo y júbilo mientras nos precipitamos hacia ella.

«¡Agárrate fuerte!» le advierto a Tessa, con un profundo estruendo en la voz que retumba en todo mi cuerpo escamoso, y noto cómo se aferra con fuerza a mis crestas.

Con una última ráfaga de velocidad, salimos de las cavernas y nos elevamos hacia el cielo abierto. El aire fresco corre a nuestro lado, llevándose el polvo y la tensión de los momentos anteriores.

Desciendo en una elegante espiral y mis agudos ojos de dragón detectan un pequeño claro en el denso bosque donde podemos aterrizar sin peligro. La hierba se mece suavemente con la brisa, atrayéndonos hacia tierra firme. Toco tierra con un suave ruido sordo, pliego mis enormes alas contra mi cuerpo escamoso y desciendo, dejando que Tessa baje a su propio ritmo.

Se desliza de mi espalda con cierta torpeza, con las piernas inestables tras el intenso vuelo. Cuando vuelvo a mi forma humana y los huesos y músculos se reajustan con un cosquilleo familiar, ella se vuelve hacia mí. Sus ojos se abren de par en par con una potente mezcla de euforia, incredulidad y una pizca de miedo persistente por nuestra angustiosa huida.

«Ha sido increíble», jadea Tessa. Lleva el pelo al viento y tiene un rubor en las mejillas que antes no tenía.

Le ofrezco una modesta sonrisa, tratando de restar importancia al peligro que acabamos de afrontar. «Me alegro de que hayamos conseguido salir», respondo, con el corazón aún acelerado por la adrenalina de la huida.

Ella se acerca y su mirada se suaviza al mirarme. El miedo en sus ojos da paso a algo más cálido y vulnerable. «Gracias, Darius», dice suavemente, con una voz llena de auténtica gratitud. «Nos has salvado. No sé qué habría pasado si no hubieras estado allí».

«Siempre», respondo, la palabra tiene más peso de lo que ella cree.

Nos quedamos allí un momento, el mundo a nuestro alrededor en silencio. El sol está bajo en el cielo y proyecta un cálido resplandor sobre el paisaje. Sus ojos se cruzan con los míos y hay una profundidad que me atrae.

«No podría haber hecho nada de esto sin ti. Tu apoyo lo ha significado todo para mí».

Sacudo la cabeza y una suave sonrisa se dibuja en mis labios. «Siempre tuviste la fuerza dentro de ti, Tessa. Yo sólo te ayudé a verla. Tu determinación y tu resistencia son tuyas».

Extiende la mano y sus dedos rozan los míos, lo que me provoca una chispa. «Aun así, estoy agradecida», murmura, su voz apenas supera un susurro. «Más de lo que puedo expresar. Has sido mi roca durante todo esto».

Siento una atracción entre nosotros, una conexión tácita que se ha hecho más fuerte con cada desafío al que nos hemos enfrentado. Dudo, las sombras de los remordimientos del pasado me frenan.

Ella parece percibir mi agitación interior. «¿Va todo bien?»

Respiro hondo. «Tessa, hay algo que deberías saber».

Su expresión cambia a preocupación. «¿De qué se trata?»

«En las cavernas, cuando nos enfrentamos a esas ilusiones, me di cuenta de que mi mayor miedo no es perder el control. Es perder a la gente que me importa». Mi voz vacila mientras hablo, el recuerdo de aquellas terroríficas visiones aún está fresco en mi mente. Las cavernas me habían despojado de mis defensas, dejándome en carne viva y expuesta.

Tessa me mira atentamente, sus ojos buscan los míos. «No tienes por qué tener miedo de eso», me dice suavemente, extendiendo la mano para tocarme el brazo. La calidez de sus dedos se filtra a través de mi camisa y me devuelve al presente.

«Pero yo sí», admito, con los hombros caídos por el peso de mi confesión. «Ya he perdido antes y no podría soportar volver a pasar por eso». Las palabras caen pesadas por el dolor de las heridas del pasado. Pienso en todas las personas que he alejado a lo largo de los años, en las relaciones que he saboteado por miedo.

Se acerca y me estrecha la mano. La suave presión de sus dedos es como un ancla que me ata a este momento. «Juntos somos más fuertes», dice con voz suave pero llena de convicción. «Lo que venga después, lo afrontaremos codo con codo. Ya no tienes que llevar esta carga sola».

Sus palabras resuenan en mi interior, su verdad derrite algunas de las barreras que he construido meticulosamente a lo largo de los años. Siento que algo se mueve en mi interior, que un muro se derrumba ligeramente. Asiento lentamente con la cabeza y mi mirada se cruza con la suya. «Tienes razón», admito, las palabras suenan extrañas pero liberadoras en mi lengua.

Ella sonríe con dulzura, con una pizca de picardía bailando en sus ojos. «Además -añade, con un tono más suave-, no todos los días puedo montar en dragón. Eso tiene que servir de algo, ¿no?».

No puedo evitar soltar una risita, y la tensión que se había apoderado de mi pecho por fin cede. «Bueno -respondo, con una sonrisa en la comisura de los labios-, considéralo un raro privilegio. No muchos humanos pueden presumir de una experiencia así».

Ambos nos reímos, el sonido empieza suave pero crece, resonando ligeramente en el aire libre que nos rodea. Es un momento de alegría pura y despreocupada, y me encuentro saboreándolo, memorizando cada detalle.

«Ahora», dice levantando los colgantes. «Tenemos lo que buscábamos. Es hora de acabar con la maldición y devolver la vida al Hogar de Miel».

Miro los colgantes, su suave resplandor constante y tranquilizador. «¿Sabes cómo usarlos?» pregunto.

Ladea la cabeza, pensativa, y frunce ligeramente el ceño al recordar información. «Creo que sí», responde Tessa, con los ojos brillantes de determinación. «El grimorio de mi abuela mencionaba un ritual: la fusión de las energías de los colgantes. Se supone que crea una magia poderosa capaz de romper incluso las maldiciones más obstinadas».

«Entonces no perdamos más tiempo», digo, enderezando los hombros y sintiendo una oleada de determinación. «Cada momento que nos demoramos es otro pastel convertido en piedra y otro cliente perdido. El Hogar de Miel nos necesita ahora más que nunca».

DARIUS

El sol de la tarde proyecta un cálido resplandor sobre las ondulantes colinas mientras nos dirigimos hacia Windhollow. La luz dorada se filtra entre las hojas, pintando el bosque con tonos ámbar y jade. Los pájaros gorjean suavemente en las copas de los árboles, y sus melodías son un suave contrapunto al rítmico crujido de las hojas bajo nuestras botas. La tranquilidad de la escena contrasta con el caos que dejamos atrás en las cavernas.

Tessa camina a mi lado, con los colgantes bien sujetos en la mano. Emiten una luz suave y palpitante, sus energías resuenan entre sí... y con ella. Hay una nueva determinación en su paso, una energía resuelta que parece irradiar de su propio ser. No puedo evitar admirar su resistencia; a pesar de las pruebas a las que nos hemos enfrentado, su espíritu permanece inquebrantable.

«Cuando volvamos a Windhollow, tendremos que reunir algunas cosas para el ritual», dice, con los ojos fijos en el camino. Su voz transmite una mezcla de determinación y aprensión, como si ya se estuviera preparando mentalmente para los retos que le esperan.

«¿Qué tipo de cosas? pregunto, ajustándome la correa de la mochila.

Tessa vacila un momento y frunce el ceño, concentrada, mientras intenta recordar lo que leyó en el grimorio de su abuela. «Algunas hierbas raras, algunos cristales encantados y puede que tengamos que hacer una visita al mercado iluminado por la luna. Hay un ingrediente que es un poco más complicado: el agua iluminada por la luna».

Levanto una ceja. «¿Agua iluminada por la luna?

Ella asiente. «Agua recogida bajo la luz de la luna llena. Aumenta la potencia del ritual».

Miro al cielo y observo que el sol desciende hacia el horizonte. «Bueno, esta noche hay luna llena. Parece que nuestro momento es fortuito».

«Así es», asiente, con una sonrisa en los labios.

Continuamos en un silencio agradable, el bosque va dejando paso a las afueras de Windhollow. Las vistas y los sonidos familiares del pueblo nos dan la bienvenida: el lejano tañido del campanario, el parloteo de los lugareños que terminan su jornada laboral y el aroma a pan fresco que sale de las ventanas abiertas.

Cuando nos acercamos a The Honeyed Hearth, una punzada de tristeza se apodera de mí. La atractiva fachada de la panadería parece ahora apagada y sin vida. Las flores que adornaban las jardineras se han marchitado y una fina capa de polvo cubre los cristales. Es como si el propio edificio estuviera de luto.

Tessa se detiene en el umbral y sus dedos recorren la madera desgastada del marco de la puerta. La superficie, antes lisa, se vuelve áspera al tacto, erosionada por el tiempo y el abandono. «Se siente diferente», susurra. Se le hace un nudo en la garganta, como si le doliera pronunciar las palabras.

«Lo arreglaremos», le aseguro, poniéndole una mano reconfortante en el hombro. Le aprieto suavemente el hombro, con la esperanza de transmitirle fuerza con ese simple gesto.

Se vuelve hacia mí y sus ojos reflejan una compleja mezcla de esperanza y aprensión. La tenue luz del sol capta las motas doradas de sus iris, que brillan con las lágrimas no derramadas. «Lo sé», responde con voz más firme. La comisura de sus labios esboza una sonrisa fantasmal, como si intentara convencerse a sí misma tanto como a mí. Respira hondo y endereza los hombros, dispuesta a enfrentarse a lo que haya más allá del umbral de la panadería.

Dentro, el Hogar de Miel está inquietantemente silencioso. El aire está cargado de una sensación de abandono, la calidez y el aroma habituales de los productos horneados han sido sustituidos por un frío vacío. Tessa deja su mochila sobre la encimera y empieza a colocar metódicamente los colgantes y el grimorio de su abuela.

«Traeré las hierbas y las velas del almacén», dice, dirigiéndose hacia la parte trasera de la tienda.

«Le ayudo», le ofrezco, siguiéndola por el espacio poco iluminado. Las sombras parecen bailar en los bordes de mi campo de visión, pero cuando me vuelvo para mirar, no hay nada más que estanterías llenas de tarros y utensilios.

El almacén está desordenado pero organizado. Los estantes se alinean en las paredes, llenos de tarros de especias, manojos de hierbas secas y recipientes con diversos ingredientes. Se mueve con soltura, seleccionando lo que necesita.

«Manzanilla para la tranquilidad, salvia para la purificación, lavanda para la protección», enumera, colocando cada artículo en una pequeña cesta.

Mientras reúne las provisiones, no puedo evitar admirar su dedicación. «Pareces muy versada en esto», le digo.

Me mira con una modesta sonrisa en los labios. «Mi abuela me enseñó mucho sobre las viejas costumbres. Ella creía que la repostería y la magia estaban profundamente entrelazadas, que las intenciones correctas podían impregnar nuestras creaciones con algo más que sabor. Yo no creía que tuviera magia, pero ella creía por mí. Resulta que tenía razón».

«Parece una mujer extraordinaria», digo, realmente impresionado por la profundidad de los conocimientos transmitidos por la abuela de Tessa.

«Lo era», responde Tessa en voz baja, con un deje de nostalgia en el tono. Sus ojos adquieren una mirada lejana. «La abuela tenía una manera de hacer que hasta las cosas más sencillas parecieran mágicas. Podía convertir un día lluvioso en una aventura con una pizca de canela y una pizca de su risa».

Una vez recogido todo, volvemos a la sala principal. El sol ha bajado, proyectando sombras alargadas sobre el suelo. Tessa empieza a colocar los objetos en una mesa despejada, con movimientos deliberados y precisos.

«¿Necesitamos algo más?» pregunto, examinando el surtido de objetos que hemos reunido.

Ella asiente, con el ceño fruncido por la concentración. «El agua iluminada por la luna. Tendremos que recogerla cuando salga la luna. Es un ingrediente crucial para el hechizo».

Miro por la ventana, observando las cálidas tonalidades del sol poniente pintando el cielo. «Tenemos algo de tiempo hasta entonces. Quizá deberíamos descansar. Nos vendría bien recargar las pilas antes del último paso».

Tessa vacila, mirando entre los objetos recogidos y las cómodas sillas junto a la chimenea. Después de un momento, deja escapar un pequeño suspiro y acepta. «Tienes razón. Ha sido un día largo y necesitaremos fuerzas para lo que viene. Un pequeño descanso no nos vendría mal».

Nos acomodamos en el acogedor rincón junto a la chimenea, un lugar que antes bullía con el

parloteo de los clientes y que ahora sirve de tranquilo refugio. Avivo el fuego y pronto un suave calor inunda el espacio.

Tessa se envuelve los hombros con un chal desgastado, cuyos bordes deshilachados hablan de años de comodidad. Su mirada se vuelve distante mientras contempla las llamas danzantes, cuya cálida luz proyecta sombras parpadeantes sobre su rostro pensativo. «¿Alguna vez piensas en el destino?», pregunta de repente, con voz suave pero teñida de incertidumbre.

Considero su pregunta y frunzo ligeramente el ceño al sopesar el peso de sus palabras. «¿En qué sentido? Indago suavemente, curiosa por conocer la dirección de sus pensamientos.

«Si nuestros caminos están grabados en piedra desde el principio o si los esculpimos nosotros mismos con cada elección que hacemos», explica, mientras sus dedos trazan distraídamente patrones en el brazo de su silla. «A veces me pregunto si todo esto -la maldición, la panadería, incluso el hecho de que trabajemos juntos- estaba predestinado. Como si fuéramos actores de un gran plan cósmico». Sus ojos se cruzan con los míos, en busca de comprensión o tal vez de consuelo ante tan pesada contemplación.

Me reclino en la silla, con los dedos entrelazados, meditando sobre sus palabras. «A menudo me he sentido atrapado por las expectativas, por lo que los demás suponen que debe ser un dragón. El peso de siglos de tradiciones y leyendas puede ser asfixiante a veces. Pero conocerte me ha hecho darme cuenta de que quizá tengamos más control sobre nuestro destino del que pensamos. No somos meros peones en un juego cósmico, sino participantes activos en la configuración de nuestros destinos».

Me mira con una suavidad en los ojos que me hace palpitar el corazón. Sus labios se curvan en una suave sonrisa y estira la mano, sus dedos apenas rozan los míos. «Me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado, Darius. Incluso con todo el caos y la incertidumbre, no puedo evitar sentir que todo tiene un propósito».

«Yo también», respondo con seriedad. Vuelvo la mano y permito que sus dedos se entrelacen con los míos. Vuelve a reinar un silencio confortable, con el crepitar del fuego como relajante telón de fondo. No tarda en asomar por el horizonte la primera brizna de luna, cuya luz plateada comienza a bañar el pueblo.

«Es hora», anuncia Tessa, poniéndose en pie.

Recogemos un frasco de cristal y salimos al exterior. Las calles están tranquilas y la mayoría de los aldeanos se han retirado a descansar. Nos dirigimos hacia el pequeño estanque que hay a las afueras del pueblo, un lugar donde el agua es clara y tranquila.

La luna cuelga llena y luminosa sobre nosotros, su resplandor plateado proyecta una luz etérea sobre el paisaje. Su perfecto reflejo brilla en la superficie cristalina del estanque, creando una imagen especular del cielo nocturno. Tessa se arrodilla con elegancia al borde del agua, con movimientos deliberados y reverentes. Con dedos cuidadosos, destapa el delicado frasco de cristal, cuyo suave chasquido resuena en la quietud.

«Sujeta esto», dice, con la voz entrecortada por la expectación. Me coloca suavemente un pequeño prisma de cristal en la palma de la mano, cuyas facetas captan la luz de la luna y esparcen pequeños arco iris. «Inclínalo para que la luz de la luna lo atraviese y toque el agua cuando la recoja. La alineación debe ser perfecta para que el ritual funcione».

Coloco el prisma con cuidado y un haz de luz refractada baila por el estanque. Tessa sumerge el vial justo debajo de la superficie, capturando el agua iluminada.

«Lo tengo», susurra, cerrando el vial herméticamente. «Esto debería ser todo», dice, con una expresión de alivio y expectación.

De vuelta al Hogar de Miel, nos preparamos para el ritual. Tessa dispone las velas en forma

circular en el suelo y coloca las hierbas en pequeños cuencos entre ellas. En el centro descansa el cuenco ceremonial, intrincadamente tallado con símbolos que reconozco de las cavernas.

«¿Estáis listos?» pregunto en voz baja, con una mezcla de expectación y preocupación.

Ella respira hondo y sus hombros suben y bajan con el movimiento. Sus ojos se cruzan con los míos, un destello de incertidumbre pasa a través de ellos antes de que se asiente la resolución. «Sí», dice con tranquila determinación. «Pero necesitaré tu ayuda. Esto no es algo que pueda hacer sola».

«Lo que sea», le aseguro sin vacilar, alargando la mano para darle un apretón tranquilizador. «Para lo que necesites, aquí estoy. Estamos juntos en esto, Tessa».

Me da uno de los colgantes, el que recuperamos de las cavernas. «Necesitamos combinar sus energías. Yo canalizaré la magia, pero tu presencia reforzará la conexión».

Asiento con la cabeza y acepto el colgante. Su superficie está fría al tacto, pero zumba con un poder latente.

Nos colocamos frente a frente dentro del círculo de velas. Tessa empieza a cantar suavemente, palabras en una lengua antigua que fluyen con gracia de sus labios. El aire que nos rodea se agita, una suave brisa que parece surgir de la nada.

«Coloca el colgante en el cuenco», me dice.

Lo hago, y ella añade el segundo colgante a su lado. Vierte sobre ellos el agua iluminada por la luna y continúa con el conjuro. Del cuenco emana un suave resplandor y los colgantes resuenan con intensidad creciente.

«Ahora, coge mis manos», me dice, extendiendo las suyas hacia mí.

Nuestros dedos se entrelazan y siento una oleada de calor, una energía que me atraviesa y nos conecta a un nivel que va más allá de lo físico. El resplandor se intensifica y nos envuelve en un capullo de luz.

«A la luz de la luna y con la fuerza de la unidad», entona, su voz resuena con fuerza. «Rompemos las cadenas de oscuridad que atan este lugar. Que se levante la maldición y se restablezca la armonía».

La energía va in crescendo y la luz se arremolina a nuestro alrededor como un vórtice. Las velas parpadean salvajemente antes de apagarse al unísono. Entonces, tan repentinamente como empezó, la luz se disipa, dejándonos de pie en el suave resplandor de la chimenea.

Por un momento, todo está en calma. Puedo oír el sonido de nuestra respiración y el ritmo constante de nuestros corazones; el silencio en la panadería es casi palpable. Entonces, un sutil cambio recorre el aire: una calidez que se extiende por la habitación como un suave abrazo, acompañada del tenue y reconfortante aroma a pan recién horneado y un toque de dulce vainilla.

Tessa mira a su alrededor, con los ojos muy abiertos por el asombro y un atisbo de esperanza. Su mirada se desplaza de la chimenea a las ventanas, buscando cualquier señal de cambio. «¿Funcionó?», susurra, con voz apenas audible, como si hablar demasiado alto pudiera romper la frágil magia que nos rodea.

Como en respuesta a su pregunta, los colgantes del cuenco empiezan a agitarse. Tiemblan ligeramente antes de fundirse en un fascinante despliegue de luz y energía. Las piezas separadas se funden en una única gema radiante, cuyas facetas captan y refractan el suave resplandor de la chimenea. Se eleva ligeramente, flotando unos centímetros por encima de la superficie del cuenco, antes de volver a posarse con un suave repique. La gema recién formada palpita con una luz constante y pura, bañando la habitación con un cálido resplandor dorado que parece insuflar nueva vida a las curtidas paredes del Hogar de Miel.

«Creo que sí», respondo con una sonrisa.

Se acerca corriendo a la estantería más cercana, con los ojos muy abiertos por la emoción, y pasa los dedos por la suave superficie de madera. «El frío ha desaparecido», exclama, con voz de asombro. «Ahora está caliente al tacto. Y mira, ¡las flores!

Sigo su mirada hacia las jardineras y me inclino para verlas mejor. Las plantas, antes marchitas, han empezado a revivir ante nuestros ojos, sus delicados pétalos se despliegan como si despertaran de un largo y profundo sueño. Colores vibrantes emergen, pintando de vida el alféizar de la ventana.

«Es increíble», digo, maravillado por la repentina transformación.

Ella se vuelve hacia mí, irradiando alegría por todo su ser, sus ojos color avellana brillan con esperanza y alivio. «¡Lo hemos conseguido, Darius!», exclama, con la voz temblorosa por la emoción. «¡Hemos roto la maldición!»

Antes de que pueda responder, me rodea con sus brazos en un abrazo exuberante. Me quedo desconcertado, pero le devuelvo el gesto y la estrecho contra mí. Su pelo huele ligeramente a lavanda y me consuela la simple intimidad del momento.

«Gracias», murmura contra mi hombro. «Por todo.

«Siempre», respondo en voz baja.

Se aparta un poco, con las mejillas sonrojadas. «Debería empezar a prepararme para mañana. Hay tanto que hacer».

«Déjame ayudarte», le ofrezco. «Podemos preparar la panadería juntos».

Su sonrisa es cálida. «Me encantaría».

Pasamos las siguientes horas devolviendo a The Honeyed Hearth su antiguo esplendor. Quitamos el polvo de las estanterías, reorganizamos los expositores y horneamos nuevas hornadas de pan y bollería. El aroma llena el aire, rico y acogedor. Es como si el alma misma de la panadería se hubiera reavivado.

A medida que trabajamos codo con codo, se desarrolla entre nosotros un ritmo confortable. Compartimos historias y risas, y las cargas de los últimos días se hacen más ligeras. En un momento dado, ella me mancha la nariz de harina y yo le devuelvo el gesto dándole un poco de masa en la mejilla. El juguetón intercambio nos hace reír a los dos, con una alegría despreocupada que nos había faltado durante demasiado tiempo.

Al amanecer, la panadería está lista y se ha convertido en un remanso de calidez y deliciosos aromas. Las vitrinas están repletas de delicias con un aspecto tan delicioso como su aroma: cruasanes dorados, tartas de fruta relucientes y magdalenas rellenas de bayas. En las estanterías se alinean hileras de crujientes barras de pan, cuyo aroma terroso se mezcla con la dulzura de los pasteles. Las mesas están vestidas con mantelería fresca y vajilla de plata pulida, y cada una de ellas está adornada con flores frescas, cuyos suaves pétalos añaden un toque de color al acogedor interior. La luz de la mañana se filtra a través de la gran ventana arqueada, proyectando un suave resplandor sobre el recién revitalizado Honeyed Hearth, haciéndolo parecer tan acogedor como en sus mejores tiempos.

«Justo a tiempo», observa Tessa, mirando por la ventana cuando los primeros rayos de sol asoman por el horizonte.

«Deberías descansar un poco antes de que empiece el día», sugiero.

Ella niega con la cabeza. «Hay demasiadas emociones para dormir. Además, quiero estar aquí cuando lleguen los primeros clientes».

Admiro su dedicación y su espíritu inquebrantable. «En ese caso, ¿quizá un té para rejuvenecernos?».

«Me parece estupendo», acepta con una sonrisa de agradecimiento. «Me vendría bien algo

relajante ahora mismo».

Preparo una tetera de aromático té de manzanilla, cuyo dulce aroma llena el aire mientras nos acomodamos en el acogedor rincón junto a la chimenea. El fuego crepita suavemente, proyectando un suave resplandor danzante por toda la habitación y calentando nuestros rostros.

«¿Crees que las cosas volverán a la normalidad?», pregunta, con la mirada distante y teñida de una mezcla de esperanza y preocupación. Sus dedos acarician distraídamente el borde de su taza de té mientras reflexiona sobre el incierto futuro que se avecina.

Considero su pregunta. «Creo que pueden llegar a ser incluso mejores que antes. Has superado muchas cosas y la gente verá la fuerza que hay en ello».

Sonríe pensativa, con un atisbo de esperanza en los ojos. «Quizá tengas razón».

«Claro que la tengo», bromeo ligeramente, guiñándole un ojo. «Se me conoce por mi perspicacia de vez en cuando».

Se ríe, con un sonido cálido y genuino, antes de callarse. Su mirada se desvía hacia las llamas de la chimenea. «Esta experiencia me ha enseñado mucho sobre mí misma, sobre lo que soy capaz de hacer. Nunca pensé que sería capaz de enfrentarme a algo así, y mucho menos de salir fortalecida del otro lado».

«Siempre he visto tu potencial», le digo, mi voz se suaviza con sinceridad. «Desde que nos conocimos, supe que tenías algo especial. Ha sido increíble ver cómo superabas todos los retos que se te presentaban».

Me mira, sus ojos reflejan la luz del fuego. «Y he aprendido que, a veces, necesitamos que otros nos ayuden a ver lo que no podemos ver por nosotros mismos. Es humillante, pero también liberador, en cierto modo».

«Eso es cierto para todos», admito, sintiendo una repentina vulnerabilidad ante su honestidad. «Incluso para los que pensamos que lo tenemos todo resuelto».

Extiende la mano hacia la mía, su tacto suave pero tranquilizador. «Me alegro de que fueras tú quien me ayudara, Darius. No puedo imaginar pasar por todo esto con nadie más».

La sinceridad de sus palabras me conmueve profundamente, despertando emociones que he mantenido enterradas durante mucho tiempo. Siento una opresión en el pecho, una mezcla de orgullo y algo más que no estoy preparado para nombrar. «Ha sido un honor, Tessa», respondo con voz grave y sincera. «Más de lo que crees».

El momento se prolonga, un silencioso entendimiento pasa entre nosotros. El aire está cargado de emociones no expresadas y me resisto a romper el hechizo. Los ojos de Tessa, cálidos y atrayentes, sostienen los míos durante un latido más de lo necesario. Antes de que ninguno de los dos pueda seguir hablando, el sonido de unos pasos se acerca al exterior, resonando en el camino empedrado.

«Parece que tenemos nuestro primer cliente», dice con un deje de emoción en la voz. También hay un toque de nerviosismo, un recuerdo de la maldición que una vez pesó sobre la panadería. Tessa se endereza el delantal con determinación.

La puerta se abre con un suave crujido, la campana que hay sobre ella repica suavemente y un rostro familiar se asoma. Es la señora Wimple, la amable bibliotecaria, con el pelo plateado bien peinado hacia atrás y los ojos brillantes tras unas gafas de montura de alambre. El aroma de los libros antiguos parece seguirla hasta la panadería, mezclándose con el dulce aroma de los pasteles recién hechos.

«Buenos días, Tessa. He pensado en pasarme a ver si... ¡Vaya!», exclama, y sus ojos se abren de par en par al contemplar la panadería restaurada. «¡Es como si la maldición nunca hubiera ocurrido!»

«Buenos días, señora Wimple», saluda cordialmente Tessa. «Estamos oficialmente abiertos al negocio de nuevo».

«¡Bueno, es la mejor noticia que he oído en toda la semana!». La Sra. Wimple entra, la campana sobre la puerta repica alegremente. «Lo de siempre, por favor».

«Enseguida», responde Tessa, que se coloca detrás del mostrador con paso ligero.

A medida que avanza la mañana, van llegando más vecinos, cada uno de los cuales expresa su alegría por el regreso de la panadería. El ambiente es animado, lleno de conversaciones y tintineo de tazas de té.

A media mañana, Amelia irrumpe por la puerta con los ojos brillantes. «¡Tessa! La panadería tiene una pinta increíble». Se apresura a abrazar a su amiga. «Sabía que encontrarías la manera».

«No podría haberlo hecho sin Darius», dice Tessa, mirando en mi dirección con una mezcla de gratitud y algo más que no puedo ubicar. Sus ojos se detienen un momento antes de volver a mirar a Amelia.

Amelia gira para mirarme y una sonrisa cálida y agradecida se dibuja en su rostro. Sus ojos brillan con auténtico aprecio. «Gracias por ayudarla», me dice con seriedad. «Significa mucho para todos nosotros recuperar el Hogar de Miel».

«Ha sido un placer», respondo con voz suave y controlada. Siento un extraño calor en el pecho ante el reconocimiento de Tessa, pero lo dejo a un lado. «La panadería es una parte importante de Windhollow. Me alegro de poder contribuir a su renacimiento».

El día se desarrolla maravillosamente, la panadería bulle como nunca. Es como si la maldición hubiera reforzado el aprecio de la comunidad por The Honeyed Hearth.

Al caer la tarde, los últimos clientes se marchan y su charla satisfecha se desvanece en la distancia. La panadería se sumerge en un silencio apacible, bañada por el cálido resplandor dorado del sol poniente que entra por la gran ventana arqueada.

«Hoy ha sido un éxito», comenta Tessa, dejando escapar un suspiro de satisfacción. Sus ojos brillan con una mezcla de alivio y alegría, y el estrés de las últimas semanas desaparece de su rostro.

«Desde luego que sí», le doy la razón, dejando que una pequeña sonrisa se dibuje en la comisura de mis labios. «Deberías estar orgullosa. Tu trabajo duro y tu determinación han merecido la pena».

Mira por la ventana y observa cómo el cielo se transforma en un impresionante lienzo de tonos rosas y naranjas. La luz que se desvanece proyecta un suave resplandor sobre su rostro, resaltando la esperanza en sus ojos. «Siento que es un nuevo comienzo», dice en voz baja, con un optimismo renovado. «Para la panadería, para Windhollow y para nosotros».

«Quizá lo sea», sugiero. «Una oportunidad de construir sobre lo que has creado».

Se vuelve hacia mí, con expresión pensativa. «Quiero hacer mucho más, no sólo con la panadería, sino también por Windhollow. Quiero unir a la gente y ayudarte a fomentar el entendimiento entre humanos y seres mágicos».

Asiento con la cabeza, sintiendo una oleada de admiración. «Es un objetivo noble».

Se acerca y me mira a los ojos. «Sé que tienes tus propios planes con el santuario, pero ¿te interesaría incluirme? ¿Estarías... interesado en quedarte?»

La pregunta me pilla desprevenida. «¿Quieres que me quede en Windhollow?».

«Sí», responde Tessa con seriedad. «Ya hemos logrado mucho juntos. Creo que podemos marcar la diferencia aquí».

Contemplo su propuesta. La idea de asentarme en un lugar, de formar parte de una comunidad, me resulta extraña y sorprendentemente atractiva.

«Creo que me gustaría», respondo lentamente, saboreando el peso de la decisión. La idea de echar raíces, de pertenecer de verdad a algún sitio, me llena de un calor inesperado.

Una sonrisa radiante se dibuja en el rostro de Tessa, iluminando sus ojos. «¿En serio?», pregunta, con una mezcla de emoción e incredulidad en la voz.

«Sí», confirmo, cada vez más seguro. «No hay ningún otro sitio en el que me gustaría estar». Y al pronunciar esas palabras, me doy cuenta de que son ciertas.

Su alegría es contagiosa y yo sonrío a su vez. El aire que nos rodea está cargado de posibilidades y, por primera vez en mucho tiempo, estoy realmente entusiasmado con lo que nos deparará el futuro. Windhollow, con sus peculiaridades y desafíos, se ha convertido en mi hogar.

«Entonces está decidido», declara. «Trabajaremos juntos para hacer de Windhollow un lugar en el que todos se sientan como en casa, y buscaremos la forma de construir tu santuario».

Le tiendo la mano y ella la coge con firmeza. «Por los nuevos comienzos», digo.

«Por un nuevo comienzo», repite Tessa.

Hay una fuerza silenciosa en ella, una resistencia que me inspira. Me doy cuenta de que lo que hemos empezado aquí es sólo el principio de una aventura mucho mayor.

El futuro es incierto, pero por primera vez en mucho tiempo me siento esperanzada. Juntos, hemos roto una maldición. Quizá ahora podamos construir mi santuario.

TESSA



El cálido resplandor del amanecer se cuela a través de las cortinas de encaje de mi dormitorio, proyectando delicados dibujos sobre el suelo de madera. Me estiro lánguidamente, sintiendo el suave zumbido de la magia que me recorre, una sensación que se ha vuelto más familiar y reconfortante desde que regresé de las Cavernas Susurrantes y rompí la maldición sobre la panadería. El Colgante de Piedra del Corazón se apoya en mi piel, un pulso constante de energía que resuena con los latidos de mi corazón.

Tras asearme y vestirme con un sencillo vestido de algodón, desciendo por la chirriante escalera hasta El Hogar de Miel. El aroma de los dulces llena el aire y se mezcla con el de las hierbas y las especias. La panadería parece viva, casi sintiente, sus paredes zumban con la magia que le hemos infundido.

«Buenos días, Amelia», saludo alegremente al entrar en la cálida cocina, con mis zapatos pisando suavemente el desgastado suelo de madera.

Se aparta del antiguo y temperamental horno y se limpia las manos llenas de harina en el delantal. «Buenos días, Tessa. ¿Preparada para otro ajetreado día de percances mágicos y deliciosos desastres?».

Me río suavemente, negando con la cabeza ante su tono juguetón. «Todo lo preparada que puedo estar, supongo. Aunque con esta pastelería, ¿quién sabe qué sorpresas nos esperan?». Cojo mi delantal, que cuelga de un perchero junto a la puerta, y me lo ato a la cintura con facilidad.

Juntas, empezamos a preparar las ofrendas del día. Bajo la guía de Elyndra desde hace un par de semanas, he aprendido a canalizar mi magia con mayor control. El colgante amplifica mis habilidades, armonizando las energías dentro de mí. Mientras amaso la masa para los panes de miel y lavanda, me concentro en imbuirles un suave hechizo de tranquilidad.

«No te olvides del polvo de hadas», bromea Amelia, entregándome un tarrito de polvos brillantes.

Pongo los ojos en blanco. «Es esencia de manzanilla, muchas gracias».

Sonríe. «Llámalo como quieras, pero está haciendo maravillas. Los clientes no se cansan de tus creaciones encantadas».

A medida que avanza la mañana, la panadería se llena de clientes. El timbre de la puerta no para de sonar y cada nuevo cliente es recibido con calidez y entusiasmo. El ambiente es vibrante: resuenan las risas, las conversaciones fluyen libremente y en el aire se mezclan los aromas de la canela, la vainilla y el café recién hecho.

«Sra. Wimple, pruebe estos nuevos bollos de limón y tomillo», sugiero, señalando una bandeja de bollos dorados. «Están impregnados de un toque de vitalidad y una pizca de sol, perfectos para alegrarle la mañana».

Sus ojos brillan y se arrugan de placer. «Oh, querida, me mimas. Te juro que tus creaciones son cada día más mágicas. Me llevaré una docena. Serán ideales para mi reunión del club de jardinería de esta tarde».

Las envuelvo cuidadosamente en papel pergamino, ato el manojo con un cordel y añado una ramita de tomillo fresco como toque decorativo. El aroma terroso de la hierba se mezcla con el aroma cítrico de los bollos. «Disfrútelos con salud, señora Wimple. Y hágame saber qué les parecen a sus amigos, siempre estoy deseando recibir comentarios sobre nuevas recetas».

Cuando el ajetreo de la mañana empieza a disminuir, entra un grupo de viajeros: una familia de un pueblo vecino. El padre se acerca al mostrador con los ojos muy abiertos. «Hemos oído historias de pasteles mágicos que curan y levantan el ánimo. ¿Son ciertas?»

Sonrío cálidamente. «Hacemos todo lo posible por llevar un poco de magia a la vida de la gente. ¿Qué desea?»

Mira a su mujer y a sus hijos y luego se vuelve hacia mí con gratitud. «Aceptaremos lo que nos recomiende».

Amelia me da un codazo mientras preparo su pedido. «Se está corriendo la voz rápidamente. A este paso, necesitaremos una panadería más grande».

«No nos adelantemos», digo riendo, mientras me quito la harina de las manos y me la pongo en el delantal. «Pero es alentador ver que tanta gente abraza la magia. Nunca imaginé que vendrían visitantes de pueblos vecinos sólo para probar nuestros pasteles».

Se tranquiliza un poco y su habitual actitud alegre se atenúa. «Pero no todo el mundo está contento. Ha habido algunas protestas».

Hago una pausa en mi trabajo, olvido un cruasán a medio hacer sobre la encimera y la miro. «¿Serafina?» El nombre se me escapa antes de que pueda evitarlo. Darius la mencionó la otra noche por accidente, y su expresión se ensombreció antes de que pudiera contenerse. Cuando le pedí más información, me dijo de mala gana que algo relacionado con la eliminación de la maldición de la panadería la había alterado, aunque fue frustrantemente impreciso en los detalles.

Amelia asiente, con los labios apretados en una fina línea. «Ha estado difundiendo rumores por la ciudad. Rumores desagradables. Dice que tus pasteles están malditos y que hacen daño en lugar de curar. Algunos empiezan a ponerse nerviosos».

Siento una punzada de preocupación, pero la aparto. «Se siente amenazada por la unidad que estamos fomentando. No podemos permitir que socave nuestro progreso».

«Estoy de acuerdo», afirma Amelia. «Pero debemos permanecer vigilantes».

El resto del día transcurre sin problemas, la panadería bulle de actividad. Al anochecer, me dirijo al archivo para reunirme con Elyndra. Las calles de Windhollow están bañadas por los tonos dorados del atardecer, y los faroles parpadean a lo largo de los caminos empedrados.

Al entrar en el archivo, encuentro a Elyndra sentada ante una larga mesa de madera, rodeada de pilas de tomos antiguos. Su pelo plateado le cae en cascada sobre los hombros y sus ojos violetas brillan cuando levanta la vista.

«Buenas noches, Tessa», me saluda con calidez, y su melodiosa voz resuena suavemente en el cavernoso archivo. «¿Cómo va la pastelería? Confío en que tus últimas creaciones sean tan deliciosas como siempre».

«Mejor que nunca», respondo, acercando una silla y sentándome a su lado. «La maldición parece estar debilitándose y los clientes están volviendo. Pero», añado con tono serio, »Seraphina está causando problemas. Ha estado difundiendo rumores e intentando poner al pueblo en nuestra contra».

Elyndra suspira suavemente, con el ceño fruncido por la preocupación. «Es persistente, lo

reconozco. Seraphina siempre se ha aferrado a sus creencias, por equivocadas que sean». Extiende la mano para acariciarme suavemente. «Pero recuerda, querida, la luz a menudo atrae la atención de aquellos que moran en las sombras. Tu éxito la amenaza, y ella arremete por miedo. Mantente fuerte y deja que tus acciones hablen más alto que sus palabras».

«No dejaré que me intimide», declaro con determinación.

«Tampoco deberías hacerlo», me da la razón. «Ahora, continuemos con tu entrenamiento».

Nos adentramos en hechizos más avanzados, centrándonos en perfeccionar mi control y comprender los matices más profundos de la magia. El colgante sirve de conducto, su energía se entrelaza con la mía en una danza armoniosa. Siento el poder fluir a través de mí, un calor suave que se extiende desde mi interior hasta la punta de los dedos. Con cada conjuro, la conexión se hace más fuerte e intuitiva.

«Tus progresos son notables», observa Elyndra cuando terminamos un encantamiento especialmente complejo. Sus ojos brillan de orgullo y percibo su genuino entusiasmo por mis progresos. «Estás comprendiendo conceptos que normalmente se tarda años en dominar».

«Gracias», digo, sintiendo que un rubor de orgullo me calienta las mejillas. «Le debo mucho a tu guía». Hago una pausa y paso los dedos por la superficie lisa del colgante. «Es como si la magia siempre hubiera formado parte de mí, esperando a ser despertada. Tus enseñanzas han desbloqueado algo que no sabía que existía dentro de mí».

Sonríe misteriosamente. «Tal vez, pero el poder siempre ha estado dentro de ti».

A la mañana siguiente, Amelia y yo nos preparamos para un acto comunitario: un taller gratuito en el que enseñaremos a los demás a incorporar la magia a su vida cotidiana de forma responsable. Llevamos un par de semanas planeándolo y por fin ha llegado el día de llevarlo a cabo.

La plaza del pueblo se transforma en un animado espacio de encuentro, lleno de energía y entusiasmo. La brisa hace ondear banderolas de vivos colores que captan la luz del sol. Las mesas están repletas de suministros mágicos, desde brillantes cristales hasta hierbas aromáticas y varitas talladas. En el centro hay un escenario improvisado, adornado con centelleantes luces de hadas y plantas en macetas que se balancean al compás de los movimientos de la multitud.

Personas de todas las clases sociales se arremolinan con rostros llenos de curiosidad y expectación. Los humanos charlan animadamente con criaturas mágicas, olvidando momentáneamente sus diferencias ante la maravilla compartida. Los niños corren entre las piernas de los adultos y sus risas se mezclan con el suave tintineo de las campanas de viento encantadas que cuelgan de los árboles cercanos.

«Parece que ha venido mucha gente», comenta Amelia, con los ojos brillantes, mientras ajusta un expositor de hierbas encantadas. El fragante aroma de la lavanda y el romero flota en el aire mientras arregla las delicadas ramitas. «Creo que a este paso tendremos que conjurar unas cuantas sillas más».

«Mejor de lo que esperaba», coincido, observando a la multitud. Humanos y seres mágicos se han reunido por igual, un tapiz de diversidad que me alegra el corazón.

Subo al escenario, el murmullo de la conversación se calma mientras me dirijo a la asamblea. «Bienvenidos a todos. Gracias por reuniros hoy con nosotros. Nuestro objetivo es compartir conocimientos y fomentar la comprensión. La magia forma parte de nuestro mundo y juntos podemos aprender a aprovecharla para el bien de todos».

Los aplausos se extienden entre la multitud, una oleada de entusiasmo y expectación invade a

los asistentes reunidos. Comenzamos los talleres haciendo demostraciones de técnicas y hechizos sencillos, empezando por lo más básico para asegurarnos de que todos se sientan incluidos. Los niños ríen de alegría cuando las flores brotan con un simple toque, con los ojos abiertos de asombro al ver los pétalos desplegarse bajo la punta de sus dedos. Los adultos se enzarzan en reflexivas discusiones sobre la ética y la responsabilidad de la magia, debatiendo las sutilezas de la teoría mágica y sus aplicaciones prácticas en la vida cotidiana.

A lo largo del día, me muevo entre los participantes, ofreciéndoles orientación y ánimo. El ambiente es alegre, una celebración de la comunidad y la colaboración.

En un momento dado, veo a Darius de pie en el borde de la reunión, su figura recorta una silueta impresionante contra el telón de fondo de las coloridas casitas de Windhollow. Viste elegantemente con una camisa blanca y unos pantalones oscuros, y lleva el pelo negro alborotado por la suave brisa.

Nuestras miradas se cruzan en la plaza abarrotada y una sonrisa amable se dibuja en su rostro, suavizando sus rasgos severos. El corazón me da un vuelco y una inesperada sensación de calidez se apodera de mi pecho. Por un momento, el bullicio de la fiesta se desvanece y nos quedamos solos.

A medida que el sol comienza a ponerse, pintando el cielo con vibrantes tonos naranjas y rosas, el evento se va apagando poco a poco. La gente se marcha en grupos, charlando animadamente sobre las experiencias del día y los deliciosos manjares que han probado. La plaza se vacía poco a poco, el ambiente festivo se desvanece a medida que las familias y los amigos regresan a casa, dejando sólo unas pocas almas rezagadas que disfrutan del tranquilo aire de la noche.

Respiro hondo, alisándome el vestido con nerviosismo, y me acerco a Darius. Está apoyado despreocupadamente en una farola de hierro forjado. El suave resplandor de la luz mágica de la calle proyecta un cálido halo a su alrededor, acentuando sus llamativos rasgos. «Me alegro de que hayas venido», le digo, con un cosquilleo de nervios en el estómago. Mis ojos se cruzan con los suyos y vuelvo a sorprenderme por la intensidad de su mirada.

Darius se endereza y sus ojos reflejan el suave resplandor de la luz mortecina. «No me lo habría perdido. Has hecho algo extraordinario».

Me paso un pelo por detrás de la oreja. «No podría haber llegado tan lejos sin tu ayuda».

Sacude suavemente la cabeza, con una suave sonrisa en la comisura de los labios. «Siempre has tenido la fuerza dentro de ti, Tessa. Yo me limité a caminar a tu lado, ofreciéndote apoyo cuando más lo necesitabas. Tu determinación y resistencia son tuyas».

Un silencio confortable se instala entre nosotros, de esos que lo dicen todo sin pronunciar palabra. El aire se llena del embriagador aroma del jazmín en flor, su dulce fragancia se deja llevar por la fresca brisa del atardecer. El lejano sonido de la música llega desde una taberna cercana, una alegre melodía que se entrelaza con el suave susurro de las hojas.

Antes de que ninguno de los dos pueda volver a hablar, se acerca un grupo. Alarico va en cabeza, con sus botas pulidas resonando en los adoquines. Detrás le sigue un contingente de funcionarios, con expresión estoica.

«Impresionante asistencia», comenta Alaric, con un tono carente de elogios genuinos.

Me fuerzo a esbozar una sonrisa cortés. «Gracias. Ha sido una magnífica oportunidad para que la comunidad se reúna».

Mira a su alrededor, con ojos fríos y calculadores. «Es cierto. Sin embargo, nos preocupa la seguridad y las normas adecuadas. Este tipo de reuniones requieren supervisión para garantizar que no se produzcan incidentes desafortunados».

Percibo una amenaza velada bajo sus palabras y se me acelera el pulso. «Estamos fomentando la comunidad y el entendimiento», replico, tratando de mantener la voz firme. «Seguro que eso es beneficioso para todos los habitantes de Windhollow, tanto mágicos como no mágicos».

Los labios de Alaric se curvan en una sonrisa delgada e irónica que no le llega a los ojos. «Tal vez», concede con una leve inclinación de cabeza, »pero el poder -especialmente la magia- debe controlarse y regularse cuidadosamente. No querríamos que se utilizara mal o cayera en las manos equivocadas, ¿verdad? La seguridad de nuestros ciudadanos es primordial».

Antes de que pueda responder, Darius se adelanta, su presencia es a la vez tranquilizadora e intimidante. Su mirada se endurece cuando se dirige a Alaric, su voz baja y controlada pero con un filo inconfundible. «Tessa ha tomado todas las precauciones para garantizar que este evento sea seguro y acogedor para todos. No hay motivos para alarmarse ni para intervenir con mano dura. Tal vez sería mejor que dirigieras tus preocupaciones a otra parte».

Los ojos de Alaric parpadean hacia Darius, un atisbo de fastidio cruza sus facciones. «Ah, Sr. Flintwing. Siempre el guardián. Pero los asuntos de seguridad pública son asunto del consejo».

«Entonces tal vez el consejo debería centrarse en apoyar iniciativas que unan a la gente en lugar de socavarlas», replica Darius con suavidad, con un tono de desafío en la voz. No aparta los ojos del rostro de Alaric, atento a cualquier reacción.

La expresión de Alaric se ensombrece y una sombra recorre sus rasgos. Su mandíbula se tensa y sus ojos se entrecierran. «Tened cuidado, los dos», advierte, y sus palabras tienen un peso que me hace sentir un escalofrío. «La línea que separa la innovación de la perturbación es muy fina. Sería una pena que os encontrarais en el lado equivocado».

A continuación, gira bruscamente sobre sus talones y sus lustrosos zapatos chasquean contra los adoquines. Su séquito, una mezcla de miembros del consejo de rostro severo y asistentes nerviosos, le sigue con susurros apenas audibles. Los veo alejarse, sus figuras se hacen más pequeñas cuando desaparecen al doblar una esquina, y se me forma un nudo de inquietud en el estómago.

«No va a dejarlo pasar», murmuro, más para mí misma que para Darius. Las palabras me saben amargas y no puedo evitar la sensación de que este es el comienzo de una nueva serie de problemas.

Darius me pone una mano tranquilizadora en el hombro. «Alaric tiene sus propios planes. Tenemos que estar alerta».

Le miro. «¿Crees que está trabajando con Seraphina?»

«Es posible», admite, con el ceño fruncido por la preocupación. «He estado investigando sus actividades desde que descubrí que trabaja activamente contra el santuario mientras me dice que quiere colaborar. Hay incoherencias que no cuadran. Reuniones que no tienen sentido, recursos que se asignan a proyectos desconocidos».

«Entonces tenemos que averiguar la verdad», afirmo. Mis manos se cierran en puños a los lados, una oleada de determinación me recorre. «No podemos permitir que siga actuando en la sombra».

Darius asiente, sus ojos brillan con una mezcla de aprobación y cautela. «Estoy de acuerdo. Pero debemos proceder con cuidado. Alaric tiene una influencia considerable tanto en círculos mágicos como humanos. Un paso en falso, y podríamos encontrarnos en una posición precaria. Necesitaremos reunir pruebas concretas antes de actuar».

Suspiro, sintiéndome frustrada por haber llegado a un callejón sin salida con Alaric. «No dejaré que deshaga lo que hemos conseguido».

«No tienes que enfrentarte a esto sola», me recuerda Darius.

Le ofrezco una sonrisa de agradecimiento. «Gracias. Tu apoyo significa más de lo que crees».

Me devuelve la sonrisa, con calidez en sus ojos. «Estamos juntos en esto».

Cuando nos separamos, vuelvo a la panadería. Las calles están tranquilas, la ciudad se acomoda a los ritmos pacíficos de la noche. Los acontecimientos del día se arremolinan en mi mente: éxitos atenuados por nuevos retos.

Al entrar en El hogar de miel, encuentro a Amelia limpiando, con una suave melodía zumbando en sus labios. La luz parpadeante de la chimenea proyecta sombras danzantes en las paredes, dando a la panadería un ambiente íntimo y acogedor.

«¿Cómo te fue después de que me fuera?», pregunta, dejando de limpiar el mostrador. Sus ojos brillan de curiosidad, con un paño de cocina colgado del hombro.

«Casi todo bien», contesto, relatando el encuentro con Alaric. «Hemos hecho algunos progresos, pero aún queda mucho por descubrir».

Frunce el ceño, preocupada. «Alaric es escurridizo. Debemos cuidarnos las espaldas». Amelia deja su paño de limpieza y me presta toda su atención. «¿Dijo algo particularmente sospechoso?»

«No rotundamente, pero sin duda está pasando algo más de lo que deja entrever», digo, sacudiendo la cabeza. «Darius y yo vamos a investigar sus actividades a ver si descubrimos algo concreto».

Sus ojos centellean con picardía, una sonrisa socarrona se dibuja en su rostro. «¿Tú y Darius? Últimamente pasáis mucho tiempo juntos, ¿no?».

Pongo los ojos en blanco, aunque noto que un delator rubor me sube por las mejillas. El calor de mi cara solo parece alentar las burlas de Amelia. «No es eso», insisto, quizá demasiado rápido. «Sólo estamos trabajando juntos para resolver este misterio. Nada más».

«Claro», bromea ella, sus ojos centellean con picardía. «Pero tienes que admitir que hay algo entre vosotros dos. He visto cómo os miráis cuando creéis que nadie os ve».

Suspiro pesadamente, apoyándome en la encimera y trazando distraídamente patrones en la harina que espolvorea su superficie. «Puede que sí. No puedo negar que siento algo. Pero con todo lo que está pasando -la maldición, los problemas de la panadería, toda esta farsa del compromiso-, no puedo permitirme distracciones. Hay demasiado en juego».

«A veces, este tipo de conexiones nos dan fuerza», señala suavemente, suavizando su voz. «No tienen por qué ser una distracción. Tener a alguien en quien apoyarte, con quien compartir tus cargas, puede marcar toda la diferencia del mundo».

Considero sus palabras, con una mezcla de emociones agitándose en mi interior. Esperanza, miedo y algo más. «Quizá tengas razón», admito. «Pero es complicado. Darius y yo tenemos una historia. Y el futuro es tan incierto».

Me da unas palmaditas tranquilizadoras en la mano. «Descansa un poco. Mañana será otro día».

Me retiro a mi habitación, el agotamiento tirando de cada fibra de mi ser. El peso de los acontecimientos del día me pesa sobre los hombros mientras me pongo mi pijama favorito. Cuando me meto en la cama, miro fijamente al techo y recorro con los ojos los tenues dibujos de la escayola. Mis pensamientos se dirigen a Darius, sus ojos ámbar y su enigmática sonrisa pasan por mi mente. No puedo evitar preguntarme qué estará haciendo ahora, si también estará pensando en mí y qué nos deparará el mañana a los dos.

El sueño no tarda en apoderarse de mí, y mis sueños se llenan de imágenes de luces y

sombras, de rostros familiares y desconocidos. Una sensación de anticipación teje el tapiz de mi subconsciente, un susurro de acontecimientos que aún están por llegar.

DARIUS



Camino a paso ligero por el mercado, el murmullo de los mercaderes y los habitantes de la ciudad se desvanece en el fondo mientras mis pensamientos se agitan. Las amenazas veladas de Alaric persisten en mi mente, un trasfondo siniestro bajo la fachada de civismo. Hay algo más en sus intenciones de lo que dice, y tengo la intención de descubrir la verdad.

Me dirijo a La Serpiente de Plata, una discreta taberna escondida en uno de los callejones adoquinados más tranquilos. Es un lugar donde la información fluye tan libremente como la cerveza, frecuentado por quienes comercian con susurros y secretos. La reputación del establecimiento le precede, conocido como refugio de espías e informantes por igual. Al empujar la pesada puerta de madera, cuyas bisagras de hierro crujen suavemente, me recibe la tenue luz de las parpadeantes lámparas de aceite y el penetrante aroma del humo de pipa mezclado con vino especiado. El murmullo de las conversaciones en voz baja llena el ambiente, interrumpido por el tintineo ocasional de las jarras de cerveza y el roce de las patas de las sillas contra las desgastadas tablas del suelo.

«Vaya, pero si es Darius Flintwing», exclama una voz familiar desde una mesa de la esquina. Rylan, uno de mis contactos y experto en descubrir negocios ocultos, levanta su vaso en señal de saludo.

«Rylan», respondo con un gesto seco de la cabeza y me acomodo en el asiento de cuero desgastado frente a él. «Necesito información. Urgentemente».

Sonríe con un brillo cómplice en los ojos mientras se echa hacia atrás en la silla y la madera gime en señal de protesta. Rylan tamborilea con los dedos a un ritmo lento y pausado sobre la mesa llena de cicatrices. «Siempre lo haces, Flintwing. Se ha convertido en una costumbre. Me pregunto cuál será el precio esta vez. Tus peticiones rara vez salen baratas».

«Dilo», respondo escuetamente, con la mandíbula ligeramente apretada. Siento el leve cosquilleo de las escamas que amenazan con surgir a lo largo de mi cuello, un signo revelador de mi creciente impaciencia. «Lo que haga falta. Esta noche no estoy de humor para juegos. ¿Qué sabes de Alaric Stonewell?».

Arquea una ceja, un destello de diversión baila en sus facciones. «Directo al grano, entonces. Veo que esta noche no hay cumplidos. Muy bien, Darius. He oído algunos rumores en ciertos círculos que podrían interesarte: conexiones entre Stonewell y algunos personajes bastante desagradables. Del tipo que tienden a acechar en las sombras, si sabes a lo que me refiero».

«Continúa», aprieto, inclinándome ligeramente hacia delante y enroscando los dedos alrededor del borde de la mesa.

Rylan da un sorbo deliberado a su bebida, saboreando el momento. El líquido ámbar capta la luz tenue mientras lo agita en el vaso. «Se dice que Alaric ha estado en contacto con Magnus»,

dice, con voz baja y mesurada. «Y no se trata de un intercambio casual. Hablamos de reuniones frecuentes y clandestinas. De los que levantan cejas y mueven lenguas en nuestro trabajo».

Siento un nudo frío en el estómago. Magnus es un nombre de peso: un hechicero oscuro famoso por explotar recursos mágicos en beneficio propio, dejando destrucción a su paso. «Magnus», repito, el nombre me pesa en la lengua.

Rylan asiente. «Están tramando algo grande. No puedo decir qué exactamente, pero no presagia nada bueno para Windhollow o su gente mágica».

«¿Tienes pruebas concretas de esas acusaciones?». Pregunto, con voz baja y urgente.

Se da un golpecito en la nariz, con una sonrisa socarrona en la comisura de los labios. «Puede que tenga algo importante. Por el precio adecuado, claro. Una información así no es barata».

Le miro fijamente. «Se te compensará generosamente, Rylan. Pero tienes que entender que hay vidas en juego. Esto no es sólo otro trabajo o un juego de ajedrez político. Las consecuencias son reales y de largo alcance».

Me estudia durante un largo momento, su expresión se vuelve sobria cuando parece comprender el peso de mis palabras. Finalmente, asiente con la cabeza, su anterior bravuconería se desvanece. «Me parece justo, Darius. Te conseguiré los documentos que necesitas».

«Para mañana», insisto, mi tono no admite discusión.

«Eres tan exigente como siempre, ¿verdad?». Rylan se ríe, aunque hay un deje de admiración en su voz. «Pero sí, los tendrás mañana. Te doy mi palabra».

Me levanto para marcharme, con la silla rozando suavemente el suelo de madera. «Gracias, Rylan. Agradezco tu ayuda en este asunto».

«Ten cuidado, Darius», me advierte cuando me doy la vuelta, con la voz teñida de auténtica preocupación. «Estás jugando un juego peligroso con adversarios poderosos. Un paso en falso y todo podría venirse abajo».

«Siempre tengo cuidado», murmuro en voz baja mientras me dirijo a la puerta. Los riesgos son altos, pero lo que está en juego es aún mayor. Pero por Windhollow y Tessa, estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Volviendo a la luz del día, sopeso mis opciones. Si Alaric está confabulado con Magnus, la amenaza es mucho mayor de lo que esperaba. Necesito confiar en alguien en quien confío: Thane.

Me dirijo a las afueras de la ciudad, donde Thane reside en una cabaña aislada, enclavada entre imponentes pinos. El camino me resulta familiar, serpentea a través del denso bosque que bordea Windhollow. Sin embargo, a medida que me acerco, la inquietud me corroe y se instala como una piedra fría en la boca del estómago. El aire se vuelve denso con la magia, un signo revelador de las protecciones de Thane. Las sombras se extienden a lo largo del camino, proyectadas por el sol poniente que se filtra a través del dosel siempre verde.

Llamo con firmeza a la puerta desgastada y espero. Los segundos se alargan como horas mientras tuerzo los oídos en busca de cualquier sonido de movimiento en el interior. Unos instantes después, la puerta se abre con un chirrido y Thane aparece en el umbral, con la sorpresa reflejada en sus angulosas facciones. Sus ojos se abren ligeramente al encontrarse con los míos. «Darius», dice, su voz es una mezcla de curiosidad y cautela. «Esto es inesperado. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?»

«¿Puedo pasar?» Pregunto en un tono bajo y urgente. Miro por encima del hombro, consciente de repente de lo expuesta que me siento en su puerta.

Thane vacila brevemente y me mira a la cara. Una sombra de preocupación se dibuja en su expresión antes de asentir casi imperceptiblemente y hacerse a un lado. «Por supuesto», dice,

haciéndome un gesto para que entre.

El interior de la casa de Thane es sencillo pero confortable, con muebles rústicos de madera y tonos cálidos y terrosos que invitan a la relajación. El olor a leña de la chimenea se mezcla con el del pino fresco, creando una atmósfera acogedora que normalmente me tranquilizaría. Pero esta noche no. Permanezco de pie, con el cuerpo tenso y alerta mientras voy al grano. «Tengo que hablarte de Alaric», digo.

La expresión de Thane se tensa casi imperceptiblemente. «¿Qué pasa con él?»

«Tengo razones para creer que está involucrado con Magnus. Están tramando algo que podría poner en peligro tanto a los humanos como a los seres mágicos de Windhollow».

Se cruza de brazos, su postura se endurece mientras procesa mis palabras. «Es una acusación seria. No es algo para lanzar a la ligera, Darius».

«Comprendo su gravedad», continúo, con voz baja pero firme. «Tengo un contacto reuniendo pruebas concretas mientras hablamos. Pero necesito saber si has oído algo, aunque sea el más mínimo detalle o rumor. ¿Hay alguna información que puedas compartir que pueda ayudar?».

Thane cambia de posición, evitando mi mirada. La tensión que irradia es palpable, llena el aire entre nosotros como una niebla espesa. Después de un momento, habla, con palabras cuidadosas y mesuradas. «¿Por qué acudes a mí? ¿Qué te hace pensar que sé algo sobre los negocios de Alaric?».

«Porque confío en ti», respondo, escrutando su rostro. «Siempre nos hemos cuidado mutuamente».

Suspira, pasándose una mano por el pelo oscuro. «Darius, quizás estás demasiado cerca de esto. Tu relación con la chica de la panadería, con los humanos... te está nublando el juicio».

Siento una oleada de irritación, mi mandíbula se aprieta mientras lucho por mantener la compostura. «No se trata de Tessa», insisto, con voz baja y controlada. «Se trata de evitar una catástrofe que podría afectarnos a todos, humanos y mágicos por igual».

«¿No es así?», replica bruscamente, con los ojos entrecerrados por la sospecha. «Te estás enredando con un humano, arriesgándote a que te descubran y a una reacción violenta contra los nuestros. ¿Has olvidado todo por lo que hemos trabajado, todo lo que hemos sacrificado para mantener nuestro secreto?».

«Esa no es tu decisión», replico, agotando mi paciencia. «Y Tessa no es una humana cualquiera. Ella es...» “Ella es un lastre”, interrumpe Thane, su voz corta el aire como un cuchillo. «¿No te das cuenta? Tus emociones están comprometiendo nuestra seguridad y la de todos los seres mágicos de Windhollow. Estás bajando la guardia por un simple mortal».

Me doy cuenta, fría e inoportunamente, y se asienta en la boca de mi estómago como un bloque de hielo. Las piezas encajan y, de repente, la evasiva de Thane cobra sentido. «Le has estado dando información a Alaric», digo, con la voz apenas por encima de un susurro, cargada con el peso de la traición.

Él no lo niega. «Hice lo que creí necesario. Alaric prometió proteger nuestros intereses y mantener la paz».

«¿Colaborando con un hechicero oscuro?». Exclamo, la incredulidad dando paso a la ira. «¡Estás poniendo en peligro a todos!».

«¡Intento protegernos!» Thane responde. «Tú, más que nadie, deberías entenderlo. Después de lo que pasó con Celeste...» “No te atrevas a meterla en esto”, le advierto, con voz baja y peligrosa.

Continúa, impertérrito. «Su muerte fue una tragedia, pero nos enseñó el coste de inmiscuirse en los asuntos humanos. Estoy evitando que la historia se repita».

«¿Traicionándome?» Siento intensamente el aguijón de la traición, un dolor agudo que corta más profundo que cualquier herida física. «Eres como un hermano para mí, Thane. Crecimos juntos y lo compartimos todo. ¿Cómo has podido hacer esto?»

Me mira sin inmutarse, con una mezcla de frustración y resignación en los ojos. Su mandíbula se aprieta como si estuviera conteniendo más de lo que dice. «Hago lo que es necesario para nuestra especie y nuestro futuro. Estás demasiado cegado por tu encaprichamiento con esa humana para ver el panorama general. ¿No puedes entenderlo?»

El silencio se hace pesado entre nosotros, el peso de sus palabras presiona como una fuerza invisible. La habitación parece más pequeña y sofocante. Doy un paso atrás, sacudiendo la cabeza con incredulidad. «No puedo creer que te alíes con alguien como Alaric. Después de todo lo que hemos pasado, después de todo lo que sabemos de él».

«Más vale malo conocido», murmura, con los ojos en el suelo. Hay un atisbo de duda en su voz.

Me giro hacia la puerta y me tiembla la mano al coger el picaporte. Mi voz es fría, definitiva. «Hemos terminado aquí. Espero que te des cuenta de lo que has hecho antes de que sea demasiado tarde».

«Darius...» Me detengo en el umbral, con la mano aún apoyada en el frío metal del pomo. No me vuelvo para mirarle, porque temo que si lo hago, mi determinación se desmorone. En lugar de eso, me dirijo a la puerta, en voz baja y con una mezcla de advertencia y tristeza. «Si sigues por este camino, no podré protegerte. Estás jugando con fuerzas que escapan a tu control y las consecuencias...». Me detengo, incapaz de expresar las terribles posibilidades que inundan mi mente.

«Tal vez no necesite tu protección», responde en voz baja, apenas por encima de un susurro. Hay una pizca de desafío en su tono, pero en el fondo detecto un temblor de incertidumbre. La habitación está cargada de tensión, como si el aire contuviera la respiración y esperara a ver qué ocurre a continuación.

Sin decir nada más, salgo y la puerta se cierra tras de mí con un golpe seco. El aire del atardecer es fresco, el cielo se tiñe de vetas carmesíes y doradas a medida que el sol se oculta en el horizonte. Camino sin rumbo, con la traición calando hondo. Las acciones de Thane me recuerdan que los prejuicios y el miedo no se limitan a un solo grupo.

Mis pies me llevan hasta las afueras de la ciudad, donde un bosquecillo solitario está enclavado junto a un tranquilo lago. La superficie del agua refleja las estrellas emergentes, un espejo del cielo. Los grillos cantan suavemente en la hierba alta, su melodía es un bálsamo tranquilizador para mis pensamientos agitados. Este era nuestro lugar, mío y de Celeste. Un santuario donde se susurraban sueños y se imaginaban futuros, donde los momentos robados parecían vidas. El viejo roble sigue en pie, sus ramas nudosas se extienden sobre el agua como si quisieran tocar el cielo. Recorro con la mano su áspera corteza hasta encontrar los surcos donde una vez grabamos nuestras iniciales. Están erosionadas por el tiempo, pero aún son visibles.

Me siento en la base de un antiguo sauce, cuyas largas y gráciles ramas se mecen suavemente con la brisa del atardecer. El suave susurro de las hojas sobre mí es una melodía relajante, casi hipnótica en su ritmo. Los recuerdos se agolpan en mi memoria, sin que me los pida, pero bienvenidos, cada uno de ellos como un agridulce recordatorio de lo que una vez fue. En mi mente resuena la risa de Celeste, un sonido que solía llenarme el corazón de alegría. Aún puedo ver sus ojos llenos de pasión y determinación cuando hablábamos durante horas sobre nuestros sueños de unir nuestros mundos. Era humana, sí, pero mucho más: una curandera dotada de un corazón tan vasto y profundo como el océano. En esos momentos, envueltas en el capullo de

nuestra visión compartida, creímos de verdad que podíamos salvar la brecha aparentemente insalvable entre las especies. Nuestra convicción era inquebrantable, nuestra esperanza ilimitada.

Pero nuestras esperanzas se hicieron añicos cuando una negociación de paz se tornó violenta. La desinformación y el miedo desataron el caos, y Celeste desapareció. Llegué demasiado tarde para salvarla. La culpa me persigue desde entonces.

«Celeste», susurro en la noche, el nombre como un dolor persistente. «Te he fallado».

Pero mientras contemplo las aguas tranquilas, una nueva determinación se apodera de mí. Pensar en los fracasos del pasado no cambiará el presente. Ahora tengo una oportunidad, la de arreglar las cosas y evitar que otros corran la misma suerte.

Me levanto, el aire fresco de la noche me vigoriza. «No dejaré que el miedo siga dictando mis actos».

Con renovado propósito, me dirijo de nuevo hacia Windhollow. El pueblo está envuelto en un apacible silencio, sólo roto por el crujido ocasional de las hojas o el lejano ulular de un búho. Las lámparas ornamentadas proyectan una luz cálida y dorada a lo largo del camino, creando un sendero reconfortante a través de la noche.

Casi inconscientemente, me siento atraído por The Honeyed Hearth, cuyas ventanas brillan con una luz suave y acogedora en medio de la aterciopelada oscuridad. La panadería se erige como un faro de calidez y nostalgia. Incluso desde fuera, casi puedo saborear la dulzura fantasmal de las creaciones de Tessa.

Al asomarme al interior, veo a Tessa amasando la masa en el mostrador, con movimientos rítmicos y tranquilizadores. Hay una paz en ella que alivia mi agitación interior. Entro sin hacer ruido, el timbre de la puerta suena suavemente.

Ella levanta la vista, sus ojos se abren de par en par con sorpresa momentánea antes de que sus facciones se suavicen en una sonrisa de bienvenida. La calidez de su expresión parece ahuyentar algunas de las sombras que acechan en los rincones de la panadería. «Darius», saluda Tessa, con una voz mezcla de curiosidad y placer. «¿Qué te trae por aquí a estas horas? Creía que era el único noctámbulo de Windhollow».

Le devuelvo una pequeña sonrisa, sintiendo que la tensión de mis hombros se alivia ante su amable acogida. «Estaba en el vecindario», le explico, mientras mi mirada recorre el acogedor interior del Hogar de Miel. «No podía dormir, pensé que un paseo me ayudaría. ¿Te importa si te acompaño un rato?».

«En absoluto», responde sin vacilar, señalando el espacio a su lado en el mostrador espolvoreado de harina. «Sólo estoy preparando algunas tandas para mañana. Aunque no puedo prometer que la compañía sea especialmente excitante».

Me lavo bien las manos en el fregadero cercano, el agua fría me hace sentir en el momento. Cuando me las seco y me acerco a la encimera, me envuelve el aroma familiar de la harina, las especias y algo característico de Tessa. Me reconforta de un modo que no esperaba. «¿Necesitas ayuda? Me ofrezco, arremangándome. «Puede que no sea una maestra panadera, pero puedo seguir instrucciones si estás dispuesta a mandarme un poco».

Levanta una ceja juguetona. «¿Los dragones saben hornear?».

Me río entre dientes. «He aprendido un par de cosas».

Trabajamos codo con codo y el silencio es agradable. La masa es suave bajo mis manos, y el acto de amasar me distrae de mis recuerdos. Tessa tararea una melodía suave que me tranquiliza.

«Estás preocupado», observa al cabo de un rato, con mirada firme y perspicaz. Hay un deje de preocupación en su voz, apenas perceptible pero inconfundible.

Suspiro suavemente, con los hombros ligeramente caídos por el peso de los acontecimientos

del día. «Ha sido un día difícil», admito. El eufemismo resulta casi cómico, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado.

«¿Quieres hablar de ello? Tessa se ofrece con suavidad y sus manos se detienen en su trabajo. Se vuelve hacia mí y me dedica toda su atención. La calidez de sus ojos me invita, creando un espacio seguro para la vulnerabilidad en el que no estoy segura de estar preparada para entrar.

Considero su oferta y asiento con la cabeza. «Descubrí que alguien en quien confiaba ha estado trabajando en mi contra y aliándose con Alaric, nada menos».

Su expresión se suaviza con empatía. «Lo siento. La traición cala hondo».

«Así es», admito. «Pero también me ha abierto los ojos a las divisiones que aún existen, incluso entre los míos. Creía que ya lo habíamos superado, pero está claro que los viejos prejuicios son más profundos de lo que pensaba».

Tessa hace una pausa en su trabajo, se limpia las manos en el delantal y se gira para mirarme de frente. Sus ojos buscan los míos con una mezcla de preocupación y comprensión. «No eres responsable de las acciones de los demás, Darius. Sólo puedes controlar tus propias decisiones y tu propio camino».

«Lo sé», respondo, mirándola a los ojos y sintiendo un destello de calidez ante su apoyo inquebrantable. «Pero no puedo evitar sentir que he fracasado de alguna manera. Que todos mis esfuerzos por tender puentes entre los humanos y los seres mágicos han sido en vano».

«No has fracasado», insiste con suavidad y me pone la mano en el brazo. El contacto me hace saltar una chispa. «Has luchado por la unidad y el entendimiento en un mundo que se resiste al cambio. Es más de lo que la mayoría haría, y eso importa. Cada pequeño paso adelante cuenta, aunque no siempre lo parezca».

Respiro hondo, sus palabras son un bálsamo para mi espíritu herido. «No dejaré que la historia se repita», juro en voz baja.

Pone su mano sobre la mía y el calor de su contacto me produce un sutil estremecimiento. No estás solo en esto, Darius».

Siento una gran emoción: gratitud, admiración, algo más profundo. «Gracias, Tessa.

Ella sonríe suavemente. «¿Para qué están los amigos?»

Seguimos trabajando, el ritmo tranquilo de la cocción proporciona una sensación de normalidad en medio del caos. Cuando dejamos los últimos panes para que suban, nos sentamos en una mesita cerca de la chimenea, con tazas de té de manzanilla calentándonos las manos.

«Quiero hablarte de Celeste», digo, mirando el fondo ámbar de mi té. «Era extraordinaria. Una sanadora con una visión muy parecida a la tuya, apasionada y decidida. Creíamos que podíamos unir nuestros mundos y forjar un camino de entendimiento entre los humanos y los seres mágicos». Hago una pausa, se me hace un nudo en la garganta al recordar su espíritu vibrante. «Su optimismo era contagioso y, durante un tiempo, me hizo sentir que todo era posible».

«¿Qué le pasó?» pregunta Tessa en voz baja.

Trago saliva, el recuerdo de aquel fatídico día sigue vivo después de tantos años. «La mataron durante una negociación que se volvió violenta. No pude salvarla, no llegué a tiempo. Su pérdida me persigue hasta el día de hoy».

Tessa cruza la mesa y sus cálidos dedos rozan los míos. El suave roce envía una chispa reconfortante a través de mi piel. «Lo siento mucho, Darius. Debió de ser muy doloroso. Perder a alguien que te importaba de una forma tan traumática...».

«Lo fue», admito, con la voz apenas por encima de un susurro mientras la vieja herida me

duele de nuevo. El peso de la culpa y el dolor se asienta una vez más sobre mis hombros. «Durante mucho tiempo, pensé que nunca me recuperaría. Pero estar aquí en Windhollow, contigo... me ha ayudado a sanar de formas que nunca esperé. Me has recordado que todavía hay algo bueno en este mundo por lo que merece la pena luchar».

Me aprieta ligeramente la mano, sus ojos están llenos de calidez y comprensión. «Me alegro», murmura Tessa. «Todo el mundo merece una oportunidad de curarse y encontrar la paz».

Nos sentamos en un cómodo silencio, con el crepitar de la chimenea llenando el espacio que nos separa. El peso de las revelaciones del día se hace más liviano en su presencia.

«¿Alguna vez piensas en lo que te deparará el futuro?», me pregunta en voz baja, con la mirada fija en las llamas de la chimenea.

«A menudo», respondo. «Aunque es incierto, sobre todo ahora con todo lo que está pasando en Windhollow».

«La incertidumbre no tiene por qué ser negativa», reflexiona ella, volviéndose hacia mí con una suave sonrisa. «También puede significar posibilidades o nuevos caminos que aún no hemos considerado».

La miro, con una sonrisa en la comisura de los labios. «Eres extraordinariamente optimista, Tessa. Incluso ante todo este caos».

Se ríe suavemente, el sonido calienta la habitación más de lo que podría hacerlo cualquier fuego. «Intento serlo. Es más fácil cuando tengo razones para tener esperanza, ¿sabes? Cuando hay cosas buenas en las que concentrarse».

«¿Razones como?» pregunto, con verdadera curiosidad por saber qué la anima en estos tiempos difíciles.

Me mira fijamente. «Como el progreso que hemos hecho, a pesar de todos los contratiempos. La gente que hemos reunido. Las diferencias que hemos salvado entre humanos y criaturas mágicas. Y...» Tessa hace una pausa y un leve rubor tiñe sus mejillas: «Conexiones inesperadas que nos dan fuerza cuando más la necesitamos».

Su confesión me transmite una calidez que me irradia desde el pecho hasta la punta de los dedos. Lo que empezó como un compromiso falso para guardar las apariencias se está volviendo más real cada día, convirtiéndose en algo que ninguno de los dos esperaba. Los límites entre el fingimiento y la emoción genuina se están difuminando, y me encuentro deseando que lleguen nuestros momentos juntos. Me pregunto si Tessa también lo siente: este cambio gradual, esta conexión creciente que parece desafiar nuestro acuerdo inicial. La idea me emociona y me aterroriza a la vez.

Baja la vista hacia su taza y cambia de tema antes de que tenga oportunidad de responder. «Se está haciendo tarde. Deberíamos descansar».

«Tienes razón», acepto, aunque una parte de mí desea prolongar el momento y disfrutar del calor de su compañía un poco más. La idea me sorprende y la aparto.

Mientras nos levantamos, me acompaña hasta la puerta, con pasos lentos y mesurados. No puedo evitar preguntarme si ella también se resiste a que termine la velada. «Cuídate, Darius», dice en voz baja, y sus ojos se cruzan con los míos.

«Tú también, Tessa», respondo, con un tono bajo y serio. «Y gracias por todo. Esta noche, la distracción, tu comprensión... significa más de lo que crees».

Vacila, un parpadeo de indecisión cruza su rostro. Luego, con un movimiento rápido y elegante, Tessa se pone de puntillas y me besa suavemente en la mejilla. Sus labios son suaves, cálidos, y desaparecen demasiado rápido, dejando una sensación de hormigueo a su paso.

«Buenas noches», susurra, y su aliento me roza la piel.

Sorprendido, pero complacido, sonrío. «Buenas noches.

Salgo al aire nocturno y siento una nueva determinación. Regreso a la posada, con las estrellas brillando en lo alto. Entro en mi habitación y empiezo a formular un plan para desenmascarar a Alaric y Magnus y proteger Windhollow y a su gente. Comienzo a escribir una carta al consejo, solicitando una reunión urgente. Hay que presentar pruebas y forjar alianzas. El tiempo es esencial.

Al sellar la carta, siento que una tranquila resolución se instala en mi interior. Las sombras pueden persistir, pero la luz de la verdad y la unidad arde con más fuerza.

TESSA



El sol se oculta en el horizonte, proyectando un resplandor dorado sobre Windhollow a medida que me acerco al archivo. Las calles empedradas bajo mis pies parecen brillar con la luz mortecina y las farolas encantadas parpadean. El mensaje de Elyndra era urgente pero críptico: He encontrado la profecía.

Apenas la recuerdo hablando de ella hace semanas. Dijo que el portador del Colgante de la Piedra del Corazón y un dragón metamorfo traerían la armonía a Windhollow. En aquel momento, era la menor de mis preocupaciones, pero ahora la idea me llena de emoción y aprensión.

Cuando me acerco a las grandes puertas de roble del archivo, crujen al abrirse, como si estuvieran anticipando mi llegada. Dentro, el olor a pergamino viejo y cera de vela inunda el aire. Estantes cargados de tomos polvorientos se extienden hacia el techo abovedado, y el suave resplandor de linternas encantadas proyecta sombras danzantes a lo largo de las paredes.

Elyndra está de pie junto a una mesa circular cubierta con un rico paño añil, con símbolos bordados en hilo de plata que brillan bajo la luz parpadeante. Su cabello cae en cascada sobre sus hombros en suaves ondas, enmarcando su rostro de porcelana. Sus ojos violetas, profundos e hipnotizadores, se cruzan con los míos con una serena intensidad que parece atravesarme hasta el alma.

«Tessa», me saluda cordialmente. «Me alegro de que hayas venido.

«Por supuesto», respondo, dando un paso adelante. «Dijiste que tenías algo importante que discutir».

Ella asiente, señalando la mesa. «Se ha presentado una oportunidad. He encontrado la profecía de la que habló el consejo y, con ella, un ritual. Es una forma no sólo de mejorar tus habilidades, sino de solidificar la conexión entre tú y el dragón metamorfo que traerá la armonía a Windhollow. Creo que el cambia dragones es Darius Flintwing».

Me da un vuelco el corazón al oír su nombre. «¿En qué consiste este ritual?»

«Es un antiguo ritual de vinculación», explica, desenrollando un pergamino adornado con intrincados diagramas y una escritura fluida. El pergamino cruje suavemente al extenderlo sobre la mesa. «Requiere que ambos participantes se enfrenten a sus miedos e inseguridades más profundos, desnudando la esencia de sus almas. Sólo entonces, cuando se hayan enfrentado a sus verdades más oscuras y las hayan aceptado, sus energías combinadas podrán alcanzar su máximo potencial. No es para los débiles de corazón, Tessa. Este ritual te pondrá a prueba de formas que nunca imaginaste».

Trazo los elegantes símbolos con las yemas de los dedos, maravillada por los intrincados remolinos y las delicadas líneas grabadas en el antiguo pergamino. «¿Es peligroso? pregunto con

una mezcla de inquietud y curiosidad.

«Cualquier ritual de esta magnitud conlleva riesgos», admite Elyndra. «Pero creo que vosotros dos estáis bien preparados para ello. Vuestra confianza mutua será vuestra mejor baza».

Respiro profundamente, el peso de la decisión se asienta sobre mí. «Lo haré», declaro, con la voz más firme de lo que siento por dentro.

Una voz familiar resuena detrás de mí, profunda y decidida. «Yo también lo haré».

Me doy la vuelta y allí, en el umbral, está Darius. Lleva el pelo oscuro despeinado, como si se lo hubiera pasado por los dedos, y sus ojos dorados reflejan una determinación que coincide con la mía. Su presencia llena la habitación, imponente pero reconfortante, una fuerza tranquilizadora que alivia los temblores de mis nervios. El tenue brillo de las escamas de sus antebrazos capta la luz, un recordatorio del poder que yace bajo su forma humana. Cuando nuestras miradas se cruzan, siento que me invade una oleada de fuerza.

«¿Estabas espiando? Me burlo suavemente, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. A pesar de la tensión que se respira en el ambiente, no puedo evitar sentir una pizca de calidez ante su oportuna aparición.

Sonríe levemente, y los destellos dorados de sus ojos captan la luz. «Llego en el momento oportuno», responde Darius, con una voz grave que desprende un deje de diversión.

La mirada de Elyndra se desplaza entre nosotros, sus ojos antiguos parecen mirar más allá de nuestro exterior y dentro de nuestras almas. «Entonces está decidido», declara. «El ritual debe realizarse esta noche, bajo la luna llena. Reuníos conmigo en la Arboleda de los Ancianos cuando estéis listos, y venid preparados para lo que os espera».

Con un asentimiento final, se aleja, su forma etérea parece desvanecerse en las sombras.

Darius se acerca, su poderosa presencia reconforta e intimida a la vez. Su expresión se suaviza, una rara vulnerabilidad parpadea en sus ojos ámbar. «¿Estás segura de esto, Tessa?», pregunta, con una voz llena de preocupación.

Le miro sin inmutarme, sacando fuerzas de la calidez que encuentro en él. «Sí», respondo con sinceridad. «Si eso significa que podemos proteger mejor Windhollow y a los que nos importan, merece la pena enfrentarse a cualquier desafío que se nos presente».

Extiende la mano y sus dedos rozan los míos en un gesto que me produce un escalofrío. El tenue brillo de las escamas de su piel capta la luz. «Juntos, entonces», dice Darius, sus palabras tienen el peso de una promesa.

«Juntos», repito, con un sutil calor floreciendo en mi interior. La palabra se siente bien en mis labios, una promesa de unidad frente a lo que sea que nos aguarde. Mientras estamos allí, conectados por ese simple contacto, no puedo evitar sentir que estamos en la cúspide de algo más grande que nosotros mismos.

Cuando cae el crepúsculo, vuelvo a The Honeyed Hearth para prepararme. Amelia se afana en la cocina y sus rizos se agitan al moverse.

«Esta noche te vas a algún sitio especial», observa, al ver mi actitud pensativa.

Asiento con la cabeza y preparo una pequeña mochila con todo lo necesario. «Elyndra me ha propuesto un ritual para fortalecer mi magia y mi vínculo con Darius. Es un asunto de profecías».

Sus ojos se abren con intriga. «Una profecía y un ritual, ¿eh? Suena íntimo».

Siento que el rubor sube a mis mejillas. «Es importante para el trabajo que estamos haciendo».

«Por supuesto», asiente, aunque un brillo juguetón permanece en sus ojos. «Pero ten cuidado.

«Lo tendré», le aseguro, dándole un rápido abrazo. «Gracias por todo.

Salgo al aire fresco de la noche y me dirijo hacia la Arboleda de los Ancianos. La luna llena

cuelga del cielo y su luz plateada proyecta sombras sobre el paisaje. El camino serpentea por el bosque de los Susurros, y los árboles susurran secretos cuando la brisa agita sus hojas.

Cuando llego, la Arboleda de los Ancianos me deja sin aliento. Robles centenarios rodean un claro donde la hierba brilla suavemente, iluminada por runas grabadas en la tierra. En el perímetro resplandecen guardas protectoras, un velo translúcido que zumba con energía.

Elyndra está de pie en el centro, con su túnica de hilos plateados ondeando suavemente a pesar de la quietud del aire. El suave resplandor de las runas a sus pies proyecta una luz de otro mundo sobre sus rasgos. Darius ya está allí, y su silueta se recorta imponente entre las brillantes vallas. Su mirada se eleva hacia la bóveda de estrellas. Cuando entro en el círculo, la hierba bajo mis pies parece palpitar. Ambas se giran para mirarme. La sonrisa de Elyndra es cálida y tranquilizadora, mientras que la expresión de Darius se suaviza casi imperceptiblemente ante mi llegada.

«¿Estás lista para empezar?» pregunta Elyndra.

«Sí», respondemos al unísono.

Nos guía para que nos coloquemos frente a frente, con los pies alineados dentro de círculos de runas entrelazados. «Tómense de las manos».

Extiendo mis manos hacia Darius. Sus palmas están calientes contra las mías, su agarre firme pero tierno. El contacto envía un pulso tranquilizador a través de mí.

Elyndra levanta los brazos con elegancia, sus dedos trazan intrincados patrones en el aire mientras empieza a cantar en un idioma que resuena en lo más profundo de mi alma. Las palabras melódicas, antiguas y poderosas, vibran en la tierra bajo nuestros pies. Las runas que nos rodean se encienden una a una y su brillo se intensifica hasta que todo el claro queda bañado por una luz suave y palpitante. Una suave brisa se arremolina a nuestro alrededor, transportando el embriagador aroma del jazmín y el cedro, que se mezcla con el aroma terroso del bosque.

«Cerrad los ojos», nos dice, y su voz llena todo el espacio. «Abrid vuestros corazones y mentes a las energías que unen a todos los seres vivos. Dejad que caigan las barreras que os separan».

Obedezco sin vacilar e inspiro una bocanada de aire que me llena de la esencia de la noche. Al exhalar, el mundo que me rodea comienza a desvanecerse, los sonidos del bosque se hacen cada vez más distantes. En su lugar aparece una sensación de ingravidez, como si flotara en un vasto vacío estrellado. Mi conciencia va a la deriva, desligada de mi forma física, pero sigo anclada a la cálida y estable conexión con Darius.

De repente, estoy dentro del Hogar de Miel. Pero algo va mal. El aire está cargado de silencio, la calidez y las risas han sido sustituidas por una inquietante quietud. Las estanterías están vacías y el hogar frío.

«¿Hola? Mi voz resuena, débil e insegura.

Las sombras se acumulan en los bordes de la habitación y se unen en formas indistintas que parecen retorcerse y palpitar con una energía malévola. Las burlas susurradas llenan el aire, sus voces forman un coro escalofriante que me produce escalofríos.

«Creyó que podía marcar la diferencia», sisea una de ellas, sus palabras destilan burla. «Qué sueños tan tontos».

«Indigna del legado de su familia», se burla otra, y la acusación me llega al corazón. «Una pálida imitación de la grandeza».

«Sola y olvidada», se burla una tercera voz, sus palabras resuenan en el vacío que me rodea. «Nadie vendrá a buscarte ahora».

Las voces se hacen más fuertes, sus risas crueles resuenan en las paredes y se ciernen sobre

mí como un manto sofocante de desesperación.

Cada palabra me atraviesa. Giro en círculos en busca de una salida, pero las sombras me acorralan. «Para», suplico con voz temblorosa. «Esto no es real».

«¿No lo es?», sisean, sus palabras venenosas se deslizan por la oscuridad. «Les fallarás a todos, igual que te has fallado a ti misma. La panadería se derrumbará y Windhollow olvidará que alguna vez exististe».

Las lágrimas se me clavan en los ojos, difuminando las sombras que me invaden. El miedo a la incapacidad me atenaza, un peso implacable que amenaza con aplastar mi espíritu bajo su sofocante presencia. Siento cómo el legado de mi abuela se escurre entre mis dedos como arena, cada grano un recordatorio de mis defectos.

Entonces, entre la cacofonía de susurros crueles y risas burlonas, siento un cosquilleo de calor familiar en la punta de los dedos. Comienza como una suave chispa, que crece hacia fuera de forma constante hasta que empuja contra la opresiva penumbra. La voz de Darius se extiende, fuerte e inquebrantable, un salvavidas en el tumultuoso mar de mis dudas.

«Tessa, escúchame», me llama, y sus palabras atraviesan la bruma de la desesperación. «No estás sola. Ni ahora ni nunca».

Me aferro a sus palabras, un salvavidas en la oscuridad. «Darius, ¿dónde estás?»

«Aquí mismo», me asegura. «Alcánzame».

Haciendo acopio de todo mi coraje, retrocedo contra las sombras y extiendo mi mano temblorosa hacia el vacío. Nuestros dedos se tocan y una oleada de luz brillante surge entre nosotros, desterrando la opresiva oscuridad en un deslumbrante estallido de calor y energía.

Permanecemos juntos en una vasta extensión llena de estrellas, con los restos de nuestra luz compartida danzando a nuestro alrededor como luciérnagas. Sus ojos se cruzan con los míos, llenos de una profunda emoción que me deja sin aliento. El telón de fondo cósmico empieza a palpitar con posibilidades y, por un momento, me siento invencible.

«Eres más que tus miedos», me dice. «Tu fuerza no destruye, protege. Y mereces toda la alegría y el éxito que traes a los demás».

Una onda de energía sale de nosotros y la luz se intensifica. Las visiones se arremolinan a nuestro alrededor: recuerdos de risas, momentos compartidos y personas cuyas vidas hemos tocado.

Las sombras intentan invadirnos una vez más, extendiendo sus zarcillos como dedos que agarran, pero nuestra luz combinada las mantiene a raya. La voz de Elyndra resuena suavemente, reverberando en la extensión cósmica que nos rodea. «Abrazad el vínculo que compartís», nos insta. «Dejad que os guíe a través de la oscuridad hacia la luz».

Cerramos los ojos, nuestra respiración se sincroniza mientras nos concentramos en la conexión que nos une. Es algo tangible, palpitante de vida y posibilidades. El Colgante de Piedra del Corazón contra mi pecho se calienta, su calor se extiende por mi cuerpo al resonar con la energía que fluye a través de nosotros. Siento una fusión de nuestras esencias, una armonía que trasciende las palabras e incluso el pensamiento. Es como si nuestras almas se entrelazaran, creando algo más grande que la suma de sus partes.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, estamos de nuevo en la arboleda. Las runas se desvanecen en un suave resplandor y el aire está en calma. La luna lo cubre todo con un brillo plateado y las estrellas parecen brillar más que antes.

Elyndra sonríe suavemente. «El ritual ha concluido. Os habéis enfrentado a vuestras sombras interiores y habéis salido fortalecidos».

«Gracias», suspiro, con la gratitud brotando en mi interior. No puedo evitar preguntarme qué

vio Darius entre las sombras, qué le atormentaba. ¿Fue Celeste?

Elyndra inclina la cabeza y su cabello plateado refleja la luz de la luna. «Puede que el camino que tenéis por delante siga plagado de desafíos, pero juntos sois formidables. Confiad la una en la otra, porque vuestra unión se ha puesto a prueba y se ha fortalecido esta noche».

Con una última mirada entre nosotros, se marcha en un susurro de seda y luz de estrellas, dejándonos a Darius y a mí solos bajo el dosel de árboles centenarios. El aire se siente cargado, vivo con la posibilidad y los ecos persistentes de la magia.

Se vuelve hacia mí, su expresión contemplativa, sus ojos ámbar escrutando los míos. «Ha sido profundo», murmura Darius, pasándose una mano por el pelo oscuro. «Nunca había experimentado nada igual». Su voz es grave y casi reverente.

«En efecto», coincido, una suave brisa agita las hojas sobre nosotros. «No me había dado cuenta de cuánto me frenaban mis miedos».

Darius se acerca, la distancia entre nosotros disminuye hasta que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. «Siempre has sido fuerte, Tessa. Pero ahora, quizá tú también puedas verlo. Ha estado ahí todo el tiempo, esperando a que la abrazaras».

Sonrío suavemente, con el corazón henchido de gratitud y nueva confianza. «¿Y tú? ¿Has encontrado la paz?

Asiente con la cabeza, con una mirada sincera y vulnerable que pocas veces había visto antes. «Enfrentarme a esos recuerdos fue doloroso pero necesario. Me siento más ligera, como si me hubiera quitado un peso de encima que llevaba demasiado tiempo. Es extraño, pero estoy agradecida por esta experiencia».

Un silencio confortable se instala entre nosotros. A medida que el crepúsculo se hace más profundo, las luciérnagas emergen de las sombras, sus delicadas luces tejen intrincados patrones en el aire.

«Así que nuestros destinos están entrelazados», murmura con un deje de asombro en la voz. «Y yo que pensaba que fingíamos un compromiso para guardar las apariencias».

Le miro a los ojos y descubro una chispa de humor bailando en sus profundidades ambarinas. «No me gustaría que fuera de otra forma», respondo, con voz suave pero llena de convicción.

Darius extiende la mano, sus movimientos lentos y deliberados mientras me aparta un mechón de pelo de la cara. Su tacto permanece, cálido contra mi piel, provocándome un sutil estremecimiento que no puedo ignorar.

«Tessa», empieza titubeando, su habitual confianza vacila por un momento. Respira hondo, como si se armara de valor. «Hay algo que quería decirte. Algo importante».

El corazón se me acelera con una mezcla de expectación y energía nerviosa. Me inclino ligeramente, atraída por la intensidad de su mirada. «¿Qué es, Darius?»

«Me has demostrado que la esperanza no está perdida, que podemos construir puentes donde antes había muros», dice Darius con voz grave y sincera. Sus ojos buscan los míos, llenos de una intensidad que nunca había visto antes. «Te has vuelto increíblemente importante para mí, Tessa. Más de lo que jamás creí posible».

La emoción se apodera de mí, un calor que se extiende desde el pecho hasta la punta de los dedos. Se me corta la respiración al darme cuenta de la profundidad de lo que está diciendo. «Tú también significas mucho para mí, Darius», admito. «Más de lo que esperaba.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro, transformando sus rasgos habitualmente severos en algo más suave. «Quizá ambos estemos gratamente sorprendidos por cómo han salido las cosas», reflexiona, con un deje de asombro en el tono.

Me río suavemente y el sonido se mezcla con el canto de los grillos a lo lejos. «Tal vez»,

coincido, sintiendo una ligereza que hacía años que no experimentaba. «Parece que la vida aún guarda algunas sorpresas en la manga».

Me coge suavemente las manos entre las suyas. La piel de Darius es cálida, casi febril, un recordatorio del dragón que vive dentro de él. «Sean cuales sean los retos que se nos presenten, sean cuales sean los obstáculos a los que nos enfrentemos», dice, sin apartar su mirada de la mía, »quiero afrontarlos contigo, Tessa. Juntos. No como falsos prometidos o socios, sino como pareja».

«Entonces eso es exactamente lo que haremos», respondo, con la convicción templando mi voz. Aprieto sus manos, sintiendo la fuerza en ellas y en nosotros. «Tú y yo, Darius».

Se inclina hacia mí, sus ojos ámbar parpadean con una mezcla de incertidumbre y deseo y, por un momento, el tiempo parece suspenderse. El mundo se reduce a nosotros dos, el aire entre nosotros cargado de posibilidades tácitas. El suave zumbido de la arboleda se desvanece, dejando sólo el sonido de nuestras respiraciones aceleradas.

Pero en lugar de retirarme como habría hecho antes, me siento atraída por él como una polilla por una llama. Acorto la distancia y nuestros labios se encuentran en un tierno beso que hace que el mundo deje de girar. Al principio es una conexión suave y tentativa, una exploración suave de un territorio nuevo. Pero cuando el shock inicial desaparece, el beso se vuelve más profundo, más urgente y apasionado, y ambos reconocemos los sentimientos que hemos mantenido a raya durante demasiado tiempo. Sus manos se posan en la parte baja de mi espalda y me acercan como si quisieran fundir nuestros cuerpos en uno solo. En respuesta, le rodeo el cuello con los brazos, atrayéndolo aún más. Nuestras respiraciones se mezclan en el aire cargado de la arboleda y, durante unos instantes, lo único que existe somos nosotros.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento y sonrojados, sus ojos buscan los míos con incertidumbre. «¿Estuvo bien?» pregunta Darius suavemente, con la voz ronca por la emoción.

Sonrío, el calor inunda mis mejillas y se extiende por todo mi cuerpo. «Más que bien», susurro, mientras mis dedos recorren distraídamente el cuello de su camisa. «Ha sido perfecto».

Se ríe, con un alivio evidente en la forma en que sus hombros se relajan y las esquinas de sus ojos se arrugan. «Bien», murmura, acercándose a mí para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Su contacto me recorre la espalda con un escalofrío. «Hacía tiempo que quería hacer eso».

Nos quedamos ahí, abrazados, mientras la luna nos observa hasta que nos damos cuenta de que debemos volver al pueblo. Volvemos a través del bosque, con el camino iluminado por la luz de la luna y el resplandor ocasional de las flores nocturnas que se abren a la noche.

Cuando llegamos a las afueras del pueblo, Darius se detiene. «¿Puedo acompañarte a casa?»

«Me gustaría», respondo.

Las calles de Windhollow están tranquilas, las casas oscuras salvo por el ocasional resplandor cálido de una chimenea. El aroma de la onagra flota en el aire y una sensación de tranquilidad se apodera del pueblo.

Cuando llegamos al Hogar de Miel, nos quedamos en la puerta, ninguno de los dos preparado para darnos las buenas noches.

«Gracias por esta noche», digo en voz baja. «Ha sido mágica».

Los ojos de Darius se suavizan al mirarme. Me lleva la mano a los labios y me besa suavemente los nudillos. «Duerme bien, Tessa», murmura, con su aliento cálido sobre mi piel.

«Tú también, Darius», respondo, con el corazón palpitante.

Cuando se da la vuelta para marcharse, lo miro y sigo su alta figura con la mirada hasta que desaparece entre las sombras de la tranquila calle. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mis

labios y me quedo un momento más, saboreando el recuerdo de nuestra velada juntos, antes de entrar por fin. Para mi sorpresa, encuentro a Amelia esperándome en la cocina, con una sonrisa de complicidad dibujándose en su rostro al ver mi expresión soñadora.

«¿Llegas tarde?», pregunta inocentemente.

Pongo los ojos en blanco, sin poder evitar sonreír. «Una noche importante. Más de lo que esperaba, la verdad».

Chilla suavemente y aplaude encantada. «Lo sabía. Lo supe desde el momento en que entraste. ¿Vas a contármelo todo? ¿Hasta el último detalle?

Me río, negando con la cabeza ante su entusiasmo. «Tal vez durante el desayuno. Estoy demasiado cansada para hacer justicia a la velada».

«Trato hecho», acepta Amelia con entusiasmo, prácticamente saltando sobre las puntas de los pies. «Pero espero todos los detalles jugosos. No te atrevas a dejar nada fuera».

«Eres incorregible», me burlo cariñosamente, dándole un abrazo. «¿Qué haría yo sin tu insaciable curiosidad?».

Amelia sonríe. «Llevarías una vida mucho menos interesante, eso seguro».

«Buenas noches, Amelia», digo, ahogando un bostezo. «Intenta no quedarte despierta toda la noche imaginando lo que ha pasado».

«Buenas noches, Tessa. Dulces sueños», responde con un guiño. «Seguro que lo serán después de esta noche».

Mientras subo las escaleras hacia mi habitación, siento que me invade una profunda sensación de paz. Los acontecimientos de la noche no sólo han consolidado mi vínculo con Darius, sino también mi determinación para afrontar lo que venga.

Me pongo el camisón, me deslizo bajo las frescas sábanas y dejo el colgante en la mesilla de noche. Cierro los ojos y caigo en un sueño reparador por primera vez en semanas.

DARIUS



El recuerdo del ritual de la noche anterior con Tessa perdura: nuestro vínculo se ha fortalecido de un modo que no había imaginado posible. Sin embargo, ni siquiera la calidez de esa conexión puede disipar la sombra que ha comenzado a cernirse sobre el pueblo.

Cuando entro en las afueras de Windhollow, las imágenes y los sonidos familiares me saludan: mercaderes montando sus puestos en el mercado, niños riendo mientras se persiguen por las calles empedradas, el lejano tañido de la campana de la torre del reloj del ayuntamiento. Pero bajo la superficie de la vida cotidiana, hay un trasfondo de inquietud, una tensión intangible que me eriza el vello de la nuca.

Me dirijo directamente a la posada del Sauce Susurrante, donde he quedado con alguien más en relación con Alaric y Magnus. La posada del Sauce Susurrante es un establecimiento modesto, con sus vigas de madera oscurecidas por el paso del tiempo, pero bien mantenido. El aroma a sidra especiada y ron flota en el aire. Dentro, la sala común está tranquila a estas horas, salvo por unos pocos clientes que beben sus brebajes matutinos.

En un rincón apartado, veo a Elara, una semielfa de ojos penetrantes e ingenio aún más agudo. Está sentada de espaldas a la pared, tomando una taza de té de hierbas. Cuando me acerco, levanta la mirada y la evalúa antes de que un atisbo de reconocimiento suavice sus facciones.

«Darius», me saluda, con un murmullo apenas audible por encima del suave tintineo de las tazas y la charla de los otros clientes de la posada. Con un sutil movimiento de muñeca, me señala el asiento de enfrente. «No estaba segura de que llegaras tan pronto. La niebla era espesa como una sopa de guisantes cuando llegué».

Tomo asiento y la vieja silla cruje bajo mi peso. Al inclinarme, percibo el aroma de la tisana: manzanilla y algo más picante, quizá jengibre. Respondo en voz baja: «Dijiste que era urgente. No me tomo esos mensajes a la ligera, sobre todo si vienen de ti, Elara».

Ella asiente con gravedad, sus ojos recorren la habitación antes de bajar aún más la voz. La preocupación grabada en su rostro hace que se me revuelva el estómago. «Han llegado noticias de las fronteras del norte, traídas por vientos que hablan de problemas. Magnus ha sido avistado, moviéndose al amparo de la oscuridad».

Un escalofrío me recorre la espalda al oír su nombre, y siento que el dragón que llevo dentro se agita inquieto. Mis dedos se tensan alrededor del borde de la mesa y tengo que relajarlos conscientemente para no dejar marcas de quemaduras. «¿Magnus? ¿Estás segura?»

«Totalmente», afirma. «Varias fuentes fiables lo confirman. Está reuniendo fuerzas, criaturas oscuras que prosperan en las sombras. Lo que sea que esté planeando, es importante».

Mi mente se acelera. Magnus no es un hechicero cualquiera; es uno de los más formidables

practicantes de magia oscura conocidos en estos reinos. Su participación lo complica todo. «Esto no puede ser una coincidencia», pienso en voz alta. «No con el Festival de la Armonía Lunar acercándose».

Elara levanta una ceja. «¿Crees que está relacionado?».

«Sí», respondo, las piezas del rompecabezas empiezan a encajar. «Tengo razones para creer que Alaric está trabajando con Magnus, y tal vez incluso con Seraphina. Son peligrosos por separado; no puedo imaginar lo poderosos que serían unidos. Un contacto de confianza mío -uno con conexiones en los rincones más oscuros de nuestro mundo- me dice que pretenden realizar un ritual durante el festival. No es un hechizo cualquiera. Este podría desviar la energía mágica de Windhollow, drenando la sangre vital de nuestra ciudad y sus habitantes».

Sus ojos se abren de par en par, un destello de miedo pasa a través de ellos antes de que la determinación se instale. «Si lo consiguen, el equilibrio mágico de la región podría verse alterado durante generaciones. Las consecuencias serían catastróficas, no sólo para Windhollow, sino para toda la comunidad mágica».

«Exacto», confirmo, con voz sombría. «No podemos permitirlo. El tejido mismo de nuestro mundo depende de mantener ese delicado equilibrio».

Elara me estudia durante un largo momento, con la mirada escrutadora, como si tratara de calibrar mi determinación. Finalmente, asiente con decisión, con la mandíbula firme. «¿Qué necesitas? Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para proteger nuestro hogar».

«Cualquier información que puedas reunir sobre sus movimientos sería inestimable», respondo, inclinándome más hacia ella. «Tenemos que ir un paso por delante de ellos en todo momento. Mantén los oídos abiertos y los ojos bien abiertos. Hasta el más mínimo detalle podría ser la clave para desentrañar sus planes».

«Veré lo que puedo hacer», promete ella, terminando su té. «Pero ten cuidado, Darius. Estás pisando aguas peligrosas».

«Siempre lo soy», respondo con una leve sonrisa.

Abandono la acogedora calidez de la posada y salgo a las bulliciosas calles de Windhollow. La ciudad bulle de actividad mientras me dirijo hacia el imponente Ayuntamiento, cuya fachada de piedra se vislumbra a lo lejos. Mire donde mire, los ciudadanos se preparan con impaciencia para el próximo festival.

Coloridos estandartes en vibrantes tonos carmesí, esmeralda y zafiro ondean desde las ventanas y a través de los callejones, transformando los pintorescos edificios en un caleidoscopio de alegría. El tentador aroma de los pasteles sale de las panaderías cercanas, mezclándose con el fresco aire otoñal y recordándome a Tessa.

En el corazón de Windhollow se alza la Sala del Consejo, una imponente estructura de piedra y madera. Dentro, la gran sala resuena con los murmullos de los ancianos reunidos. Cuando entro, las conversaciones se acallan y todas las miradas se vuelven hacia mí. El anciano Rowan se sienta en el centro de la mesa semicircular; su cabello plateado y sus ojos sabios le dan un aire de tranquila autoridad.

«Darius Flintwing», reconoce. «¿Qué te trae hoy ante el consejo? No es frecuente verte en estas cámaras».

Respirando hondo para tranquilizarme, doy un paso al frente. «Estimados ancianos de Windhollow, vengo con graves noticias. Una amenaza se cierne sobre nuestra ciudad, una que requiere una acción inmediata y toda la atención de este consejo».

La anciana Marisol, una mujer conocida por su mente aguda y su escepticismo aún más agudo, entrecierra los ojos y las arrugas que los rodean se hacen más profundas. «¿De qué clase

de amenaza habla, señor Flintwing? Hemos capeado muchas tormentas en nuestro tiempo».

«Temo que esto no se parezca a nada a lo que nos hayamos enfrentado antes», explico. «Seraphina, de quien sospechamos desde hace tiempo que alberga malas intenciones, está potencialmente aliada con Magnus y Alaric. Planean llevar a cabo un peligroso ritual durante el próximo Festival de la Armonía Lunar». Hago una pausa para asimilar la gravedad de la situación. «Su objetivo, como he descubierto, es desviar la energía mágica de la ciudad, alterando el delicado equilibrio que tanto nos ha costado mantener y otorgándose un inmenso poder sin control».

Un murmullo recorre el consejo. La expresión del Anciano Rowan se vuelve seria. «Estas son acusaciones serias. ¿Tienes pruebas que apoyen esta afirmación?»

Saco un pergamino de mi mochila y lo dejo sobre la mesa. «He reunido informes de fuentes fiables: avistamientos de Magnus cerca de las fronteras septentrionales, reuniones inusuales en el Bosque de los Susurros y restos de rituales de magia oscura. Además, su interés por el festival es demasiado casual como para ignorarlo». Doy las gracias en voz baja a todos los que me han ayudado: Elara, Milo, Rylan y los demás.

La anciana Marisol intercambia una mirada con el anciano Thorne. «¿Cómo sabemos que esto no es una estratagema para incitar al miedo?».

La miro fijamente. «Con el debido respeto, Anciana Marisol, ignorar esta amenaza podría tener consecuencias catastróficas. Le insto a que considere la seguridad de Windhollow por encima de todo».

El Anciano Rowan levanta una mano para acallar los murmullos que han empezado a extenderse por la sala. Su rostro curtido muestra preocupación mientras habla. «Aceptemos o no plenamente sus afirmaciones, señor Flintwing, el riesgo potencial es demasiado grande para descartarlo de plano. Debemos tomar precauciones para garantizar la seguridad de nuestro pueblo y de los visitantes».

Me invade una sensación de alivio que afloja el nudo de tensión de mi pecho. Respiro hondo antes de responder, con voz más firme. «Gracias, Anciano Rowan. Agradezco su disposición a considerar la gravedad de la situación. Con su permiso, me gustaría coordinar los esfuerzos para salvaguardar la ciudad durante el festival. Tengo algunas ideas que podrían ayudar a reforzar nuestras defensas».

«Muy bien», acepta tras pensárselo un momento, mientras observa los rostros de los demás miembros del consejo. «Pero trabajarás junto con los guardianes designados por el consejo. Debemos presentar un frente unido tanto a nuestros ciudadanos como a cualquier amenaza potencial. No es una tarea para emprender en solitario».

«Entendido», asiento. «Haré todo lo que esté en mi mano para garantizar la protección de Windhollow».

Al salir de la sala del consejo, siento que me quito un peso de encima. Es un paso adelante, pero aún queda mucho por hacer. Necesito aliados, gente que comprenda la gravedad de la situación y esté dispuesta a actuar.

Mis pensamientos se dirigen a Thane. Nuestra última interacción no fue bien. Hemos tenido bastantes desacuerdos a lo largo de los años, pero sé que en el fondo se preocupa por nuestro pueblo con tanta pasión como yo. Si hay alguien que puede ayudar a conseguir apoyo para nuestra causa y navegar por la compleja política de nuestra comunidad, ese es él. Su influencia y su respetada posición le convierten en un aliado inestimable en tiempos como estos.

Lo encuentro en los campos de entrenamiento en las afueras de Windhollow. Está supervisando a un grupo de jóvenes metamorfos dragón mientras perfeccionan sus habilidades de

combate, sus agudos ojos no pasan nada por alto mientras practican sus formas. Su expresión severa se suaviza ligeramente cuando nota que me acerco. Un destello de curiosidad recorre su rostro, rápidamente enmascarado por su habitual actitud estoica.

«Darius», me saluda secamente, con una voz entre cautelosa y respetuosa. «¿A qué se debe esta inesperada visita?»

«Tenemos que hablar», le digo, manteniendo mi tono serio y dejando que una pizca de urgencia se cuele en mi voz. «Es importante.

Me estudia un momento y asiente con decisión. Thane despide a los aprendices con unas órdenes tajantes, indicándoles que descansen y se hidraten. Los jóvenes cambiaformas se dispersan, algunos nos lanzan miradas curiosas mientras se retiran. Una vez fuera de su alcance, Thane se vuelve hacia mí y cruza los musculosos brazos sobre el pecho. Su postura es cautelosa, pero puedo ver un brillo de preocupación en sus ojos. «Muy bien, viejo amigo. Te escucho. ¿Qué te tiene tan preocupado?».

Respiro hondo. «Seraphina se ha aliado con Magnus y Alaric. Están planeando un ritual durante el Festival de la Armonía Lunar para desviar la magia de Windhollow».

Sus ojos se entrecierran. «Esa es una acusación seria».

«No te lo diría si no fuera cierto», respondo, con voz baja y urgente. «Tenemos que unirnos - dejar a un lado nuestros desacuerdos del pasado- por el bien de todos en Windhollow. Hay demasiado en juego como para dejar que las viejas heridas se enconen».

Aparta la mirada, con una tensión evidente en su postura. Aprieta la mandíbula y puedo ver la lucha interna que se desarrolla en su rostro. «Siempre has tenido un don para lo dramático, Darius. ¿Cómo puedo estar seguro de que esta no es otra de tus teorías descabelladas?»

«Thane, esto es serio», insisto. El aroma a pino y tierra lo envuelve, trayendo un torrente de recuerdos de nuestra juventud que rápidamente hago a un lado. «Nuestro pueblo, nuestro hogar, están en peligro. La magia que sustenta Windhollow y nos mantiene a salvo está en peligro. No puedo hacer esto sin ti. Tu fuerza e influencia con la manada de dragones es lo que necesitamos si queremos tener alguna esperanza de detener esto.»

Thane exhala lentamente, la dureza de su mirada se suaviza sólo una fracción. «¿Por qué debería confiar en ti después de nuestro último encuentro?»

«Porque a pesar de nuestras diferencias, siempre hemos querido lo mismo: proteger a los nuestros», digo con seriedad. «No te lo pido como rival, sino como alguien que se preocupa por Windhollow tanto como tú».

Pasa un largo momento, la tensión es tan densa como para cortarla con un cuchillo. Finalmente, Thane asiente, aunque a regañadientes, con la mandíbula apretada mientras toma una decisión. «Por el bien de nuestro pueblo, te apoyaré. Pero esto no significa que haya olvidado el pasado o perdonado lo que pasó entre nosotros».

«No esperaba que lo hicieras», reconozco, con una mezcla de alivio y aprensión invadiéndome. «Pero quizá esto pueda ser un nuevo comienzo para los dos, una oportunidad de dejar a un lado nuestras diferencias y trabajar por un objetivo común».

Gruñe sin comprometerse, con los ojos todavía cautelosos cuando se cruzan con los míos. «¿Qué necesitas exactamente que haga? No voy a seguirte ciegamente».

«Entiendo», digo, respirando hondo antes de continuar. «Ayúdame a reunir a los metamorfos dragón. Necesitaremos su fuerza y sus habilidades únicas si queremos tener alguna esperanza de contrarrestar lo que sea que Alaric, Magnus y Seraphina estén planeando. Esto podría marcar la diferencia».

«Considéralo hecho», está de acuerdo.

Con Thane a bordo, las piezas comienzan a encajar. Durante los siguientes días, me coordino incansablemente con el consejo, quemándome las pestañas para planear estrategias. Me pongo en contacto con varias comunidades mágicas dispersas por el reino: los enigmáticos elfos del Bosque de los Susurros, con su sabiduría ancestral, los enanos del clan Martillo de Piedra, famosos por su destreza en la batalla, e incluso los hados, notoriamente reclusos, que rara vez se involucran en asuntos mortales.

Cada grupo aporta su propio conjunto de habilidades, conocimientos y capacidades mágicas, creando un tapiz de talentos diversos. Los elfos ofrecen su dominio de la magia de la naturaleza y su incomparable habilidad con el arco, mientras que los enanos prometen armas legendarias y tácticas defensivas impenetrables. Los hados, aunque vacilantes al principio, acceden a prestar su magia ilusoria y su capacidad para manipular la propia realidad.

La urgencia de la amenaza inminente fomenta un nivel de colaboración sin precedentes entre estas comunidades tradicionalmente aisladas. Se dejan de lado antiguas rivalidades y los prejuicios arraigados empiezan a desmoronarse ante un enemigo común. Al ver cómo se unen estos grupos tan diversos, no puedo evitar sentir un atisbo de esperanza: tal vez esta alianza pueda ser la clave no sólo para derrotar a nuestros enemigos inmediatos, sino también para inaugurar una nueva era de unidad en nuestro mundo mágico.

Por las tardes, me reúno con Tessa en The Honeyed Hearth. La panadería se ha convertido en un centro de actividad, que sirve tanto de lugar de reunión como de santuario para los que participan en nuestros esfuerzos. El aroma de los productos recién horneados se mezcla con el de las infusiones, creando una atmósfera reconfortante en medio de la tensión.

Una noche, cuando se acerca el festival, Tessa y yo nos sentamos en una mesa esquinera, con los mapas y las notas desplegados ante nosotras. La luz de las velas proyecta un cálido resplandor sobre sus rasgos, sus ojos reflejan determinación.

«Has conseguido proteger las zonas clave», señala, trazando una línea en el mapa con su delgado dedo. «Pero me preocupa la plaza central durante el festival. Es el punto más vulnerable».

«Estoy de acuerdo», respondo, inclinándome para examinar el plano más de cerca. La luz de las velas parpadea, proyectando sombras sobre el pergamino. «Deberíamos situar allí a nuestros defensores más fuertes, quizá en turnos rotatorios para garantizar una vigilancia constante».

Tessa asiente, dándose golpecitos en la barbilla, pensativa. «Amelia se ha ofrecido voluntaria para coordinar a los sanadores, lo que debería ayudar si las cosas se tuercen. Y Elyndra cree que puede contrarrestar parte de la magia oscura con sus propios hechizos. Su experiencia en encantamientos protectores podría ser inestimable».

Frunzo el ceño, considerando las implicaciones. «Son buenas noticias, pero tendremos que tener cuidado. Usar demasiada magia podría llamar la atención». Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, el peso de la responsabilidad se desvanece, sustituido por la calidez de nuestra conexión. «¿Cómo lo llevas?» Pregunto suavemente.

Tessa esboza una pequeña sonrisa. «Mejor, sabiendo que nos enfrentamos a esto juntos. ¿Y tú?

«Sinceramente, siento un renovado sentido de propósito», admito. «Por primera vez en mucho tiempo, creo que la unidad es posible».

Cruza la mesa y su mano cubre la mía. «Lo haremos posible».

Los días pasan borrosos mientras ultimamos los preparativos. Se celebran sesiones de entrenamiento, se perfeccionan estrategias y se forjan lazos entre grupos que antes se mantenían aislados. Hay un cambio palpable en el aire: la determinación colectiva de proteger lo que

apreciamos.

En la víspera del festival, me encuentro en lo alto de una colina que domina Windhollow, con la respiración entrecortada por el espectáculo que tengo ante mí. La ciudad está resplandeciente con un tapiz de farolillos titilantes y decoraciones vibrantes, cuya cálida luz contrasta con la oscuridad que se avecina. La luna, un orbe luminoso de belleza celestial, comienza a salir por el cielo cubierto de tinta y proyecta su luz plateada sobre el paisaje. El efecto es impresionante, transformando las calles y edificios familiares en algo casi de otro mundo.

Tessa se une a mí, sus pasos silenciosos apenas se oyen sobre la suave hierba. Su presencia es un bálsamo tranquilizador para mis atribulados pensamientos. «Es precioso», comenta en voz baja, con una voz llena de asombro y una pizca de nostalgia.

«Sí», asiento, con la mirada fija en el horizonte, donde se desvanecen los últimos vestigios de luz diurna. Una mezcla de emociones se arremolina en mi interior: asombro ante la belleza que tenemos ante nosotros, orgullo por nuestra ciudad y un trasfondo de aprensión por lo que está por venir. «Cuesta creer que bajo toda esta belleza se esté gestando una tormenta. Parece casi engañoso».

Se acerca y desliza su cálida mano sobre la mía. El simple gesto lo dice todo. «La capearemos», me asegura Tessa, con voz firme y decidida.

Me vuelvo hacia ella, con la gratitud hinchándose en mi pecho, calentándome por dentro y por fuera. «No podría pedir una compañera mejor», digo en voz baja, sintiendo cada palabra. La forma en que permanece a mi lado, inquebrantable ante la adversidad, me llena de una sensación de asombro que no puedo explicar.

Ella sonríe, con un toque de picardía bailando en sus ojos mientras aligera el ambiente. «La adulación te llevará a todas partes, Darius», bromea Tessa, con su voz juguetona. Es en momentos como este, cuando su ingenio brilla, cuando recuerdo por qué me sentí atraído por ella en primer lugar.

Me río, el sonido retumba en lo más profundo de mi pecho y alivia parte de la tensión que me invade. «Tomo nota», respondo, igualando su tono juguetón. Las bromas entre nosotros parecen una pequeña victoria, un momento de normalidad en medio de nuestra caótica situación.

Mientras descendemos por la sinuosa colina que nos devuelve al corazón de Windhollow, se acerca una figura conocida: Elyndra, con expresión grave y pasos decididos. «He recibido noticias», dice sin preámbulos. «Magnus y Seraphina están en marcha. Atacarán durante el clímax del festival, cuando la ciudad sea más vulnerable».

«¿Y Alaric?» Pregunto, frunciendo el ceño al considerar las implicaciones. La ausencia del tercer jugador en este peligroso juego podría significar cualquier cosa, y no me gustan las incógnitas.

Elyndra se encoge de hombros, un destello de frustración cruza su rostro. «Sólo sé lo de Magnus y Seraphina. El paradero y las intenciones de Alaric siguen siendo un misterio».

«Entonces tenemos que estar preparados para cualquier cosa», respondo, con la mandíbula firme y decidida, mientras intercambio una mirada significativa con Tessa. Sus ojos reflejan mi determinación, y siento una oleada de confianza al saber que está a mi lado.

Elyndra asiente y nos recorre con la mirada. «Todo está en su sitio, como habíamos acordado. Los guardianes están preparados y nuestros aliados en alerta. Que el destino esté de nuestro lado».

Esa noche, el sueño se me escapa de las manos como volutas de humo. Permanezco despierto en la oscuridad, con la mente convertida en un torbellino de pensamientos y posibilidades. El suave susurro del viento fuera de mi ventana hace poco por calmar mi acelerado corazón. Pienso

en Tessa, en su fuerza inquebrantable, en su espíritu indomable, y eso refuerza mi propia determinación. Su determinación ante la adversidad me sirve de faro, guiándome a través del tumultuoso mar de mis propias dudas. A medida que pasan las horas, me reconforta recordar su cálida sonrisa y su tranquila confianza.

Al amanecer, me levanto para recibir el día, con el cielo pintado de tonos rosas y dorados. El festival comienza en serio, las calles se llenan de música, risas y aromas de comidas exóticas. La alegría es contagiosa, pero hay un trasfondo de expectación.

Mientras me muevo entre la multitud, saludo a caras conocidas y vigilo el perímetro. Nuestros aliados están en posición, discretos pero preparados.

Cuando el sol alcanza su cenit, Tessa me encuentra cerca de la plaza central. «Todo está listo», me informa.

«Bien», le respondo. «Ahora esperamos».

Pasan las horas y los festejos van in crescendo a medida que aumenta la actividad del Festival de la Armonía Lunar. Justo cuando las primeras estrellas aparecen en el cielo, un silencio se apodera de la multitud. Un frío antinatural recorre el aire y las llamas de los faroles parpadean siniestramente.

De entre las sombras, en el límite del recinto del festival, surgen unas figuras siniestras: Seraphina y Magnus, cuyos ojos brillan con malévola intención. La multitud se separa instintivamente, percibiendo la tensión en el aire. Los dos magos oscuros se mueven con fluida elegancia y sus capas ondean tras ellos mientras se acercan al centro de la plaza.

«Ha llegado la hora», le digo a Tessa, preparándome para el enfrentamiento que tanto hemos esperado. Mi mano roza la suya, un gesto silencioso de seguridad y solidaridad.

Ella asiente, con expresión resuelta. «Mostrémosles la fuerza de Windhollow», responde Tessa. La calidez de su presencia refuerza mi determinación.

Juntos, damos un paso al frente para enfrentarnos a la oscuridad que nos invade, y nuestros aliados forman detrás de nosotros. El aire crepita con magia, tanto luminosa como oscura, mientras nos preparamos para defender nuestro hogar.

TESSA

Los músicos titubean, sus melodías se apagan en un silencio incómodo mientras los faroles parpadean y un escalofrío recorre la plaza. Apaga las velas y hiela la sangre en mis venas.

De entre las sombras surge Serafina, con el pelo ondeando a su alrededor como una nube de tormenta. Sus ojos, fríos y penetrantes, brillan con una malevolencia inconfundible mientras levanta una mano pálida. Oscuros zarcillos de magia siniestra surgen en espiral de las yemas de sus largos y afilados dedos. A su lado, Magnus sube a una plataforma improvisada, construida a toda prisa, y sus ornamentadas vestiduras se arremolinan siniestramente mientras comienza a entonar un cántico en un idioma antiguo y gutural que me pone los dientes de punta.

«Ciudadanos de Windhollow», la voz de Seraphina resuena de forma antinatural en la plaza, amplificada por la magia oscura. «Esta noche marca el amanecer de una nueva era. Las viejas costumbres se desmoronarán y un nuevo orden surgirá de las cenizas».

El pánico se extiende entre la multitud como una piedra arrojada a un estanque en calma. Las familias abrazan a sus hijos, protegiéndolos de las amenazadoras figuras que tenemos ante nosotros, y los susurros de miedo se extienden como un reguero de pólvora entre la gente reunida. Miro a Darius, que tiene la mandíbula cincelada con una determinación sombría y los ojos brillantes con una mezcla de ira y determinación. Su mano encuentra la mía y la aprieta para tranquilizarnos mientras nos preparamos para lo que venga.

«Es la hora», dice con voz firme.

Asiento con la cabeza, haciendo acopio de todo mi coraje. «Vamos.

Darius se adelanta, su presencia imponente y eléctrica mientras llama a los defensores que hemos colocado estratégicamente por toda la plaza. Su voz transmite una mezcla de autoridad y seguridad que parece tranquilizar incluso a los más ansiosos. Thane se materializa a su otro lado y me dedica una cortante inclinación de cabeza. No hay tiempo para viejos rencores ni rivalidades mezquinas; todos sabemos lo que está en juego, el destino de Windhollow pende de un hilo.

Amelia corre a mi lado, con el pelo al viento y los ojos muy abiertos, pero decididos. La firmeza de su mandíbula dice mucho de su preparación para lo que está por venir. «Me he coordinado con los curanderos», dice rápidamente, con un torrente de adrenalina. «Estamos preparados para lo que ocurra. Los suministros están distribuidos y todos conocen su papel».

«Bien», respondo, intentando infundir a mi voz una confianza que no siento del todo. «Mantente a salvo ahí fuera. Te necesitamos».

Me aprieta la mano brevemente, un gesto cargado de preocupación y apoyo tácitos, antes de desaparecer entre la multitud. La observo mientras se dirige hacia la zona de triaje, con movimientos rápidos y decididos.

Los zarcillos oscuros de Seraphina serpentean hacia el exterior a una velocidad aterradora y se aferran a los pilares decorativos de la plaza como dedos que agarran. Allí donde tocan, la piedra, antes inmaculada, se corroe al instante, ennegreciéndose antes de convertirse en polvo fino que el viento dispersa. La destrucción se extiende rápidamente, corroyendo los cimientos de la ciudad.

Los cánticos de Magnus se intensifican y su voz adquiere una calidad sobrenatural que me produce escalofríos. El suelo bajo nuestros pies vibra con energía oscura, pulsando al ritmo de sus palabras, como si la propia tierra respondiera a su malévola llamada.

Luchando contra la oleada de pánico que amenaza con invadirme, alzo las manos, separo los dedos e invoco los hechizos protectores que Elyndra me enseñó durante incontables horas de entrenamiento. Palabras de poder fluyen de mis labios, cada sílaba cargada de intención y desesperación. Comienza a formarse una brillante barrera de energía translúcida que se extiende desde mis palmas como una burbuja de jabón iridiscente. Dedico toda mi concentración a hacerla crecer, deseando que abarque al mayor número posible de aterrorizados habitantes de la ciudad. La magia se resiste a mi control, pero aprieto los dientes y empujo con más fuerza, decidida a proteger estas vidas inocentes de la oscuridad que las invade.

«¡Quedaos detrás de las barreras!» Grito a los más cercanos, con la voz entrecortada por la urgencia. «Os protegeremos. No os aventuréis más allá de la barrera». El brillante escudo palpita con cada palabra, respondiendo a mis intensas emociones.

Darius me mira por última vez con una mezcla de determinación y preocupación. «Ten cuidado», me exhorta, con su voz grave por encima del estruendo del pánico que nos rodea. «No te esfuerces demasiado».

«Tú también», respondo, con el corazón apretado mientras se acerca a Magnus. Se me hace un nudo en la garganta cuando lo veo alejarse a grandes zancadas, con los anchos hombros tensos por la preparación. Me obligo a volverme hacia la aterrorizada gente del pueblo, sabiendo que no puedo permitirme distraerme ahora.

Con un poderoso salto que sacude el suelo bajo nosotros, Darius cambia en el aire a su forma de dragón. Sus enormes alas se despliegan con un estruendoso chasquido, sus escamas iridiscentes atrapan la luz de la luna mientras se eleva hacia el cielo moteado de estrellas. Los gritos de asombro y sorpresa resuenan entre la aterrorizada multitud, cuyos rostros son una mezcla de miedo y asombro ante la majestuosa criatura. Pero no hay tiempo para explicarles o tranquilizarles sobre sus intenciones. El pecho de Darius se hincha mientras inspira profundamente y, de repente, de sus fauces brotan brillantes llamas anaranjadas que iluminan la noche como un segundo sol. El abrasador infierno surca el aire, apuntando directamente a Magnus con una precisión mortal, el calor es tan intenso que hace que el aire brille y se deforme a su alrededor.

Magnus desvía el fuego con un escudo de energía oscura, sus ojos se entrecierran mientras se centra en Darius. Las sombras se aglutinan alrededor de sus manos, formando lanzas que lanza al cielo. Darius las esquiva hábilmente, y el duelo aéreo ilumina la noche con estallidos de fuego y sombras. Las dos fuerzas primigenias chocan en un hipnotizante y aterrador despliegue de poder. Los espectadores que se encuentran abajo sólo pueden observar en un silencio atónito, sus rostros bañados por el resplandor alternativo del fuego y la sombra mientras la batalla se libra sobre ellos.

En el suelo, estalla el caos. De las grietas de la tierra surgen criaturas oscuras menores, seres retorcidos de sombra y malicia, cuyos ojos brillan con una luz antinatural. Se dirigen hacia la gente del pueblo con las garras extendidas.

«¡Manteneos firmes!» grito, colocándome entre las criaturas y un grupo de aldeanos. Recurriendo a la magia que me recorre, lanzo un hechizo que envía una onda de luz resplandeciente hacia la horda que se aproxima. Las criaturas retroceden, siseando mientras la luz las abrasa.

Thane y los demás cambiaformas de dragón se unen a la refriega. Algunos surcan los cielos en un impresionante despliegue de poder, sus enormes alas levantan ráfagas de viento mientras se elevan para ayudar a Darius. Otros permanecen firmemente plantados en el suelo, sus cuerpos se mueven y ondulan mientras adoptan formas parciales de dragón para defenderse mejor de los seres oscuros que se acercan. El aire se llena de una cacofonía de sonidos de batalla: los atronadores rugidos de los dragones que resuenan por todo el valle, el agudo tintineo del acero al chocar las armas y el crepitar de la magia cuando los hechizos encuentran su objetivo, dejando estelas de luz y sombra a su paso.

Seraphina dirige su penetrante mirada hacia mí, sus ojos brillan con malicia y diversión. Una sonrisa cruel curva sus labios rojos como la sangre, mostrando unos dientes que parecen antinaturalmente afilados a la luz parpadeante. «Ah, Tessa», ronronea, con una voz sedosa que contrasta con el caos que nos rodea. «Tan decidida a hacerte la heroína. Qué pintoresco». Sus palabras destilan condescendencia, dejando claro que me considera poco más que un insecto al que aplastar bajo sus talones.

«Estoy aquí para proteger mi hogar», replico, canalizando energía en un escudo protector cuando ella envía un rayo de magia oscura hacia mí.

El impacto me sacude y me recorre el cuerpo, pero el escudo resiste la embestida. Siento la tensión que recorre cada fibra de mi ser y un dolor punzante me atraviesa las sienes. El sudor me corre por la frente mientras lucho por mantener la barrera protectora. Es muy poderosa, mucho más de lo que esperaba, pero me armo de valor contra el miedo que amenaza con apoderarse de mí.

«Tu débil magia no puede detener lo que se avecina», se burla Seraphina, con una voz cargada de malicioso regocijo. Sus ojos brillan con una luz depredadora mientras se acerca, y cada uno de sus movimientos destila confianza y un poder apenas contenido. «¿Por qué no te unes a nosotros, Tessa? Con tus habilidades únicas, serías una valiosa aliada. Piensa en todo lo que podríamos lograr juntos».

«Nunca me uniré a vosotros», declaro, mi voz resuena con convicción. Recurriendo a cada gramo de fuerza que me queda, canalizo mi energía en un contraataque. Una ráfaga de orbes luminosos se materializa a mi alrededor, palpitando con luz. Los envío a toda velocidad hacia Seraphina. Atraviesan el espacio que nos separa como estrellas fugaces, dejando estelas de luz dorada a su paso.

Ella los desvía casi todos, pero uno le roza el hombro y emite un silbido de fastidio. Sus ojos se oscurecen y levanta ambas manos, invocando un vórtice de sombra que se arremolina ominosamente sobre nosotros.

Me preparo y me apresuro a lanzar un hechizo de conexión a tierra. Los zarcillos invisibles de la magia penetran profundamente en la tierra y me anclan al lugar con una fuerza inquebrantable. El ominoso vórtice de sombra desciende sobre mí, con sus oscuros zarcillos azotando mi cuerpo como serpientes furiosas. Arañan con saña mi escudo protector, y su implacable ataque hace que se formen pequeñas grietas en su brillante superficie.

Justo cuando siento que mis defensas empiezan a flaquear, la voz de Amelia resuena detrás de mí, clara y decidida. «¡Aguanta, Tessa! Te cubrimos las espaldas».

Un grupo de magos, con rostros de sombría determinación, unen sus fuerzas detrás de mí.

Siento la oleada de su magia combinada inundarme como una ola cálida y reconfortante. Su poder se entrelaza con el mío, reforzando mis debilitadas defensas. Las grietas de mi escudo empiezan a cerrarse como si nunca hubieran existido. Envalentonados por su apoyo, retrocedemos contra el remolino con renovado vigor, y nuestra magia unida crea una barrera brillante y palpitante.

La expresión de Seraphina pasa de la confianza en sí misma a la frustración y la rabia apenas contenida. Sus ojos brillan peligrosamente y sus labios se curvan en un gruñido. «Insolentes estúpidos», grita, y su voz resuena con un poder sobrenatural. «¿Os atrevéis a desafiarme? Vuestra patética alianza se desmoronará ante mi poder».

Aprovechando el momento, recurro a las reservas más profundas de mi poder. El Colgante de Piedra Corazón brilla ferozmente y su calor se extiende por todo mi cuerpo. Me concentro en la imagen de la luz atravesando la oscuridad, de la esperanza triunfando sobre la desesperación.

«Por la luz interior y los lazos que compartimos, ¡vete!». Grito, liberando un rayo de energía pura y radiante.

El rayo atraviesa el vórtice y lo fragmenta en volutas que se disipan en la noche. Golpea a Seraphina de lleno en el pecho, y ella se tambalea hacia atrás, con la incredulidad grabada en sus facciones.

«Pagarás por eso», gruñe, pero puedo ver un destello de incertidumbre en sus ojos.

Por encima de nosotros, la batalla entre Darius y Magnus continúa. Darius esquiva otro aluvión de lanzas oscuras, contraatacando con un torrente de llamas azules. Magnus conjura un escudo, pero la fuerza lo hace retroceder. Thane y los otros cambiaformas de dragón flanquean a Magnus, obligándole a dividir su atención.

Veo a Darius a través del caos; un profundo corte a lo largo de su costado rezuma un ichor oscuro y brillante. Se me aprieta el corazón de preocupación, pero me obligo a concentrarme en la batalla. Me necesita para resistir, para seguir luchando. No puedo dejar que mis emociones me distraigan ahora, no cuando hay tanto en juego.

«¡Tessa, detrás de ti!» La voz urgente de Elyndra se interpone en el fragor del combate. Su advertencia me hace sentir una descarga de adrenalina.

Giro justo a tiempo para ver a una criatura sombría que se abalanza sobre mí. Reacciono instintivamente y lanzo la mano hacia delante, liberando una ráfaga de luz que la desintegra en el aire.

Elyndra aparece a mi lado, con los ojos afilados. «Están intensificando su ataque. Debemos reforzar las protecciones».

«De acuerdo», respondo. «Sincronicemos nuestros hechizos».

Nos colocamos espalda con espalda, nuestros hombros se tocan mientras tejemos juntos nuestra magia. Hilos de plata y oro se entrelazan, brillando en el aire mientras expanden la barrera protectora alrededor de la plaza. Los intrincados patrones de nuestros hechizos combinados palpitan con fuerza y se oponen a la invasión de la oscuridad. La gente del pueblo se reúne a nuestro alrededor. Algunos toman las armas, blandiendo armas improvisadas o invocando sus propias habilidades mágicas, mientras que otros atienden a los heridos, aplicando ungüentos curativos y susurrando palabras reconfortantes.

«¡Seguid empujando!» Les animo, mi voz resuena por encima del caos. «Podemos hacerlo. Permaneced unidos y venceremos esta amenaza».

Seraphina nos rodea como un depredador acechando a su presa, sus ojos fríos y calculadores buscan un punto débil en nuestras defensas. Su mirada recorre la plaza y finalmente se posa en un grupo de niños acurrucados cerca de una ornamentada fuente de piedra. Sus pequeños rostros

están marcados por el miedo, con los ojos muy abiertos y temblorosos mientras se aferran unos a otros. Una sonrisa cruel tuerce los labios de Seraphina y levanta una mano, con energía oscura crepitando en la punta de sus dedos mientras se prepara para enviar un rayo de poder hacia los indefensos niños.

«¡No!», grito. grito, con el corazón saltándome a la garganta. Sin pensármelo dos veces, rompo la formación y corro hacia delante, con los pies golpeando los adoquines mientras corro para interceptar el ataque.

El tiempo parece ralentizarse mientras corro hacia los niños, con el corazón latiéndome en los oídos. Los adoquines se desdibujan bajo mis pies mientras me esfuerzo por moverme más rápido que nunca. Me interpongo entre los niños y el rayo, con los brazos extendidos como si pudiera protegerlos sólo con mi cuerpo. El impacto me golpea de lleno en el pecho, una agonía abrasadora y candente que hace estallar todos los nervios de mi cuerpo. Oigo un grito, el mío, me doy cuenta vagamente, mientras caigo al suelo y el mundo gira a mi alrededor. El sabor a cobre me inunda la boca y lucho por respirar, con los pulmones aplastados por un peso invisible.

«¡Tessa!» La voz de Amelia atraviesa la bruma, aguda y teñida de pánico.

Me pongo en pie con dificultad y cada músculo de mi cuerpo grita en señal de protesta. El mundo se balancea peligrosamente y tengo que apoyarme en una pared cercana para mantenerme en pie. El brillante resplandor del colgante se reduce a un tenue brillo, pero una chispa obstinada permanece, latiendo débilmente contra mi pecho.

«¿Estás bien?», pregunta una de las niñas con voz temblorosa. Sus mejillas manchadas de suciedad se llenan de lágrimas que dejan un rastro brillante a su paso. Los demás niños se apiñan, con los ojos muy abiertos por el miedo y la preocupación.

Me fuerzo a esbozar una sonrisa tranquilizadora, ignorando el sabor a sangre que tengo en la boca. «Sí, cielo. Estoy bien», miento, esperando que mi voz no delate el dolor que me recorre el cuerpo. «Quédate cerca de Amelia, ¿vale? Ella te mantendrá a salvo».

Amelia asiente, su rostro es una máscara de determinación mientras reúne a los niños a su alrededor. Los aleja de la escena, echando frecuentes miradas por encima del hombro. Sus ojos se cruzan con los míos por última vez, con una compleja mezcla de preocupación, admiración y algo más que no logro descifrar.

Seraphina se acerca, y cada chasquido de sus tacones resuena ominosamente. Sus ojos, fríos y calculadores, observan mi maltrecho cuerpo con diversión y desdén. «Qué heroísmo», reflexiona, con una voz cargada de sarcasmo. «Debo admitir que estoy casi impresionada. Pero dime, querida Tessa, ¿cuánto más puedes aguantar de verdad?».

Siento una oleada de desafío correr por mis venas, oponiéndome al dolor y al agotamiento. Levanto la barbilla y la miro sin inmutarme. «Todo lo que haga falta», declaro, con la voz más firme de lo que siento, cuadrando los hombros y preparándome para su siguiente ataque.

Vuelve a levantar las manos, pero antes de que pueda lanzar otro hechizo, una ráfaga de flechas de pura luz cae entre nosotros. Seraphina retrocede, protegiéndose.

Elyndra desciende desde lo alto y sus alas iridiscentes brillan como telarañas a la luz de la luna. Aterriza grácilmente a mi lado y su presencia contrasta con el caos que nos rodea. «No harás daño a nadie más esta noche, Seraphina», afirma, su voz resuena con un poder ancestral y una determinación inquebrantable.

«¿Dos contra uno?» Seraphina se burla, sus ojos se desvían entre nosotras mientras da un paso atrás. «No es justo, ¿no crees? Creía que los campeones de la luz estabais por encima de esas tácticas».

«La justicia nunca te ha preocupado», replico, con voz entrecortada por la amargura y la

determinación. «¿O has olvidado convenientemente el rastro de destrucción que has dejado a tu paso?».

Sin vacilar, Elyndra y yo atacamos en perfecta sincronía. Nuestros hechizos se entrelazan en un deslumbrante despliegue de magia, complementándose mutuamente de formas que nunca creí posibles. La sabiduría ancestral de Elyndra guía nuestros golpes con precisión milimétrica, cada conjuro cuidadosamente elegido y ejecutado con pericia. Mientras tanto, mi energía bruta alimenta poderosos estallidos de magia, el aire crepita con intensidad cuando desatamos nuestro poder combinado contra nuestra formidable enemiga.

Seraphina flaquea y sus defensas, antaño impenetrables, se desmoronan bajo nuestro implacable ataque. Su forma parpadea y volutas de energía oscura se disipan en el aire a su alrededor. Con un gruñido de frustración y dolor, nos lanza una mirada penetrante. «Esto no ha terminado», sisea, con una escalofriante mezcla de furia y promesa. «Puede que hayáis ganado esta batalla, pero la guerra no ha hecho más que empezar».

Antes de que podamos reaccionar, el cuerpo de Seraphina empieza a disolverse, transformándose en un remolino de sombras tintadas. La oscuridad se retuerce y se retuerce como un ente vivo antes de retirarse rápidamente hacia la noche.

Me permito un breve momento de alivio, pero la batalla dista mucho de estar ganada.

Arriba, un rugido atronador llama mi atención, el sonido reverbera en el aire y sacude el suelo bajo nuestros pies. Darius y Magnus están enzarzados en un feroz combate, sus titánicas formas se recortan contra el turbulento cielo. Ninguno de los dos parece estar ganando la partida, su poder en bruto está igualado en esta batalla aérea. Llamas de brillante color naranja y dorado chocan con zarcillos de energía oscura y malévola, iluminando el cielo nocturno en una caótica e hipnotizante danza de luces y sombras.

«Darius necesita ayuda», digo con urgencia, con la voz tensa por la preocupación que me produce verlos intercambiar golpes devastadores en lo alto.

Elyndra asiente, con sus ojos plateados reflejando los destellos de magia. «Concentra tu energía en darle poder», me ordena, con un tono tranquilo pero serio. «Canaliza tu magia para darle fuerza. Yo mantendré las protecciones para mantenernos a salvo de cualquier ataque».

Cierro los ojos y me centro. Busco con la mente el vínculo forjado entre Darius y yo. El colgante se calienta y siento que nuestra conexión cobra vida.

Darius, ¿puedes oírme? proyecto el pensamiento, esperando que le llegue.

¿Tessa? Su respuesta es forzada pero clara.

Te envío mi fuerza. Juntos podemos vencerlo.

Canalizo mi energía hacia arriba, imaginando que fluye hacia Darius como un río de luz. Su forma dracónica resplandece con más intensidad, sus escamas brillan con un resplandor de otro mundo y sus llamas arden con más intensidad, pasando del naranja a un blanco azulado brillante.

Magnus frunce el ceño y su rostro se contorsiona de rabia al sentir el cambio de poder. Sus ojos, antes llenos de arrogante confianza, parpadean ahora con una pizca de incertidumbre. «No podéis derrotarme», brama, y su voz resuena en el campo de batalla. Levanta los brazos con los dedos abiertos y junta una enorme esfera de energía oscura entre sus manos. El orbe palpita con poder malévolo, zarcillos de oscuridad retorciéndose en sus profundidades.

Darius se lanza en picado a una velocidad asombrosa, su cuerpo serpenteante se retuerce con gracia mientras esquiva una ráfaga de magia corrupta. El ataque chisporrotea a su lado, dejando una estela de humo acre a su paso. Sin perder un instante, asciende rápidamente, impulsado por sus poderosas alas. Al llegar a la cúspide de su ascenso, Darius echa la cabeza hacia atrás y libera un chorro de llamas abrasadoras. El fuego, ahora teñido de vetas plateadas, ruge de sus fauces

como un ser vivo.

El chorro de fuego del dragón se encuentra de frente con la esfera oscura y, por un momento, se enzarzan en un cegador choque de luces y sombras. La colisión envía ondas de choque que ondulan por el aire, y la propia atmósfera parece gemir bajo la tensión de fuerzas tan crudas y opuestas.

En el suelo, los habitantes de la ciudad observan con temor y asombro, sus rostros iluminados por el ardiente choque. Algunos jadean y señalan, mientras que otros se apiñan, buscando consuelo en el número. Sigo volcando mi energía en Darius, deseando que prevalezca, con todo mi ser concentrado en canalizar cada gramo de fuerza que puedo reunir en nuestra conexión.

De repente, Magnus se separa y sus ojos brillan con intenciones siniestras. El aire a su alrededor parece oscurecerse, como si devorara la luz. Levanta los brazos y las sombras que le rodean se funden en un colosal rayo de energía oscura. La propia atmósfera se siente pesada y cargada de una fuerza opresiva que dificulta la respiración.

«¡Esto se acaba ahora!» declara Magnus, su voz retumba en el campo de batalla. Con un gruñido de esfuerzo, lanza el rayo directamente hacia Darius, y el enorme proyectil atraviesa el aire a una velocidad aterradora.

Se me para el corazón y un frío pavor me cala hasta los huesos. El rayo es enorme, mucho mayor que cualquier otro que haya visto antes. Si impacta, podría ser mortal, incluso para un dragón tan poderoso como Darius. El tiempo parece ralentizarse mientras observo cómo se acerca, impotente para intervenir.

«¡Darius, cuidado!» Grito, con la desesperación arañando mi garganta. Mi voz se quiebra con la fuerza de mi grito, crudo y primitivo. Alargo la mano instintivamente, como si de algún modo pudiera protegerle con mis propias manos, incluso desde esta distancia.

Intenta esquivarme, pero el rayo le alcanza con una precisión antinatural. El tiempo parece ralentizarse a medida que el rayo se acerca.

Canalizo hasta el último gramo de poder que me queda en el cuerpo hacia una barrera protectora alrededor de Darius. El colgante arde al rojo vivo contra mi piel, atravesando mi camisa, y un dolor insoportable me recorre el cuerpo cuando sobrepaso mis límites. La vista se me nubla y vuelvo a sentir el sabor del cobre en la boca, pero me niego a soltarlo. El aire que nos rodea chisporrotea de energía y siento que las rodillas se me doblan por el esfuerzo. Aun así, aguanto, desesperada por salvarle, aunque me cueste todo.

El rayo impacta contra la barrera y una explosión de luz y sombra estalla en el cielo. La fuerza me hace retroceder y la oscuridad se adentra en mi campo de visión.

Mientras lucho por mantenerme consciente, veo a Darius emerger del humo, maltrecho pero vivo. El alivio me inunda, pero mis fuerzas menguan.

Elyndra se materializa a mi lado en un instante, su presencia es un bálsamo reconfortante. «Has hecho todo lo que has podido», me tranquiliza, con una voz teñida de preocupación. «Descansa ahora, valiente. Deja que tu cuerpo se cure».

Sacudo la cabeza débilmente, con la vista nublada por el esfuerzo. «Esto no ha terminado», insisto, con la voz apenas más que rasposa. «Todavía hay mucho en juego».

Me pone una mano suave y fría en la frente enfebrecida, su tacto imbuido de magia tranquilizadora. «Confía en él», murmura, sus ojos parpadean hacia la batalla. «Darius tiene una fuerza que aún no has visto».

Por encima de nosotros, Darius ruge, su voz es un atronador bramido que resuena por toda la plaza y reverbera a través de las mismas piedras bajo nosotros. Los cambiadores de dragón

restantes, maltrechos pero intactos, se unen a él. Sus escamas brillan en la luz mortecina mientras forman una fuerza formidable, un muro viviente de músculos y magia.

Magnus vacila, su arrogancia anterior se desmorona como la arena. Su expresión pasa de la altiva confianza a la incertidumbre, tal vez incluso un destello de miedo. Por primera vez, parece darse cuenta del verdadero poder al que se enfrenta.

«¡Ahora, Darius!» Susurro fervientemente, deseando que aproveche este momento crucial. Mi corazón late con anticipación y esperanza.

Haciendo caso a mi súplica, Darius reúne una masa de llamas en sus fauces. El fuego crece, pulsando con una intensidad más brillante y ardiente que cualquier otra que haya visto antes. El aire mismo parece combarse alrededor del infierno. Con un poderoso empujón de su cuello de serpiente, lanza la llamarada concentrada hacia Magnus, el fuego surcando el cielo como un cometa de venganza.

Magnus levanta un escudo, pero la fuerza combinada del ataque de los dragones lo destroza. La explosión lo envuelve y, con un último grito, es consumido por la luz.

El silencio desciende sobre Windhollow, un silencio palpable que cae sobre la ciudad como una manta suave. Las criaturas oscuras que nos habían acosado se disipan en volutas de humo, desvaneciéndose como si nunca hubieran existido. La magia oscura que flotaba en el aire como una niebla sofocante se disipa, dejando tras de sí una atmósfera nítida y limpia teñida de esperanza.

La gente del pueblo, tras un momento de estupefacción e incredulidad, prorrumpe en vítores. Una oleada de júbilo recorre la plaza, creciendo con cada segundo que pasa. Las risas se mezclan con los gritos de alegría y los desconocidos se abrazan en señal de alivio y triunfo compartidos.

Darius, con su dragón formando una magnífica silueta contra el cielo despejado, aterriza grácilmente en el centro de la plaza. Con un destello de magia, recupera su forma humana y sus ropas se materializan perfectamente en su sitio. Sus ojos, que aún brillan con los restos del fuego del dragón, buscan entre la multitud hasta encontrarme en medio del caos.

Se acerca corriendo, dando largas zancadas que devoran la distancia que nos separa, con la preocupación grabada en sus rasgos normalmente estoicos. «¡Tessa!», grita, con una voz cargada de preocupación.

Consigo esbozar una sonrisa cansada, sintiendo los efectos de nuestra terrible experiencia en cada uno de los huesos de mi cuerpo. «Lo has conseguido», digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Se arrodilla a mi lado y me coge la mano con suavidad. Su tacto es cálido, reconfortante. «Lo hemos conseguido», corrige, con un deje de orgullo en la voz mientras me aprieta los dedos.

Amelia aparece a mi lado, con su túnica habitualmente impoluta ligeramente chamuscada, pero los ojos brillantes. Sostiene un pequeño frasco ornamentado lleno de un líquido brillante. «Bebe esto», me insta, destapando el frasco y ofreciéndomelo. «Es un elixir curativo. Debería ayudar».

Con el apoyo de Darius, levanto la cabeza y bebo el brebaje. Sabe a luz del sol y a flores primaverales, y un calor reconfortante se extiende por mí desde mi núcleo hacia fuera. El dolor que había estado atormentando mi cuerpo empieza a remitir, sustituido por un relajante cosquilleo de rejuvenecimiento.

Darius me ayuda a ponerme en pie, con su brazo alrededor de mi cintura. «¿Seguro que estás bien?», me pregunta en voz baja.

«Ya estoy mejor», le aseguro, apoyándome en su abrazo.

El cielo nocturno se aclara y las estrellas brillan como si celebraran con nosotros. Las

linternas vuelven a encenderse y proyectan un cálido resplandor sobre la multitud reunida.

El Anciano Rowan da un paso al frente, sus ojos reflejan orgullo y gratitud. «Esta noche nos hemos enfrentado a una gran oscuridad y juntos la hemos superado. Que esto sea un testimonio de la fuerza y la unidad de Windhollow».

Los aplausos resuenan una vez más, reverberando entre la multitud y a través de la plaza del pueblo. Siento una oleada de esperanza en el futuro, la sensación de que tal vez, sólo tal vez, hayamos dado un giro en la historia de Windhollow.

Darius se vuelve hacia mí y sus ojos se suavizan como pocas veces he visto. La luz del fuego de las linternas reavivadas baila sobre sus rasgos, resaltando la fuerte línea de su mandíbula. «Gracias por creer en mí», dice con voz grave y sincera. «Incluso cuando yo no creía en mí misma».

Alargo la mano para tocarle la mejilla, la aspereza de su piel me hace sentir en este momento surrealista. Mis dedos rastrean el tenue brillo de las escamas que han aparecido a lo largo de su mandíbula. «Siempre», susurro, sintiéndolo con todo mi ser.

Entonces sonríe, una sonrisa rara y genuina que ilumina todo su rostro y me alegra el corazón. Es un lado de Darius que pocos pueden ver, y lo aprecio. «Asegurémonos de que esta unidad dure», dice con determinación. «Tenemos la oportunidad de construir algo realmente especial».

«De acuerdo», respondo, sintiendo el peso de los acontecimientos de la noche sobre mis hombros, pero también experimentando una nueva ligereza por lo que hemos conseguido juntos. «No será fácil, pero creo que estamos preparados para el reto». Me inclino hacia él, sacando fuerzas de su presencia mientras afrontamos nuestro futuro -y el futuro de Windhollow- codo con codo.

Al reanudarse el festival, se respira una energía renovada, una celebración no sólo de la tradición, sino del triunfo y la unidad.

DARIUS



El aire es fresco, con el aroma de la hierba besada por el rocío y el lejano aroma del pan recién horneado del Hogar de Miel. Respiro hondo, dejando que la tranquilidad del momento se instale en mis huesos. Es un marcado contraste con el caos de la batalla de unos días antes.

Mientras camino por la plaza de la ciudad, observo los sutiles signos de renovación. Los comerciantes montan sus puestos e intercambian amistosas bromas con los transeúntes. Niños de distintas razas juegan juntos, sus risas resuenan como campanas en el aire fresco. Humanos, elfos, enanos y otros seres mágicos se mezclan libremente, las barreras que una vez los dividieron parecen menos imponentes.

«Buenos días, Darius», dice la señora Wimple, la anciana bibliotecaria, mientras coloca una pila de libros en una improvisada estantería exterior. Su pelo plateado refleja la temprana luz del sol y sus ojos centellean de entusiasmo tras sus gafas de montura de alambre.

«Buenos días», respondo con una cálida sonrisa, deteniéndome para ayudarla a sostener una pila de tomos encuadernados en cuero que se tambalea. Mi mano roza los lomos gastados. «¿Crear una biblioteca ambulante? Es un proyecto muy ambicioso».

Se ríe suavemente, un sonido tan reconfortante como el aroma de los viejos pergaminos. «Pensé que al pueblo le vendría bien una distracción literaria después de todo lo que hemos pasado. Las historias tienen una forma de curar, ¿no crees? De transportarnos a otros mundos cuando el nuestro parece demasiado pesado».

Asiento con la cabeza, pensativa, y mi mente se traslada a las historias de mi pueblo, transmitidas de generación en generación. «Así es. A veces, la historia adecuada en el momento adecuado puede cambiarlo todo».

Continúo mi camino hacia el ayuntamiento, donde está previsto que el Consejo de Ancianos se dirija a la comunidad. El edificio se yergue, su fachada de piedra adornada con nuevos estandartes que simbolizan la unidad: un árbol plateado entrelazado con un dragón, sobre un fondo de estrellas.

Ya se ha congregado una multitud y el murmullo de las conversaciones llena el ambiente. Veo a Tessa cerca de la entrada, con el pelo reflejando la luz del sol y los ojos brillantes de expectación. Capta mi mirada y me ofrece una cálida sonrisa que me transmite un calor familiar.

El Anciano Rowan sube a la plataforma elevada, con su larga túnica fluyendo con elegancia. Levanta las manos y la multitud guarda silencio.

«Ciudadanos de Windhollow», comienza, su voz se transmite sin esfuerzo. «Hoy no estamos aquí como facciones separadas, sino como una comunidad unida. Los acontecimientos de los últimos días nos han puesto a prueba, pero juntos hemos prevalecido».

Una ola de aplausos se extiende entre la multitud.

«Honremos la valentía de todos los que han defendido nuestra ciudad», continúa, con voz sincera. «Humanos y seres mágicos por igual, cada uno desempeñó un papel crucial en la salvaguarda de nuestro hogar. Desde los magos que lanzaron hechizos protectores hasta los humanos que montaron guardia, cada acción contribuyó a nuestra victoria.»

Mientras los aplausos resuenan en la plaza, siento un profundo orgullo en el pecho. El reconocimiento del consejo es algo más que palabras; es un paso significativo hacia la armonía por la que he estado luchando, un faro de esperanza para el futuro con el que he soñado pero que no me atrevía a expresar en voz alta.

Una vez concluido el discurso, la gente empieza a dispersarse en pequeños grupos para reanudar sus actividades cotidianas. Sin embargo, la energía de la esperanza persiste en el aire, casi tangible, como el calor del sol sobre la piel. Me abro paso entre la multitud y me acerco a Tessa, que charla animadamente con Amelia y gesticula con entusiasmo mientras habla.

«Menudo discurso», comento mientras me uno a ellas.

«Desde luego», asiente Tessa, y sus ojos reflejan el optimismo que nos rodea. «Es alentador ver que el consejo acepta el cambio».

Amelia asiente. «Hemos avanzado mucho. Hablando de eso, ¿seguimos en pie para la reunión de esta tarde?».

«Por supuesto», confirmo. «Tenemos mucho que discutir».

Los tres nos separamos y cada uno se dirige a sus respectivas tareas. Paso las siguientes horas coordinándome con los voluntarios para organizar los foros abiertos que he propuesto. Se levantan grandes carpas en la plaza, cuyos toldos de colores ondean con la brisa. Las equipamos con mesas y sillas para acoger los debates, disponiéndolo todo en forma circular para fomentar el diálogo abierto.

A mediodía comienza el primer foro. Al principio, la gente se reúne vacilante, mirándose unos a otros con una mezcla de curiosidad y aprensión. Pero a medida que pasan los minutos, las voces van llenando poco a poco el espacio: algunos comparten antiguas quejas, otros ofrecen soluciones innovadoras. Me muevo entre los grupos, facilitando las conversaciones y asegurándome de que todos se sientan escuchados, independientemente de su procedencia o especie.

Una artesana elfa con intrincados tatuajes de plata adornando sus brazos habla sobre las restricciones comerciales que han obstaculizado durante mucho tiempo la cooperación, con su voz melódica teñida de frustración. Un granjero humano curtido por la intemperie, con las manos callosas por años de labrar la tierra, habla de los malentendidos sobre el uso de la tierra y la mejora mágica de los cultivos. Un fornido herrero enano, con la barba trenzada de adornos metálicos, expresa su ferviente deseo de compartir técnicas de forja centenarias con la comunidad en general.

A medida que se desarrollan los diálogos, soy testigo de cómo se derrumban las barreras ante mis ojos. El recelo inicial da paso a animadas discusiones, sustituidas por asentimientos de comprensión e incluso sonrisas tentativas. El aire bulle con una nueva energía, una sensación de posibilidad que no existía hace apenas unas semanas. Es un paso pequeño, pero significativo, hacia la unidad por la que hemos luchado en Windhollow. Es lo que quería con el santuario, lo que esperaba que Alaric me ayudara a construir.

En un momento más tranquilo, salgo de la tienda y encuentro al Anciano Rowan observando desde la distancia.

«Tu iniciativa está dando resultados impresionantes», comenta cuando me acerco y sus ojos centellean con una mezcla de sorpresa y admiración.

«Es un comienzo», reconozco, sintiendo un cauto optimismo. «Aún queda mucho trabajo por hacer, muchos puentes que tender y heridas que curar».

El anciano Rowan me mira pensativo, acariciándose la barba plateada. «Has demostrado un gran liderazgo, Darius. Tus acciones han tendido puentes que muchos creían insalvables. Es refrescante ver tal progreso en nuestra comunidad».

«No podría haberlo hecho solo», respondo, pensando en los incansables esfuerzos de quienes me rodean. «Tessa, Amelia y tantos otros han sido fundamentales en los cambios que se están produciendo en Windhollow. Su dedicación y amplitud de miras han marcado la diferencia».

Sonríe débilmente, las arrugas alrededor de sus ojos se profundizan. «La humildad es un rasgo poco común, especialmente entre los poderosos. El consejo reconoce tus esfuerzos y el cambio positivo que estás aportando. Nos equivocamos al albergar dudas sobre tus intenciones, y por eso te pido disculpas».

Inclino la cabeza y siento que me quito un peso de encima. «Agradezco su sinceridad, Anciano Rowan. Es hora de que todos sigamos adelante, trabajando juntos para mejorar Windhollow y su gente, tanto mágica como no mágica.»

«De acuerdo», dice el Anciano Rowan, con una voz cálida por el nuevo respeto. Me pone una mano curtida en el hombro, un gesto que dice mucho de nuestra relación, antes de marcharse con una inclinación de cabeza.

Mientras el sol de la tarde se oculta en el cielo, me dirijo a la tranquila orilla del río, donde se están llevando a cabo los solemnes preparativos para el funeral de Thane. Las linternas cuelgan de las ramas de los árboles y se ha erigido una sencilla plataforma de madera. La gente se reúne en grupos sombríos, conversando en voz baja. El peso de la pérdida flota en el aire y pesa sobre mis hombros.

No supe de su destino hasta horas después de que la batalla hubiera amainado. Los seres oscuros que habían invadido el festival se habían llevado algo más que vidas: habían robado a un querido amigo.

Aquellas criaturas sombrías arrancaron un pedazo de la pierna de Thane, dejando tras de sí una herida que supuraba un líquido antinatural de color verde oscuro. A pesar de los valientes esfuerzos de nuestros sanadores más expertos, la magia venenosa se extendió implacablemente por su cuerpo. Dejó a Thane febril e incoherente, con su mente, antes aguda, nublada por el dolor y el delirio. En un momento de claridad desgarradora, sus ojos se centraron en los míos con sorprendente lucidez. Su voz, aunque débil, tenía el peso de una última súplica cuando me rogó que le concediera una muerte honorable, que pusiera fin a su sufrimiento antes de que la oscuridad lo consumiera por completo.

Respiro hondo para calmar los nervios antes de subir a la plataforma de madera. La multitud se calla y un mar de rostros expectantes se vuelve hacia mí cuando me acerco al podio.

«Gracias a todos por venir», empiezo, con voz clara a pesar de la emoción que amenaza con ahogarme. «Hoy nos reunimos para honrar a Thane, una querida amiga, una valiente guerrera y una verdadera heroína que hizo el último sacrificio para protegernos a todos».

Hago una pausa, dejando que las palabras calen mientras los recuerdos de nuestro pasado común me invaden como una marea agridulce. «Thane y yo compartimos un vínculo que se forjó en el fuego de nuestra juventud. Nos enfrentamos a innumerables retos codo con codo, desde triviales disputas en el patio del colegio hasta batallas que pusieron en peligro nuestras vidas, y siempre salimos fortalecidos.»

Se me hace un nudo en la garganta y me veo obligada a hacer otra pausa antes de continuar. «Nos mostró el verdadero significado del sacrificio», continúo. «Llevemos adelante su legado

continuando la labor en la que él creía: unidad, comprensión y paz».

Cuando me retiro, otros se acercan para compartir sus historias. Una curandera elfa cuenta cómo Thane salvó a su pueblo de un incendio. Un mercader humano habla de su bondad en tiempos difíciles. Cada relato teje un tapiz de una vida bien vivida.

Una vez concluido el memorial, Tessa me encuentra a la orilla del agua, donde me he retirado para recoger mis pensamientos. El sol poniente pinta el cielo con vibrantes tonos dorados y carmesí, y su reflejo brilla en la superficie del río como un lienzo de fuego líquido. El suave batir de las olas contra la orilla proporciona un telón de fondo relajante a mis pensamientos.

«Ha sido un bonito homenaje», dice. Sus ojos, todavía brillantes por las lágrimas no derramadas, se encuentran con los míos con una mirada de comprensión y dolor compartido.

«Gracias», respondo, mientras mi mirada vuelve al agua. «Espero que haya encontrado la paz», añado, con la voz cargada de emoción. «Después de todo lo que pasamos, todo lo que sacrificó por nosotros... se merece eso, al menos».

Tessa desliza su cálida mano sobre la mía, su tacto reconfortante y electrizante a la vez. «Él estaría orgulloso de lo que estás logrando», dice suavemente. «Has convertido todo Windhollow en el santuario que esperabas construir. Has progresado donde otros pensaban que siempre habría división. Ha sido increíble presenciarlo, Darius».

Me giro para mirarla, mis ojos buscan los suyos. «Son nuestros logros», corrijo suavemente, apretando su mano. «No podría haber hecho nada de esto sin ti, Tessa. Si Alaric no te hubiera confundido con mi prometido, nunca habríamos llegado hasta aquí. Tu apoyo y comprensión han significado más de lo que crees».

Un sonrosado rubor tiñe sus mejillas, extendiéndose hasta la punta de sus orejas. Agacha ligeramente la cabeza y se suelta algunos mechones del moño. «Me das demasiado crédito», murmura, con la mano libre jugueteando con el dobladillo de su jersey. «No he hecho nada especial».

«¿Nada especial?» Me río, negando con la cabeza. «Tu fuerza y tu compasión me inspiran cada día, Tessa. Te has enfrentado a retos que destrozarían a la mayoría de la gente y, sin embargo, aquí estás, luchando todavía. Eso es más que especial, es extraordinario».

Sonríe, y una pizca de alegría vuelve a sus ojos. Esa sonrisa me calienta el corazón y me recuerda a la mujer enérgica que conocí hace tantos años en la escuela primaria. «Bueno, alguien tiene que mantenerte con los pies en la tierra, Sr. Dragón Altivo y Poderoso», bromea Tessa, con voz ligera. «No podemos permitir que te creas demasiado, ¿verdad?

Nos reímos en voz baja y la tensión de las últimas semanas desaparece por un momento. Tessa se acerca y apoya la cabeza en mi hombro. Siento el calor de su cuerpo contra el mío, huelo el leve aroma a vainilla y canela de su pelo. El momento es tranquilo, un bienvenido respiro del torbellino de acontecimientos recientes. Durante un rato, simplemente existimos juntos, viendo los rayos del sol bailar por el suelo.

«Hay algo que quiero enseñarte», digo al cabo de un rato, rompiendo el silencio.

«Ella responde, curiosa. Sus ojos se iluminan de interés y se endereza para prestarme toda su atención.

«Ven conmigo», le digo, ofreciéndole la mano. Ella la coge, sus dedos cálidos contra los míos.

Caminamos por la orilla del río, nuestros pasos crujen suavemente sobre los guijarros y la arena. El suave sonido del agua nos acompaña río abajo. Al cabo de unos minutos, llegamos a un pequeño claro donde un joven árbol se yergue solitario: un roble joven con hojas vivas y llenas

de vida. La luz del sol se filtra entre sus ramas, proyectando sombras moteadas sobre el suelo que nos rodea.

«Lo planté para Thane», le explico, con voz suave por la emoción. «Un símbolo de crecimiento y renovación». Alargo la mano para tocar una de las delicadas hojas, sintiendo su suave superficie bajo las yemas de los dedos. «Quería algo tangible, algo que creciera y prosperara, que representara el nuevo capítulo de nuestras vidas».

Tessa contempla el árbol, sus ojos se suavizan con una mezcla de admiración y empatía. «Es perfecto», susurra. «Una forma tan bonita de recordarle».

«Lo he visitado todos los días desde que Thane murió», admito, con la voz entrecortada. «Me ayuda a reflexionar y a procesar todo lo que ha pasado. A veces me siento aquí y hablo con él, como si aún pudiera oírme».

Me aprieta suavemente la mano, su calor es un ancla reconfortante. «¿Puedo acompañarte?» pregunta Tessa, sus ojos buscan los míos con una profundidad de comprensión que me coge por sorpresa.

«Siempre», respondo sin vacilar, sintiendo una oleada de gratitud por su presencia.

Nos sentamos bajo el árbol, con las espaldas apoyadas en su robusto tronco. Mientras guardamos un agradable silencio, no puedo evitar pensar que Thane habría aprobado este momento, la paz que hemos encontrado en este espacio sagrado. Pensaba que Tessa era una distracción, pero ahora que estamos trayendo unidad a Windhollow, creo que le caería bien.

«He estado pensando», empiezo con cautela, mis ojos trazando los patrones de la luz del sol que se filtra a través de las hojas por encima de nosotros. «Sobre el futuro. Nuestro futuro, y el futuro de Windhollow».

Tessa inclina la cabeza, y una suave curiosidad en su mirada me incita a continuar. Sus dedos recorren distraídamente mi piel, calentándome por dentro y por fuera.

«Con el proyecto de unidad de los seres mágicos ganando adeptos y las alianzas que se están formando entre humanos y seres mágicos, existe una oportunidad real de lograr un cambio duradero y crear algo realmente extraordinario aquí en Windhollow».

Asiente con la cabeza, con una mezcla de emoción y aprensión cruzando su rostro. «Es emocionante y un poco desalentador. Hay tanto potencial, pero también tantos retos por delante».

«Es cierto», le doy la razón y extiendo la mano para agarrarla con firmeza. El calor de su piel contra mi palma es como un ancla. «Pero contigo a mi lado, Tessa, siento que todo es posible. Ya hemos superado muchas cosas juntos. Creo que podemos afrontar lo que venga».

Su mirada se cruza con la mía, vulnerabilidad y esperanza se mezclan en sus ojos. «Yo siento lo mismo».

Respiro hondo y reúno el valor para decirle lo que siento. «Tessa, yo... Quiero que afrontemos juntos lo que venga, no sólo como aliados, sino como verdaderos compañeros. En todos los sentidos de la palabra». Un momento de silencio se extiende entre nosotros, el mundo parece detenerse sobre su eje mientras él y yo esperamos su respuesta.

«¿Estás segura? Tessa pregunta suavemente, sus ojos buscan los míos con una mezcla de esperanza y duda bailando en sus profundidades.

Alargo la mano y le acaricio suavemente la cara. «Más seguro de lo que nunca he estado de nada en mi vida. Te quiero, Tessa Hawthorne». Una sonrisa se dibuja en su rostro, iluminando la orilla del río con más intensidad de la que podría hacerlo el sol. «Yo también te quiero, Darius Flintwing», susurra, inclinándose hacia mí.

El alivio y la alegría me inundan y me calientan por dentro. «Me has hecho más feliz de lo que jamás creí posible».

Se ríe suavemente y el sonido es música para mis oídos. «El sentimiento es mutuo», responde, sus ojos brillan con lágrimas de felicidad no derramadas. «Más de lo que te imaginas».

Nos quedamos sentados hasta que salen las estrellas, cada una de ellas un pequeño faro en el cielo aterciopelado.

Los días siguientes son un torbellino de actividad. El proyecto de unidad se convierte en mi principal objetivo, y llegan recursos de los pueblos vecinos impresionados por la transformación de Windhollow en un santuario para humanos y seres mágicos por igual.

El Consejo de Ancianos me permite construir un santuario a pesar de todo, un lugar al que los seres mágicos puedan acudir si tienen dudas sobre la ciudad. Los voluntarios trabajan sin descanso para ayudarme a transformar una vieja finca a las afueras de Windhollow en un refugio seguro. Contará con miembros de la comunidad mágica que podrán ayudar a guiar a los nuevos en nuestra forma de vida.

Una tarde, mientras superviso la construcción de una sala común, se acerca la anciana Marisol. Su comportamiento es inusualmente cálido.

«Darius», saluda, su voz transmite una calidez que nunca había oído antes. «¿Puedo hablar contigo, si no estás muy ocupado?»

«Por supuesto, anciana Marisol», respondo, apartándome de la bulliciosa obra. Hago un gesto hacia un lugar tranquilo bajo un gran roble a unos metros de distancia. «¿Qué puedo hacer por usted?

«Quería disculparme», empieza, con la mirada seria e inquebrantable. «Te juzgué mal a ti y a tus intenciones cuando llegaste. Ahora veo que me equivoqué. Tu dedicación y tus incansables esfuerzos han provocado un cambio notable en nuestra comunidad. Windhollow se está transformando ante nuestros ojos, y es en gran parte gracias a ti».

«Agradezco tus palabras», le digo sinceramente. «Nunca es tarde para tender puentes».

La anciana Marisol sonríe suavemente. «Sabias palabras. Si hay algo en lo que pueda ayudar, por favor, hágamelo saber».

«En realidad», digo pensativo, dándome golpecitos en la barbilla, »tu experiencia en gobernanza sería inestimable para estructurar los programas educativos del santuario. Nos vendría bien alguien con tu experiencia para ayudar a dar forma a nuestro plan de estudios y asegurarnos de que estamos proporcionando una educación completa a todos los seres mágicos.»

«Considéralo hecho», asiente la anciana Marisol, con los ojos iluminados ante la perspectiva. «Será un honor contribuir. Tal vez podríamos empezar por esbozar un marco básico y luego adaptarlo a las distintas especies mágicas a las que daremos cabida. ¿Cuándo te gustaría empezar?»

A medida que el santuario va tomando forma ante mis ojos, una profunda sensación de plenitud se instala en lo más profundo de mi ser. Esta visión, que antes era un sueño lejano y aparentemente imposible, se está convirtiendo en una realidad tangible. El entusiasmo de la comunidad es contagioso, se extiende como un reguero de pólvora por Windhollow, y cada día que pasa trae nuevos avances y desarrollos inesperados. Desde las intrincadas barreras mágicas que se tejen alrededor del perímetro hasta los hábitats especializados que surgen para diversas criaturas mágicas, cada detalle parece un paso más hacia la verdadera armonía entre humanos y seres mágicos. El aire mismo parece cargado de posibilidades, y no puedo evitar sentir una oleada de orgullo al ver cómo se materializan mis anheladas aspiraciones ladrillo a ladrillo, hechizo a hechizo.

Una hermosa tarde de invierno, asisto junto a Tessa a una animada reunión en The Honeyed Hearth. La pintoresca panadería está repleta de gente del pueblo, sus animadas conversaciones

crean un cálido murmullo que llena el acogedor espacio. El irresistible aroma de las últimas creaciones culinarias de Tessa flota en el aire, tentando las papilas gustativas de todos con promesas de delicias dulces y mantecosas.

Recuerdo cuando llegué por primera vez, cuando Tessa luchaba contra una maldición que convertía sus pasteles en piedra y no sabía a quién recurrir. Hemos llegado tan lejos, y aún queda mucho por recorrer.

En un rincón de la panadería, un pequeño grupo de músicos locales toca suavemente, sus suaves melodías se entrelazan en el aire como hilos de gasa, añadiendo un telón de fondo encantador a la atmósfera. La luz parpadeante de la chimenea proyecta un resplandor dorado sobre la escena, haciendo que las cacerolas de cobre de las paredes brillen y las baldosas antiguas bajo los pies destellen con una calidez acogedora.

Amelia choca una cuchara contra su vaso, el sonido claro y resonante atrae la atención de todos. «Un brindis», anuncia, con voz cálida y llena de emoción. «Por la unidad, la amistad y los nuevos comienzos. Que todos encontremos fuerza en los demás y esperanza en los días venideros».

«¡Aquí, aquí!» resuena en la sala mientras se alzan las copas. El suave tintineo del cristal se mezcla con murmullos de acuerdo y agradecimiento.

Capto la mirada de Tessa al otro lado de la mesa y compartimos un momento de tranquila satisfacción. Sus ojos brillan de alegría y una pequeña sonrisa secreta se dibuja en la comisura de sus labios. Le hago un gesto para que me siga. El mundo parece silencioso y mágico, como si la nieve cubriera no sólo el suelo, sino todas nuestras preocupaciones y miedos. El aire frío nos pellizca las mejillas, un refrescante contraste con el calor de la panadería y la compañía que acabamos de dejar.

«Primera nevada de la temporada», observa Tessa, mientras su aliento forma pequeñas nubes en el aire fresco. Sus ojos brillan con asombro infantil mientras echa la cabeza hacia atrás, atrapando los copos de nieve en sus pestañas.

«El invierno no tarda en llegar», comento, rodeando su cintura con un brazo y atrayéndola hacia mí. El calor de su cuerpo contra el mío es perfecto, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Tessa se inclina hacia mí, acurrucándose más. «Tiene su belleza», murmura, con voz suave y contemplativa. Una suave sonrisa se dibuja en sus labios mientras contempla el paisaje en transformación.

«Desde luego», coincido, observando cómo la ciudad adquiere un aspecto mágico bajo la capa de nieve. Los edificios familiares de Windhollow parecen brillar, con sus bordes suavizados por los copos que caen. Caminamos por las calles familiares, en un silencio sólo roto por el suave crujido de la nieve bajo los pies. De vez en cuando, una ráfaga de viento hace que una ráfaga de copos de nieve baile a nuestro alrededor, aumentando el encanto del momento.

«¿Alguna vez piensas en lo que nos trajo aquí?», pregunta de repente.

«Todo el tiempo», admito, con mi aliento formando pequeñas nubes en el aire frío. «Ha sido un viaje de giros inesperados, lleno de retos y sorpresas a cada paso».

Tessa sonríe irónicamente. «Eso es quedarse corto. Nos hemos enfrentado a maldiciones, prejuicios y a nuestras propias naturalezas obstinadas».

«Pero no cambiaría nada de eso», añado, mi voz se suaviza mientras la miro a los ojos. «Me ha llevado hasta ti, y eso hace que todos los obstáculos merezcan la pena».

Se detiene, sus botas crujen en la nieve fresca y se vuelve hacia mí. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío y los copos de nieve se le pegan al pelo. «Tiene usted facilidad de palabra,

Sr. Flintwing. A veces olvido lo encantador que puede llegar a ser».

«Sólo cuando está inspirado», me burlo suavemente, acercándome a ella para quitarle un copo de nieve de la mejilla. «Y tú, Tessa, eres la musa más inspiradora que he conocido».

Menea la cabeza, con un brillo divertido en los ojos. «¿Qué voy a hacer contigo?».

«Bueno», digo pensativo, “podrías empezar por acompañarme al festival de invierno la semana que viene”.

Levanta una ceja y una sonrisa juguetona se dibuja en la comisura de sus labios. «¿Es una invitación, señor Flintwing? ¿O simplemente está tanteando el terreno?

«Desde luego que es una invitación», respondo con voz cálida y sincera. «No se me ocurriría perderme el festival, y menos con una compañía tan encantadora».

Los ojos de Tessa brillan con diversión y algo más profundo, tal vez una pizca de anticipación. «Entonces acepto», dice, con su aliento formando una pequeña nube en el fresco aire invernal. «Aunque espero que estés preparada para el caos que conllevan las festividades de Windhollow».

Continuamos nuestro paseo por las calles cubiertas de nieve, nuestros pasos dejan un rastro tras nosotros. El futuro se despliega ante nosotros como el inmaculado manto de nieve: intacto y lleno de posibilidades. Las suaves ráfagas bailan a nuestro alrededor y no puedo evitar preguntarme qué otras sorpresas nos deparará este invierno.

TESSA



Me ciño el delantal a la cintura, con el conocido tejido bordado con diminutas abejas doradas, cortesía de la hábil labor de Amelia. El suave algodón se ajusta cómodamente a mi vestido, un ritual diario que señala el comienzo de otro ajetreado día en la tienda. La puerta principal se abre con un suave tintineo de su campana de latón, y entra el señor Wimple, balanceando una pila de libros que se tambalea precariamente entre sus brazos. Tiene la cara redonda y sonrosada por el esfuerzo, y el cabello gris y ondulado ligeramente despeinado.

«Buenos días, Sr. Wimple». grito, apresurándome a liberarle de su carga. Mis manos se extienden instintivamente para sostener la tambaleante torre de literatura. «Deben de ser los libros que mencionó. Parecen fascinantes».

«Desde luego, querida», responde, ajustándose las gafas con un guiño, sus ojos centelleando con picardía tras los gruesos cristales. «Una colección de cuentos y tomos para despertar la imaginación. Aventuras en tierras lejanas, misterios que descifrar y romances que hacen palpitar el corazón. La Sra. Wimple pensó que aquí encontrarían un buen hogar».

«Muchas gracias. Sonrío cálidamente, sintiendo una oleada de gratitud por la generosidad de los Wimple. Mis dedos recorren el lomo de un viejo volumen encuadernado en cuero que está encima de la pila. «Nuestro nuevo rincón de lectura está casi terminado, y estos serán un complemento maravilloso. Ya me imagino a nuestros clientes perdiéndose en sus páginas, tal vez con una taza de té humeante en el codo».

Juntos colocamos los libros en las estanterías recién instaladas en el rincón bajo el mirador. Cojines de felpa en tonos burdeos y esmeralda invitan a los clientes a relajarse con un cuento y un bollo. La luz del sol entra a raudales, proyectando un cálido resplandor sobre títulos que abarcan desde mitos antiguos hasta poesía contemporánea.

Cuando el Sr. Wimple se marcha, Amelia llega de la cocina, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. «Los pasteles de miel se están enfriando y los panes de especias están en el horno», anuncia. «Creo que estamos listos para el público de la tarde».

«Justo a tiempo», respondo. «Los músicos llegarán pronto para preparar la actuación de esta noche».

Miramos hacia el pequeño escenario que hemos añadido cerca de la chimenea, un espacio diseñado para que los artistas locales compartan su talento. Esta noche, un trío de arpistas elfas nos deleitará con sus melodías, convirtiendo la panadería en un paraíso de música y magia.

«Por cierto», añade Amelia, “Finnian me ha dicho que podría pasarse por aquí esta noche”.

Capto el brillo revelador de su mirada y no puedo evitar sonreír con complicidad. «¿Alguna razón en particular para su visita improvisada? bromeo, sospechando ya la respuesta.

Ella finge despreocupación y se entretiene arreglando un expositor de pasteles, pero noto que

un delator rubor le sube por el cuello. «Por nada», insiste Amelia, aunque su voz delata su excitación. «Últimamente disfrutamos de nuestra mutua compañía. Ya sabes cómo es». Hace una pausa y añade suavemente: «Es encantador, ¿verdad?».

«Lo es. Me alegro por ti», le digo sinceramente. «Es una maravillosa incorporación a Windhollow y a tu vida».

La sonrisa de Amelia se suaviza y sus ojos se vuelven soñadores. «Realmente lo es. Nunca imaginé que un fauno me cortejaría, pero aquí estamos. Es todo tan inesperado y maravilloso». Deja escapar un suspiro de satisfacción y sus dedos dibujan distraídamente patrones en la encimera.

«La vida está llena de bellas sorpresas», reflexiono, colocando con cuidado un jarrón de vibrantes flores silvestres sobre la encimera. Las flores parecen brillar con un resplandor de otro mundo y su dulce fragancia inunda el aire. «A veces las cosas más mágicas ocurren cuando menos las esperamos. ¿Quién sabe qué otras maravillas nos deparará Windhollow?».

La tarde se desarrolla en un torbellino de actividad. La panadería se llena del reconfortante sonido de tazas de té que tintinean, conversaciones susurradas y alguna que otra carcajada. Dirijo un taller en la zona principal, enseñando a un grupo de participantes ansiosos el arte de infundir magia en la repostería.

«Ahora, mezclad suavemente la canela encantada con la masa», les enseño con movimientos fluidos. «Imagina calor y comodidad fluyendo de tus manos a la mezcla».

Entre los asistentes hay una mezcla variada de rostros, todos deseosos de aprender los secretos de la repostería mágica. Una joven humana con la nariz manchada de harina se inclina hacia delante, sus ojos brillan de emoción mientras intenta memorizar cada detalle. Un enano anciano, con la barba metida en el delantal, mide cuidadosamente los ingredientes con manos curtidas que hablan de años de artesanía. Una ágil gnoma, apenas lo bastante alta para ver por encima del mostrador, se pone de puntillas y sus ojos se abren de par en par con cada nueva técnica, como si estuviera presenciando milagros. Al fondo, un par de gemelas elfas susurran y ríen mientras sus largos dedos amasan hábilmente la masa en perfecta sincronía. La sala bulle con una energía que es en parte anticipación, en parte asombro, a medida que este grupo ecléctico se reúne en la búsqueda compartida de la magia culinaria.

Un participante levanta la mano: un elfo de pelo plateado y ojos inquisitivos que parecen brillar con siglos de sabiduría. Sus finos dedos tiemblan ligeramente mientras habla, traicionando un atisbo de nerviosismo bajo su serena apariencia. «¿Y si no poseemos magia en el sentido tradicional? Algunos de nosotros no estamos dotados de habilidades arcanas».

«Excelente pregunta», respondo, con voz cálida y alentadora. «La magia tiene muchas formas, y no todas requieren un talento mágico innato. Aunque no sepas lanzar hechizos ni manipular energías, la intención y la pasión que pongas en tus pasteles pueden tener su propio encanto. Es otro tipo de magia, la que nace de la dedicación, la creatividad y el amor por el oficio. De hecho, algunas de las magias culinarias más poderosas que he encontrado proceden de quienes se acercan a la repostería con el corazón abierto y la voluntad de infundir a cada creación su esencia única».

Asiente pensativo y seguimos amasando y dando forma a la masa, en un ambiente cargado de propósitos compartidos.

Mientras los panes se cuecen, llenando el aire de un irresistible aroma a levadura y calor, veo a Darius apoyado en la puerta, observando con una expresión cariñosa que suaviza sus rasgos severos. Su presencia sigue provocándome un delicioso revoloteo, una mezcla de excitación y nerviosismo de la que no puedo deshacerme.

«¿Te apetece unirte a nosotros?» le digo. «Estamos a punto de empezar con los panecillos dulces».

Se adelanta, con un brillo juguetón en sus ojos dorados. «No me gustaría interrumpir el trabajo del maestro», dice Darius, con su voz profunda teñida de diversión. «Además, no estoy seguro de que mis manos del tamaño de un dragón sean adecuadas para un trabajo tan delicado».

«Tonterías», me río, haciéndole un gesto para que se acerque. «Siempre hay sitio para un alumno más, no importa el tamaño de sus manos. ¿Y quién sabe? Puede que descubras un talento oculto para amasar».

Se arremanga con cuidado, mostrando sus fuertes antebrazos, y se sienta a mi lado en la mesa espolvoreada de harina. Juntos, guiamos al grupo por los últimos pasos de la preparación del bollo dulce, nuestras voces se mezclan en un armonioso ritmo de instrucción. Nuestras manos se rozan de vez en cuando mientras trabajamos. Cada roce me produce una cálida emoción, como chispas mágicas que se encienden bajo mi piel. Soy hiperconsciente de su presencia, del calor que irradia su cuerpo y del sutil aroma a humo y especias que desprende.

Cuando el taller toca a su fin, los participantes recogen sus pasteles recién horneados, con expresiones de orgullo y alegría evidentes en sus rostros. El dulce aroma de la canela y el azúcar inunda el aire, mezclándose con el cálido aroma de la masa recién horneada. La sala se llena de charlas entusiasmadas mientras todos admiran sus creaciones.

«Gracias, Tessa», dice tímidamente la joven humana, con los ojos muy abiertos de asombro mientras acuna su panecillo perfectamente dorado. «Nunca había hecho algo tan delicioso. Es mágico».

«De nada, cariño», le respondo, conmovido por su entusiasmo y el brillo de sus ojos. Me arrodillo a su altura y le pongo suavemente una mano en el hombro. «Recuerda que la repostería es tanto una cuestión de corazón como de habilidad. El amor que pones en ella es lo que la hace realmente especial. Sigue practicando y te sorprenderás de lo que puedes crear».

La panadería se convierte en el centro de los eventos de la noche, con el cálido aroma de los productos recién horneados flotando en el aire. Llegan los arpistas elfos, con sus instrumentos brillantes como la luz de las estrellas y sus dedos preparados para crear magia. Los clientes se acomodan en los mullidos cojines del rincón de lectura y alrededor del escenario, murmurando.

Amelia se acerca, con el brazo enlazado al de Finnian y las mejillas sonrojadas por la alegría. Comparten una broma privada y sus risas se mezclan armoniosamente con la música que empieza a sonar. Capto la mirada de Amelia y me guiña un ojo, irradiando pura felicidad como un faro. Es reconfortante verla tan contenta, sobre todo después de todos los retos a los que nos hemos enfrentado.

Cuando me voy detrás del mostrador a preparar más té, Elyndra entra en la panadería. Su presencia llama sutilmente la atención, las cabezas se giran casi imperceptiblemente a su paso. Se desliza hacia mí con una gracia de otro mundo, sus ojos violetas reflejan la luz de las velas como dos amatistas gemelas.

«Tessa», me saluda con una sonrisa serena. «¿Podemos hablar?

«Por supuesto», respondo, intrigada.

Encontramos un rincón tranquilo cerca del jardín de hierbas que hay junto a la puerta de atrás, y nos sentamos en un banco de madera desgastada entre fragantes arbustos de lavanda. La noche es fresca y fresca, con una suave brisa que lleva el relajante aroma del romero y el tomillo, mezclado con el aroma terroso de la tierra recién removida.

«Quería compartir la profecía completa contigo y con Darius», comienza, con un tono suave pero decidido. Los ojos violetas de Elyndra parecen brillar en la penumbra, reflejando un

profundo conocimiento que me intriga y me inquieta a la vez.

El corazón se me acelera, una mezcla de anticipación y temor me recorre. He estado esperando este momento, pero ahora que ha llegado, no estoy segura de estar preparada para lo que pueda aprender. «Hemos sentido curiosidad por conocerla en su totalidad», admito, con un deje de nerviosismo en la voz. Me encuentro retorciendo distraídamente un hilo suelto de mi delantal.

Elyndra asiente, sus ojos brillan con sabiduría ancestral. «La profecía habla de una profunda unión entre un dragón y un mago humano, una alianza sin igual que anuncia una era de armonía y prosperidad sin precedentes. Juntos, están destinados a unir mundos largamente divididos y a sanar las profundas divisiones que han asolado nuestros reinos. Su vínculo, forjado tanto en el conflicto como en la comprensión, se convertirá en un poderoso catalizador de una paz duradera, que afectará a las vidas de seres mágicos y no mágicos por igual».

Asimilo sus palabras y siento que el destino se asienta cómodamente sobre mis hombros. Su peso es considerable, pero no abrumador. «Sé que siempre creíste que la profecía se refería a Darius y a mí», admito, con voz suave por la nueva comprensión. «Pero no lo creía. No al principio. Parecía demasiado grande e importante para involucrar a alguien como yo».

«Y aun así, aceptaste tu papel sin vacilar», observa, con una pizca de admiración en su melodiosa voz. Su mirada es a la vez orgullosa y curiosa, como si me viera bajo una nueva luz.

«¿Cómo no iba a hacerlo? le respondo. «Una vez que empezamos a trabajar juntos y empecé a ver los pequeños milagros, fue difícil ignorarlos. Esta profecía, sea cierta o no, nos unió a Darius y a mí. Hemos hecho cosas en estos últimos meses que nunca creí posibles. Y si tenemos el poder de marcar la diferencia, de provocar un cambio real, ¿cómo podemos dar la espalda a esa responsabilidad?».

Me pone una mano ligeramente en el hombro. «Tu optimismo es tu fuerza. Confía en él».

Volvemos al calor de la panadería y comparto las revelaciones de Elyndra con Darius. Sus ojos reflejan la misma aceptación y emoción que siento yo.

Una tarde perezosa, mientras cuido los fragantes arbustos de lavanda del jardín de la panadería, tarareo una alegre melodía que Finnian nos enseñó durante una reciente reunión de la comunidad. El calor del sol acaricia mi piel y las laboriosas abejas zumban contentas entre las vibrantes flores moradas.

«Hoy estás de muy buen humor», me dice la voz de Darius, llena de calidez y una pizca de diversión.

Me giro y lo veo acercarse, su alta figura proyecta una larga sombra sobre el sendero del jardín y una misteriosa sonrisa se dibuja en sus labios. «Hace un día precioso», le respondo, señalando el cielo azul. «Y todo parece posible, ¿sabes?

«Así es», asiente, y su mirada se suaviza al encontrarse con la mía.

Darius se detiene a mi lado y me doy cuenta de que lleva algo a la espalda, sus anchos hombros ligeramente inclinados para ocultar lo que sea. Picado por la curiosidad, inclino la cabeza para intentar echar un vistazo. «¿Qué escondes ahí detrás?

Se ríe suavemente, con un sonido rico y atractivo. «Impaciente como siempre, por lo que veo».

«Sólo cuando hay sorpresas de por medio», bromeo con una sonrisa que se dibuja en mi rostro harinoso. «Ya sabes lo que me gustan los misterios.

Respira hondo y acerca la mano, mostrando una pequeña caja de madera tallada. Me quedo sin aliento cuando la abre y descubre un anillo, una delicada banda tejida con hilos de plata y oro que parecen enredaderas entrelazadas. En su centro descansa un cristal que brilla con tonos

azules y verdes, reminiscencia de las escamas de dragón y las profundidades del bosque.

«Tessa», comienza, su mirada seria y llena de afecto, sus ojos brillando con una intensidad que nunca había visto antes. «Desde el momento en que nos conocimos, has traído luz y propósito a mi vida. Juntos hemos afrontado retos, capeado tormentas y construido algo hermoso y duradero. ¿Continuarás este viaje conmigo, como mi compañera en todas las cosas, a través de cualquier magia o caos que la vida nos depare?».

La emoción se apodera de mí, un maremoto de alegría y amor que amenaza con abrumar mis sentidos. Lágrimas de felicidad me nublan la vista, convirtiendo el mundo en un caleidoscopio de colores suaves y brillantes. Apenas puedo contener la sonrisa mientras respondo, con la voz temblorosa por la emoción. «Sí, Darius. Mil veces sí. Siempre y para siempre, sí».

El alivio y la felicidad inundan sus facciones, transformando su expresión habitualmente serena en una de alegría pura y desenfrenada. Con manos que tiemblan ligeramente, desliza el anillo en mi dedo. Encaja a la perfección, como si siempre hubiera estado ahí.

Me lleva la mano a los labios y me da un beso suave y reverente en los nudillos. El contacto me produce un escalofrío de calor por todo el cuerpo. «Me haces más feliz de lo que jamás creí posible», murmura contra mi piel, con una voz cargada de emoción. «Gracias por ver más allá de las escamas y los rumores, por aceptarme entera».

Estamos de pie en medio de la fragante lavanda, el mundo se reduce momentáneamente a nosotros dos. El futuro se extiende como un sendero bañado en luz dorada, invitándonos a avanzar.

Esa noche, el Hogar de Miel se llena de celebraciones y el cálido resplandor de las velas crea un ambiente mágico en la acogedora pastelería. La noticia de nuestro compromiso se ha extendido rápidamente gracias a los entusiastas cotilleos de Amelia, y amigos de todos los rincones de Windhollow se reúnen para compartir nuestra alegría, llenando el espacio de risas y charlas emocionadas.

Amelia, con las mejillas sonrojadas por la emoción, levanta una delicada copa de espumoso vino de flor de saúco, con los ojos brillantes de auténtica felicidad. «Por Tessa y Darius», proclama, su voz resuena claramente por encima de la multitud, “¡una unión que nos trae esperanza a todos!”.

«Por Tessa y Darius», resuena la multitud con sincero entusiasmo. Finnian, encaramado a un taburete de madera en un rincón, toca una alegre melodía con su flauta de caña encantada, la melodía se entrelaza entre las risas y el parloteo como una cinta de pura magia. Sus ágiles dedos danzan sobre el instrumento, arrancando notas que parecen centellear en el aire. Elyndra, resplandeciente con un vestido que brilla como la luz de la luna sobre el agua, se desliza entre la multitud para felicitarle. Su sonrisa transmite una profunda aprobación y, al estrechar nuestras manos entre las suyas, siento una oleada de calidez y aceptación que me hace llorar.

El Sr. Wimple se acerca con pasos ligeros a pesar de su edad. «Debo decir que esto me recuerda a un cuento de las viejas leyendas», musita. «Una historia de amor y unidad que trasciende las fronteras».

«Quizá inspiremos nuevas historias», sugiero.

«Desde luego», asiente con un brillo en los ojos. «Que vuestra historia se cuente a las generaciones venideras».

A medida que anochece, la panadería resplandece con la suave luz de las velas y los farolillos. El aire sigue perfumado con el aroma de los pasteles frescos y el glaseado dulce. Encuentro un momento para evadirme y salgo al pequeño balcón que da al frondoso jardín. Las estrellas brillan imposiblemente en lo alto, con sus antiguas constelaciones grabadas en el cielo

aterciopelado como una hoja de ruta celestial.

Darius se une a mí, su presencia es un calor reconfortante a mi lado. Me rodea la cintura con sus fuertes brazos y tira de mí. «¿Cómo te sientes?», me susurra al oído.

«Agradecida», respondo sin vacilar, apoyándome en su sólida estructura. «Y un poco abrumada, si te soy sincera, pero de la mejor manera posible». Respiro hondo, saboreando el aire fresco de la noche y la sensación de posibilidad que parece cernirse entre nosotros. «Es mucho más de lo que jamás me atreví a esperar».

Asiente y me da un tierno beso en la sien. Sus labios se quedan ahí un momento, cálidos y reconfortantes. «Nunca imaginé encontrar a alguien que me comprendiera tan bien», murmura, con una voz grave que me produce un agradable escalofrío. «Es como si pudieras ver a través de todas mis defensas».

«Siento lo mismo», admito, inclinando la cabeza para mirarle. Sus ojos ámbar brillan con una emoción que apenas empiezo a reconocer. «Pero aquí estamos, contra todo pronóstico». Levanto la mano para acariciar su mejilla, maravillada por lo natural que resulta, por lo correcto. «Creo que somos exactamente lo que el otro necesita.

Permanecemos en un silencio confortable, con los sonidos de la celebración flotando suavemente desde el interior. Una estrella fugaz surca el cielo y pido en silencio que continúe la felicidad y la armonía.

«¿Crees que alguna vez miraremos atrás y nos preguntaremos si todo esto ha sido un sueño?». pregunto en voz baja. El aire nocturno está cargado de posibilidades y no puedo creer lo mucho que ha cambiado en tan poco tiempo.

Sonríe, sus ojos se suavizan al encontrarse con los míos. «Si es así, espero no despertar nunca», responde Darius, con una voz profunda que resuena con sinceridad. Su mano encuentra la mía y entrelaza nuestros dedos.

Me río por lo bajo. La suave brisa trae el aroma del jazmín nocturno, que contribuye a crear una atmósfera mágica. «De acuerdo», murmuro, saboreando el sólido confort de su presencia. «Hoy ha sido un día extraordinario en todos los sentidos».

«En efecto», contesta Darius, con una voz grave que puedo sentir a través de su pecho. «Y pensar que esto es sólo el principio de nuestro viaje juntos. Hay mucho más esperándonos en el horizonte».

«Hay tanto que esperar», coincido, mi mente da vueltas con posibilidades. «Los programas educativos que hemos planeado, ver crecer y florecer el santuario, construir nuestra vida juntos día a día». Hago una pausa, abrumada por la magnitud de todo. «Es casi demasiado para asimilarlo».

Me coge la mano y su pulgar roza ligeramente el anillo. El frío metal contra mi piel me produce un escalofrío.

«¿Recuerdas cuando nos conocimos? le pregunto con una sonrisa nostálgica en los labios. El recuerdo me invade, vívido y cálido a pesar de los años transcurridos.

Darius se ríe. «¿Cómo podría olvidarlo? Teníamos, ¿qué, diez años? ¿Once? Me acusaste de robarte las tartas de manzana». Sus ojos brillan con diversión, recordando la indignación de su yo más joven.

«Bueno, eras bastante misterioso, merodeando por las fiambreras. Todo melancólico e intenso, incluso de niño. Estaba convencido de que no tramabas nada bueno». Sacudo la cabeza, maravillado por lo lejos que hemos llegado desde aquel primer encuentro polémico cuando éramos niños».

«Me cautivaban los aromas», se defiende juguetón, con los ojos brillantes de picardía.

«Cuesta creer lo mucho que ha cambiado desde entonces», reflexiono, mientras mi mirada se desvía hacia la ventana, contemplando las bulliciosas calles de Windhollow. «Hemos recorrido un largo camino desde aquellas peleas del patio de recreo».

«O tal vez», replica él con suavidad, apartándome un mechón de pelo de la cara, »es por lo mucho que hemos crecido. Puede que empezáramos siendo adversarios de la infancia, pero míranos ahora».

Asiento con la cabeza, pensativa, y siento una cálida sensación en el pecho al sentir su contacto. «En cualquier caso, no cambiaría nuestro viaje por nada. Todos los altibajos, los malentendidos y las revelaciones nos han traído hasta aquí».

«Yo tampoco lo haría», asiente Darius. «Cada momento, cada reto, nos ha convertido en lo que somos hoy. Y no cambiaría nada de eso».

DARIUS



1 AÑO DESPUÉS

Cuando salgo al balcón de la sala principal del santuario, respiro hondo y dejo que el fresco aroma del pino llene mis fosas nasales. Debajo de mí, el santuario se transforma. De las ramas de los robles centenarios cuelgan farolillos con forma de dragón y flores florecientes, de colores vibrantes sobre el fondo de hojas esmeralda. Serpentinas de seda en tonos zafiro y oro ondean suavemente con la brisa. Las decoraciones mezclan las tradiciones de mi herencia dragónica con las costumbres humanas, un tapiz sin fisuras de mi vida mezclada con la de Tessa.

Representantes de varias especies mágicas deambulan por el recinto. Los arqueros elfos conversan con los enanos, admirando el intrincado trabajo en piedra de las nuevas adiciones al santuario. Los duendecillos revolotean entre los faroles, dejando estelas de luz resplandeciente, mientras que los centauros se sitúan al borde de la multitud, con sus nobles formas añadidas a la variopinta asamblea. La unidad conseguida me llena de una profunda sensación de logro.

«¿Listo para el gran momento? pregunta Thalion, poniéndose a mi lado. El sastre elfo se ha lucido con mi atuendo ceremonial. La túnica me queda perfecta, hecha de un tejido azul oscuro que refleja el cielo nocturno, bordada en hilo de plata con motivos arremolinados que parecen escamas de dragón. Me cubre los hombros una capa de color burdeos, sujeta con un broche que lleva el emblema de mi clan y un símbolo que representa a Windhollow.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa de agradecimiento, con el corazón henchido de gratitud por su apoyo. «Tan preparada como nunca lo estaré», respondo, intentando que no se note el nerviosismo en mi voz.

Los agudos ojos élficos de Thalion me estudian un momento antes de extender la mano y ajustar un pliegue de la capa con precisión. «Tienes toda la pinta de ser un puente entre mundos», dice, con un tono cálido y orgulloso. «Un verdadero representante de Windhollow y de tu clan».

«Gracias, Thalion. Por todo», digo, con la voz cargada de emoción.

Él inclina la cabeza, con un atisbo de sonrisa en la comisura de los labios. «Ha sido un honor, señor Flintwing», responde en voz baja. Con una última inclinación de cabeza, Thalion se aleja para ocuparse de otros preparativos, dejándome respirar hondo y prepararme para la trascendental ocasión que se avecina.

Mi mirada recorre la reunión hasta que se posa en el camino que sale de la aldea. En cualquier momento, Tessa hará su entrada. La idea me produce un aleteo de emoción y un poco de nerviosismo. Nunca imaginé que llegaría este día, que encontraría a alguien que comprende y acepta cada parte de mí.

Elyndra se acerca y sus elegantes pasos apenas hacen ruido en la hierba. Viste una túnica de oro iridiscente que brilla con cada movimiento. «Ya casi es la hora», dice en voz baja, con un

deje de emoción en la voz cuando sus ojos se cruzan con los míos.

Asiento con la cabeza y respiro tranquilamente mientras intento calmar las mariposas que siento en el estómago. «Me muero de ganas de verla», admito, con una mezcla de impaciencia y asombro ante la trascendental ocasión.

«Te dejará sin aliento», me asegura Elyndra con una sonrisa cómplice y los ojos brillándole con una alegría secreta. «Tessa siempre ha sido especial, pero hoy brillará más que nunca».

Mientras los invitados se acomodan en sus asientos -filas de bancos de madera elegantemente tallados y adornados con guirnaldas de hiedra y flores de luna que brillan con un suave resplandor mágico-, me dirijo hacia el altar con pasos mesurados. Se encuentra bajo el gran arco del santuario, una obra maestra de piedra y madera entrelazada con enredaderas y formaciones cristalinas que captan la luz, reminiscencia de las cavernas donde Tessa y yo conectamos de verdad por primera vez, donde compartimos nuestros miedos y esperanzas en las sombras parpadeantes.

El murmullo de la multitud se reduce a un susurro cuando empieza a sonar una suave melodía: cuerdas de arpa que se mezclan con el suave trino de las flautas, creando una atmósfera etérea que parece suspenderse en el aire como la niebla. Todas las miradas se vuelven hacia la entrada y un suspiro colectivo recorre la asamblea. El corazón me late con fuerza en el pecho mientras flexiono los dedos a los lados, deseando que se mantengan firmes mientras espero el momento que tanto he temido y anhelado.

Entonces aparece.

Tessa entra en el camino y el tiempo parece ralentizarse. Es una visión de gracia y belleza, su vestido es una obra maestra. La tela fluye como la luz líquida de las estrellas, suave marfil con delicados dibujos que recuerdan los intrincados diseños de su colgante y las formaciones naturales de las cavernas que exploramos juntas. Sutiles toques de plata y azul pálido captan la luz, bailando sobre el vestido como rayos de luna sobre el agua, y pequeñas piedras preciosas brillan como gotas de rocío a lo largo del dobladillo y las mangas.

Su cabello cae en cascada sobre sus hombros en rizos sueltos, entrelazados con pequeñas flores silvestres que parecen haber brotado de su propio ser. Las flores están sujetas por una sencilla pero impresionante corona de lianas y cristales, digna de una reina del cielo y de la tierra. Mientras avanza hacia mí con pasos mesurados, sus ojos se cruzan con los míos, cálidos y llenos de promesas. El mundo se reduce a nosotros dos, la multitud se desvanece hasta que lo único que veo es a Tessa.

Siento que se me corta la respiración y que la emoción se apodera de mí. Ella sonríe suavemente, una mezcla de alegría y tranquilidad irradiando de ella.

Amelia camina a su lado, llevando un exuberante ramo de fragantes rosas blancas y lavanda. Me llama la atención y me guiña sutilmente un ojo, con su emoción apenas contenida bajo su serena apariencia. Su sonrisa es radiante, un reflejo de la alegría que parece impregnar el aire que nos rodea.

Cuando Tessa llega al altar, toma mis manos entre las suyas. Su tacto es cálido y familiar, pero hoy resulta especialmente significativo. La suave seda de su piel contra la mía me produce un escalofrío de expectación.

«Eres impresionante», susurro, con la voz cargada de emoción. Mis ojos absorben cada detalle de su rostro, grabando este momento en la memoria.

Las mejillas de Tessa se sonrojan ligeramente, un tono rosado se extiende por su piel. «Y tú estás tan guapo como siempre», murmura, con los ojos brillantes de amor. La forma en que me mira hace que se me hinche el corazón y me vuelvo a enamorar.

Elyndra se adelanta para oficiar la ceremonia, con voz clara y melódica. «Nos reunimos aquí para celebrar la unión de Tessa Hawthorne y Darius Flintwing, una unión de corazones que trasciende fronteras y une mundos».

Habla de nuestro viaje, de las pruebas que hemos superado, de las alianzas que hemos forjado y del amor que ha florecido en medio de todo. Sus palabras pintan un cuadro vívido de nuestra relación. Desde el momento en que nos conocimos de niños hasta las peligrosas aventuras que nos siguieron hasta la edad adulta.

«El amor es la magia más poderosa», continúa Elyndra. «Cura heridas, tiende puentes y lleva la luz a los lugares más oscuros. Tiene la fuerza de superar maldiciones, de unir reinos y de transformar incluso los corazones más endurecidos». Su mirada recorre a la multitud reunida, seres humanos y mágicos por igual, como para enfatizar la verdad de sus palabras.

Se vuelve hacia mí, su mirada penetrante y expectante. «Darius», entona Elyndra, y su voz llega hasta la multitud reunida, "¿juras permanecer al lado de Tessa en todas las alegrías y desafíos de la vida, apoyarla y apreciarla con devoción inquebrantable, y caminar de su mano en el camino único que forjéis juntos?".

«Sí, quiero», afirmo sin vacilar, con voz firme y decidida a pesar de la oleada de emoción que amenaza con abrumarme.

«Y Tessa», dice Elyndra, girando para mirarla con una cálida sonrisa, "¿juras permanecer al lado de Darius tanto en la calma como en la tormenta, apoyarlo y apreciarlo con todo tu corazón, y caminar a su lado en el sinuoso camino que forjéis juntos?".

«Sí», responde Tessa en voz baja, apenas por encima de un susurro pero llena de convicción. Sus ojos, brillantes por las lágrimas no derramadas, no se apartan de los míos en ningún momento, y en ese instante me siento como si fuéramos las dos únicas personas del mundo.

Intercambiamos anillos, piezas exquisitas elaboradas por hábiles artesanos enanos con plata y oro entrelazados en una intrincada danza de metales preciosos. Cada sortija lleva engastada una pequeña gema luminosa extraída de las profundidades de las cavernas sagradas, cuyas facetas captan la luz de forma fascinante. Cuando deslizo el anillo en el dedo de Tessa, un suave calor emana de él, extendiéndose por su brazo y por todo su cuerpo.

«Por el poder que me confieren los reinos de la magia y del hombre, os declaro unidos en amor y vida», declara Elyndra. «Podéis sellar vuestra unión con un beso».

Me inclino hacia ella, con el corazón retumbando en mi pecho, y nuestros labios se encuentran en un beso tierno y conmovedor. En ese momento, una sutil pero palpable oleada de magia recorre el aire, una armoniosa mezcla de nuestras energías que inunda la reunión como una suave y cálida brisa en un día de verano. Los farolillos suspendidos sobre nosotros brillan con más intensidad, su luz parece latir al ritmo de nuestros latidos, y las flores que adornan el arco y cubren el pasillo parecen mecerse al unísono, como si bailaran al son de una melodía que sólo ellas pueden oír.

Aplausos y vítores llenan el santuario de alegría. Cuando nos volvemos hacia nuestros amigos y familiares, siento una abrumadora sensación de gratitud y satisfacción.

La recepción que sigue es una celebración vibrante. Bajo las copas de los árboles hay largas mesas repletas de platos que representan las tradiciones culinarias de diversas culturas. Como era de esperar, los pasteles de Tessa son uno de los platos estrella, que desaparecen rápidamente mientras los invitados saborean cada bocado.

La música llena el ambiente: una animada mezcla de melodías de arpas élficas, tambores enanos y violines humanos. Los bailarines toman el espacio abierto y sus movimientos reflejan la unidad que todos apreciamos. Los humanos giran con las hadas, los centauros brincan junto a los

elfos e incluso los enanos, normalmente reservados, se unen al jolgorio con sus pesadas botas siguiendo el ritmo a la perfección.

Los festejos continúan hasta bien entrada la noche, y las linternas encantadas arrojan un cálido resplandor sobre la celebración. Se hacen brindis, cada uno más sincero que el anterior, mientras las copas tintinean y las risas resuenan en el santuario. A medida que avanza la noche, las barreras entre las distintas especies parecen casi inexistentes, sustituidas por un palpable sentimiento de camaradería y respeto mutuo. Es todo lo que había imaginado y mucho más: una comunidad que no sólo coexiste, sino que realmente prospera junta, cada individuo aportando su toque único al rico tapiz del futuro de Windhollow.

A medida que el cielo se tiñe de un intenso añil, salpicado de estrellas, Tessa y yo nos alejamos de la multitud. Cogidos de la mano, subimos por una suave pendiente hasta la colina que domina Windhollow. La ciudad resplandece suavemente bajo nosotros, con las linternas proyectando un cálido tono dorado sobre los tejados y las calles.

Nos acomodamos sobre una manta suave y desgastada extendida sobre la hierba cubierta de rocío. El aire nocturno es frío y fresco, pero reconfortante, y desprende un tenue aroma a humo de leña y a flores tardías. Tessa se inclina hacia mí, apoyando la cabeza en mi hombro.

«Mira lo que hemos conseguido», dice en voz baja, con una voz llena de asombro y una pizca de orgullo. Su mirada permanece fija en la tranquila escena que tenemos ante nosotros, contemplando cada luz parpadeante y cada tejado sombrío de la ciudad que hemos llegado a amar.

Le doy un tierno beso en la sien y respiro el dulce aroma de su pelo. «Es increíble», murmuro, con la voz cargada de emoción. «Y pensar que todo empezó con Alaric asumiendo que eras mi prometido. ¿Quién iba a imaginar adónde nos llevaría aquel momento?».

Se ríe suavemente, su cuerpo vibrando contra el mío. «¿Quién iba a decir que esto acabaría así? De un malentendido a esto». Su voz se entrecorta, llena de una mezcla de asombro y satisfacción.

«Supongo que debería agradecértelo», me burlo suavemente, mientras mis dedos trazan perezosos círculos en su espalda. «Por seguirme el juego y convertirlo en algo real».

Inclina la cabeza para mirarme, sus ojos centellean de alegría y afecto. «De nada», responde, con una sonrisa juguetona en los labios. «Aunque creo que ambos sabemos que no fue del todo desinteresado por mi parte».

«Y esto es sólo el principio», pienso. «Contigo a mi lado, no hay nada que no podamos conseguir».